



Faint, illegible text or markings in the upper right quadrant of the page.

AÑO V

NÚM. LV

LA



ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

~~~~~  
JULIO—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AGUAS PRIMAVERALES

NOVELA

Felices, dichosos años,
Venturosísimos días,
Cual aguas primaverales
Habéis corrido de prisa...

(Antiguo romance ruso.)

A cosa de la una de la madrugada regresó á su gabinete de trabajo, despidió al criado que había encendido las velas, y sentándose en una butaca junto al fuego, cubrióse el rostro con ambas manos.

Nunca había sentido tal desfallecimiento físico y moral. Había pasado la velada con amables damas é inteligentes caballeros. Muchas de aquellas damas eran bonitas; la mayor parte de los caballeros distinguíanse por el talento y el ingenio; él mismo se había mostrado en la conversación interlocutor agradable y hasta brillante... y á pesar de todo eso, nunca se había encontrado tan irresistiblemente acometido y oprimido por aquel *tedium vitæ* de que hablaban ya los antiguos romanos.

Si hubiese sido más joven, hubiera llorado de fastidio, de angustia y de enervamiento; un amargor corrosivo y urente como el del ajeno llenaba su alma entera; cierto no sé qué denso,

helado, tético, le envolvía por todas partes como una oscura noche, y no sabía cómo desembarazarse de esa oscuridad, de ese amargor. Era inútil recurrir al sueño: presentía que el sueño no iba á venir en su auxilio.

Insensiblemente se sumió en largas y lentas reflexiones, deshilvanadas y tristes.

Meditó acerca de lo vano, inútil y vulgarmente embustero de las cosas humanas. Todas las épocas de la vida—acababa de cumplir cincuenta y dos años—desfilaban unas en pos de otras ante los ojos de su pensamiento, y ninguna de ellas encontró gracia delante de él.

¡Agitarse siempre en el vacío y la nada, andar siempre dando tajos y mandobles al aire, siempre embebecerse medio cándida medio conscientemente con el señuelo de vanas quimeras. «Poco importa lo que contenta á un niño, con tal de que no lllore», dice

un proverbio ruso. Luego, de pronto, cual nieve que nos cae en la cabeza, ver llegar la vejez y con ella su compañero, el temor á la muerte, ese temor que nos zapa y nos roe sin cesar...; después, por último, ¡el chapuzón en el abismo!

¡Y aún dichoso si transcurre así la vida! Porque más de una vez, antes del fin, como la herrumbre ataca al hierro, llegan los achaques y el sufrimiento...

La vida no se le aparecía como ese mar de olas tumultuosas que describen los poetas; se la representaba llana como un espejo, inmóvil, transparente hasta en sus más oscuras profundidades; sentado él en una barquichuela vacilante; y abajo, en el fondo del abismo oscuro y fangoso, entreveía vagamente, á semejanza de peces enormes, formas monstruosas: eran todas las miserias de la vida, enfermedades, pesares, demencia, ceguera, pobreza... Y ante su vista sale de las tinieblas uno de esos monstruos; sube, sube sin cesar; se hace cada vez más visible, cada vez más horriblemente distinto... Un momento más, y, levantada por el lomo del monstruo, va á zozobrar la barca. Pero de nuevo parece hacerse más vaga la forma, desciende el monstruo, se vuelve al fondo y se queda allí tendido, agitando apenas su oscura cola... Sin embargo, tiene que venir el día fatal en que se tumbe la barca.

Sacudió la cabeza, levantóse de un salto de la butaca, dió un par de vueltas por la estancia y tomó asiento detrás de la mesa de escritorio; después,

abriendo uno tras otro todos los cajones, se puso á revolver papeles, cartas antiguas, la mayor parte cartas de mujeres. El mismo ignoraba por qué hacía eso, pues no buscaba ninguna cosa. Su único objeto era librarse, por medio de cualquiera ocupación, de los pensamientos, que le perseguían como una pesadilla.

Desdobló al acaso algunas cartas. Una de ellas contenía una flor seca, rodeada por una cinta ajada. Se encogió de hombros, echó un vistazo á la chimenea y puso aparte las cartas, como si se hubiese dispuesto á entregar á las llamas esas inútiles reliquias.

Siguieron sus manos explorando febrilmente los cajones; de pronto abrió los ojos de par en par y atrajo suavemente hacia sí una cajita octógona, de forma anticuada, y levantó despacio la tapa. Dentro de esa caja, entre dos capas de algodón en rama amarillento, hallábase una crucecita de granates.

Durante breve rato examinó esa cruz con aspecto trascordado; luego, de pronto, dió un débil grito... Lo que se retrató en su rostro no fué pesar ni júbilo: era cual si hubiese encontrado de improviso un ser tiernamente amado en otro tiempo, perdido de vista desde mucho atrás, reconocible aún, y, sin embargo, cambiado enteramente por los años.

Levantóse, volvió á sentarse junto á la chimenea, y de nuevo escondió la cara entre las manos... «¿Por qué hoy, por qué hoy precisamente?»—pensó. Y viniéronle á la memoria muchas cosas pasadas largo tiempo antes.

He aquí lo que recordaba...

Pero primero es necesario que os diga su apellido y sus nombres de pila y patronímico. Nuestro protagonista se llamaba Demetrio Pavlovitch Sanin.

He aquí de qué se acordaba:

I

Era en el verano de 1840. Sanin acababa de cumplir veintidós años; volvía de Italia á Rusia, y hallábase de paso en Francfort. Sin familia casi, poseía una fortuna independiente, si no muy cuantiosa. Habiéndole dejado un pariente lejano algunos miles de rublos en herencia, resolvió gastárselos en el extranjero antes de ingresar en la administración, antes de ponerse á lomo la albarda oficial necesaria para asegurarle la subsistencia. En efecto, Sanin había puesto en planta su proyecto; y tal maña se dió, que el día mismo de llegar á Francfort tenía el dinero justo para volver á San Petersburgo. En 1840 eran escasos los caminos de hierro; los señores viajeros iban en diligencia. Sanin sacó su billete, pero la diligencia no partía hasta las once de la noche. Quedábale mucho tiempo que gastar. Por fortuna el día era magnífico; y Sanin, después de haber almorzado en la fonda del *Cisne Blanco*, célebre á la sazón, salió á callejear por la ciudad. Fué á ver la *Ariadna* de Dannecker, y no le pareció ni fu ni fa;

visitó la casa de Goethe (entre paréntesis, sólo había leído de este poeta el *Werther*, y para eso en una traducción francesa); paseó por la orilla del Mein y se aburrió como debe hacerlo un concienzudo viajero de recreo; por último, hacia las seis de la tarde, fatigado, llenos de polvo los zapatos, encontróse en una de las calles menos importantes de Francfort, calle que, sin embargo, estaba destinada á no despintársele de la memoria en largo tiempo.

En la fachada de una de las pocas casas de esa calle, vió una muestra que anunciaba á los transeuntes la «Confitería italiana de Giovanni Roselli.» Entró á tomar un vaso de limonada. En la primera pieza, detrás de un modesto mostrador, en las tablas de una alacena pintada, se ostentaban simétricamente, como en una farmacia, algunas botellas con rótulos dorados y botes de cristal de boca ancha llenos de bizcochos, pastillas de chocolate y caramelos. No había nadie en esa pieza; sólo un gato gris roncaba guiñando los ojos y amasando blandamente con las patitas una alta silla de paja puesta junto á la ventana; una canastilla de madera calada yacía boca abajo en el suelo, y junto á ella un grueso ovillo de estambre rojo resplandecía en un rayo oblicuo de sol poniente. Un ruido confuso, extraño, salía de la estancia inmediata. Sanin esperó á que la campanilla de la puerta hubiese concluido de tocar, y dijo en voz alta:

—¿No hay nadie aquí?

En el mismo instante abrióse la

puerta de la pieza vecina... Sanin se estremeció de asombro.

II

Una joven de unos diez y nueve años, con los negros cabellos flotando, esparcidos sobre los hombros desnudos, se precipitó en la tienda extendiendo ante sí los brazos, igualmente desnudos. Vió á Sanin, lanzóse hacia él, le agarró una mano y trató de llevárselo consigo, diciéndole con voz entrecortada:

— ¡Pronto, pronto, por aquí, sálvelo V.!

Sanin no siguió á la joven; no porque vacilase en obedecerla, sino porque el exceso de su asombro le dejó clavado en el sitio. Jamás había visto semejante belleza. Volvióse ella hacia él, y su voz, su mirada, el movimiento de las manos juntas oprimiendo su mejilla pálida expresaban tal desesperación mientras le repetía « ¡Pero venga V., venga V.!» que se precipitó en pos de ella por la entornada puerta.

En la segunda estancia vió tendido en un diván de crin pasado de moda á un muchacho de catorce años, parecidísimo á la joven; evidentemente era su hermano. Aquel niño estaba muy pálido, blanco más bien, con reflejos amarillos como la cera ó como un mármol antiguo. Tenía los ojos cerrados; la sombra de sus espesos cabellos ne-

gros le cubría la frente inmóvil y lisa, las cejas finamente dibujadas é inertes; veíanse brillar los dientes apretados entre los labios azulencos. Tenía la apariencia de no respirar ya; uno de los brazos estaba debajo de la cabeza, y el otro colgando pesadamente hasta el suelo. El niño estaba vestido de pies á cabeza y abotonado de arriba abajo; tenía puesta la corbata, oprimiéndole el cuello.

La joven se lanzó hacia él, exhalando un grito de angustia.

— ¡Está muerto, está muerto! Ahora mismo estaba sentado ahí; charlábamos juntos... De pronto se ha caído, y no ha hecho ya ningún movimiento... ¡Dios mío! ¿Es posible que no se le pueda socorrer? ¡Y mamá que no está aquí!... ¡Pantaleone! ¡Pantaleone! ¡Vamos! ¿Y el doctor?—añadió en italiano. — ¿Has ido en busca del doctor?

— *Signora*, no he ido; he enviado á Luisa—dijo una voz cascada, detrás de la puerta.

Y un vejete, vestido con un frac de color de lila y botones negros, con alta corbata blanca, pantalón de nankín muy corto y medias de lana azul, entró en el cuarto renqueando con las piernas torcidas. Su pequeñísima cara desaparecía casi por completo bajo una inmensa maraña de cabellos grises como acero. Erizados en todos sentidos y cayendo en mechones despeluznados, esos cabellos daban á la fisonomía del viejo cierta semejanza con la de una gallina moñuda, semejanza tanto más chocante cuanto que bajo esa pelambra gris oscura sólo podían distin-

guirse una nariz picuda y unos ojos amarillos y redondos por completo.

—Luisa tiene buenas piernas, y yo no puedo correr—prosiguió en italiano el viejecillo, levantando uno tras otro los pies gotosos y planos, calzados con zapatos de cordones.—Pero he traído agua.

Con los dedos flacos y nudosos apretaba el estrecho gollete de una botella.

—¡Pero Emilio se morirá entre tanto! —exclamó la joven, y extendió las manos hacia Sanin.—¡Oh, caballero! ¡O *mein herr!* ¿No puede V. socorrerlo?

—Hay que sangrarle: esto es un ataque de apoplejía—hizo observar el viejo llamado Pantaleone.

Sanin no tenía ni las más ligeras nociones de medicina, pero sabía perfectamente que los niños de catorce años no suelen tener ataques de apoplejía.

—Esto es un síncope y no... lo que V. pretende—dijo á Pantaleone.—¿Tiene V. cepillos?

El viejo volvió hacia él su carita.

—¿Cómo?

—¡Cepillos, cepillos!—repitió Sanin en alemán y en francés; y haciendo el ademán de quien acepilla ropa, volvió á repetir:—¡Cepillos!

El vejete acabó por comprender.

—¡Ah, cepillos! *Spazzete?* Ciertamente, tenemos cepillos.

—Tráigalos V. aquí; vamos á quitarle la corbata y el *paletot*, y después le daremos friegas.

—¡Bien... *benone!* ¿Y no hay que echarle agua por la cabeza?

—No... más tarde. Por ahora, vaya V. muy pronto á buscar los cepillos.

Pantaleone dejó en el suelo la botella, salió á escape y regresó en seguida con dos cepillos, uno para la ropa y otro para la cabeza. Acompañábale un perro de aguas, rizado de lanas, quien meneando de prisa la cola se puso á mirar curioso al viejo, á la joven y hasta á Sanin, como si hubiera querido saber qué significaba todo aquel bulle-bulle.

Sin perder tiempo, Sanin quitó el *paletot* al muchacho siempre inmóvil, le desabrochó el cuello, levantó las mangas de la camisa, y armado con un cepillo, se puso á darle friegas con todas sus fuerzas en el pecho y en los brazos. Pantaleone paseaba no menos energicamente el otro cepillo, el cepillo de cabeza, por sus botas y sus pantalones. La joven se había arrodillado junto al diván, y con la cabeza entre ambas manos, contemplaba á su hermano con los ojos fijos, sin pestañear siquiera. Sanin frotaba siempre y la miraba á veces de reojo. ¡Dios que hermosa era!



III

Tenía la nariz un poco grande, pero de bella forma aguileña; un ligero bozo sombreaba imperceptiblemente su labio superior. Su tez de un mate uniforme y una palidez de ámbar, las ondas lustrosas de sus cabellos, recordaban la *Judith* de Allori, en el palacio Pitti. ¡Y qué ojos, sobre todo! Ojos de un gris

oscuro con un círculo negro en la pupila, ojos magníficos, ojos triunfantes, aun en ese momento en que el espanto y el dolor apagaban su brillo. Involuntariamente le vino á Sanin á la memoria el maravilloso país que acababa de abandonar. Pero ni aun en Italia misma había encontrado nunca nada parecido. La respiración de la joven era rara y desigual; hubiérase dicho que para respirar aguardaba cada vez á que su hermano recobrase el aliento.

Sanin frotaba sin descanso. No se limitaba á mirar á la joven: llamábale también la atención la original figura de Pantaleone. Desfallecido, sin resuello, el viejo se estremecía á cada movimiento de cepillos, exhalando un gáñido quejumbroso; y sus enormes mechones de pelo, bañados en sudor, balanceábanse con pesadez de un lado á otro, como las raíces de alguna planta grande descalzadas por una corriente de agua.

—Quítele V. las botas, por lo menos —iba á decirle Sanin...

El perro de aguas, probablemente trastornado por el carácter extraordinario de estos sucesos, agachóse sobre las patas delanteras y se puso á ladrar.

—*¡Tartaglia, Canaglia!*—cuchicheó el viejo en tono amenazador.

Pero en ese momento, el rostro de la joven se transfiguró: alzáronse sus cejas, agrandáronse aún más sus grandes ojos, radiantes de júbilo...

Miró Sanin... La cara del muchacho iba adquiriendo un poco de color, los párpados habían oscilado, retemblaron las ventanillas de la nariz; aspiró el

aire á través de los dientes, apretados aún, y exhaló un suspiro.

—¡Emilio! —exclamó la joven.— ¡Emilio mío!

Abriéronse los negros ojos de Emilio; aún miraban con vaguedad, pero sonreían ya débilmente. La misma sonrisa cruzó por sus labios pálidos; en seguida movió el brazo que colgaba y con un esfuerzo lo puso junto al pecho.

—¡Emilio! —repitió la joven, levantándose.

Su rostro tenía una expresión tan viva y tan intensa, que parecía pronta á deshacerse en lágrimas ó á soltarse á reír.

—¡Emilio! ¿Qué hay? ¡Emilio! —dijo una voz en la pieza inmediata.

Y una señora pulcramente vestida, morena, de pelo entrecano, entró con paso rápido. La seguía un hombre de cierta edad, y por encima de su hombro mostrábase la cabeza de una criada.

La joven corrió á su encuentro.

—¡Está salvado, mamá! ¡Vive! —exclamó estrechando convulsa entre sus brazos á la señora que acababa de entrar.

—Pero ¿qué ha sucedido? —repitió ésta.—Venía yo á casa, y me encuentre al señor doctor con Luisa...

Mientras la joven contaba lo que había pasado, el doctor se acercó al enfermo, quien iba volviendo cada vez más en sí, y continuaba sonriéndose con aire un poco forzado, cual si estuviese confuso por el miedo de que había sido causa.

—Por lo que veo —dijo el doctor á Sanin y á Pantaleone—le han frotado

Vds. con cepillos; han hecho Vds. muy bien, fué una idea acertadísima. Veamos ahora qué remedio...

Pulsó al joven, y le dijo:

—Saque V. la lengua.

La señora se inclinó con solicitud hacia su hijo, quien se sonrió más francamente, levantó la vista hacia ella y se puso encarnado.

Sanin se hizo la cuenta de que estaba de más, y pasó á la tienda. Pero antes de poner la mano en el pestillo de la puerta exterior, apareciósele de nuevo la joven y le detuvo.

—¿Se va V.?—dijo, mirándole de frente con gentil mirar.—No le detengo; pero es absolutamente preciso que venga V. á vernos esta noche. Le estamos tan agradecidísimos (tal vez ha salvado V. la vida á mi hermano), que queremos darle las gracias. Mamá es quien se lo ruega. Debe decirnos V. quién es, y venir á participar de nuestra alegría.

—Pero, ¡si hoy mismo salgo para Berlín!—tartamudeó Sanin.

—Le sobraré á V. tiempo—replicó la joven con presteza.—Venga V. dentro de una hora, á tomar una jícara de chocolate con nosotros... ¿Me lo promete V.? Tengo que volverme junto á mi hermano. ¿Vendrá V.?

¿Qué podía hacer Sanin?

—Vendré—respondió.

La joven le apretó la mano con rapidez y volvióse atrás corriendo. Sanin se encontró en la calle.

IV

Hora y media después estaba Sanin de vuelta en la confitería de Roselli, donde le recibieron como de la familia. Emilio estaba sentado en el mismo diván en que le dieron las friegas. El doctor había partido, dejando una receta y recomendando que le preservasen con esmero de las emociones vivas, á causa de su temperamento nervioso y predispuesto á las enfermedades del corazón. Emilio había sufrido otros desmayos de ese género, pero no tan profundos ni tan prolongados. Por lo demás, el doctor declaraba que por el momento había desaparecido todo el peligro.

Emilio, cual conviene á un convaleciente, estaba arropado en una amplia bata, y su madre le había puesto al cuello un pañuelo de lana azul; pero tenía una expresión alegre, casi como en día de fiesta. Todo lo que le rodeaba tenía también aspecto de fiesta. En una mesita puesta frente al diván erguíase una enorme cafetera de porcelana, llena de aromático chocolate, en torno de la cual se despleaban pocillos, paquetes de jarabe, platos llenos de bizcochos y molletes de pan, y hasta ramos de flores. Seis velas finas ardían en dos candelabros de plata de forma antigua. A un lado del diván hallábase un mullido sillón á lo Voltaire, donde se vió obligado Sanin á

sentarse. Todos los moradores de la confitería, con quienes había entablado conocimiento aquella tarde, se encontraban allí reunidos, sin exceptuar el gato y el perro *Tartaglia*, y todos tenían cara de pascuas: el mismo perro estornudaba de gozo; sólo el gato continuaba haciendo arrumacos y guiños de ojos.

Fué preciso que Sanin dijese su apellido, nombres y calidad, así como el sitio donde nació. Al saber que era ruso, las dos damas prorrumpieron en exclamaciones de asombro, y ambas á una voz declararon que pronunciaba perfectamente bien el alemán; pero añadieron que si prefería hablar en francés, podía emplear este idioma que ellas mismas comprendían y hablaban con facilidad. Sanin aprovechó en el acto ese ofrecimiento. «¡Sanin, Sanin!» Jamás habían podido imaginar las dos damas que tan fácil de pronunciar fuese un apellido ruso. No menos les agradó su nombre bautismal «Dmitri». La señora dijo que en su juventud había oído cantar una ópera magnífica, *Demetrio e Polibio*; pero declaró que Dmitri era mucho más agradable que Demetrio.

Sanin habló así cerca de una hora. Por su parte, las damas le iniciaron en todos los detalles de su existencia. La del cabello gris, la madre, era quien más hablaba. Hizo saber á Sanin que se llamaba Leonora Roselli, que había perdido á su marido, Giovanni Battista Roselli, quien veinticinco años antes se estableció en Francfort, de confite-

ro; que Giovanni Battista era natural de Vincenza y un hombre buenísimo, aunque un poco vivo de genio, pendenciero y encima ¡republicano! Al decir estas palabras, la señora Roselli señalaba con el dedo un retrato al óleo, colgado encima del diván. Debe suponerse que el pintor (también «republicano», añadió suspirando la señora Roselli) no había acertado á reproducir por completo el parecido, pues el retrato del difunto Giovanni Battista representaba un bandolero sombrío y con gesto de vinagre, por el estilo de un Rinaldo Rinaldini. En cuanto á la señora Roselli, había nacido en «la antigua y soberbia ciudad de Parma, donde existe aquella magnífica cúpula pintada por el inmortal Correggio»; pero su larga permanencia en Alemania la había germanizado casi por completo. Después, moviendo tristemente la cabeza, añadió que ya no le quedaban más que aquella hija y aquel hijo (los indicó por turno con el dedo), que la hija se llamaba Gemma y el hijo Emilio, que los dos eran buenos muchachos y obedientes, Emilio sobre todo...

—¿Y yo, no soy obediente?— interrumpió la hija.

—¡Oh! Tú... tú eres también una republicana—respondió la madre.

Después dijo que, naturalmente, los negocios iban menos bien que en tiempo de su marido, maestro en el arte de la confitería... (*Un grand'uomo!* gruñó Pantaleone con aire sombrío); pero que, sin embargo, gracias al cielo, aún se encontraban medios de vivir.

V

Gemma escuchaba á su madre, y tan pronto reía, tan pronto suspiraba, como le pasaba suavemente la mano por el hombro ó le dirigía amenazas joviales con el dedo, y algunas veces miraba á Sanin. Levantóse por último, estrechó á su madre entre los brazos y la besó en el cuello, debajo de la barba. La madre rióse mucho y hasta dió un leve grito.

Sanin trabó también más amplio conocimiento con Pantaleone. Supo que éste había sido antaño cantante de ópera, en los papeles de barítono, pero que hacía mucho tiempo había abandonado la carrera teatral, y ocupaba en la familia Roselli un término medio entre un sirviente y un amigo de la casa. A pesar de su larga residencia en Alemania, no había aprendido nada del idioma del país; sólo conocía los términos injuriosos y los destrozaba sin piedad. *Ferrostutto spiccebubbio* (1) decía de casi todos los alemanes. Hablaba el italiano con perfección, habiendo nacido en Sinigaglia, donde se oye la *lingua toscana in bocca romana*.

Emilio dejábase mimar y se abandonaba á las agradables impresiones de un convaleciente ó de alguien que acaba de librarse de un grave peligro; por

(1) Barbarismo de pronunciación á la italiana de las palabras alemanas *Verfluchter Spitzbube* (pícaro, canalla).

lo demás, aparte de eso, era fácil ver que todos los de casa le mimaban. Dió gracias con timidez á Sanin y se dedicó más que nada al jarabe y á las golosinas. Sanin se vió obligado á tomar dos jícaras de chocolate excelente y á comer una considerable cantidad de bizcochos; no hacía más que tragar uno, cuando ya le presentaba otro Gemma. ¿Cómo rehusárselo? Bien pronto se sintió á sus anchas, como en su casa; las horas corrían con una rapidez inverosímil. Le hicieron tratar de muchos asuntos: acerca de Rusia en general, el clima, la sociedad, los campesinos rusos (y en particular los cosacos), la guerra de 1812, Pedro el Grande, el Kremlin, las campanas y las canciones rusas. Las dos damas no tenían más que una idea muy vaga de esa región inmensa y remota. La señora Roselli (ó, como solían llamarla por lo común, Frau Lenore) dejó estupefacto á Sanin al preguntarle si aún existía la célebre casa de hielo construida en San Petersburgo el siglo pasado, y á propósito de la cual había leído un artículo tan interesante en uno de los libros de su difunto esposo: *Bellezze delle arti*. Y como Sanin exclamase: «¿De veras se figura V. que no hay verano en Rusia?», Frau Lenore le explicó cómo se había representado hasta entonces ese país: nieves eternas, todo el mundo envuelto en pieles y todos los hombres militares, pero una extremada hospitalidad y campesinos muy sumisos. Sanin se esforzó en darle, así como á su hija, informes más precisos. La conversación recayó acerca de la

música rusa; y al punto le rogaron que cantase un aire ruso cualquiera, y le indicaron en un rincón de la pieza un pianito en que las teclas blancas estaban reemplazadas por negras, y viceversa. Obedeció sin hacerse rogar, y acompañándose bien ó mal con dos dedos de la mano derecha y tres de la izquierda (el pulgar, el de corazón y el meñique) cantó un poco nasalmente y con vocecilla de tenor, primero el *Sarafán* y después *Po ulitse mostovoy*. Las damas le elogiaron por su voz y su música, pero admiraron sobre todo la dulzura y la sonoridad de la lengua rusa, y le rogaron que tradujese el texto. Sanin satisfizo su deseo; pero como las palabras del *Sarafán* y de *Po ulitse mostovoy* (que traducía con poca elegancia. «Por una calle empedrada, iba una joven por agua») no podían hacerles formar una gran idea de la poesía rusa, declamó, tradujo y cantó, no sin degollarla un poco en las coplas en tono menor, la romanza de Puchkin *Recuerdo esas horas divinas*, puesta en música por Glinka. Las damas quedaron entonces entusiasmadas, y Frau Lenore hasta descubrió en la lengua rusa pasmosas relaciones con la italiana: *Mognovenie (ó viani)*, *sa mnoi (siam noi)*, etc. Los mismos apellidos de Glinka y Puchkin, que pronunciaba Puskin parecieronle tener una armonía familiar para su oído.

Sanin, á su vez, rogó á las damas que le cantasen alguna cosa. Tampoco hicieron melindres con él. Frau Lenore se puso al piano y cantó con su hija algunos duos y *stornelli*. La madre de-

bió de haber tenido en sus tiempos una buena voz de contralto; la voz de la joven, aunque un poco débil, sin embargo, era agradable.

VI

Pero lo que admiraba Sanin no era la voz de Gemma, sino á Gemma misma. Sentado detrás y un poco al lado de la joven, decíase que jamás palmera ninguna, ni aun en las estrofas de Bénédictof, poeta de moda entonces, hubiera podido competir en elegancia con las felices proporciones de su talle. Cuando en los pasajes expresivos alzaba los ojos al techo, preguntábase él qué cielos no hubieran podido abrirse ante tal mirada.

Apoyado contra el quicio de la puerta, con la barba y la boca sepultadas en su inmensa corbata, ó escuchando muy serio con el aire de un inteligente, el viejo Pantaleone mismo admiraba la belleza de la joven y se extasiaba, aun cuando hubiera debido estar habituado á ella.

Habiendo concluido Frau Lenore de cantar sus dúos, advirtió que Emilio tenía una hermosa voz, de timbre argentino, pero que estaba en la edad de mudarla (en efecto, hablaba con voz de bajo, con detonaciones constantes en falsete), y, por consiguiente, no debía cantar. Pero invitó á Pantaleone á sacudir la nieve de los años en honor de su huésped.

Pantaleone tomó en seguida un aire arisco, frunció las cejas, desgredió sus melenas y declaró que desde mucho tiempo atrás había renunciado á todo eso. Por lo demás—añadió—en su juventud no hubiera retrocedido ante un reto, porque pertenecía á aquella gran época en que se encontraba una verdadera escuela de canto y verdaderos cantantes, cantantes clásicos que nada tenían de común con los chillones de ahora. El mismo en persona, Pantaleone Cippatola *da Varese*, recibió un día en Módena el homenaje de una corona de laurel, y en aquella ocasión hasta soltaron palomas blancas en el teatro; y un príncipe ruso, *il principe Tarbuski*, con quien tuvo en otro tiempo relaciones de íntima amistad, le invitaba siempre después de cenar á que se fuese á Rusia, prometiéndole montañas de oro... ¡montañas! Pero él no había querido abandonar *il paese del Dante*. Verdad es que más tarde circunstancias desgraciadas... sus propias imprudencias... Aquí se interrumpió el viejo, suspiró profundamente y bajó la cabeza; después empezó otra vez á hablar de la época clásica del canto y del célebre tenor García, por quien sentía una admiración tan honda como desmedida.

— ¡Qué hombre! *Il gran Garcia* nunca se rebajó hasta cantar de falsete, como lo hacen los pésimos tenores, los *tenoracci* de nuestros días. ¡De pecho, nada más que de pecho! *Voce di petto, si!*

El viejo, con sus dedillos flacos, se golpeó enérgicamente el buche.

— ¡Y qué actor, un volcán! ¡*Signorì miei*, un volcán, *un Vesuvio!* ¡Tuve el honor y el gusto de cantar con él en la ópera *dell'illustrissimo maestro Rossini*, en el *Otello!* García cantaba el papel de Otelo, yo el de Yago. Y cuando cantó esta frase...

Al llegar aquí, Pantaleone tomó una postura trágica y se puso á cantar con voz temblona y ronca, pero aún muy expresiva, sin embargo:

«*L'ira d'avverso fato
Io più non temerò!*»

El teatro se venía abajo, *signorì miei*. Pero yo no me quedé corto, y repliqué después de él:

«*L'ira d'avverso fato
Temer più non dovidò.*»

Y él después, de pronto, como un rayo, como un tigre:

«*Morrò!... ma vendicato...*»

Y fíjense Vds., cuando cantaba... cuando cantaba la célebre *cavatina* de *Il matrimonio segreto*:

«*Pria che spunti l'alba...*»

entonces él, *il gran Garcia*, después de estas palabras:

«*I cavalli di galoppo*»

hacía sobre estas palabras:

«*Senza posa caccierà...*»

hacía... oigan Vds. qué prodigioso es esto, *com'è stupendo!*... hacía...

El viejo salió con una *fioritura* difícilísima; pero al llegar á la décima

nota, se hizo un lío, se puso á toser y se volvió bruscamente, diciendo:

—¡Déjenme en paz! ¿Por qué me atormentan Vds.?

Gemma saltó de la silla, aplaudiendo; y gritando «¡Bravo, bravo!», corrió hacia el pobre Yago retirado y le plantó bonitamente las dos manos en los hombros.

Sólo Emilio se reía hasta desternillarse. «Esa edad no tiene compasión», dijo La Fontaine.

Sanin trató de consolar al pobre cantante, y se puso á charlar con él en italiano. Había adquirido una leve tintura de esta lengua durante su último viaje. Habló de *il paese del Dante, dove il si suona*. Esta frase, con el *Lasciate ogni speranza*, constituía en lengua italiana todo el bagaje poético del joven viajero.

Pero Pantaleone no respondió á esas atenciones. Hundiendo más profundamente que nunca la barba en la corbata y abriendo mucho los ojos con aire mohino, parecía de nuevo un ave, y hasta un ave encolerizada, un cuervo ó un milano. Entonces Emilio, con un leve y repentino rubor, como es costumbre en los niños mimados de quince años, se dirigió á su hermana y la dijo que si quería distraer á su huésped, nada mejor podía encontrar sino leerle una de esas comedias de Maltz que tan bien leía ella. Gemma se echó á reír, dando un golpecito en la mano á Emilio, y exclamó «que no había nadie como él para tener semejantes ocurrencias». Sin embargo, apresuróse á ir á su cuarto, regresó con un libro

en la mano, se sentó delante de la mesa en el diván, alzó el dedo para imponer silencio con un ademán enteramente italiano, y comenzó la lectura.

VII

Maltz era uno de los literatos francofurtenses del período de 1830. Sus sainetes, cortos y ligeramente planeados, escritos en el dialecto local, describían los tipos de la comarca de una manera burlesca y atrevida, aunque el humorismo no fuese muy profundo.

Gemma leía de una manera notable, lo mismo que un buen actor. Sostenía perfectamente con todos sus matices el carácter de cada personaje, y desplegaba cualidades de mimica que había heredado con la sangre italiana. Cuando se trataba de representar alguna vieja en la chochez ó algún burgo-maestre imbécil, hacía las muecas más chistosas, encogía los ojos, fruncía la nariz, ceceaba y chillaba, sin piedad ninguna para con su voz delicada y su lindo rostro.

Nunca se reía al leer; pero si los oyentes, excepto Pantaleone, que se apresuraba á marcharse con aspecto de mal humor así que se hablaba de *quel ferroflutto tedesco*; si los oyentes la interrumpían con una carcajada simpática, entonces dejaba caer el libro en las rodillas y reíase también ella á mandíbula batiente, echando atrás la

cabeza, mientras que los rizos de sus negros cabellos saltaban sobre su nuca y sus hombros sacudidos por la hilaridad. Pero en cuanto se había acabado de reír, cogía otra vez el libro, daba nueva expresión conveniente á las facciones y continuaba en serio la lectura.

Sanin no podía saciarse de admirarla. Chocábale una cosa, sobre todo: ¿por qué misterio, aquella cara tan idealmente hermosa podía tomar de pronto una expresión cómica y á veces hasta trivial?

Gemma era menos hábil en el modo de leer los papeles de muchachas, de «damas jóvenes». Las escenas de amor, sobre todo, no las hacía bien. Ella misma lo notaba; por eso les daba un leve matiz irónico, como si no creyese en esos pomposos juramentos, en esas frases sublimes, de que el autor, además, absteníase todo lo posible.

Pasaban las horas sin advertirlo Sanin, y no se acordó de su viaje hasta que dieron las diez en el reloj. Botó de la silla como si le hubiesen pinchado.

—¿Qué tiene V.? — preguntó Frau Lenore.

—Tenía que salir hoy para Berlín, y tenía reservado asiento en la diligencia.

—¿Cuándo sale la diligencia?

—A las diez y media.

—Entonces ya es demasiado tarde— dijo Gemma. — Quédese V. y le leeré alguna otra cosa.

—¿Había V. pagado el billete entero, ó nada más dado señal? — preguntó Frau Lenore, con un poco de curiosidad.

—¡Todo entero! — gimió Sanin con gesto lastimero.

Gemma le miró, entornando los ojos, y se echó á reír.

—¿Cómo es eso! — le dijo su madre con tono de reprensión. — Este joven acaba de perder dinero, ¿y eso te hace reír?

—¡Bah! — respondió Gemma. — No se quedará arruinado por eso, y trataremos de consolarle. ¿Quiere V. limonada?

Sanin tomó un vaso de limonada, Gemma reanudó la lectura de Maltz, y todo fué de nuevo lo mejor del mundo.

Dieron las doce de la noche. Sanin empezó á despedirse.

—Debe V. permanecer algunos días en Francfort — le dijo Gemma. — ¿Por qué tantas prisas? Ninguna otra ciudad le parecerá á V. más agradable.

Hizo una pausa, y repitió sonriéndose:

—Ninguna otra, verdaderamente.

Sanin no respondió nada, y pensó que lo vacío de su bolsa le obligaba á permanecer en Francfort hasta que tuviese contestación de un amigo de Berlín, á quien había resuelto pedir dinero prestado.

—Quédese V., quédese — dijo á su vez Frau Lenore; — le haremos entablar conocimiento con el prometido de Gemma, el señor Karl Klüber. Hoy no ha podido venir, porque está ocupadísimo en sus almacenes. Probablemente habrá visto V. en la *Zeile* un gran almacén de paños y sedas; pues bien, allí está de dependiente principal. Quedará contentísimo de presentar á V. sus respetos.

Sanin, sabe Dios por qué, se sintió un poco contrariado. «¡Feliz prometido!»—pensó, mirando á Gemma. Y creyó advertir en los ojos de la joven una expresión burlona.

Saludó de nuevo á aquellas damas.

—¡Hasta mañana, hasta mañana! ¿No es así?—le preguntó Frau Lenore.

—¡Hasta mañana!—dijo Gemma, no á modo de pregunta, sino con un tono afirmativo, cual si hubiera sido imposible la duda.

—¡Hasta mañana!—respondió Sanin.

Emilio, Pantaleone y *Tartaglia* le acompañaron hasta la esquina de la calle. Pantaleone no pudo menos de manifestar su disgusto acerca del modo de leer que había tenido Gemma.—¿Cómo no le daba vergüenza? ¿Qué es eso, hacer muecas, chillar!—*¡Una caricatura!*—Hubiera podido elegir *Méropé* ó *Clitemnestra*, algo grande, trágico; ¡y no que prefería imitar á una bruja alemana cualquiera! «Yo también puedo hacer otro tanto... *Mertz, kertz, smertz*»—dijo con voz ronca, alargando la cara hacia adelante y esparrancando los dedos. *Tartaglia* ladró detrás de él y Emilio se echó á reír. El viejo les volvió bruscamente la espalda.

Sanin volvió á la fonda del *Cisne Blanco*, donde le esperaba su equipaje en un rincón de la gran sala de espera. Hallábase en un estado de espíritu bastante confuso. Aún le zumbaban en los oídos todas aquellas conversaciones italo-franco-tudescas.

—¡Prometida!—murmuró, metiéndose en la cama del modesto dormito-

rio que había pedido.—¡Y qué hermosa es! Pero ¿por qué me he quedado?

Sin embargo, el siguiente día escribió una carta á su amigo de Berlín.

VIII

No había acabado de vestirse, cuando un camarero de la fonda le anunció la visita de dos señores. Uno de ellos era Emilio; el otro, un joven, buen mozo, con la cara más regular que pudiera verse, era Herr Karl Klüber, el novio de la hermosa Gemma.

Todo induce á suponer que por aquel entonces no había en ningún comercio de Francfort un primer dependiente tan cortés, tan bien educado, tan imponente, tan amable como Herr Klüber. Lo intachable de su vestir sólo tenía igual en lo digno de su apostura y en lo elegante de sus maneras, elegancia un poco espetada, según la moda inglesa (había pasado dos años en Inglaterra), pero exquisita, sin embargo. A primera vista se notaba claramente que ese guapo mozo, un poco severo, bien educado y muy relamido, tenía costumbre de obedecer á sus superiores y tratar á baquetazos á sus inferiores, y que detrás del mostrador no podía menos de inspirar respeto hasta á los parroquianos. No podía concebirse la menor duda respecto á su honradez; bastaba ver el almidonado cuello que le sostenía la barba. Y su voz era tal como

podiera apetecerse, llena y grave como la de un hombre que tiene confianza en sí mismo, no demasiado fuerte, sin embargo, y hasta llena de cierta dulzura de timbre. Era una voz excelente para dar órdenes á los dependientes inferiores: «¡Enseñe V. aquella pieza de terciopelo de Lyon *punzó!*» O bien: «¡Ponga V. una silla á la señora!»

El señor Klüber comenzó por presentar sus cumplimientos, y al hacer las reverencias se inclinó tan noblemente, resbaló los pies de un modo tan agradable y entrechocó ambos tacones con tal urbanidad, que no podía vacilarse en decir: «Este es un hombre que tiene ropa blanca y virtudes morales, todo de primera calidad.» En la mano izquierda, calzada con guante de Suecia, tenía un sombrero reluciente como un espejo y en el fondo de él estaba el otro guante, la mano derecha, desnuda, que alargó á Sanin con ademán modesto pero resuelto, estaba tan bien acabada que superaba á toda idea preconcebida: cada una de las uñas era la perfección misma en su especie. Luego declaró, con los términos más selectos de la lengua alemana, que había deseado presentar sus respetos y la seguridad de su gratitud al señor extranjero que había prestado un señaladísimo servicio á un futuro pariente suyo, al hermano de su prometida esposa. Al decir estas palabras, extendió la mano izquierda, la que sostenía el sombrero, en dirección á Emilio, quien, perdiendo el tino, se volvió hacia la ventana y

se metió el dedo índice en la boca. Herr Klüber añadió que se consideraría muy feliz si por su parte pudiera hacer alguna cosa que le fuese grata al señor extranjero.

Sanin respondió, también en alemán, pero no sin algunas dificultades, que estaba encantado... que el servicio era de poca importancia, y rogo á sus huéspedes que tomasen asiento. Herr Klüber les dió las gracias, y levantándose en un periquete los faldones de la levita, se sentó en una silla, pero tan ligeramente y de una manera tan poco segura, que era imposible no decirse: «He ahí un hombre que se ha sentado por pura fórmula y que va á levantar el vuelo al instante.» En efecto, levantó el vuelo unos minutos después, y dando discretamente dos pasitos adelante, como en la contradanza, explicó con aire modesto que, con gran pesar suyo, no podía permanecer más tiempo porque se iba al almacén— ¡los negocios ante todo!—pero que siendo domingo el día siguiente, con aprobación de Frau Lenore y de Fraülein Gemma, había organizado una gira de recreo á Soden, á la cual tenía el honor de invitar al señor extranjero, y que alimentaba la esperanza de que éste se dignaría «embellecerla» con su presencia. Sanin no rehusó «embellecerla». Herr Klüber le hizo en seguida unas cortesías y salió, luciendo sus pantalones del matiz más delicado, gris perla; las suelas de las botas, nuevecitas, chillaban no menos agradablemente.

IX

En cuanto su futuro cuñado hubo salido, Emilio, que aun después de la invitación hecha por Sanin de «tomarse la molestia de sentarse», no había cesado de mirar por la ventana, dió media vuelta á la izquierda, y ruborizándose, con un mohín de afectación infantil, preguntó á Sanin si podía quedarse aún un poco.

—Me siento mucho mejor hoy—añadió;—pero el doctor me ha prohibido trabajar.

—Quédese, no me estorba V. de ningún modo—exclamó en seguida Sanin, encantado, como todo verdadero ruso, de aceptar la primera proposición que pudiese dispensarle de hacer él mismo alguna cosa.

Emilio dió las gracias, y en un instante tomó posesión de Sanin y de su cuarto; examinó los objetos de la pertenencia de su huésped y preguntó acerca de todo lo que veía: «¿Dónde lo ha comprado V.? ¿Cuánto le costó esto?» Le ayudó á afeitarse, le dijo que hacía mal en no dejarse crecer el bigote, y, por último, le contó una multitud de particularidades acerca de su madre, de su hermana, de Pantaleone, hasta de *Tartaglia*, y toda la manera de vivir de ellos. Había desaparecido todo conato de timidez en Emilio, quien sintió súbitamente un afecto extraordinario por Sanin, no á causa de que éste

le hubiera salvado la vida el día antes, sino por... «¡era tan simpático!» No tardó en confiarle todos sus secretos, insistiendo en particular sobre un tema. Mamá quería hacerle á toda costa comerciante, y él sabía, *sabía* sin género ninguno de duda que había nacido artista, músico, cantante, ¡que el teatro era su verdadera vocación! El mismo Pantaleone le animaba; pero Herr Klüber sostenía el parecer de mamá, sobre la cual tenía gran influencia. La idea de convertirle en un «hortera» era propia de Herr Klüber, en cuyo caletre nada podía compararse con la profesión de mercader. Vender paño y terciopelo, estafar al público, hacerle pagar *Narren oder Russen-Preise* (precios de imbéciles ó de rusos): ¡he aquí su ideal!

—Pero ya es hora de irnos á casa—exclamó en cuanto Sanin hubo concluido de arreglarse y escrito su carta á Berlín.

—Aún es muy pronto — dijo Sanin.

—Eso no importa — replicó Emilio con zalamería.—Vamos á correos, y de allí á casa. Gemma se pondrá muy contenta de verle á V. Almuerce V. con nosotros... Hable V. á mamá de mí, de mi carrera...

—Vamos — dijo Sanin. Y partieron.

X

Gemma, en efecto, pareció contentísima de verle, y Frau Lenore le re-

cibió muy amistosa. Visiblemente, había producido en ella una impresión favorable la víspera. Emilio corrió á ocuparse del almuerzo, no sin haber cuchicheado al oído de Sanin esta recomendación:

— ¡No lo olvide V.!

— En ello pienso — respondió Sanin.

Frau Lenore no se encontraba del todo bien; tenía jaqueca, y medio tumbada en un sillón, trataba de moverse lo menos posible. Gemma llevaba un peinador amarillo, sujeto á la cintura con un cinturón de cuero; tenía también aspecto fatigado, y una ligera palidez cubría sus mejillas; sus ojos estaban un poco ojerosos, pero su brillo no se había aminorado; y aquella palidez daba algo de misterio y dulzura á las facciones de su rostro, de una pureza y una severidad clásicas. Ese día chocóle á Sanin en particular la extraordinaria belleza de su mano... Cuando la levantaba para arreglarse y sujetar los rizos oscuros y lustrosos de sus cabellos, no podía apartar la vista de esos dedos largos y flexibles, separados unos de otros como los de la *Norrina* de Rafael.

Hacía mucho calor por fuera. Sanin quería irse después de almorzar, pero le hicieron ver que con semejante día lo mejor era quedarse donde estaba. Convino en ello, y se quedó. Un agradable fresco reinaba en la estancia de atrás, donde sus huéspedes y él se habían instalado, y cuyas ventanas daban á un jardinito plantado de acacias. Un ávido enjambre de abejas, avispas y zánganos azacanados zumbaban entre

el frondoso follaje sembrado de flores de oro. Ese incesante murmullo que penetraba en la habitación por las celosías entreabiertas y las cortinas echadas, hablaba del calor de afuera y hacía parecer aún más suave el fresco de aquella casa cerrada y hospitalaria.

Sanin habló mucho, como la víspera, pero ya no de Rusia ni de la vida rusa. Con el fin de complacer á su amiguito, á quien habían mandado á casa de Herr Klüber en seguida del almuerzo, para ejercitarse en la teneduría de libros, llevó la conversación al terreno de las ventajas y los inconvenientes comparados del arte y del comercio. Esperaba ver á Frau Lenore tomar la defensa de esta última profesión; pero su mayor extrañeza fué el ver que también Gemma participase de tales opiniones.

— Si se es artista, sobre todo cantante — insistió con ademán enérgico — es preciso ocupar el primer puesto. El segundo nada vale. ¿Y quién sabe si ha de llegar á ese primer puesto?

Pantaleone, que tomaba parte en la conversación (porque en su calidad de viejo y servidor antiguo, tenía el privilegio de sentarse en compañía de los dueños de la casa: los italianos, en general, no son de etiqueta muy severa), Pantaleone, naturalmente, defendía el arte con todas sus fuerzas. A decir verdad, sus argumentos eran harto flojos; repetía de continuo la necesidad de hallarse dotado de «cierto ímpetu de inspiración», *d'un certo estro d'ispirazione*. Frau Lenore le objetó que pro-

bablemente él mismo habría poseído ese *estro*, y que sin embargo...

—Tuve enemigos—respondió Pantaleone con aire tétrico.

—¿Y cómo puedes estar seguro (ya se sabe que los italianos se tutean á menudo), cómo puedes estar seguro de que Emilio, aun suponiendo que estuviese dotado de ese *estro*, no tendría enemigos?

—¡Pues bien, hacedle mercachifle! —dijo despechado Pantaleone.—¡Pero, Giovanni Battista no se hubiera conducido así, á pesar de ser de oficio confitero!

—Giovanni Battista, mi marido, era un hombre razonable; y si en su primera juventud pudo dejarse arrastrar...

Pero el viejo no escuchaba; alejóse, murmurando con aire fosco:

—¡Ah! ¡Giovanni Battista!

Gemma exclamó que si Emilio sentía en sí el amor á la patria, y si quería consagrar sus fuerzas á la independencia de Italia, podía ciertamente sacrificar la seguridad de su porvenir por un fin tan noble y elevado, pero no por el teatro. Al decir esto, Frau Lenore, inquieta, suplicó á su hija que, á lo menos, no arrastrase á su hermano fuera del buen camino. ¿No bastaba con que ella misma fuese una republicana furibunda?... Después de haber pronunciado estas palabras, Frau Lenore exhaló un suspiro quejumbroso y dijo que sufría mucho, que su cabeza estaba próxima á estallar. (Frau Lenore, por cortesía para con su huésped, hablaba en francés con su hija.)

Gemma se puso en seguida á hacerla

carantoñas, soplándola con delicadeza en la frente después de humedecérsela con agua de Colonia; la besó con dulzura en las mejillas, arregló la cabeza encima de la almohada, la prohibió que hablase y la besó de nuevo. Después, dirigiéndose á Sanin, se puso á contarle, medio en broma, medio sentimental, qué admirable madre era la suya y cuán hermosa había sido.

—Pero, ¿qué digo? ¡Aún lo es, y hermosísima! ¡Vea V., vea V. qué ojos!

Gemma sacó del bolsillo un pañuelo blanco, lo puso encima de la cara de su madre, y tirando de él hacia abajo poco á poco, descubrió primero la frente, después las cejas y los ojos de Frau Lenore, hizo una pequeña pausa y la dijo que mirase. Obedeció ésta, y Gemma dió un grito de admiración. (Los ojos de Frau Lenore eran en verdad hermosos.) Hizo resbalar rápidamente el pañuelo por la parte inferior de la cara, menos regular que la superior, y volvió á empezar á llenarla de besos. Frau Lenore, sonriéndose, se volvió un poco é hizo como que rechazaba á su hija con esfuerzo. Gemma fingió también luchar con su madre y se puso á acariciarla, no con la felina zalamería de las francesas, sino con la gracia italiana, bajo la cual siempre se adivina la fuerza.

Por fin, dijo Frau Lenore que estaba fatigada. Gemma la aconsejó dormirse un poco en el sillón.

—Y yo—dijo—con el caballero ruso, nos estaremos quietos, muy tranquilos, como ratoncitos.

Frau Lenore la dirigió una sonrisa por única respuesta, cerró los ojos, respiró hondamente dos ó tres veces y se adormeció. Gemma se sentó á escape junto á ella en una banqueta, y sosteniendo la almohada donde descansaba la cabeza de su madre, se quedó inmóvil, llevando solamente de vez en cuando á sus labios un dedo de la otra mano, para recomendar silencio, y mirando á Sanin con el rabillo del ojo cada vez que se permitía el menor movimiento. Concluyó éste por inmovilizarse también y permaneció como hechizado, dejando á su alma admirar con todas sus fuerzas el cuadro que ante él se ofrecía. Aquella estancia medio á oscuras, donde como puntos luminosos brillaban acá y allá frescas rosas muy abiertas en antiguos vasos de color verde; aquella mujer dormida, con las manos modestamente cruzadas, con su bondadoso rostro rendido y rodeado por la suave blancura de la almohada; aquella joven que la miraba con atención, también tan buena, pura y admirablemente hermosa, con sus ojos negros, profundos, llenos de sombra y sin embargo de fulgores... ¿eran un ensueño, ó un cuento de hadas?... ¿Y cómo estaba él allí?

XI

Sonó la campanilla de la puerta exterior. Un joven campesino, con chaleco rojo y gorra de piel, entró en la

confitería. Era el primer comprador de aquel día.

—He aquí cómo va el comercio—había dicho Frau Lenore á Sanin, dando un suspiro, durante el almuerzo.

Continuaba dormida. No atreviéndose Gemma á sacar la mano de debajo de la almohada, dijo muy quedo á Sanin:

—Vaya V. á despachar en lugar mío.

Sanin, andando de puntillas, pasó en seguida á la tienda. El joven labriego pidió un cuarterón de pastillas de menta.

—¿Qué le cobro?—dijo Sanin á media voz, á través de la puerta.

—Seis *kreutzers*—murmuró Gemma.

Sanin pesó las pastillas, buscó papel, hizo un cucurucho, lo llenó, lo desparramó, lo rehizo, lo desparramó otra vez, concluyó por entregarlo y recibió el dinero... El joven aldeano le miraba estupefacto, dándole vueltas á la gorra contra el pecho, mientras que en la otra habitación Gemma ahogaba la risa apretándose la boca con la mano. Aún no había salido ese comprador, cuando entró otro, luego un tercero...

—Parece que tengo buena mano—dijo para sí Sanin.

El segundo parroquiano pidió un vaso de horchata, el tercero media libra de bombones. Sanin les sirvió, armando un barullo de cucharas y platillos, y metiendo animoso los dedos en los cajones y en los botes de cristal de ancha boca. Hecha la cuenta, resultó que había vendido la horchata demasiado barata, y cobrado de más en los bombones dos *kreutzers*. Gemma no

cesaba de reirse quedito; en cuanto á Sanin, sentía una animación desusada y una disposición de ánimo verdaderamente feliz. ¡Hubiera vivido así eternidades vendiendo bombones y horchata detrás de aquel mostrador, mientras que desde la trastienda le miraba aquella encantadora criatura con ojos amistosamente burlones; mientras que el sol estival, á través del espeso follaje de los castaños que crecían delante de las ventanas, llenaba toda la estancia con el oro verdoso de sus rayos y de sus sombras; y mientras que su corazón se mecía con la dulce languidez de la pereza, del quietismo y de la juventud, de la primera juventud!

El cuarto parroquiano pidió una taza de café. Hubo que dirigirse á Pantaleone. Emilio no había vuelto aún del almacén de Herr Klüber.

Sanin volvió á sentarse junto á Gemma. Frau Lenore continuaba dormida, con gran contento de su hija...

—Cuando mamá duerme, se le quita la jaqueca—hizo observar.

Sanin se puso á hablar con ella en voz baja, como antes, por supuesto. Habló de su «comercio». Se informó muy formal acerca del precio de los diferentes «artículos del ramo de confitería». Gemma se los indicó con idéntica formalidad; y, sin embargo, ambos se reían para sus adentros, de buena fe, como si se confesasen á sí mismos que representaban una divertidísima comedia. De pronto, en la calle se puso á tocar un organillo el aria de *Freyschütz*:

«A través de los campos y llanos...»

Los sonidos gemebundos y temblores rechinaban en el aire inmóvil. Gemma se estremecía:

—¡Va á despertar á mamá!

Sanin se apresuró á salir é hizo desaparecer el músico ambulante, poniéndole en la mano algunos *kreutzers*. A su vuelta, Gemma le dió las gracias con una ligera seña de cabeza; luego, con una sonrisa meditabunda, tarareó con voz apenas perceptible la linda melodía en que Max expresa todas las vacilaciones del primer amor. En seguida preguntó á Sanin si conocía el *Freyschütz*, si le gustaba Weber; y añadió que, á pesar de su origen italiano, le gustaba esa música más que ninguna. De Weber, la conversación fué insensiblemente á parar á la poesía, al romanticismo, á Hoffmann, que todo el mundo leía entonces aún...

Sin embargo, Frau Lenore seguía durmiendo, y hasta roncaba ligeramente; y los rayos del sol, que pasaban como rayas estrechas á través de los resquicios de las persianas, iban cambiando de sitio y viajaban con un movimiento imperceptible, pero continuo, sobre el piso, sobre los muebles, sobre la falda de Gemma, sobre las hojas y los pétalos de las flores.

XII

Gemma no gustaba en manera alguna de Hoffmann, y hasta lo encontraba... aburrido. El elemento nebuloso y

fantástico de esos relatos del Norte no era accesible á su naturaleza meridional y enteramente impregnada de sol. «¡Esos no son sino cuentos de chiquillos!»—afirmaba, no sin desdén. Comprendía vagamente que Hoffmann carece de poesía.

Sin embargo, le gustaba mucho uno de aquellos cuentos, de cuyo título no podía acordarse. A decir verdad, lo que le gustaba era el principio de dicho cuento, pues se le había olvidado el final ó tal vez no lo hubiese leído nunca. Era la historia de un joven que encontraba no sé dónde, acaso en una confitería; una joven griega de asombrosa belleza, acompañada por un viejo de aire extraño, misterioso y cruel. El joven se enamora á primera vista de la señorita; ésta le mira con aire lastimero, como pidiéndole que la liberte. Aléjase él un momento, y al volver en seguida á la confitería, ya no encuentra á la joven ni al viejo. Lánzase en su busca, descubre á cada instante indicios de su presencia, prosigue su persecución, y por más que hace, nunca logra alcanzarlos en ninguna parte. La hermosa desconocida ha desaparecido para siempre, y él no tiene fuerzas para olvidar aquella mirada suplicante; atormentale la idea de que quizá se le ha escurrido de entre las manos toda la felicidad de la vida...

No es seguro que Hoffmann termine el relato de este modo; pero Gemma, sin tener conciencia de ello, lo arregló así y lo retuvo en la memoria.

—Me parece—dijo—que encuentros

y separaciones de este género, son más frecuentes de lo que creemos.

Sanin permaneció en silencio algunos instantes; luego habló de Herr Klüber. Era la primera vez que pronunciaba su nombre; hasta aquel momento, ni siquiera había pensado en ese personaje.

A su vez, Gemma se calló un instante, mordiéndose con aire pensativo la uña del dedo índice; apartó la vista, luego hizo un elogio de su futuro, habló de la gira de recreo proyectada para el día inmediato, y echando una rápida ojeada á Sanin, volvió á quedarse silenciosa.

Sanin ya no sabía sobre qué sacar conversación.

Emilio entró bruscamente y despertó á Frau Lenore...

Sanin se puso contento al verle llegar.

Frau Lenore se levantó del sillón. Presentóse Pantaleone, y dijo que la comida estaba servida. El amigo de la casa, excantante y sirviente, desempeñaba también las funciones de cocinero.

XIII

Sanin permaneció aún después de comer. Se habían negado á dejarle partir, so pretexto de que hacía un calor horrible; y cuando hubo caído un poco el calor, le propusieron salir al jardín á tomar el te, á la sombra de las acacias. Sanin aceptó; sentíase completa-

mente feliz. Las horas apacibles y de dulce monotonía de la vida guardan exquisitos goces, y se entregaba á ellos con delicia, sin pedir más al día presente, sin acordarse de la víspera, sin pensar en mañana. ¡Qué encanto sólo la presencia de una joven como Gemma! Iba á separarse de ella muy pronto, y quizá para siempre; pero mientras la misma barquilla, como en los versos de Uhland, te mece sobre las ondas serenas de la vida, ¡sé feliz, viajero; deléitate! ¡Feliz viajero! Todo le parecía amable y encantador.

Frau Lenore le propuso medirse con ella y Pantalcone al juego del *tresette*; le enseñó este juego italiano poco complicado; ganóle ella algunos *kreutzers*, y quedó hechizado él. A petición de Emilio, Pantaleone obligó al perro *Tartaglia* á que hiciese todas sus habilidades: *Tartaglia* saltó por encima de un palo, habló (es decir, ladró), estornudó, cerró la puerta con el hocico, trajo á su amo una zapatilla vieja, y, por último, con un chacó en la cabeza, representó al mariscal Bernadotte escuchando las sangrientas acusaciones que Napoleón le dirige por su traición. Naturalmente, Pantaleone era quien hacía de Napoleón, ¡y con suma fidelidad, á fe mía! Con los brazos cruzados ante el pecho y un tricornio metido hasta las cejas, hablaba con tono seco y áspero en francés, ¡y en qué francés, santo Dios! Frente á su amo, sentado *Tartaglia* sobre las patas traseras, encogido y apretando la cola entre las piernas, hacía guiños con aire humilde y confuso bajo la visera del chacó metido

de través. De rato en rato, cuando Napoleón alzaba la voz, erguíase sobre las patas de atrás. «¡*Fuori traditore!*»—exclamó, por último, Napoleón, olvidando, en el exceso de su cólera, que debía sostener hasta el fin su papel en francés; y Bernadotte huyó á todo correr debajo del diván, de donde salió casi en seguida ladrando alegre, como para hacer saber á todos que la función había concluido. Los espectadores se rieron mucho, y Sanin más que los demás.

Cuando Gemma se reía, mezclaba con las risas unos gemiditos de lo más divertido del mundo... Sanin estaba en sus glorias con esa risa. Acabó por sentir un deseo loco de comérsela á besos por esos gemiditos.

Por fin, llegó la noche. ¡Hay que saber ser razonable! Después de haberse despedido de todos y repetido á cada uno «hasta mañana» (hasta abrazó á Emilio), Sanin regresó á la fonda, llevando en el corazón la imagen de aquella joven, ya risueña, ya pensativa, ya apacible hasta la indiferencia, pero siempre encantadora. Sus hermosos ojos, á veces muy abiertos, brillantes y alegres como el día, otras medio velados por las pestañas, oscuros y profundos como la noche, estaban tenazmente ante su vista, mezclándose con todas las demás imágenes, con todos los otros recuerdos.

En lo que no pensó ni una sola vez fué en Herr Klüber, en las razones que le habían retenido en Francfort, en una palabra, en todo lo que le había agitado la víspera.

XIV

Preciso es que digamos algunas palabras acerca del mismo Sanin. En primer término, no era mal parecido: talle proporcionado y elegante, facciones agradables aunque un poco indecisas, ojos azules claros, de cariñosa expresión, cabellos con reflejos de oro, piel blanca y sonrosada, y, sobre todo, ese aire ingenuamente alegre, confiado, abierto, un poco bobo á primera vista, en el cual reconocíase antaño sin trabajo á los hijos de los nobles de la estepa, los «hijos de familia», los jóvenes de buena casa, nacidos y engordados al aire libre en las feraces comarcas del Sur; bonito andar, un poco vacilante, leve ceceo al hablar, una sonrisa infantil en cuanto le miraban..., en fin, buen humor, salud, molicie, molicie y más molicie: tal era Sanin de cuerpo entero. Además, no estaba desprovisto de talento ni de instrucción. Había conservado su frescura de impresiones, á pesar de su viaje al extranjero; para él eran casi desconocidos los sentimientos tumultuosos que perturbaban á la mejor parte de la juventud de entonces.

En nuestros días, después de una minuciosa rebusca de «hombres nuevos», nuestra literatura se ha puesto á producir tipos de jóvenes decididos á guardar su frescura, á conservarse frescos é intactos... cueste lo que cues-

te, frescos como las ostras que de Flensburgo llevan á Rusia. Sanin no tenía nada de común con ellos: era naturalmente fresco. De compararle con algo, hubiera sido menester hacerlo con un manzano nuevo, de hojas rizadas, recién ingerto, de nuestros viveros de tierras negras, ó mejor aún, con un potro de tres años, nacido en las antiguas yeguas de señores, bien cuidado y reluciente, uno de esos potros de piernas mal desbastadas, que apenas empiezan á aprender el trote largo. Los que han encontrado á Sanin más tarde, baqueteado por la vida, perdida de mucho tiempo atrás la «flor» de la juventud, esos han conocido otro hombre.

Al día siguiente, aún estaba Sanin en la cama, cuando Emilio, vestido de fiesta, trascendiendo á pomada y con un junquillo en la mano, se metió de rondón en el dormitorio y anunció que Herr Klüber iba á llegar con el coche, que el día prometía ser magnífico, que todo estaba dispuesto en casa, pero que mamá no iba á ir, porque le había vuelto á dar la jaqueca de la víspera. Se puso á dar prisa á Sanin, asegurándole que no había un minuto que perder. En efecto, Kerr Klüber encontró aún á Sanin arreglándose. Llamó á la puerta, entró, inclinó y enderezó su noble talle, declaró hallarse dispuesto á esperar todo cuanto se quisiera y tomó asiento, con el sombrero elegantemen-

te apoyado en una rodilla. El guapo dependiente se había emperejilado hasta lo imposible; cada uno de sus movimientos desprendía fuertes efluvios de los más suaves olores. Había venido en una gran carretela descubierta, un iandó enganchado con dos caballos de mala estampa, pero de alzada y fuerza. Un cuarto de hora después, Sanin, Klüber y Emilio deteníanse triunfalmente á la puerta de la confitería. La señora Roselli se negaba de un modo resuelto á tomar parte en el paseo. Gemma quiso quedarse con su madre, pero esta misma la empujó al coche.

—No necesito de nadie, dormiré— dijo.—De buena gana hubiera enviado con Vds. á Pantaleone, pero se necesita alguno para despachar á los parroquianos.

—¿Podemos llevarnos á *Tartaglia*?

—¿Qué duda tiene?

Al punto se lanzó *Tartaglia* alegremente al pescante, y se instaló allí relamiéndose. Se veía que estaba familiarizado con esa gimnástica.

Gemma se había puesto un gran sombrero de paja con cintas pardas, cuyo borde bajaba por delante, resguardándola casi toda la cara contra los rayos del sol. La línea de la sombra terminaba precisamente en la boca, brillaban sus labios con un encarnado suave y fino como los pétalos de la rosa de cien hojas, y sus dientes despedían cándidos reflejos como en los niños. Gemma tomó asiento en el fondo junto á Sanin; Klüber y Emilio enfrente de ellos. El pálido rostro de Frau Lenore apareció en una ventana;

Gemma la hizo una señal de despedida con su pañuelo blanco, y el coche arrancó.

XV

Soden es un pueblecito situado á media hora de Francfort, en un paraje encantador, en las faldas de Taunus. Entre nosotros los rusos goza de renombre á causa de sus aguas minerales, eficaces en las enfermedades del pecho, según se asegura. Los francfurtenses nunca van allí sino para giras de recreo, porque Soden posee un magnífico parque y *restaurants* donde puede tomarse café y cerveza á la sombra de los tilos y de los arces. El camino de Francfort á Soden, orillado de árboles frutales, costea la margen derecha del Mein. Mientras el coche rodaba tranquilamente por aquel camino magnífico, Sanin observaba á hurtadillas la actitud de Gemma respecto á su futuro. Era la primera vez que los veía juntos. La actitud de la joven era serena y sencilla, pero con un poco más reserva y seriedad que de costumbre; Klüber tenía el porte de un superior indulgente que se permite á sí mismo, y permite á su subordinado, un placer discreto y de buen tono. Sanin no observó en él ninguna particular atención para con Gemma, nada de lo que los franceses llaman *empressement* (obsequiosidad). Evidentemente, Herr Klüber consideraba el asunto

como trato hecho, y no veía ningún motivo para molestarse y hacer el galán; en cambio, su condescendencia no le abandonaba un minuto, y hasta en el gran paseo que dieron antes de comer, más allá de Soden, á través de las montañas y de los valles frondosos, mientras saboreaba las bellezas de la naturaleza, miraba el paisaje con aquel invariable aire de indulgencia á través del cual se traslucía de vez en cuando la severidad natural en un superior. Así, hizo notar que cierto riachuelo corría hartó en línea recta, en vez de dar pintorescos rodeos; hasta desaprobó la conducta de un pajarillo que variaba muy poco su canto. Gemma no se aburría, y hasta experimentaba una visible satisfacción. Sin embargo, Sanin no encontraba ya en ella la Gemma de la víspera; y no porque la más leve sombra oscureciese su hermosura (nunca había estado más resplandeciente), sino que su alma parecía haberse escondido en lo más recóndito de su ser. Elegantemente enguantada y con la sombrilla abierta en la mano, andaba con aplomo, sin apresurarse, como hacen las señoritas bien educadas, y hablaba poco. Emilio tampoco estaba á sus anchas, y Sanin aún menos. Entre otras cosas que contribuían á molestarle, había la de que la conversación se sostuvo todo el tiempo en alemán.

Sólo *Tartaglia* estaba enteramente alegre. Corría dando furiosos ladridos tras de los tordos que levantaba al paso; cruzaba los barrancos, saltaba por encima de los troncos y de las raíces, se tiraba al agua lamiéndola

con avidez; se sacudía, gimoteaba, luego salía disparado otra vez como una flecha, dejando colgar su lengua roja hasta encima del hombro. Por su parte, Herr Klüber hacía todo lo que juzgaba necesario para divertir á la sociedad. Invitó á sus compañeros á sentarse á la sombra de un copudo roble, y sacando del bolsillo un librito titulado *Knallerbsen, oder du sollst und wirst lachen!* (Petardos, ó ¡Debes reírte y te vas á reír!), se creyó en el caso de leer las anécdotas escogidas de que ese libro estaba lleno. Leyó una docena sin provocar mucha alegría. Sólo Sanin, por urbanidad, enseñaba los dientes. En cuanto á Herr Klüber, después de cada anécdota, dejaba oír una risita de pedagogo, modificada como siempre por un tinte de condescendencia. Hacia mediodía volvieron todos á Soden al mejor *restaurant* de la comarca.

Tratábase de tomar disposiciones para la comida.

Herr Klüber propuso realizar este acto en un pabellón cerrado por todas partes, *im gartensalon*; pero Gemma se sublevó de pronto contra esto, y dijo que no comería sino al aire libre, en el jardín, en una de las mesitas puestas delante del *restaurant*; que le aburría ver siempre las mismas caras, y que deseaba tener otras á la vista. Varios grupos de recién venidos se habían sentado ya alrededor de esas mesitas.

Mientras Klüber, sometiéndose con condescendencia «al capricho de su futura», iba á entenderse con el camarero en jefe, Gemma permaneció de

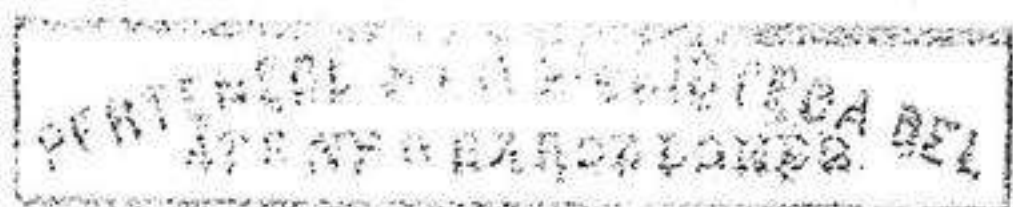
pie, inmóvil, con los ojos bajos y los labios apretados; sentía que Sanin no apartaba de ella su mirada, casi interrogadora, y hubiérase dicho que eso le causaba enfado. Por fin regresó Klüber, anunciando que la comida estaría dispuesta dentro de media hora, y propuso jugar una partida de bolos para esperar.

—Eso es muy bueno para abrir el apetito, ¡je, je, je!—añadió.

Jugaba á los bolos magistralmente; al arrojar las bolas, tomaba posturas magníficas, hacía valer la musculatura de los brazos y piernas, balanceándose con gracia en un pie. Era un atleta en su género; estaba sólidamente configurado. Y luego, ¡eran tan blancas, tan bellas, sus manos! ¡Y se las enjugaba con tan rico pañuelo de seda de la India, con flores de color amarillo de oro!

Llegó la hora de comer, y toda la compañía se puso á la mesa.

XVI



Sabido es de lo que consta una comida alemana: una sopa de aguachirle con canela y unas bolitas de pasta cubiertas de gibosidades; carne cocida, seca como corcho, rodeada de remolachas fofas, de rábano picado y patatas viscosas, envueltas en una grasa blanquizca; una anguila azulada con salsa de alcaparras en vinagre; un asado

con conservas en vinagre, y el imprescindible *mehlspeise*, especie de *pudding* rociado con una salsa roja agrilla; en cambio, vino y cerveza muy presentables. Tal era la comida que el fondista de Soden presentó á sus huéspedes.

Por lo demás, esa comida pasó muy bien. En verdad, no se hizo notar por una animación particular, aun cuando Herr Klüber brindó « ¡Por lo que nos es querido! (*Was wir lieben!*) Todo se realizó de la manera más decente y digna. Después de la comida sirvióse un café ácido y rojizo, un verdadero café alemán. Herr Klüber, como galante caballero, pedía á Gemma permiso para fumar un cigarro, cuando de pronto ocurrió una cosa imprevista, una cosa verdaderamente desagradable y hasta indigna...

Algunos oficiales de la guarnición de Maguncia se habían instalado en una de las mesas próximas. Por sus miradas y cuchicheos, podía adivinarse sin esfuerzo que les había llamado la atención la hermosura de Gemma. Uno de ellos, que probablemente había estado en Francfort, miraba á la joven como se mira á una persona conocida; era claro que sabía quién era. De pronto se levantó, vaso en mano—los señores oficiales habían hecho ya numerosas libaciones, y el mantel estaba cubierto de botellas delante de ellos;—acercóse á la mesa donde estaba sentada Gemma. Era un jovenzuelo con cejas y pestañas de un rubio soso, aunque con una fisonomía agradable y hasta simpática, pero sensiblemente alterada por el vino que había bebido.

Sus mejillas estaban estiradas é inflamados los ojos, que vagaban de acá para allá con una expresión insolente. Sus camaradas, después de intentar contenerle, le dejaron ir. Empezado el melón, era preciso ver en qué paraba aquello.

El oficial, tambaleándose un poco, se detuvo delante de Gemma, y con voz que quería hacer segura, pero en la cual, á pesar suyo, se revelaba una lucha interior, exclamó:

—¡Brindo por la salud de la más hermosa botillera que hay en Francfort y en el mundo entero! (De un sorbo se tragó todo el contenido del vaso.) ¡Y en recompensa, tomo esta flor cogida por sus divinos dedos!

Y cogió una rosa que había junto al plato de Gemma. Asombrada al pronto y asustada, ésta se puso pálida como una muerta; después, trocándose en ira su espanto, se ruborizó hasta la raíz de los cabellos. Sus ojos, fijos en el insultante, se oscurecieron y centellearon á la vez, llenándose de tinieblas y relámpagos de una indignación desbordada...

El oficial, turbado al parecer por esa mirada, murmuró algunas palabras incoherentes, saludó y se fué adonde estaban sus amigos, quienes le acogieron con risas y ligeros aplausos.

Herr Klüber se levantó bruscamente, se irguió con toda su estatura, y calzándose el sombrero, dijo con dignidad, pero no muy alto:

—¡Esto es inaudito! ¡Es una insolencia inaudita! (*Unerhört! unerhört! Frechheit!*)

En seguida llamó al mozo con voz severa, y no sólo pidió que le trajesen en el acto la cuenta, sino que además ordenó que enganchasen el coche, y añadió que era imposible que personas distinguidas viniesen á este establecimiento, puesto que en él se insultaba. Al oír Gemma estas palabras, inmóvil en su sitio—una respiración jadeante sacudía su pecho—dirigió los ojos á Herr Klüber, y fijó en él la misma mirada que había arrojado al oficial. Emilio temblaba de rabia.

—Levántese V., *mein Fraülein*—profirió Herr Klüber, siempre con idéntica severidad;—no conviene que permanezca V. aquí. Vamos á meternos en el interior del *restaurant*.

Gemma se levantó sin decir nada. La presentó él su torneado brazo, puso ella el suyo encima, y Herr Klüber se dirigió entonces al *restaurant* con un andar majestuoso, cada vez más majestuoso y arrogante conforme se alejaba del teatro de los sucesos. El pobre Emilio les siguió todo trémulo.

Pero mientras que Herr Klüber ajustaba la cuenta con el mozo, á quien no dió ni un *kreutzer* de propina, para castigarle por lo sucedido, Sanin se había acercado rápidamente á la mesa de los oficiales, y dirigiéndose al que había insultado á Gemma, y que en aquel momento daba á oler su rosa á los demás, uno tras otro, con voz clara, pronunció en francés estas palabras:

—¡Caballero, lo que acaba V. de hacer es indigno de un hombre de honor, indigno del uniforme que viste; y

vengo á decirle á V. que es un fatuo mal educado!

El joven dió un salto; pero otro oficial de más edad le detuvo con un ademán, le hizo sentarse, y dirigiéndose á Sanin le preguntó, en francés también, si era hermano, pariente ó novio de aquella joven.

—Nada tengo que ver con ella—exclamó Sanin.—Soy un viajero ruso, pero no he podido ver á sangre fría tal insolencia. Por lo demás, aquí están mi nombre y mis señas; el caballero oficial sabrá dónde encontrarme.

Al decir estas palabras, Sanin echó en la mesa su tarjeta de visita y con rápido ademán cogió la rosa de Gemma, que uno de los oficiales había dejado caer en un plato. El joven oficial le hizo un nuevo esfuerzo para levantarse de la silla, pero su compañero le retuvo por segunda vez, diciéndole:

— ¡Quieto, Dönhof! (*Dönhof, sei still!*)

Luego se levantó él mismo, y llevándose la mano á la visera de la gorra, no sin un matiz de cortesía en la voz y en la actitud, dijo á Sanin que en la mañana siguiente uno de los oficiales de su regimiento tendría el honor de presentársele. Sanin respondió con un breve saludo y se apresuró á reunirse con sus amigos.

Herr Klüber fingió no haber notado la ausencia de Sanin ni sus explicaciones con los oficiales; daba prisa al cochero que enganchaba los caballos, é irritábase en extremo contra su lentitud. Gemma tampoco dijo nada á Sanin; no le miró siquiera. Por sus cejas

fruncidas, sus labios pálidos y apretados, su misma inmovilidad, adivinábase lo que sucedía en su alma. Sólo Emilio tenía visibles deseos de hablar con Sanin y de interrogarle: le había visto acercarse á los oficiales, darles una cosa blanca, un pedazo de papel, carta ó tarjeta... Palpitábale el corazón al pobre muchacho, le abrasaban las mejillas; estaba pronto á echarse al cuello de Sanin, pronto á llorar, ó arrojarle con él para reducir á polvo á todos aquellos abominables oficiales. Sin embargo, se contuvo y se limitó á seguir con atención cada uno de los movimientos de su noble amigo ruso.

Por fin, el cochero acabó de enganchar los caballos; subieron los cinco al coche. Emilio, precedido por *Tartaglia*, trepó al pescante; allí estaba más libre y no le quitaba la vista á Klüber, á quien no podía ver á sangre fría.

Durante todo el camino discursó Herr Klüber... y habló él solo: nadie le interrumpió ni le hizo ninguna señal de aprobación. Insistió especialmente en lo mal que hicieron en no escucharle cuando propuso comer en un gabinete reservado. ¡De ese modo no hubiera habido ningún disgusto! En seguida enunció juicios severos y hasta con ribetes de liberalismo acerca de la imperdonable indulgencia del gobierno con los oficiales; le acusó de descuidar el sostenimiento de la disciplina y de no respetar bastante al elemento civil en la sociedad (*das bürgerliche element in der societät*). Después dijo cómo con el tiempo esto produciría descontento general; que de eso á la revolución no

había más que un paso, como lo atestiguaba (aquí exhaló un suspiro compasivo, pero severo) el triste, el trístimo ejemplo de Francia. Sin embargo, al punto añadió que personalmente se inclinaba ante el poder, y que no sería revolucionario jamás de los jamaes; pero que no podía menos de manifestar su desaprobación respecto á tanta licencia. Luego entró en consideraciones generales sobre los principios y la falta de principios, la moralidad, las conveniencias y el sentimiento de la dignidad.

Durante el paseo que precedió á la comida, Gemma no había parecido enteramente satisfecha de Herr Klüber, y por eso mismo habíase mantenido un poco apartada de Sanin, como si la presencia de éste la hubiese turbado; pero á la vuelta, mientras escuchaba la fraseología de su futuro, era visible que tenía vergüenza de él. Al final del viaje experimentaba un verdadero sufrimiento, y de pronto dirigió una mirada suplicante á Sanin, con quien no había reanudado la conversación. Por su parte, Sanin experimentaba más compasión hacia ella que descontento contra Klüber; y hasta, sin confesárselo del todo, regocijábale en secreto por todo lo acontecido aquel día, aun cuando esperaba un cartel de desafío para la siguiente mañana.

Sin embargo, aquella penosa «gira de recreo» concluyó. Al ayudar á Gemma á apearse del coche á la puerta de la confitería, sin decir una palabra, Sanin le puso en la mano la rosa que había rescatado. Ruborizóse ella, le

apretó la mano é inmediatamente ocultó la flor. Aunque apenas era de noche, ni él tuvo ganas de entrar en la casa, ni aun ella le invitó á que lo hiciese. Además, apareció en el quicio de la puerta Pantaleone y anunció que Frau Lenore estaba durmiendo. Emilio dijo un tímido adiós á Sanin: casi le tenía miedo, ¡tanta era la admiración que le produjo! Klüber acompañó á Sanin en coche hasta la fonda y le dejó haciéndole un saludo afectado. A pesar de toda su suficiencia, ese alemán, organizado en toda regla, sentíase un poco molesto. En fin, que todos ellos, quién más, quién menos, estaban á disgusto.

Preciso es decir que ese sentimiento de malestar se disipó en seguida en Sanin y se trocó por un estado de ánimo bastante vago, pero alegre y hasta triunfal. Se puso á silbar paseándose por su cuarto. Estaba contentísimo de sí mismo.

XVII

—Aguardaré las explicaciones del caballero oficial hasta las diez—pensaba al arreglarse por la mañana al día siguiente—y después que me busque si le da la gana.

Pero los alemanes se levantan temprano; antes de que el reloj señalase las nueve, el criado entró á anunciar á Sanin que el señor subteniente (*der Herr Seconde Lieutenant*) von Richter deseaba verle. Sanin se puso á escape

un *redingot* y dijo que le hiciesen pasar. En contra de lo que Sanin esperaba, von Richter era un jovencuelo, casi un niño. Esforzabase en dar aire de importancia á su rostro imberbe, aunque sin conseguirlo, ni siquiera fué capaz de ocultar su emoción, y habiéndosele enredado los pies en el sable, en poco estuvo que no se cayera al sentarse. Después de muchas vacilaciones y con gran tartamudeo, declaró á Sanin, en muy mal francés, que era portador de un mensaje de parte de su amigo el varón von Dönhof; que su misión consistía en exigir excusas al caballero von Sanin por las expresiones ofensivas empleadas por él la víspera; y que en el caso de que el caballero von Sanin se negase á lo pedido, el barón von Dönhof exigía satisfacción.

Sanin respondió que no tenía el propósito de presentar excusas, y que estaba dispuesto á dar satisfacción.

Entonces, el caballero von Richter, siempre tartamudeando, le preguntó con quién, dónde y á qué hora podrían celebrarse las conferencias indispensables.

Sanin le respondió que podía volver dentro de un par de horas, y que de allí á entonces trataría Sanin de hallar un testigo. «¿A quién diablos tomaré de testigo?»—pensaba entre tanto.

El caballero von Richter se levantó y saludó para despedirse. Pero al llegar á los umbrales de la puerta, se detuvo como presa de un remordimiento de conciencia, y dirigiéndose á Sanin le

dijo que su amigo el barón von Dönhof no dejaba de comprender que hasta cierto punto habían sido culpa suya los sucesos de la víspera, y que por consiguiente se contentaría con muy poco:

—Bastarían ligeras excusas «(*exghises léchères*)».

Sanin contestó á eso que no considerándose culpable de nada; no estaba dispuesto á presentar ninguna clase de excusas, ni ligeras ni pesadas.

—En ese caso—replicó el caballero von Richter, poniéndose aún más encarnado—habrá que cruzar unos pistoletazos amistosos «(*des goups te bisdolet à l'amiâple*)».

—No comprendo ni pizca de lo que V. quiere decir—observó Sanin.—Supongo que no se trata de tirar al aire.

—¡Oh, no, no!—tartamudeó el subteniente, desorientado por completo.—Pero suponía que ventilándose el asunto entre hombres distinguidos... (Aquí se interrumpió.)—Hablaré con el testigo de V....

Dijo, y se retiró.

En cuanto hubo salido, Sanin se dejó caer en una silla, con los ojos fijos en el suelo, diciéndose:

—¡Vaya una guasa que es la vida, con sus bruscas vueltas de rueda! Pasado y porvenir, todo desaparece como por arte de birlibirloque; ¡y lo único que saco en limpio es que me voy á batir en Francfort con un desconocido y á propósito de no sé qué!

Se acordó de que había tenido una anciana tía loca, que bailaba de conti-

nuo, cantando estas palabras extravagantes:

Subteniente rebonito,
Pepinito,
Cupidito,
Báilame, mi pichoncito.

Echóse á reir y se puso á cantar también: «Subteniente rebonito, báilame, mi pichoncito.»

—Pero no hay tiempo que perder; hay que moverse—exclamó en voz alta, levantándose.

Y vió delante de él á Pantaleone, con una esquila en la mano.

—He llamado varias veces, pero no me ha oído V. Yo creí que había V. salido—dijo el viejo, dándole la carta.

—De parte de la señorita Gemma...

Sanin cogió maquinalmente la carta, la abrió y la leyó. Gemma le escribía que estaba muy intranquila con el asunto consabido, y que deseaba verle inmediatamente.

—La *signorina* está inquieta—dijo Pantaleone, que por lo visto conocía el contenido de la esquila.—Me ha dicho que me informe de lo que hace V., y que lo lleve conmigo junto á ella.

Sanin miró al viejo italiano y se puso pensativo: una idea repentina cruzaba por su mente. A primera vista le pareció extraña, imposible... «Sin embargo, ¿por qué no?»—se dijo á sí propio.

—Señor Pantaleone—exclamó en voz alta.

Estremecióse el viejo, sepultó la barba en la corbata y fijó los ojos en Sanin.

—¿Sabe V. lo que ha pasado ayer?

—prosiguió éste.

Pantaleone sacudió su enorme moño, mordiéndose los labios, y dijo:

—Lo sé.

Apenas de regreso, Emilio se lo había contado todo.

—¡Ah, lo sabe V.! Pues bien; he aquí de qué se trata. Ese insolente de ayer me provoca á duelo. He aceptado, pero no tengo testigo. ¿Quiere V. ser mi testigo?

Pantaleone se puso trémulo y levantó tanto las cejas, que desaparecieron bajo sus mechones colgantes.

—¿Pero no tiene V. más remedio que batirse?—dijo en italiano; hasta entonces había hablado en francés.

—Es preciso. Negarme á ello sería cubrirme de oprobio para siempre.

—¡Hum! Si me niego á servirle á V. de testigo, ¿buscará V. otro?

—De seguro.

Pantaleone bajó la cabeza.

—Pero permítame V. que le pregunte, *signor* de Zanini, si ese duelo no echará una mancha desfavorable sobre la reputación de cierta persona.

—Supongo que no; pero, aunque así fuese, no hay más remedio que resignarse con ello.

—¡Hum!... (Pantaleone había desaparecido por completo dentro de su corbata.)—Pero ese *ferrofluto Kluberio*, ¿no interviene en eso?—exclamó de pronto, levantando la nariz al aire.

—¿El? Nada.

—*Che!*—Pantaleone se encogió de hombros con aire despreciativo, y dijo con voz insegura:—En todo

caso, debo dar á V. las gracias, porque en medio de mi actual rebajamiento ha sabido V. reconocer en mí un hombre decente, un *galant'uomo*. Con eso demuestra V. mismo ser un *galant'uomo*. Pero necesito reflexionar su proposición.

—No hay tiempo que perder, querido señor Ci... Cippa...

—...tola — concluyó el viejo. — No le pido á V. más que una hora para reflexionar. Este asunto atañe á los intereses de la hija de mis bienhechores... ¡y por eso es un deber, una obligación para mí el reflexionar!... Dentro de una hora, de tres cuartos de hora, conocerá V. mi resolución.

—Bueno, esperaré.

—Y ahora, ¿qué respuesta llevo á la *signorina* Gemma?

Sanin cogió un pliego de papel y escribió: «No tenga V. miedo, mi querida amiga. Dentro de tres horas iré á verla, y todo se explicará. Le doy á V. las gracias con toda mi alma por el interés que me manifiesta.» Y entregó esta esquela á Pantaleone.

Este la puso con cuidado en el bolsillo interior de su *paletot*, y después de repetir otra vez «¡Dentro de una hora!», se dirigió á la puerta; pero bruscamente volvió pies atrás, corrió hacia Sanin, le agarró la mano, y estrechándosela contra su buche, con los ojos levantados al cielo, exclamó:

—¡*Nobil giovinotto, gran cuore!* ¡Permita V. á un débil viejo (*a un vecchiotto*) estrecharle su valerosa mano! (*la vostra valorosa destra*).

Dando en seguida algunos pasos de espalda, agitó ambos brazos y salió.

Sanin le siguió con la vista... después cogió un periódico y creyóse en el caso de leer. Pero por más que sus ojos se empeñaban en recorrer las líneas, no comprendió nada de lo que leía.

XVIII

Al cabo de una hora, el mozo entró á Sanin una tarjeta, vieja, mugrienta, que decía:

Pantaleone Cippatola de Varese

Cantante di Camera

DE S. A. R. IL DUCA DI MODENA

Y Pantaleone en persona entró siguiendo los pasos del camarero. Había cambiado de ropa de pies á cabeza. Llevaba un frac negro con las costuras de color de ala de mosca, y un chaleco de piqué blanco, sobre el cual una cadena de oro dorado hacía eses. Un pesado sello de cornerina bajaba hasta sus pantalones ajustados, de antigua moda, «de puente». Tenía en la mano derecha un sombrero negro de pelo de conejo, y en la mano izquierda un par de grandes guantes de gamuza. La corbata aún era más ancha y más alta que de costumbre, y en su almidonada chorrera brillaba un alfiler adornado con un ojo de gato. El índice de la mano derecha ostentaba un anillo formado por dos manos enlazadas alrededor de un corazón echando llamas.

Toda la persona del viejo exhalaba olor á baúl, olor de alcanfor y almizcle; y la preocupación, la solemnidad de su porte, hubiera chocado hasta á un espectador indiferente. Sanin se levantó y salió á su encuentro.

—Seré su testigo—dijo Pantaleone en francés, é inclinó todo el cuerpo hacia adelante, después de lo cual puso los pies en la primera posición, como un maestro de baile.—Vengo á tomar sus instrucciones. ¿Desea V. batirse sin cuartel?

—¿Por qué sin cuartel, mi querido señor Pantaleone? ¡Por nada del mundo retiraría las expresiones que ayer proferí, pero no soy un bebedor de sangre!

Por lo demás, aguarde V.; pronto va á venir el testigo de mi adversario, y se entenderá V. con él. Quede V. convencido de que nunca olvidaré este servicio, por el cual le doy las gracias con todo mi corazón.

—¡El honor ante todo!—respondió Pantaleone, y se arrellanó en una butaca sin esperar á que Sanin le rogara que se sentase.—¡Si ese *ferroflutto spiccebubbio*, ese hortera de Klüber no sabe comprender el primero de sus deberes, ó si tiene miedo, tanto peor para él!... ¡Alma vil! eso es todo. En cuanto á las condiciones del duelo, soy testigo de V. y sus intereses son sagrados para mí. Cuando vivía yo en Padua, había allí un regimiento de dragones blancos y estaba relacionado con varios oficiales... Todo su código me es familiar; y á menudo he hablado de estos asuntos con el compatriota de V.,

el príncipe Tarbusski... ¿Vendrá pronto ese testigo?

—Le espero de un momento á otro... y aquí viene ya—añadió, mirando por la ventana.

Pantaleone se levantó, miró la hora que era en su reloj, se arregló las melenas, y se dió prisa á meterse dentro del zapato una cinta que le salía por abajo del pantalón. Entró el subteniente, siempre tan encendido y tan turbado.

Sanin presentó uno á otro los testigos:

—Von Richter, subteniente... El señor Zippatala, artista...

El subteniente experimentó alguna sorpresa al ver al viejo... ¡Qué hubiera dicho si alguien le hubiese cuchicheado al oído que «el artista» en cuestión practicaba también el arte culinario!... Pero Pantaleone tenía tal aire de propopeya, que un duelo parecía ser para él una cosa habitual y corriente. En aquella circunstancia, los recuerdos de su carrera teatral vinieron probablemente en su auxilio, y representó el papel de testigo precisamente como un papel. El subteniente y él guardaron silencio un instante.

—¡Vamos, empecemos!—dijo á la postre Pantaleone, jugando al descuido con su sello de cornerina.

—¡Comencemos!—respondió el subteniente.—Pero... la presencia de uno de los adversarios...

—Señores, dejen á Vds.—exclamó Sanin, saludándoles; entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Echóse en la cama y se puso á pen-

sar en Gemma... Pero la conversación de los testigos, á pesar de estar cerrada la puerta, llegaba á sus oídos. Empleaban el idioma francés, destrozándolo ambos sin compasión, cada cual á su antojó. Pantaleone hablaba de los dragones de Padua y de *il principe Tarbusski*, el subteniente había vuelto á lo de las *exghises léchères* (ligeras excusas) y los *goups te bisdolet à l'amiâple* (pistoletazos de amigo). Pero el viejo no quiso oír hablar de ningún género de *exghises*. Con gran espanto de Sanin, se puso de pronto á hablar de una joven señorita... *oune zeune damigella innoncenta, qu'ella sola dans soun peti doa vale pinque toutt le zouffüssié del mondo!* (1) Y varias veces repitió con animación: *E' ouna onta, ouna onta!* (es una vergüenza). Al principio, el subteniente no prestó á ello ninguna atención; pero después oyóse la voz del joven, haciendo observar, temblando de cólera, que no había venido á oír sentencias morales...

—A la edad de V. siempre es útil oír cosas justas—exclamó Pantaleone.

La discusión se hizo tempestuosa varias veces entre los señores testigos. Al cabo de una hora de disputas, convinieron en las condiciones siguientes: el baron von Dönhof y el señor de Sanin se encontrarían el día siguiente, á las diez de la mañana, en un bosquecillo cerca de Hanau; tirarían á veinte

pasos, teniendo cada uno derecho á hacer dos disparos, á una señal dada por los testigos. Serviríanse de pistolas ordinarias.

Von Richter se retiró. Pantaleone abrió la puerta del dormitorio y comunicó á Sanin el resultado de la entrevista, exclamando:

— ¡ *Bravo ruso, bravo giovinotto*, serás vencedor!

Pocos instantes después se encaminaban á la confitería Roselli. Sanin tuvo la precaución de exigir á Pantaleone el más profundo secreto acerca del duelo. Como respuesta, el viejo alzó un dedo y repitió dos veces guiñando los ojos:

— *Segretezza!*

Se había rejuvenecido visiblemente y andaba con paso más firme. Todos aquellos sucesos extraordinarios, aunque poco agradables, le recordaban con viveza la época en que enviaba y recibía él mismo carteles de desafío, verdad es que en escena. Sabido es que los barítonos, en su papel, á menudo tienen ocasiones de hacer el gallito.

XIX

Emilio salió al encuentro de Sanin—le estaba acechando hacia más de una hora—y le dijo á escape, al oído, que su madre ignoraba todos los disgustos de la víspera y que era preciso no hablar de ellos; que á él le manda-

(1) Esta mezcolanza de francés é italiano desnaturalizados, significa: «una joven señorita inocente, en quien el dedo meñique vale más que todos los oficiales del mundo».—(N. DEL T.)

ban al almacén, pero que en vez de ir allá se escondería no importa dónde. Después de haber dado estas noticias en pocos segundos, se arrojó brusca-mente al cuello de Sanin; le abrazó con entusiasmo y desapareció corrien-do. Sanin encontró á Gemma en la tienda. Quería decirle ella alguna cosa, pero no pudo hablar. Temblábanle los labios ligeramente, y sus párpados os-cilaban sobre los inciertos ojos. Para tranquilizarla, apresuróse él á asegu-rar que todo había terminado, que aquel asunto no era más que una chi-quillada.

—¿No ha ido á verle á V. hoy nadie?
—preguntó ella.

—Estuvo un caballero, nos explica-mos, y... hemos llegado al acuerdo más satisfactorio.

Gemma se volvió á ir detrás del mostrador.

—No me cree—pensó Sanin... Sin embargo, pasó al aposento inmediato, donde encontró á Frau Lenore.

Esta ya no tenía jaqueca, pero se encontraba en una melancólica dispo-sición de ánimo. Sonriéndole con cor-dialidad, le previno que se aburriría aquel día, pues no se hallaba capaz para ocuparse de él. Al sentarse junto á ella, notó que tenía rojos é hinchados los párpados.

—¿Qué tiene V., Frau Lenore? ¿Ha llorado V.?

—¡Chito!—dijo, indicando por señas con la cabeza la estancia donde se en-contraba su hija.—¡No diga V. eso... en voz alta!

—Pero ¿por qué ha llorado V.?

—¡Ah, señor Sanin, yo misma no lo sé!

—¿No le ha dado á V. nadie ningún disgusto?

—¡Oh, no!... Me he sentido triste de pronto... He pensado en Giovanne Battis-ta... ¡en mi juventud! ¡Qué pronto pasó todo eso! Me hago vieja, amigo mío, y no puedo acostumbrarme á esta idea. Me parece que soy siempre la misma que antes... y llega la vejez... ¡ya la tengo encima!—Brotaron las lágrimas en los ojos de Frau Lenore.—Me mira V. con extrañeza, lo veo... ¡También V. se hará viejo, amigo mío, y verá cuán amargo es eso!

Sanin se esforzó por consolarla, ha-blándola de sus hijos, en los cuales veía revivir su juventud. Hasta trató de embromarla, diciendo que buscaba el medio de obligar á que la echasen piropos. Pero ella le impuso silencio con tono serio; y por primera vez ad-quirió él el convencimiento de que na-da puede consolar ni distraer de la pena causada por la proximidad de la vejez; hay que esperar á que esa pena se calme por sí misma. Sanin propuso á Frau Lenore jugar al *tresette*; no hu-biera podido imaginar nada mejor. Consintió al punto y pareció aclararse su negro humor.

Sanin jugó con ella antes y después de la comida. También Pantaleone tomó parte en el juego. ¡Nunca le habia caído tan abajo el copete sobre la frente, nunca se le había hun-dido tan adentro de la corbata la bar-billa! Todos sus movimientos indica-ban una importancia tan reconcentra-

da, que al mirarle preguntábase cualquiera:

—¿Qué secreto podrá ser el que con tanta firmeza guarda este hombre?

Pero *segretezza, segretezza!*

Durante todo el transcurso de aquel día se esforzó por manifestar á Sanin la más extremosa consideración; en la mesa le servía el primero, antes que á las damas, con aire solemne y resuelto; durante la partida de naipes, le cedió su vez y no se permitió obligarle á plantarse; por último, declaró en redondo, sin venir á pelo, que la nación rusa era la más magnánima, la más brava y la más atrevida del mundo.

—¡Anda, viejo cómico!—dijo Sanin para sus adentros.

Si la disposición de ánimo de la señora Roselli le asombraba, no menos le sorprendía el modo de conducirse Gemma con él. Y no porque le evitase... antes por el contrario, nunca se sentaba muy lejos de él, y le oía hablar mirándole; sino que, decididamente, no quiso entablar con él conversación, y en cuanto Sanin la dirigía la palabra, levantábase ella con dulzura y se alejaba algunos instantes; volvía después y se colocaba en algún rincón, donde permanecía inmóvil como quien medita, ó más bien, como quien duda. Por fin, la misma Frau Lenore notó lo extraño de sus maneras y la preguntó en dos ocasiones qué tenía.

—No es nada—respondió Gemma.—Ya sabes que algunas veces soy así.

—Es verdad—dijo la madre.

De ese modo transcurrió aquel largo día, ni animado, ni languideciente, ni

alegre, ni triste. Si Gemma se hubiera conducido de otro modo, ¿quién puede asegurar que Sanin no hubiese cedido á la tentación de fachearse un poco? Quizá se hubiera abandonado sencillamente á la tristeza, en el momento de una separación que podía ser eterna... Pero falto de posibilidad para hablar con Gemma, tuvo que limitarse, antes de tomar café por la noche, á tocar acordes, en modo menor, durante un cuarto de hora, en el piano.

Emilio volvió tarde, y para evitar toda pregunta relativa á Herr Klüber se acostó en seguida. Llegó el momento de irse Sanin.

Al decir adiós á Gemma, acordóse de la separación de Lensky y Olga, en *Eugenio Oneguín*. La apretó con mucha fuerza la mano y trató de verla de frente la cara; pero ella se volvió un poco y retiró los dedos.

XX

El cielo estaba del todo estrellado cuando salió Sanin. ¡Y qué de estrellas por todas partes, grandes, pequeñas, amarillas, azules, rojas, blancas, que centelleaban é irradiaban cruzando sus resplandores intermitentes! No había luna en el cielo, pero no por eso se veían menos bien los objetos en aquella semioscuridad transparente y sin sombras. Sanin llegó al cabo de la calle... No tenía gana de volverse tan temprano á la fonda; sentía la necesi-

dad de tomar el aire. Volvió pies atrás, y antes de llegar á la casa donde estaba la confitería de Roselli, se abrió bruscamente una de las ventanas de la planta baja que daba á la calle. En el rectángulo oscuro que dibujaba (no había luz en el cuarto) apareció una forma femenina, y oyó que le llamaban:

—¡Señor Demetrio!

Precipitóse hacia la ventana... Era Gemma, puesta de codos en el alféizar é inclinada adelante.

—Señor Demetrio—dijo en voz baja —durante todo el día he querido darle á V. una cosa... pero no me he atrevido. Ahora, al verle á V. de una manera tan inesperada, he dicho para mí que probablemente estaba escrito...

Sin que su voluntad interviniese para nada en ello, Gemma se detuvo en esta palabra. Le impidió proseguir una cosa extraordinaria que ocurrió en aquel momento.

En medio de una tranquilidad profunda y bajo un cielo completamente sin nubes, alzóse de pronto un ventarrón tan fuerte que la misma tierra tembló bajo sus pies; la tenue claridad de las estrellas estremeciése y onduló, la atmósfera pareció rodar sobre sí misma. Un torbellino, no frío, sino cálido y casi ardiente descargó sobre los árboles y el tejado de la casa, chocó contra las fachadas de toda la calle, se llevó con rapidez el sombrero de Sanin, retorció y enmarañó los negros rizos del cabello de Gemma. Sanin tenía la cabeza al nivel de la repisa de la ventana; involuntariamente se en-

caramó en ella, y Gemma, cogiéndole con ambas manos por los hombros, cayó de pecho sobre el rostro de él. Todo aquel desorden, aquella batahola y aquel estruendo duraron apenas un minuto... Luego huyó tumultuosamente aquel torbellino, cual una bandada de enormes aves... y restablecióse la más profunda tranquilidad.

Sanin levantó la cabeza y vió encima de sí unos grandes ojos tan magníficos y terribles, una cara tan pasmosamente hermosa con su expresión de turbación y de espanto, que sintió desmayársele el alma: oprimió contra los labios un fino rizo de cabellos que se había soltado hasta el pecho de ella, y no pudo decir más que dos palabras:

—¡Oh Gemma!

—¿Qué ha sucedido? ¿Un relámpago?—preguntó ésta, abriendo muchísimo los ojos y sin retirar los desnudos brazos de encima de los hombros de Sanin.

—¡Gemma!—repitió él.

Estremeciése ella, miró tras de sí á la estancia, y con rápido ademán, sacándose del corsé una rosa marchita, se la echó á Sanin.

—Quería darle á V. esa flor...

Sanin reconoció la rosa que había reconquistado la vispera...

Pero la ventana se había cerrado ya, y no había ninguna forma blanca visible detrás de las vidrieras oscuras.

Sanin regresó á la fonda sin sombrero: ni siquiera notaba que se le había perdido.

XXI

No se durmió hasta el alba. Nada tiene esto de particular: con la racha de aquel cálido torbellino que tan repentinamente había pasado sobre ellos, había sentido también de repente, no que Gemma era hermosa y que la admiraba él, porque esto ya lo sabía, sino que estaba casi... que estaba, sin casi, enamorado. Aquel amor le había envuelto de pronto, como el torbellino de la víspera. ¡Y ahora ese duelo estúpido! Fúnebres presentimientos le asaltaron. Aun suponiendo que no quedase muerto, ¿qué podía ser de su amor hacia aquella joven, prometida esposa de otro? Ese «otro» era poco de temer: conformes. Gemma podía amar á Sanin y quizá le amase ya... Pero, aun así, ¿qué podía resultar de todo aquello? ¡Qué importa! Cuando se trata de una hermosura semejante...

Dió algunas vueltas por el cuarto, se sentó delante de la mesa, cogió un pliego de papel, escribió algunas líneas y las borró en seguida. Parecíale que volvía á ver en aquella ventana á oscuras, bajo la claridad de las estrellas, la figura de Gemma, ondulante entre aquel cálido torbellino, que volvía á ver sus marmóreos brazos parecidos á los de las diosas del Olimpo; sentía su peso vivo encima de sus hombros... En seguida cogió la rosa que ella le había echado y se figuró que sus péta-

los, medio marchitos, exhalaban un aroma más sutil que el de las otras rosas.

¿Y si fuese á quedar muerto ó estropeado?

No volvió á la cama, sino que se durmió vestido sobre el diván.

Alquién le tocó en el hombro.

Abrió los ojos y vió á Pantaleone.

—¡Duerme como Alejandro de Macedonia la víspera del combate de Babilonia! — exclamó el viejo pobre hombre.

—¿Qué hora es?—preguntó Sanin.

—Las siete menos cuarto. Desde aquí hay dos horas de carruaje hasta Hanau, y es preciso que lleguemos allí los primeros: los rusos se anticipan siempre á sus enemigos. He alquilado el mejor coche de Francfort.

Sanin comenzó á arreglarse, y dijo:

—¿Y las pistolas?

—Ese *ferroflutto tedesco* las llevará, como también un cirujano.

Pantaleone se las echaba de plancheta, como la víspera. Pero cuando se hubo sentado en el coche con Sanin, cuando el cochero hizo restallar la fusta y los caballos partieron á galope, prodújose un cambio repentino en el excantante amigo de los dragones de Padua. Sintióse turbado, le entró miedo: diríase que algo se derrumbaba dentro de él, como un muro mal construido.

—¡Pero qué hacemos, gran Dios, *Santísima Madonna!*—exclamó de pron-

to con voz lacrimosa, tirándose de los pelos. — ¡Qué hago yo, viejo imbécil, viejo loco, *frenético!*

Sanin, asombrado al principio, echóse á reír; y cogiendo ligeramente por la cintura á Pantaleone, le recordó el proverbio: «*Cuando se ha echado el vino, hay que beberlo.*»

—Sí, sí—respondió el viejo—participaremos del cáliz, pero eso no impide que sea yo un insensato. ¡Sí, un insensato! Todo estaba tan tranquilo, tan agradable, y de pronto ¡patatrás, tralará!

—Como en un *tutti* de orquesta—añadió Sanin, con una risa forzada.—Pero V. no tiene la culpa.

—¡Ya lo sé que no tengo la culpa! ¡Pues no faltaba más! Sino que... aquel proceder incalificable... ¡*Diavolo, diavolo!*—repitió suspirando y sacudiendo las melenas.

Y el coche rodaba, rodaba sin parar.

Hacia una magnífica mañana. Las calles de Francfort, que empezaban á animarse apenas, tenían un aspecto limpio y hospitalario; las ventanas de las casas brillaban y relucían como papel dorado; y no bien hubo salido el coche á las afueras, cuando del cielo, pálido aún, bajaron los trinos sonoros de las alondras. De pronto, por un recodo del camino apareció tras de un gran álamo blanco una forma humana, dió unos pasos adelante y se detuvo. Miró Sanin... ¡Santo Dios, era Emilio!

—¿Sabía, pues, alguna cosa?, preguntó Sanin á Pantaleone.

—¡Cuando le decía á V. que soy un loco! — exclamó desesperadamente y casi con un grito de dolor el infeliz italiano. — ¡Ese malhadado muchacho me dió tormento toda la noche; y, á la postre, esta mañana se le ha dicho todo!

—¡Vaya con su *segretezza!* — pensó Sanin.

El carruaje había alcanzado á Emilio. Sanin hizo parar y llamó al malhadado muchacho. Emilio, pálido, tan pálido como el día de su desmayo, se acercó con paso incierto. Apenas podía tenerse de pie.

—¿Qué hace V. aquí?—le preguntó con severidad Sanin.—¿Por qué no está V. en casa?

—Permita... permítame que vaya con V.—tartamudeó Emilio con voz trémula, juntando las manos y castañeteándole los dientes como en un acceso de calentura.—¡No estorbaré! Pero ¡lléveme! ¡Oh, lléveme V. consigo!

—Si me tiene V. el menor aprecio, el menor cariño—respondió Sanin—vuélvase en seguida á su casa ó al almacén de Klüber, no diga nada á nadie, y espere V. mi regreso.

—¡Su regreso!—dijo Emilio, con voz parecida á un gemido.—Pero ¡y si V...!

—Emilio—interrumpió Sanin, señalándole el cochero con la vista—¡tenga V. cuidado! Emilio, se lo suplico, váyase á casa. Oigame, amigo mío. Dice V. que me quiere; pues bien, váyase, se lo ruego.

Y le alargó la mano. Precipitóse Emilio hacia él sollozando, apretó aque-

lla mano contra sus labios, y apartándose del camino, huyó campo atravesado en dirección á Francfort.

—¡Noble corazón también!—murmuró Pantaleone.

Pero Sanin le miró con aire de reconvención. El viejo se arrinconó en el ángulo del coche, comprendiendo su falta. Además, su asombro iba creciendo por minutos: ¿era verdaderamente él quien iba á ser testigo de un duelo, quien había encargado los caballos, tomado todas las disposiciones y abandonado su apacible morada antes de las seis de la mañana? A la vez, empezaban á dolerle los gotosos pies.

Sanin se creyó en el deber de consolarle, y halló precisamente lo que convenía decirle.

—¿Dónde está su antiguo valor, respetable *signor* Zippatola? *L'antico valor?*

Irguióse *il signor* Zippatola y sacudió las melenas.

—*L'antico valor?*—dijo con voz de bajo.—*Non è ancora spento, l'antico valor!* (Aún no se ha extinguido el antiguo valor.)

Tomó un aire digno, habló de su carrera, de la Opera, de García, y llegó á Hanau con guapeza. ¡Lo que somos!... No hay nada en la tierra tan fuerte... ni tan débil como la palabra.

XXII

El bosquecillo que debía ser teatro del duelo se encontraba á un cuarto de milla de Hanau. Sanin y Pantaleone

llegaron los primeros, como había dicho éste; dejaron el carruaje en el lindero del bosque y se dirigieron más allá, bajo la sombra de una espesura bastante frondosa. Aguardaron como una hora...

Aquella espera no tuvo nada de penosa para Sanin; paseábase de arriba á abajo por el sendero, escuchando el canto de las aves, siguiendo con la vista el vuelo de las libélulas: y como la mayor parte de los rusos en semejante circunstancia, se esforzaba por no pensar absolutamente en nada. Sólo una vez hizose una triste reflexión al ver en su camino un tilo joven roto acaso por la borrasca de la víspera. El árbol estaba muriéndose: todas sus hojas colgaban, marchitas ya... «¿Qué significa esto? ¿Un presagio?» Esta idea cruzó por su mente como un relámpago fugaz; pero se puso á silbar una piececilla, y saltando por encima del mismo tilo, prosiguió su marcha. Pantaleone rezongaba, gañía, maldecía de los alemanes y se frotaba, cuándo las espaldas, cuándo las rodillas. Hasta bostezaba de agitación nerviosa, lo cual daba á su carita avellanada la expresión más graciosa del mundo. Al mirarle, costábale á Sanin no poco trabajo no soltar la carcajada.

Oyóse al fin un ruido de ruedas por el arenoso camino.

—¡Ya están aquí!—dijo Pantaleone, quien se enderezó, no sin un rápido temblor nervioso que se apresuró á disimular, diciendo:

—¡Birr, vaya una mañanita fresca que hace!

Abundante rocío bañaba aún las hierbas y las hojas, pero penetraba ya el calor en el bosque.

Bien pronto aparecieron los dos oficiales, acompañados por un hombrecillo regordete, de rostro flemático, casi dormido: era un cirujano de ejército. Llevaba en la mano una jarra de barro llena de agua, para todo evento; de su hombro derecho colgaba una cartera llena de instrumentos quirúrgicos y de vendajes. Veíase fácilmente que tenía la mayor costumbre de esas excursiones, que formaban uno de los orígenes de sus ingresos; cada duelo le producía ocho ducados, que los combatientes pagaban á medias. El caballero von Richter llevaba la caja de pistolas; el caballero von Dönhof hacía molinetes con un junquillo entre los dedos, sin duda para más *chic*.

—Pantaleone—dijo quedo Sanin al viejo—si... si soy muerto, que todo es posible, coja V. un papel que hay en el bolsillo izquierdo. Ese papel contiene una flor. Désela V. á la *signora* Gemma. ¿Oye V.? ¿Me lo promete V.?

El viejo le miró con tristeza, é hizo con la cabeza una señal afirmativa. Pero sabe Dios si había comprendido lo que le dijo Sanin.

Los adversarios y sus testigos cruzaron el saludo de costumbre. El doctor no pestañeó, y sentóse en el césped bostezando, como si se dijese: «¿Qué necesidad tengo de desplegar una cortesía caballeresca?» El caballero von Richter propuso al caballero *Tschibadola* que eligiera sitio. El señor *Tschibadola*, á quien le costaba trabajo me-

near la lengua, respondió: «Caballero, hágalo V., que yo lo examinaré...» Hubiérase dicho que «el muro» volvía á empezar á derrumbarse dentro de él.

Von Richter puso manos á la obra. Encontró en el bosque una linda praderita salpicada de flores; contó los pasos, indicó los dos puntos extremos con dos varitas cortadas á escape, sacó del estuche las armas, se agachó para meter las balas, en una palabra, trabajó con todas sus fuerzas, enjugándose sin cesar con un pañuelito blanco el rostro bañado en sudor. Pantaleone, que no le abandonaba, tenía por el contrario aspecto de tiritar. Durante el curso de esos preparativos, los dos adversarios se mantenían apartados como dos colegiales en penitencia, que están de hocico con el profesor de estudios.

Llegó el momento decisivo... Como dice el poeta ruso:

Cada cual empuñó su pistola...

Pero, al llegar aquí, el caballero von Richter hizo notar á Pantaleone que, según las reglas del duelo antes de pronunciar el fatal «Uno, dos, tres», correspondíale á él, como testigo de más edad, dirigir á los combatientes la postrera exhortación para tratar de reconciliarlos; aunque esta proposición nunca surte ningún efecto, ni tiene más importancia que la de una simple formalidad, sin embargo, al cumplir con ella el caballero Zippatola se descargaría de cierta responsabilidad. Por lo demás—añadió—pronunciar esa peyorata era deber de un testigo desinte-

resado (*un partheüscher zenge*); pero, como no habían tenido tiempo de proporcionarse uno, él, el caballero von Richter, cedía con sumo gusto ese privilegio á su «honorable colega». Pantaleone, que había conseguido ya ocultarse detrás de unas matas para no ver al oficial causante de todo el daño, comenzó por no entender ni una palabra del discurso del caballero von Richter, tanto más cuanto que éste hablaba con las narices; luego se estremeció de pronto, dió con rapidez dos pasos adelante, y dándose convulso un puñetazo en el pecho, gañó con voz ahogada, en su lenguaje altisonante:

— A la la la... *Che bestialità! Deux zeun'hommes comme ca que si battono perche? Che diabolo? Andate a casa!* (1).

—No consiento en ninguna reconciliación—se apresuró á decir Sanin.

—Y yo tampoco—añadió su adversario.

—Entonces, grite V.... ¡una, dos, tres!—dijo von Richter al trastornado Pantaleone.

Este se zambulló precipitadamente detrás de los jarales; y desde el fondo de ese refugio, con la cara contraída, los ojos cerrados y volviendo la cabeza, gritó de lejos hasta desgañitarse:

—*Una... due... e tre!*

Sanin tiró el primero y erró el tiro; oyóse el choque de su bala contra un árbol. El barón von Dönhof disparó in-

mediatamente después, pero al aire y con deliberado propósito.

Hubo un penoso momento de silencio. Nadie se movía. Pantaleone exhaló un débil gemido.

—¿Hay que continuar?—dijo por fin Dönhof.

—¿Por qué ha disparado V. al aire?—preguntó Sanin.

—Eso es asunto mío.

—¿Tirará V. al aire la segunda vez?

—Acaso, pero no sé nada.

—Permitan, permitan Vds., caballeros—dijo von Richter.—Los combatientes no tienen derecho á hablar entre sí; eso es de todo punto contrario á las reglas.

—Renuncio á mi segundo disparo—dijo Sanin, tirando la pistola á tierra.

—No quiero continuar ya el duelo—exclamó Dönhof, arrojando también su arma.—Y ahora, concluido el lance, estoy pronto á confesar que obré mal anteayer.

Hizo un movimiento y alargó vacilante la mano á Sanin, quien se acercó con presteza y se la estrechó. Ambos jóvenes se miraron sonriéndose y se pusieron encarnados.

—*Bravi, bravi*—exclamó de repente Pantaleone; y palmoteando como un loco salió de detrás de las malezas como un huracán.

El doctor, que estaba sentado sobre un tronco de árbol caído, se levantó en seguida, derramó el jarro de agua sobre el césped, y se dirigió con perezoso andar al lindero del bosque.

—El honor queda satisfecho; el due-

(1) Gerigonza franco-italiana, que significa: «Qué barbaridad! ¡Dos hombres jóvenes como estos, que se baten, ¿por qué? ¡Qué demonio! ¡Marchaos á casa!»—(N. DEL T.)

lo está terminado—dijo pomposamente von Richter.

—*Fuori!*—vociferó Pantaleone, por un recuerdo de su antiguo oficio.

Al sentarse en su coche Sanin, después de cruzar un saludo de despedida con los caballeros oficiales, preciso es confesar que sintió en todo su ser, ya que no satisfacción, á lo menos esa vaga impresión de alivio consecutiva á una operación bien soportada. Pero otro sentimiento se mezclaba con éste: un sentimiento análogo á la vergüenza... El duelo en el cual acababa de representar un papel, prodújole el efecto de una farsa estudiantil, de una broma de guarnición, amañada de antemano. Sanin se acordó del flemático doctor y del modo que tuvo de sonreirse, ó por lo menos de fruncir la nariz, al ver á los adversarios salir del bosque casi de ganchete. ¡Y más tarde, cuando Pantaleone había pagado los cuatro ducados á aquel doctor...! Decididamente, más valía no pensar en ello.

Sí, Sanin estaba un poco confuso, un poco avergonzado... Por otra parte, ¿qué hubiera podido hacer? No podía dejar impune la impertinencia de aquel oficialete, hubiera sido rebajarse al nivel de Herr Klüber. Había protegido á Gemma, la había defendido... Sea; pero, á pesar de todo, no estaba satisfecho, sentíase confuso y hasta avergonzado.

Pantaleone, en cambio, iba en triunfo. Un inmenso orgullo le había inva-

dido de repente. ¡Jamás general victorioso, al regreso de una batalla ganada, paseó en torno suyo miradas más altivas y más satisfechas! La conducta de Sanin durante el duelo le había llenado de entusiasmo. Hacía de él un héroe, sin querer oír sus amonestaciones ni aun sus ruegos. ¡Le comparaba con un monumento de mármol ó de bronce, con la estatua del comendador en el *Don Juan!* En cuanto á sí mismo, confesaba haber sentido alguna turbación.

—Pero yo soy un artista, una naturaleza nerviosa—decía—al paso que V... ¡V. es hijo de las nieves y de los peñascos de granito!

Sanin ya no sabía cómo calmar la exaltación del artista.

Casi en el mismo sitio del camino donde dos horas antes habían encontrado á Emilio, nuestros viajeros le vieron salir de un salto de detrás de un árbol, gritando y triscando de gozo, agitando la gorra por encima de la cabeza. Corrió hacia el coche, y á pique de caerse debajo de las ruedas, sin aguardar á que parasen los caballos, saltó por encima de la portezuela, cayó sobre Sanin y se agarró á él, exclamando:

—¿Está V. vivo? ¿No está V. herido? Perdóneme que no le obedeciera y que no haya vuelto á Francfort... ¡No podía! Le he esperado aquí. ¡Cuénteme V. lo sucedido! ¿Le ha muerto V.?

Pantaleone, radiante de satisfacción, le refirió con un flujo de palabras todos los detalles del duelo, y no perdió la ocasión de hablar del monumento de

bronce y de la estatua del comendador. Hasta se levantó, y separando las piernas para conservar el equilibrio, se cruzó de brazos, sacando el pecho y mirando desdeñosamente por encima del hombro, para representar con exactitud «el comendador Sanin».

Emilio escuchaba arrobado, ya interrumpiendo el relato con una exclamación, ya levantándose de un modo brusco y arrojándose al cuello de su heroico amigo para abrazarle.

Las ruedas del carruaje resonaron en el empedrado de Francfort y concluyeron por detenerse delante de la fonda donde vivía Sanin. Seguido de sus dos compañeros de camino, había llegado al primer tramo de la escalera, cuando vió á una mujer cubierta con un velo salir con rapidez de un pequeño corredor oscuro; detúvose delante de él, pareció vacilar un instante, exhaló un largo suspiro, bajó corriendo la escalera y desapareció en la calle, con gran asombro del camarero, quien aseguró que «aquella dama esperaba desde hacía más de una hora la vuelta del señor extranjero».

Por corta que fuese la aparición, Sanin tuvo tiempo de reconocer á Gemma: había conocido sus ojos bajo el tupido velo de gasa negra.

—¡Con que lo sabía Fraülein Gemma!—dijo en alemán y con voz enojada á Emilio y á Pantaleone, que le seguían paso á paso.

Emilio se puso encarnado y se turbó.

—Me vi en el caso de decírselo todo por fuerza—tartamudeó:—ella lo había adivinado, y yo no pude... Pero,

ahora ya no importa—añadió con viveza;—todo ha concluido lo mejor posible, y ella le ha visto á V. sano y salvo.

Sanin se volvió á un lado.

—¡Qué parlanchines son Vds!—dijo con mal humor, entrando en su cuarto y sentándose.

—No se enfade V., se lo ruego—dijo Emilio con voz suplicante.

—Pues bien, ¡pase! no me enfadaré.—(Sanin no tenía verdaderas ganas de incomodarse; y en último término, ¿podía desear con sinceridad que Gemma no supiese absolutamente nada?)—Bueno, concluyan Vds. de abrazarme. Ahora, váyanse Vds. Quiero quedarme solo. Me voy á dormir: estoy fatigado.

—¡Excelente idea!—exclamó Pantaleone.—Necesita V. descanso. ¡Bien se lo merece V., *nobile signore!* Vámonos de puntillas, Emilio, quedito. ¡Chiss...!

Al decir Sanin que tenía ganas de dormir, deseaba sencillamente desembarazarse de sus compañeros. Pero cuando se quedó solo, sintió realmente gran cansancio en todos los miembros; apenas había cerrado los ojos la noche anterior. Por eso, en cuanto se hubo echado en la cama, se durmió con un sueño profundo.

XXIII

Durmió varias horas seguidas sin despertarse. Luego se puso á soñar que

se batía otra vez en duelo, pero ahora con Herr Klüber por adversario, y que Pantaleone, empingorotado encima de un pinabete y en forma de guacamayo, repetía haciendo chascar su pico: *Una... due... e tre. ¡Una... due... e tre!*

¡Uno, dos, tres! oyó aún, pero tan claramente, que abrió los ojos y levantó la cabeza... Llamaban á la puerta.

— ¡Adelante!

Era el camarero, quien le anunció que una dama deseaba con vivas instancias verle al momento.

— ¡Gemma! — pensó con prontitud.

Pero la dama no resultó ser Gemma, sino su madre Frau Lenore.

Apenas hubo entrado, se dejó caer en una silla y se puso á llorar.

— ¿Qué tiene V., mi buena y querida señora Roselli? — dijo Sanin sentándose á su lado y acariciándola con dulzura las manos. — ¿Qué hay? Sosiéguese V., se lo suplico.

— ¡Ah, Herr Demetrio, soy muy desgraciada, desgraciadísima!

— ¿Desgraciada V.?

— ¡Ah, sí! ¿Cómo había de figurármelo? De repente, como el trueno en un cielo sereno...

Apenas podía respirar.

— Pero ¿qué pasa? ¡Explíquese V.! ¿Quiere V. un vaso de agua?

— No, gracias.

Frau Lenore se enjugó los ojos con el pañuelo y se puso á llorar más fuerte que nunca.

— Lo sé todo... ¡todo!

— Es decir... ¿cómo todo?

— ¡Todo lo que hoy ha sucedido! Y la causa... ¡la conozco también! Se ha

conducido V. como un hombre de honor...; pero ¡qué desdichado concurso de circunstancias! ¡Razón tenía yo para no ver con buenos ojos ese paseo á Soden... sobrada razón! — (Frau Lenore no había manifestado nada semejante el día del paseo, pero ahora le parecía en realidad que «todo» lo había presentido). — He venido en su busca porque es V. un hombre de honor, un amigo, aun cuando sólo hace cinco días que le vi por primera vez... Pero ¡estoy sola, sola en el mundo! Mi hija...

Las lágrimas ahogaron la voz de Frau Lenore. Sanin no sabía qué pensar.

— ¿Su hija de V.? — repitió.

— Mi hija Gemma... — (Estas palabras salieron como un gemido por debajo del pañuelo empapado en lágrimas.) — Gemma me ha declarado hoy que no quiere casarse con M. Klüber, y que es preciso que yo se lo participe á él.

Sanin tuvo un ligero sobresalto: no se esperaba eso.

— No hablo de la vergüenza — continuó Frau Lenore — porque eso de que una prometida rehuse casarse con su futuro es una cosa que no se ha visto jamás; pero para nosotros ¡es la ruina, Herr Demetrio!

Frau Lenore convirtió cuidadosamente su pañuelo en un pequeño, pequeñísimo tapón muy duro, como si quisiera encerrar en él todo su dolor.

— ¡No podemos vivir de lo que nos produce la tienda, Herr Demetrio! Klüber es muy rico y se enriquecerá aún más. ¿Y por qué romper con él? ¿Por-

que no ha defendido á su novia? Admitamos que eso no esté bien hecho por su parte; pero, después de todo, es un paisano, no ha hecho estudios en la universidad, y en su calidad de comerciante serio debía menospreciar esa calaverada tonta de un oficialillo desconocido. ¿Y qué ofensa ve V. en eso, Herr Demetrio?

—Dispense V., Frau Lenore, pero á quien condena V. es á mí...

—A V. no le condeno, no le condeno de ningún modo. ¡En V. eso es otro asunto! V. es ruso, V. es un militar...

—Dispense V., pero no lo soy, ni por asomos...

—Es V. un extranjero, un viajero, y le estoy muy agradecida —continuó Frau Lenore sin escuchar á Sanin.

Estaba jadeante, abría y cerraba las manos; luego desplegó el pañuelo y se sonó; nada más que por la manera de expresar su dolor podía verse que no había nacido bajo el cielo del Norte. Y continuó:

—¿Cómo realizaría Herr Klüber sus negocios en la tienda si se batiese con los compradores? ¡Eso no puede imaginarse! ¿Y ahora es preciso que yo le despida? Pero ¿de qué viviremos? En otro tiempo sólo nosotros hacíamos pasta de malvavisco y almendrado de alfónsigos, y venían á comprarnos mucho á casa; pero ahora, ¡todo el mundo hace pasta de malvavisco en la suya! Piénselo V.; se hablará bastante de su duelo en la ciudad... ¿Pueden ocultarse esas cosas? ¡Y ahí tiene V. roto el matrimonio! ¡Eso es un chasco, una verdadera campanada, un es-

cándalo! Gemma es una excelente hija, me quiere mucho; pero es una terca, una republicana; desafía á la opinión de los demás. ¡Sólo V. puede persuadirla!

El asombro de Sanin aumentó:

—¿Yo, Frau Lenore?

—Sí; sólo V.... V. sólo. Por eso he venido á verle: no se me ha podido ocurrir nada mejor. ¡Es V. tan sabio, es V. un joven tan bueno! Ha tomado V. su defensa; creará lo que V. le diga. «Debe» creerlo, porque V. ha arriesgado su vida por ella. ¡Persuádala V., yo no puedo más! ¡Pruébela V. que sería la causa de la pérdida de todos nosotros y de ella misma! ¡Ya ha salvado V. á mi hijo; sálveme también á mi hija! Dios le ha enviado á V. aquí. Estoy dispuesta á pedirselo á V. de rodillas...

Frau Lenore estaba ya medio levantada del asiento para caer á los pies de Sanin. Este la contuvo.

—¡Frau Lenore! En nombre del cielo, ¿qué hace V.?

Ella le agarró convulsivamente las manos, diciendo:

—¿Me lo promete V.?

—Frau Lenore, fíjese V.: ¿á asunto de qué iría yo...?

—¿Me lo promete V.? ¿No quiere V. que me caiga muerta ante sus ojos, aquí mismo?

Sanin ya no sabía lo que le pasaba. Era la primera vez de su vida que tenía que habérselas con un carácter italiano sobrecitado.

—¡Haré todo lo que V. quiera!—exclamó.—Hablaré á Fraülein Gemma...

Frau Lenore dió un grito de alegría.

—Pero verdaderamente— prosiguió Sanin—no sé de ningún modo qué resultado...

—¡Ah, no se niegue V., no se niegue V.!—dijo Frau Lenore con voz suplicante.—¡Ya me lo ha prometido V.! De seguro que resultará alguna cosa excelente. En todo caso, ¡yo no puedo hacer ya nada más! ¡No me obedece!

—¿Le ha declarado á V. de una manera positiva que se niega á casarse con Herr Klüber?—preguntó Sanin despues de un breve silencio.

—¡Oh, ha cortado la cuestión como con un cuchillo! ¡Es el vivo retrato de su padre! ¡No se anda con paños calientes!

—¿Ella?—preguntó Sanin.

—Sí... sí... Pero, aparte de eso, es un ángel. Le atenderá á V., hará lo que V. le diga. ¿Va V. á venir? ¿Ahora mismo? ¡Oh mi querido amigo ruso!—(Frau Denore se levantó bruscamente de la silla y agarró no menos bruscamente la cabeza de Sanin, sentado delante de ella.)—¡Reciba V. la bendición de una madre... y deme V. un poco de agua.

Sanin presentó un vaso de agua á la señora Roselli, y la prometió por su honor ir en seguida. La acompañó hasta la calle, y de regreso en su cuarto juntó las manos y abrió cuanto pudo los ojos.

—¡Bueno!—pensó.—¡Ahora ha dado otra vuelta la rueda de mi vida! Gira tan veloz, que me da vértigos.

No trató de leer dentro de sí mismo

para darse cuenta de lo que pasaba. Era insensato, eso es todo.

—¡Qué día!—murmuraban involuntariamente sus labios.—No se anda con paños calientes, dice su madre. ¿Y es preciso que yo le dé consejos á ella? ¿Aconsejarle el qué?

Dábale vueltas la cabeza, en efecto. Pero, por encima de ese torbellino de impresiones diversas, de sentimientos y de ideas sin concluir, flotaba la imagen de Gemma, esa imagen que se había grabado indeleble en su memoria durante esa cálida noche, cargada de electricidad, en esa ventana oscura, bajo los fulgores de innumerables estrellas.

XXIV

Sanin se aproximó con irresoluto paso á la casa de la señora Roselli. Le palpitaba con fuerza el corazón, lo sentía fácilmente golpear contra sus costillas. ¿Qué iba á decir á Gemma? ¿De qué modo iba á hablarla? Entró en la casa, no por la tienda sino por la puerta secreta. Encontró á Frau Lenore en la primera piececita: púsose ella muy contenta al verlo y á la vez un poco intranquila.

—Le esperaba ya—dijo en voz baja, apretándole una tras otra ambas manos entre las suyas.—Está en el jardín, vaya V. Cuidadito, que con V. cuento.

Sanin se fué al jardín.

Gemma estaba sentada en un banco, al borde de un paseo de árboles, y elegía en un cestito las cerezas más maduras apartándolas en un plato. El sol estaba bajo, sobre el horizonte; eran cerca de las siete de la tarde, y en los anchos rayos oblicuos con que inundaban de luz el jardinito de la señora Rosselli había más púrpura que oro. De vez en cuando se oía el cuchicheo apenas perceptible y como perezoso de las hojas entre sí, el breve zumbido de las abejas retrasadas arrastrándose de flor en flor, y el arrullo monótono é infatigable de alguna tórtola lejana.

Gemma llevaba puesto en la cabeza el mismo sombrero que el día del paseo á Soden. Miró á Sanin por debajo del ala inclinada del sombrero y se dobló de nuevo hacia el cestito.

Sanin se aproximó á ella, acortando involuntariamente el paso... y no se le ocurrió nada mejor qué decir sino esto:

—¿Por qué elige V. esas cerezas?

Gemma no se dió prisa á contestarle.

—Estas, las más maduras—dijo por fin— se pondrán confitadas; y con esas otras se harán pastelillos, ¿sabe V.?, de esos pastelillos redondos que vendemos.

Mientras decía estas palabras, Gemma dobló la cabeza aún más baja; y su mano derecha, que tenía dos cerezas entre los dedos, detúvose en el aire, entre el canastillo y el plato.

—¿Puedo sentarme junto á V.?—preguntó Sanin.

—Sí.

Gemma se hizo un poco á un lado, para dejarle sitio en el banco. Sanin se

sentó junto á ella. «¿Por qué comenzaré?»—pensaba. Pero Gemma le sacó de apuros.

—¿Con que hoy se ha batido V. en duelo?—dijo ella con vivacidad, volviendo hacia él su hermoso rostro encendido todo él de rubor. (¡Y qué profunda gratitud brillaba en sus ojos!)—¿Y se halla V. tan tranquilo? ¿De modo que para V. no existe el peligro?

—Dispense V.... No he corrido ningún peligro. Todo ha pasado de la manera más feliz é inofensiva por completo.

Gemma movió el dedo índice á derecha é izquierda delante de la cara. Este es otro ademán italiano.

—No, no diga V. eso. ¡No me engaña V.! Pantaleone me lo ha contado todo.

—¡Vaya un testigo digno de confianza! ¿Me ha comparado á la estatua del comendador?

—Las expresiones que emplea pueden ser cómicas, pero no sus sentimientos, no lo que V. ha hecho hoy. Y todo eso á propósito de mí... por mí... No lo olvidaré jamás.

—Le aseguro V., á Fraülein Gemma...

—No lo olvidaré—repitió después de un pequeño intervalo, mirándole fijamente; luego se volvió de lado.

Sanin podía ver en aquel momento su perfil fino y puro, y díjose que nunca había contemplado nada semejante, ni sentido impresión comparable á la que sentía entonces. Iba á hablar...

Un relámpago cruzó por su mente: «¿Y mi promesa?»

—Fraülein Gemma...—dijo, después de breve vacilación.

—¿Qué?

En lugar de volverse hacia él, continuó escogiendo las cerezas, quitando las hojas y cogiendo delicadamente las frutas por los rabillos... ¡Pero qué afectuosa confianza respiraba esa sola palabra: «¿Qué?»

—¿No le ha dicho á V. nada su madre... á propósito de...

—¿A propósito de quién?

—De mí.

Gemma volvió á echar bruscamente en el canastillo la cereza que tenía en la mano.

—¿Ha hablado con V.?—preguntó ella á su vez.

—Sí.

—¿Qué le ha dicho?

—Me ha dicho que V... que V. ha resuelto de pronto cambiar sus primeras intenciones.

La cabeza de Gemma se inclinó de nuevo y desapareció del todo bajo su sombrero; sólo se veía su cuello flexible como el tallo de una gran flor.

—¿Mis intenciones? ¿Cuáles?

—Sus intenciones... respecto al futuro arreglo de su vida.

—Es decir... ¿habla V. de Herr Klüber?

—Sí.

—¿Le ha dicho á V. mamá que no quiero casarme con Herr Klüber?

—Sí.

Gemma hizo un movimiento en su banco. Deslizóse el canastillo, cayó al suelo y algunas cerezas rodaron por el sendero. Pasó un minuto, después otro..

—¿Por qué le ha hablado á V. de eso?—dijo al cabo.

Como un momento antes, ya no veía Sanin más que su cuello. El pecho de Gemma subía y bajaba más de prisa.

—¿Por qué...? Como en tan poco tiempo hemos llegado á ser, puede decirse, que amigos, como ha demostrado V. alguna confianza en mí, su madre ha pensado que pudiera yo darle á V. algún consejo útil y que pudiera V. seguirlo.

Las manos de Gemma se deslizaron lentamente por sus rodillas... Se puso á arreglarse los pliegues de la falda.

—¿Qué consejo me da V., señor Demetrio?—preguntó después de un corto silencio.

Sanin veía temblar los dedos de Gemma sobre sus rodillas... No arreglaba los pliegues de la falda sino para disimular aquella agitación. Puso él con dulzura la mano sobre esos dedos temblorosos, y dijo:

—Gemma, ¿por qué no me mira V.?

Echóse vivamente atrás el sombrero de paja y fijó en él sus ojos, llenos de gratitud y de confianza como antes. Esperaba la respuesta de Sanin, pero éste se quedó trastornado, ó, más bien, al pie de la letra, deslumbrado con el aspecto de sus facciones: la cálida luz del sol poniente iluminaba aquel rostro juvenil, cuya expresión era aún más luminosa y más resplandeciente que aquella claridad.

—Le escucho á V., señor Dmitri—dijo con una sonrisa insegura y un poco levantadas las cejas.—¿Qué consejo va V. á darme?

—¿Qué consejo?—repitió Sanin.—Mire V., su madre piensa que rehusar á Herr Klüber únicamente porque anteayer no dió muestras de un gran valor...

—¿Únicamente por eso?—interrumpió Gemma... Bajóse, levantó el canastillo y lo puso en el banco junto á ella.

—No, desde todos puntos de vista... en general... rechazarlo sería por parte de V. una cosa poco razonable. Su madre añade que ese es un paso cuyas consecuencias deben pesarse con esmero; en fin, que el mismo estado de los negocios de Vds. impone ciertas obligaciones á cada uno de los miembros de su familia...

—Todas esas son las ideas de mamá—interrumpió de nuevo Gemma;—son sus propias palabras. Todo eso ya lo sé. Pero ¿cuál es el parecer de V.?

—¿El mío?

Sanin se calló un momento. Sentía en la garganta algo que le cortaba la respiración.

—Yo también pienso... —dijo con esfuerzo.

Gemma se levantó.

—¡V....! ¿También V.?

—Sí... es decir...

Positivamente, Sanin no podía pronunciar una palabra más.

—Bien—dijo Gemma.—Si V., como amigo, me aconseja que renuncie á lo que tenía resuelto, es decir, que no modifique mi primera decisión... lo pensaré.

Sin advertirlo, volvía á poner en el canastillo las cerezas que se encontraban en el plato.

—Mamá—continuó—espera que seguiré los consejos de V... ¿Por qué no? Posible es que los siga.

—Permítame V., Fraülein Gemma, quisiera saber en primer término las razones que la han inducido...

—Seguiré sus consejos, le obedeceré—repitió Gemma, con las cejas fruncidas, pálidas las mejillas y mordiéndose el labio inferior.—Ha hecho V. tanto por mí, que me veo obligada á hacer lo que V. quiera, obligada á doblegarme á sus deseos. Diré á mamá... lo pensaré. Pero, precisamente, aquí viene.

En efecto, apareció Frau Lenore en el quicio de la puerta que daba al jardín. Llena de impaciencia, no pudo permanecer en su sitio. Según sus cálculos, Sanin debía de haber concluido largo tiempo antes su conversación con Gemma, aun cuando sólo duraba un cuarto de hora.

—¡No, no, no! —exclamó Sanin precipitado y casi con temor.—¡Por el amor de Dios, no le diga V. nada todavía! Espere V.; yo diré á V.... yo la escribiré... Hasta entonces, no tome V. ninguna resolución... ¡Espere V.!

Apretó la mano á Gemma, se levantó del banco, y con suma sorpresa de Frau Lenore se cruzó con ella sin detenerse; limitándose á saludarla con el sombrero, tartamudeó algunas palabras ininteligibles y se fué.

Frau Lenore se aproximó á su hija, diciendo:

—Gemma, dime, te lo suplico...

Esta se levantó bruscamente, y cogiéndola en sus brazos, exclamó:

—Mi querida mamá, ¿puede V. esperar un poco... un poquito... hasta mañana? ¿Sí? ¿Y no decirme hasta mañana ni una palabra acerca de esto?... ¡Ah!...

De pronto, sin que ella misma se lo esperase, brotaron de sus ojos lágrimas tan ligeras como gotas de rocío. Frau Lenore se extrañó tanto más cuanto que el rostro de la joven, muy lejos de parecer triste, radiaba de júbilo.

—¿Qué te sucede?—la dijo.—Tú que nunca lloras, nunca, ahora de pronto...

—Esto no es nada, mamá, no es nada. Sólo que espere V. Las dos tenemos que esperar. No me pregunte V. nada hasta mañana, y mientras no se oculte el sol, escojamos las cerezas.

—Pero ¿serás razonable?

—¡Oh, sí, muy razonable!—dijo Gemma, moviendo la cabeza con ademán significativo.

Se puso de nuevo á hacer ramitos de cerezas, que levantaba á la altura de su cara enrojecida. No se enjugó las lágrimas... secáronse ellas solas.

XXV

Sanin regresó á la fonda casi á la carrera. Comprendía perfectamente que á menos de hallarse á solas, no podría desentrañar el caos que dentro de él

se agitaba. En efecto, apenas hubo entrado en su cuarto, sentóse detrás del escritorio, se puso de codos en él, escondiendo la cara entre las manos, y exclamó con voz sorda y dolorosa:

—¡La amo! ¡La amo locamente!

Y todo su ser interior se abrasó como un carbón hecho ascua, cuya envoltura de muertas cenizas dispersa un rápido soplo.

Transcurrido un instante, no comprendía ya cómo pudo permanecer sentado junto á ella, ¡junto á ella! y hablarla, y no sentir que adoraba hasta la cenefa de su vestido, que estaba dispuesto «á morir á sus pies» como dicen los jovenzuelos. Aquella última entrevista en el jardín lo decidió todo. Desde entonces, al pensar en ella, no se la representaba ya con los rizos sueltos, á la serena claridad de las estrellas, sino que la veía, sentada en el banco, echarse atrás el sombrero con rápido ademán y mirarle con sus hermosos ojos confiados... Aquella imagen hacía correr por sus venas el hervor, la sed de la pasión. Acordóse de la rosa que había conservado en el bolsillo desde la antevíspera: la cogió y llevósela á los labios con una fuerza tan febril, que involuntariamente hizo un gesto de dolor. ¡Para pensar y reflexionar, para calcular y prever estaba entonces! Desprediéndose del pasado entero, lanzábase de lleno al porvenir. Desde la ribera triste y solitaria de su vida de joven zambullíase en ese torrente espumoso, alegre y rápido, sin inquietarse de saber á dónde le llevaría y si no le estrellaría contra algún pe-

ñasco. No eran ya las apacibles ondas de la poesía de Uhland, sobre las cuales mecíase en otro tiempo... ¡Eran olas no domadas, irresistibles, que se precipitaban saltando hacia adelante y le arrastraban con ellas!

Cogió un pliego de papel, y, sin enmiendas, casi de una plumada, escribió:

«Querida Gemma:

»Sabe V. qué consejo había adquirido la responsabilidad de darle; sabe V. lo que desea su madre y lo que me había pedido; pero lo que V. no sabe, lo que ahora le digo, es que amo á V., que la amo con toda la pasión de un alma que ama por vez primera. ¡Este fuego me ha abrasado de pronto, pero con tal fuerza, que no hallo palabras con qué decirlo! Cuando su madre vino á pedirme que hablase á V., aún estaba envuelto entre ceniza, sin lo cual, como hombre honrado, no hubiese admitido esa comisión. La declaración que ahora hago á V., también es la de un hombre honrado. Es preciso que sepa V. con quién trata; entre nosotros no deben existir errores. Ya ve V. que no puedo darle ningún consejo. ¡La amo, la amo!, y no tengo más que esto en la cabeza y en el corazón.

»DM. SANIN.»

Después de doblar y cerrar esta es-
quela, Sanin se dispuso á llamar al
mozo y enviarle á llevarla... ¡No, eso
no podía ser!... ¿Por conducto de Emi-

lio?... Pero tampoco era posible irle á
buscar á su tienda, entre los demás
dependientes. Además, había llegado
la noche, y tal vez hubiera salido ya
del comercio. Al hacer estas reflexio-
nes, púsose Sanin el sombrero y salió.
Dió vuelta á una esquina, después á
otra; y ¡gozo indecible!, vió á Emilio
delante de sí. Con la cartera debajo del
brazo y un rollo de papeles en la mano,
el joven entusiasta regresaba con rápi-
do paso á su domicilio.

—¡Razón hay para decir que cada
enamorado tiene su estrella! —dijo Sa-
nin para sus adentros, y llamó á Emi-
lio, quien se volvió é inmediatamente
le echó los brazos al cuello.

Sin darle Sanin tiempo de regocijar-
se, le dió la carta y le explicó á quién
y cómo tenía que entregársela... Emi-
lio le escuchaba con atención.

—¿Es preciso que nadie la vea? —
preguntó, dando á su rostro una expre-
sión misteriosa y significativa, como
si dijese: «¡Comprendo la cosa!»

—Sí, mi querido amigo —respondió
Sanin un poco confuso, dándole un
golpecito cariñoso en la mejilla...—Y
si hay respuesta... me la traerá V.,
¿no es así? Me quedo en casa.

—No se inquiete V. por eso —mur-
muró Emilio con aire alegre, saliendo
á la carrera; y mientras corría, le hizo
otra seña con la cabeza.

Sanin volvióse á la fonda, y, sin
encender luz, se echó en el diván,
cruzó las manos detrás de la cabeza y
se abandonó á esas impresiones del
amor recién revelado, impresiones que
es inútil describir: quien las ha senti-

do, conoce sus ansias y dulzuras; quien no las ha experimentado no las comprendería.

Abrióse la puerta, y apareció la cabeza de Emilio...

—¡La traigo!— dijo en voz baja.— ¡Aquí está la respuesta!

Enseñaba y movía por encima de la cabeza un papelito doblado.

Sanin saltó del diván y se lo arrancó de la mano. La pasión hablaba muy alto en él; no pensaba en la discreción, ni en las conveniencias, ni siquiera ante aquel niño, hermano de ella. Hubiera querido contenerse, tener vergüenza de conducirse así delante de él; pero no podía.

Aproximóse á la ventana, y á la luz de un farol que había en la calle delante de la casa, leyó las líneas siguientes:

«Le ruego, le suplico *que no venga á casa, que no se presente en todo el día de mañana*. Es preciso, absolutamente preciso, y entonces todo se resolverá. Sé que no me negará esto, porque...

» GEMMA.»

Sanin leyó dos veces aquella carta. ¡Cuán bonita y atractiva le pareció su letra! Meditó un poco, dirigióse á Emilio (quien, para probar que era un joven reservado, estaba de cara á la pared, raspándola con las uñas) y le llamó en voz alta.

Emilio acudió al instante junto á Sanin, diciendo:

—¿Qué quiere V.?

—Escuche, mi querido amigo...

—Señor Demetrio—interrumpió Emilio con voz plañidera—¿por qué no me llama V. de *tú*?

Sanin se echó á reír.

—Bueno, conformes. Oye, mi querido amigo... (Emilio dió un brinquito de alegría); oye, *allá abajo*, ¿comprendes?, dirás *allá abajo* que todo se cumplirá escrupulosamente.—(Emilio se mordió los labios y meneó la cabeza con aire un poquillo grave.)—Y tú... ¿qué haces mañana?

—¿Qué hago yo? ¿Qué desea V. que haga?

—Si puedes, ven mañana por la mañana temprano, y nos iremos de paseo por los alrededores de Francfort, hasta la noche. ¿Quieres?

Emilio dió otro brinco.

—¡Que si quiero! ¿Hay nada más agradable en el mundo? Pasearme con V.... ¡eso es encantador! Vendré, con seguridad.

—¿Y si no te lo permiten?

—Me lo permitirán.

—Oye... no digas *allá abajo* que te he rogado que vengas para todo el día.

—¿Por qué decirlo? Me iré sin permiso. ¡Valiente apuro!

Emilio abrazó á Sanin con todas sus fuerzas y se marchó corriendo.

Sanin se paseó mucho tiempo por el cuarto y se acostó tarde. Abandonábase á esas impresiones penosas y dulces, á esa ansiedad regocijada que precede á una era nueva. Además, Sanin estaba satisfechísimo de su idea de haber invitado á Emilio á pasar con él el día inmediato: se parecía mucho á su hermana.

«Emilio me recordará á Gemma»—dijo para sí.

Pero lo que más le asombraba era pensar que la víspera no era el mismo que ese día. Parecíale haber amado siempre á Gemma, y haberla amado precisamente como aquel día la amaba.

XXVI

El día siguiente, llevando á *Tartaglia* en trailla, dirigióse Emilio á casa de Sanin. Si hubiese sido de pura raza alemana, no hubiera estado más puntual. En casa había armado un embolismo, diciendo que iría á paseo con Sanin hasta la hora de almorzar, y que después se presentaría en el almacén.

Mientras que Sanin se vestía, Emilio, no sin vacilar mucho, intentó sacar conversación acerca de Gemma y de su ruptura con Herr Klüber. Pero Sanin, por única respuesta, se limitó á guardar un silencio austero; y queriendo Emilio demostrar que comprendía por qué no debiera ni mentarse ese grave asunto, no hizo la menor alusión á él, tomando de rato en rato un aire reconcentrado y hasta serio.

Después de tomar el café, ambos amigos—naturalmente, á pie—se dirigieron hacia Hausen, aldehuela poco lejana de Francfort y rodeada de bosques. Toda la cordillera de Taunus veíase desde allí cual si hubiese estado al alcance de la mano. El tiempo

era magnífico: brillaba el sol y difundía su calor, pero sin quemar; un viento fresco rumoreaba alegre entre el verde follaje; las sombras de algunas nubecillas que se cernían en lo alto del cielo corrían sobre la tierra como manchitas redondas, con un movimiento uniforme y rápido.

Bien pronto halláronse los jóvenes fuera de la ciudad, y anduvieron con paso firme y alegre por la carretera esmeradamente barrida.

Al entrar en el bosque, dieron mil vueltas por él; después almorzaron fuerte en una posada de aldea. En seguida subieron por la montaña, admirando el paisaje; echaron á rodar pedruscos por la pendiente, haciendo palmas al verlos rebotar como conejos, con saltos extravagantes y cómicos, hasta que un transeunte, invisible para ellos, les dirigía desde el camino de abajo denuestos con voz fuerte y sonora. Tumbáronse encima de un musgo corto y seco, de un color amarillo violáceo; bebieron cerveza en otro figón, después corrieron y saltaron á cual más. Descubrieron un eco y le dieron conversación; cantaron, gritaron, lucharon, rompieron ramas de árboles, adornaron los sombreros con guirnaldas de helecho, y hasta acabaron por bailar.

Tartaglia tomaba parte en todas esas diversiones en cuanto cabía en su poder y en su inteligencia. Verdad es que no tiró piedras, pero se precipitaba dando volteretas en pos de las que lanzaban los jóvenes; aulló mientras éstos cantaban, y hasta bebió cerveza, aun-

que con una repugnancia visible. Esta última ciencia le había sido inculcada por un estudiante que con anterioridad había sido su dueño. Por lo demás, no obedecía á Emilio — éste no era su amo Pantaleone;— y cuando el mocito le decía que «hablase» ó que estornudase», limitábase á menear el rabo y hacer un cucurucho de su lengua.

También hablaron entre sí los jóvenes. Al comienzo del paseo, Sanin, en calidad de mayor, y, por consiguiente, más apto para razonar, había comenzado un discurso acerca del *fatum*, acerca del destino del hombre y de lo que lo constituye; pero bien pronto la conversación tomó un giro menos serio. Emilio se puso á interrogar á su amigo y protector sobre los destinos de Rusia; le preguntó cómo se batían en duelo en ese país, si eran guapas las mujeres, cuánto tiempo sería preciso para aprender el idioma ruso, qué impresiones había sentido cuando el oficial le apuntó. A su vez, Sanin interrogó á Emilio respecto á su padre, á su madre, á los asuntos de su familia, librándose bien siempre de pronunciar el nombre de Gemma y no pensando más que en ella. Propiamente hablando, no era en ella en lo que pensaba, sino en el día siguiente, en aquel mañana misterioso que debía traerle una ventura indecible, inaudita. Parecíale ver flotar ante su vista un cortinaje fino y ligero, y detrás de esa cortina sentía la presencia de un rostro juvenil, inmóvil, divino rostro de labios tiernamente risueños y párpados severamente caídos—severidad fingida.—¡Ese rostro no era el de Gem-

ma, sino el de la misma felicidad! Pero al fin ha llegado su hora; córrese la cortina, se entreabren los labios, los párpados se levantan; la divinidad le ha visto, ¡y llega un deslumbramiento y una claridad semejante á la del sol, una embriaguez y una dicha sin límites y sin fin! Pensaba en ese mañana, y su alma se moría de gozo, en medio de la creciente angustia de la espera.

Esa espera, esa impaciencia, no eran penosas para él: acompañaban todos sus movimientos, pero sin estorbarlos; no le impidieron comer perfectamente con Emilio en un tercer mesón. Sólo de vez en cuando, como fugaz relámpago, cruzaba esta idea por su mente: ¡si alguien lo supiese! Esto no le impidió jugar al paso con Emilio, después de comer, en una verde pradera... ¡Y cuál no fué el asombro, la confusión de Sanin, cuando, advertido por los ladridos furiosos de *Tartaglia*, en el momento en que con las piernas, graciosamente separadas, pasaba como un ave por encima de la espalda de Emilio, doblado por la cintura, vió de pronto delante de él, en el extremo de la pradera, á dos oficiales, en quienes reconoció á su enemigo de la víspera, el caballero von Dönhof, y su testigo el caballero von Richter! Se habían puesto cada uno un cuadradito de cristal delante de los ojos, y le miraban sonriéndose...

Al caer de pie Sanin, se apresuró á ponerse el *paletot* que se había quitado, dijo con presteza dos palabras á Emilio, quien se puso á escape la chaqueta, y se alejaron con paso rápido.

Regresaron á Francfort al atardecer.

—Me regañarán—dijo Emilio al despedirse de Sanin;—pero lo mismo me da... ¡He pasado un día tan bueno, tan bueno!

De regreso en la fonda, Sanin encontró en ella una carta de Gemma, dándole cita para el día siguiente, á las siete de la mañana, en uno de los jardines públicos que por todas partes rodean á Francfort.

¡Qué brinco le dió el corazón! ¡Cómo se aplaudía por haberla obedecido sin vacilar! ¡Ah, santo Dios!

¿Qué le prometía ese día de mañana, inaudito, único, imposible, no imaginable? O más bien, ¿qué no le prometía?

Devoraba con los ojos la carta de Gemma. El largo perfil curvo de la G, letra inicial de su nombre, le recordaba los lindos dedos, la mano de la joven... Se dijo á sí mismo que aún no había acercado nunca esa mano á sus labios...

—Digan lo que quieran—pensó—las italianas son castas y severas... ¡pero Gemma es otra cosa más! Es una emperatriz... una diosa... un mármol puro y virginal... Pero un día llegará... Y ese día está próximo...

Aquella noche no hubo en todo Francfort un hombre más feliz que él. Durmió, pero hubiera podido decir, como el poeta:

Es cierto que estoy dormido,
Mas vela mi corazón...

Palpitábale el corazón tan ligero como bate las alas una mariposa puesta sobre una flor y bañada por el sol.

XXVII

Sanin estuvo de pie á las cinco de la mañana; á las seis estaba vestido, á las seis y media se paseaba por el jardín público, frente al cenadorcito de que Gemma le hablaba en su esquila.

La mañana era tranquila, tibia y húmeda. A veces hubiérase jurado que llovía; pero extendiendo la mano advertíase el error, y sólo mirándose la ropa se podía notar la existencia de finas gotas semejantes á menudas perlas de vidrio; aun así, aquella humedad no duró largo tiempo. En cuanto al viento, como si nunca lo hubiese habido en el mundo. Los sonidos parecían extenderse en todas direcciones á la vez. Un ligero vapor blanquecino flotaba en lontananza, y el aire estaba saturado de aromas de las resedas y de las flores de acacia blanca.

En las calles no estaban abiertas aún las tiendas; sin embargo, había ya transeuntes, y á intervalos oíase el rodar de un coche aislado... En el parque, ni un solo paseante; un jardinero rastrillaba con dejadez una senda, y una anciana decrepita cruzaba cojeando la calle de árboles. Sanin no podía un solo instante tomar por Gemma aquella horrible vieja; sin embargo, le palpité el corazón, y siguió atentamente con la vista aquella forma oscura que se alejaba.

Dieron las siete en el reloj de la torre.

Sanin se detuvo. «¡Si no viniese!» Tuvo como un escalofrío. Un instante después le repitió el escalofrío, pero esta vez por otra causa... Sanin oía detrás de sí un paso menudo y el roce de una falda... Se volvió: era ella.

Gemma le seguía por el estrecho sendero. Llevaba un abrigo gris y un sombrero de color oscuro. Miró á Sanin, volvió la cabeza y se le adelantó con rapidez.

—¡Gemma!—dijo él, con voz apenas perceptible.

Hizo ella una imperceptible señal con la cabeza, y continuó adelante. Siguióla él.

Respiraba con anhelo, las piernas se negaban á servirle.

Gemma pasó del cenador, torció á la derecha, costó una fuentecilla de donde hacía saltar el agua poco profunda un gorrión que se bañaba en la alberca, y se dejó caer en un banco detrás de una espesura de lilas. El sitio era cómodo y al resguardo de las miradas. Sanin se sentó junto á ella.

Transcurrió un minuto, y ni él ni ella pronunciaron una sola palabra. Ella no le miraba; y él miraba, no su rostro, sino sus dos manos juntas que sostenían una sombrilla pequeña. ¿A qué venía hablar? ¿Qué palabras hubieran sido tan elocuentes como su sola presencia en aquel sitio; juntos, á una hora tan de mañana, y tan cerquita el uno del otro?

—¿No me tiene V. mala voluntad por eso?—dijo al cabo Sanin. Difícilmente

hubiera podido decir ninguna cosa menos oportuna... Lo comprendía él mismo... pero, á lo menos, quedaba roto el silencio.

—¿Yo?—respondió ella.— ¡No! ¿Por qué había de tenerle mala voluntad?

—¿Y me cree V....?—prosiguió él.

—¿Lo que V. me ha escrito?

—Sí.

Gemma bajó la cabeza y no contestó. Escapósele de entre los dedos la sombrilla; pero la cogió con presteza, sin dejarla llegar al suelo.

—¡Ah, créame V., créame lo que la he escrito!—exclamó Sanin.

Toda su timidez había desaparecido; hablaba con calor.

—Si hay en el mundo una verdad, cierta, sagrada, superior á toda sospecha, es la de que amo á V., Gemma; es la de que la amo á V. apasionadamente.

Echóle ella una mirada furtiva, y en poco estuvo que otra vez dejase caer la sombrilla.

—Créame, tenga V. fe en mí—repetía suplicante y con las manos extendidas hacia ella, sin atreverse á tocarla.—¿Qué quiere V. que haga para convencerla?

Miróle ella de nuevo, y por fin dijo:

— Dígame V., *monsieur Dmitri*, cuando anteayer fué V. á exhortarme, ¿no sabía V. aún con evidencia... no sentía V....?

—Sentía—interrumpió Sanin—pero no sabía. ¡Yo la amaba á V. desde que por vez primera la vi, pero no he comprendido en seguida lo que para mí era V.! Y luego, sabía que estaba V. prometida... En cuanto á la comisión que

su madre me confió, al pronto ¿cómo negarme á ella? Y además he cumplido esa misma comisión de tal suerte, que ha podido V. adivinar...

Dejáronse oír pasos pesados. Un hombre bastante robusto, con una cartera de viaje cruzada por el pecho, evidentemente un extranjero, desembocó por detrás de las lilas, y con la frescura de un viajero de paso, dejó caer á plomo una mirada á la pareja, tosió con estrépito y prosiguió su camino.

—Su madre—continuó Sanin así que hubo cesado el ruido de los pasos—me había dicho que la negativa de V. causaría escándalo (Gemma frunció ligeramente el entrecejo), que en parte había dado yo pretexto para juicios desfavorables, y que, por consiguiente, hasta cierto punto, estaba yo obligado á exhortarla á V. que no rechazase á su futuro Herr Klüber...

—*Monsieur Dmitri*—dijo Gemma, pasándose con lentitud la mano por los cabellos hacia el lado de Sanin—se lo suplico: no llame V. á Herr Klüber mi futuro... Nunca seré su mujer: me he negado.

—¿Le ha despedido V.? ¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Se lo dijo V. á él mismo?

—A él mismo, en casa... Volvió á presentarse.

—Gemma, entonces ¿me ama V.?

Volvióse ella de cara hacia él y murmuró:

—Sin eso, ¿estaría yo aquí?

Y sus dos manos abiertas cayeron sobre el banco.

Sanin se apoderó de ambas manos

inertes y las apretó contra sus ojos, contra sus labios... ¡El velo que había visto la víspera en sus ensueños se levantaba! ¡Aquella era la dicha, su faz resplandeciente! Alzó la cabeza, y miró á Gemma á los ojos con atrevimiento. Ella también le miró, un poco fija. Apenas brillaban sus ojos semiabiertos, ligeramente húmedos con lágrimas de placer. No se sonreía... reíase con una risa muda y enervada.

Quiso él atraerla hacia su pecho, pero ella se desprendió, sin interrumpir su muda risa, moviendo la cabeza con ademán negativo.

—¡Espera!—parecían decir sus ojos arrobados.

—¡Oh Gemma!—exclamó Sanin.—¿Podía yo pensar que tú... (su corazón vibró como la cuerda de un arpa, cuando sus labios pronunciaron ese *tú* por vez primera)... que tú me amarías?

—Yo misma no lo esperaba—dijo Gemma en voz baja.

—¿Podía yo pensar—continuó Sanin—al llegar á Francfort, donde sólo pensaba permanecer unas cuantas horas, que había de encontrar aquí la felicidad de toda mi vida?

—¿De toda tu vida? ¿De veras?

—De toda mi vida, ¡hasta el último día!—exclamó Sanin con nuevo arranque.

De pronto, á dos pasos de su banco, dejóse oír el ruido de la pala del jardinero.

—Volvamos á casa—murmuró Gemma;—entremos juntos. ¿Quieres?

—Si le hubiese dicho en aquel mo-

mento « ¡Arrójate al mar! ¿Quieres? » se hubiera tirado de cabeza al abismo, antes de que ella hubiese concluido la última palabra.

Salieron juntos del jardín y se encaminaron á casa, pasando no por las calles de la ciudad, sino por la ronda.

XXVIII

Sanin marchaba, cuándo junto á Gemma, cuándo un poco detrás, mirándola siempre sin cesar de sonreír. Gemma parecía á la vez apresurarse y contenerse. A decir verdad, ambos, él todo pálido y ella toda encendida de emoción, andaban como entre niebla. Ese truco de sus almas que acababan de hacer, producía en ellos una impresión tan nueva y tan fuerte, que era casi penosa: todo había hecho tal cambio de frente en su existencia, que no podían encontrar el equilibrio. Sólo notaban una cosa: que iban envueltos en un torbellino análogo á aquel otro torbellino nocturno que casi les había echado en brazos uno de otro. Sanin, al seguirla, sentía que miraba á Gemma con otros ojos; en un momento advirtió en el paso y en los movimientos de Gemma muchas particularidades en que hasta entonces no había reparado. ¡Cuán adorables y hechiceras le parecían todas esas menudencias! Y ella, por su parte, sentía que Sanin la miraba así.

Ambos amaban por la vez primera:

todas las maravillas del primer amor se realizaban en ellos. Un primer amor se parece á una revolución. El orden regular y monótono de la vida queda roto y destruido en un momento; la juventud sube á la barricada, hace ondular en el aire su esplendente bandera, y sea lo que fuere lo que le reserve el porvenir, la muerte ó una nueva vida, lanza á todo y á todos su llamamiento apasionado.

— ¡Mira, diríase que es Pantaleone! — dijo Sanin, apuntando con el dedo una figura encapuchonada que se deslizó rápidamente por una callejuela, como para evitar ser vista.

En el colmo de su felicidad, Sanin experimentaba la necesidad de hablar con Gemma, no de su amor, puesto que era cosa convenida, consagrada, sino de cosas indiferentes.

— Sí, es Pantaleone — respondió Gemma con tono alegre y placentero. — Probablemente ha salido á espiarme; ayer, todo el día me siguió todos los pasos... Algo sospecha.

— ¡Que sospecha algo! — repitió Sanin con arrobamiento.

Por supuesto, con el mismo deliquio hubiera repetido cualquiera otra frase de Gemma.

Luego la rogó que le contase con detalles todo lo acontecido la víspera.

Al punto comenzó con premura un relato un poco embrollado, con mezcla de sonrisas y suspirillos, mientras que sus límpidos ojos cruzaban con Sanin miradas furtivas y radiantes. Le contó cómo su madre, después de una conversación de tres horas, había querido

obtener de ella algo positivo; cómo á la postre se había separado de Frau Lenore con la promesa de darla á conocer su resolución antes de finar el día; cómo le había costado sumo trabajo obtener ese plazo moratorio; cómo, de una manera enteramente inesperada, había llegado Klüber con más humos y más bambolla que nunca; cómo había expresado su descontento contra ese extranjero desconocido, cuya conducta era imperdonable, digna de un chiquillo y hasta profundamente ofensiva (así decía) para él, Klüber.

—Aludía á *tu* duelo—advirtió Gemma—y exigía que inmediatamente se te cerrase la puerta de casa. «Porque, decía él (y aquí Gemma remedó un poco la voz y los modales del negociante), esto echa una mancha sobre mi honor, ¡como si yo no fuese capaz tan bien como cualquiera otro de defender á mi novia, si lo creyese necesario ó simplemente útil! Todo Francfort sabrá mañana que un extranjero se ha batido con un oficial por mi futura. ¿Cómo puede interpretarse eso? ¡Eso mancha mi honor!» Mamá era de su parecer, ¡figúrate! Pero yo le declaré sin ambages qué hacía mal en inquietarse por su honor y por su persona, y en ofenderse por lo que dijese acerca de su futura, en atención á que yo no era ya su futura ¡y nunca sería su mujer! A decir verdad, hubiera querido, en primer término, hablar con V.... *contigo*, antes de darle las calabazas en regla; pero vino, y no pude contenerme. Mamá prorrumpió en gritos de espanto; yo me fui á otra habitación á

coger su anillo de esponsales (¿no has notado que desde hace dos días no lo llevo puesto?) y se lo devolví. Se ofendió terriblemente; mas, como también son terribles su amor propio y su presunción, partió sin darnos la lata. Naturalmente, he tenido que aguantar muchos cargos de mamá, me daba pena verla tan afligida, y me dije que me había dejado llevar harto de prisa de mis prontos, pero tenía tu carta, y además sabía yo antes...

—¿Que te amo?

—¡Sí, que ya me amabas tú!

Así hablaba Gemma, confusa y sonriente, bajando la voz y aun callándose de pronto cuando alguien pasaba junto á ellos. Sanin escuchaba en éxtasis y admiraba el sonido de su voz, como la víspera había admirado su carácter de letra.

—Mamá está que la ahogan con un cabello—prosiguió Gemma (y afluían rápidas las palabras á sus labios)—no quiere comprender que Herr Klüber me era odioso; que le había aceptado, no porque le amase, sino por acceder á las súplicas de ella... Sospecha de V..., digo, de *ti*... ó, más bien, para no mentir, está convencida de que yo te amaba, y eso la contraría tanto más, cuanto que anteayer aún no se le había puesto en la cabeza ninguna idea de este género, y precisamente á ti había encomendado que me hicieses reflexiones... Era una extraña embajada, ¿no es así? Ahora te trata de hombre astuto y solapado; dice que defraudaste su confianza, y me predice que defraudarás la mía...

—Pero Gemma—exclamó Sanin,—¿acaso no le has dicho...?

—Nada la he dicho. ¿Tenía derecho á hablar yo antes de haberte visto?

Sanin palmoteó de gozo.

—Gemma, espero que á lo menos ahora se lo dirás todo y me presentarás á ella... ¡Quiero probarla que yo no engaño!

Mientras decía esas palabras, henchíase su pecho, lleno hasta desbordarse de sentimientos nobles y generosos.

Gemma le miró de hito en hito.

—¿De veras quieres venir conmigo á casa á ver á mi madre, la cual pretende que... lo que estaría bien hecho... es imposible entre nosotros y nunca podrá realizarse?

Había una palabra que Gemma no podía decidirse á decir, aunque le abrasaba los labios. Apresuróse Sanin á pronunciarla.

—Quiero casarme contigo, Gemma; quiero ser tu marido. No conozco en el mundo una felicidad más grande que esa.

No veía límites á su amor, á los nobles impulsos de su alma, á la energía de sus resoluciones.

Al oír estas palabras, Gemma, que había retardado un instante su andar, lo aceleró aún más que antes... Hubiérase dicho que trataba de huir de esa ventura, hartó grande y hartó inesperada.

Pero, de pronto, le flaquearon las piernas: Herr Klüber, engalanado con un sombrero y un *paletot* nuevos, flamantes; tieso como un poste y rizado

como un perro de aguas, acababa de aparecer á la vuelta de una esquina, en una calleja, á cinco ó seis pasos de ellos. Conoció á Gemma y conoció á Sanin. Rezongando por dentro, digámoslo así, é irguiendo el flexible talle, salióles al encuentro, contoneándose con aire descarado.

Sanin vaciló un segundo, pero echó una mirada al rostro de Herr Klüber, quien afectaba un aire desdeñoso y hasta de lástima; miró aquella cara rubicunda y vulgar... una oleada de ira subióle al corazón, y dió un paso adelante.

Gemma le agarró con presteza de la mano. Tranquila y resuelta, se cogió del brazo de Sanin, mirando cara á cara á su antiguo novio. Los ojos de éste parpadearon indecisos y contrajéronse sus facciones. Se apartó á un lado, mascullando entre dientes: «¡Así concluye siempre la canción!» (*Das alte Ende vom Liede!*) Y se alejó con el mismo paso pretencioso y saltarín.

—¿Qué ha dicho el majadero?—preguntó Sanin.

Quiso correr tras de Klüber, pero Gemma le contuvo y prosiguió su marcha sin retirar la mano que había pasado bajo el brazo de Sanin.

Apareció ante ellos la confitería Rosselli. Gemma se detuvo por última vez y dijo:

—Demetrio, aún no hemos entrado, aún no hemos visto á mamá... Si aún quieres reflexionar, si... Todavía eres libre, Demetrio.

Por única respuesta, Sanin apretó

con fuerza el brazo de Gemma contra su pecho, y la impulsó adelante.

—Mamá—dijo ella, entrando con Sanin en la estancia donde se hallaba Frau Lenore—¡te traigo mi verdadero prometido!

XXIX

Si Gemma hubiese anunciado que traía el cólera ó la misma muerte en persona, preciso es creer que Frau Lenore no hubiera acogido la noticia con una desesperación más grande. Sentóse inmediatamente en un rincón, vuelta la cara á la pared, y se deshizo en llanto, casi á gritos, igual que una campesina rusa sobre el ataúd de su hijo ó de su marido. En el primer momento se puso Gemma tan desconcertada, que no se atrevió á acercarse á su madre y se quedó inmóvil en medio de la pieza, como una estatua. Sanin, alicaído, estaba á punto de llorar también. ¡Aquel dolor inconsolable duró una hora, una hora entera! Pantaleone juzgó lo más oportuno cerrar la puerta de la calle de la confitería, de miedo á que alguien entrase; por fortuna, la hora era muy temprana. El viejo estaba receloso, y en todo caso poco satisfecho de la precipitación con que Sanin y Gemma habían procedido. Por supuesto, no tomó sobre sí el vituperarlos, antes hallábase dispuesto á prestarles ayuda y protección en caso necesario: ¡odiaba tan de corazón á Klüber! Emi-

lio tenía por el intermediario entre su hermana y su amigo; en poco estuvo que no se enorgulleciese al ver que todo había salido tan bien. Incapaz de comprender por qué se desolaba su mamá, tentado estaba á decidir en su fuero interno que todas las mujeres, hasta las mejores, carecen en el fondo de sentido común. Sanin fué, de todos, quien más tuvo que sufrir. En cuanto se acercaba á ella, Frau Lenore soltaba gritos de pavo real y agitaba los brazos para apartarle. En vano trató él de decir en alta voz varias veces, manteniéndose á una distancia respetuosa:

—¡Pido á V. la mano de su hija!

Frau Lenore no podía consolarse, especialmente «de haber estado tan ciega para no ver nada».

—¡Si mi Giovanni Battista viviese aún—decía á través de sus lágrimas—nada de esto hubiera sucedido!

—¡Dios mío!—exclamaba para sus adentros Sanin.—Pero ¿qué es esto? En último término, ¡esto es absurdo!

No se atrevía á mirar á Gemma, quien, por su parte, tampoco se determinaba á levantar la vista hacia él. Contentábase con acariciar pacientemente á su madre, la cual había comenzado también por rechazarla...

Al cabo se apaciguó poco á poco la tormenta. Frau Lenore cesó de llorar, permitió á Gemma sacarla del rincón donde se había refugiado, instalarla en una butaca cerca de la ventana, y que la hiciese beber agua con unas gotas de azahar. Permitted á Sanin, no aproximarse—¡oh, eso no!—sino á lo menos que permaneciese en la estan-

cia (antes no cesaba de exigir que se marchase), y ya no le interrumpió al hablar. Sanin aprovechó en el acto esos síntomas de sosiego, y desplegó una elocuencia pasmosa: no hubiera sabido expresar sus intenciones y sentimientos con un calor más convincente á la misma Gemma. Sus sentimientos eran los más sinceros, sus intenciones las más puras, como las de Almaviva en *El barbero de Sevilla*. No disimuló á Frau Lenore más que á sí mismo el lado desfavorable de esas intenciones; pero esas desventajas, añadió, sólo existían en apariencia... Era extranjero, conocíanle de poco tiempo, no se sabía nada positivo acerca de su persona ni de sus recursos: todo esto era verdad. Pero estaba dispuesto á dar todas las pruebas necesarias para dejar sentado que era de buena familia y poseedor de algunos bienes de fortuna; para ello se proporcionaría los certificados más fehacientes por parte de sus compatriotas. Esperaba que Gemma sería feliz con él, y se esforzaría en dulcificar para ella la pena de estar separada de su familia.

La idea de la separación, la palabra «separación» nada más, estuvo en poco que no echase á perder el negocio. Frau Lenore manifestó suma agitación. Sanin se apresuró á añadir que esa separación sólo sería temporal, y que, en último extremo, quizá no se llevase á efecto.

La elocuencia de Sanin no quedó perdida. Frau Lenore comenzó á mirarle con aire de tristeza y de amargura, pero no con la repulsión y la

ira de antes; luego le permitió aproximarse y sentarse junto á ella (Gemma estaba sentada al otro lado); después se puso á dirigirle cargos, no sólo con la mirada sino con palabras, indicio de que se dejaba ablandar su corazón. Comenzó por condolerse, pero sus quejas se calmaron y se suavizaron gradualmente, cediendo el puesto á preguntas hechas, ya á su hija, ya á Sanin; después le permitió que la cogiese la mano, sin retirarla al punto; luego volvió á lloriquear, pero esas lágrimas eran muy diferentes de las primeras; luego se sonrió con tristeza y se dolió de la ausencia de Giovanni Battista, pero en otro sentido muy diverso que el de antes. Momentos después, los dos culpables, Sanin y Gemma, estaban de rodillas ante ella, quien les ponía una tras otra las manos sobre la cabeza; otro instante después, abrazábanla á cual más; y Emilio, con la faz radiante de entusiasmo, entraba corriendo en el cuarto y se arrojaba en medio de ese grupo estrechamente abrazado.

Pantaleone lanzó una mirada á esa escena, sonrióse y se enfurruñó á la vez; y atravesando la tienda, fué á abrir la puerta de la calle.

XXX



El tránsito de la desesperación á la tristeza y de la tristeza á una dulce resignación no había sido muy largo

en Frau Lenore; pero esa misma resignación no tardó en transformarse en una recóndita alegría, que sin embargo trató de disimular y contener por salvar las apariencias. Desde el primer día, Sanin había sido simpático á Frau Lenore: una vez acostumbrada á la idea de tenerlo por yerno, no encontró en ello nada particularmente desagradable, aunque considerase como un deber el conservar en su rostro una expresión de ofendida... ó más bien, de escamona. Además, ¡había sido tan extraordinario todo lo pasado en aquellos últimos días!... ¡Qué de cosas, unas tras otra! En su calidad de mujer práctica y de madre, Frau Lenore se creyó en el deber de dirigir á Sanin diversos interrogatorios. Y Sanin, que al ir por la mañana á su cita con Gemma, no tenía la menor idea de casarse con ella (á decir verdad, no pensaba en nada entonces, y se dejaba arrastrar por su pasión), Sanin entró resueltamente en su papel de prometido esposo, y respondió á todas las preguntas con agrado y de una manera puntual y detallada. Habiendo comprendido Frau Lenore sin género alguno de duda que era de buena nobleza hereditaria y hasta un poco extrañada de que no fuese príncipe, tomó un aire serio y «le previno de antemano» que tendría con él una franqueza brutal, ¡porque el sagrado deber de madre la obligaba á ello! A lo cual respondió Sanin que eso mismo pedía él, y que la suplicaba con instancia que no se quedase corta.

Entonces Frau Lenore le hizo obser-

var que Herr Klüber (al pronunciar este apellido suspiró ligeramente, morrióse los labios y vaciló un poco), el antiguo novio de Gemma, poseía ya ocho mil florines de renta, y que esta suma iría creciendo rápidamente de año en año... Y él, Herr Sanin, ¿con qué ingresos contaba?

—Ocho mil florines—repitió lentamente Sanin—en moneda rusa vienen á ser quince mil rublos en asignados... Mis rentas son mucho menores. Poseo una pequeña hacienda en el gobierno de Tula... Con una buena administración, puede y debe producir cinco ó seis mil rublos... Y si entro al servicio del Estado, puedo fácilmente conseguir un sueldo de dos mil rublos.

—¿Al servicio de Rusia?—exclamó Frau Lenore.—¡Tendré que separarme de Gemma!

—Podría entrar en la diplomacia—replicó Sanin.—Tengo algunas buenas relaciones... En ese caso hay empleos en el extranjero. Pero he aquí lo que también pudiera hacerse, y sería lo mejor: vender mis tierras y emplear el capital que produzca esa venta en alguna empresa lucrativa, por ejemplo, en ampliar el negocio de esta confitería.

No se le ocultaba á Sanin que decía un absurdo. Pero ¡estaba poseído de una audacia incomprensible! Miraba á Gemma, quien desde el principio de aquella conversación práctica se levantaba á cada instante, daba algunos pasos por la estancia y volvía á sentarse. Mirábala, y ya no conocía obstáculos; estaba dispuesto á arreglarlo

todo al minuto, del modo más acomodaticio, con tal de que ella no experimentase ninguna inquietud.

—Herr Klüber también tenía el propósito de darla una pequeña suma para arreglar la tienda de confitería—dijo Frau Lenore, después de una ligera vacilación.

—¡Madre mía, por amor de Dios! ¡Madre!—exclamó Gemma en italiano.

—Es preciso hablar por anticipado de esas cosas, hija mía—respondió Frau Lenore en el mismo idioma.

Prosiguiendo su conversación con Sanin, le preguntó cuáles son en Rusia las leyes relativas al matrimonio; si no habría nada que se opusiese á su unión con una católica, como en Prusia. (Por aquel tiempo, en 1840, toda Alemania tenía presentes aún las disensiones entre el gobierno prusiano y el arzobispo de Colonia, acerca de los matrimonios mixtos.) Cuando Frau Lenore supo que su hija misma adquiriría la nobleza por su enlace con un noble ruso, dió muestras de alguna satisfacción.

—Pero antes—dijo—¿tendrá que ir V. á Rusia?

—¿Por qué?

—¿Por qué?... Para obtener licencia de su emperador para casarse.

Sanin le explicó que eso era completamente inútil; pero que se vería tal vez obligado á ir, en efecto, por un tiempo brevísimo, á Rusia, antes de la boda (mientras decía esas palabras oprimiósele dolorosamente el corazón; y Gemma, que le miraba, comprendió

su angustia, se ruborizó y se puso pensativa), y que aprovecharía esa estancia en su patria para vender sus tierras. En todo caso traería el dinero necesario.

—Entonces, me atrevería á suplicarle—dijo Frau Lenore—que me trajese una bonita piel de astrakán para hacerme un abrigo; dícese que por allá esas pieles son asombrosamente bonitas y baratas.

—Así es; le traeré una á V., con el mayor gusto, ¡y también á Gemma!—exclamó Sanin.

—Y á mí un gorro de tafete bordado con plata—dijo Emilio pasando la cabeza por el marco de la puerta de la habitación inmediata.

—Bueno, te traeré uno... y unas zapatillas para Pantaleone.

—Pero, ¿á qué viene eso? ¿Para qué?—hizo observar Frau Lenore.—Ahora hablamos de cosas serias. Estábamos (añadió aquella mujer práctica) en que decía V.: «Venderé mis bienes.» ¿Cómo lo hará V.? ¿Venderá V. también los colonos?

Sanin se estremeció como si le hubiesen dado un puñetazo en los vacíos. Acordóse de que hablando con la señora Roselli y su hija, había manifestado sus opiniones acerca de la servidumbre que, según decía, excitaba en él profunda indignación, y les había asegurado en diversas ocasiones que jamás y bajo ningún pretexto vendería sus colonos, pues consideraba este acto como una cosa inmoral.

—Trataré de vender mis tierras á un hombre cuyos méritos me sean cono-

cidos—dijo, no sin vacilar—ó acaso mis siervos quieran ellos mismos comprar su rescate.

—Eso sería lo mejor—se apresuró á decir Frau Lenore.—¡Porque vender hombres vivos...!

—*Barbari!*—gruñó Pantaleone, que había aparecido en la puerta detrás de Emilio.

Sacudióse las melenas y desapareció.

—¡Diablo, diablo!—se dijo Sanin mirando á hurtadillas á Gemma, quien tenía aspecto de no haber oído sus últimas palabras. Entonces dijo para sí:—¡Bah, eso no importa nada!

La conversación práctica se prolongó así casi hasta la hora de comer. Hacia el final, Frau Lenore, completamente sosegada, llamaba Demetrio á Sanin y le amenazaba amistosamente con el dedo prometiéndole vengarse de la partida serrana que le había jugado. Hizo que la diese muchos detalles acerca de su parentela, porque «eso es también importantísimo» (decía); también quiso que describiese la ceremonia del casamiento tal como se ejecuta según los ritos de la Iglesia rusa, y se extasió de antemano con la idea de ver á Gemma vestida de blanco y con una corona de oro en la cabeza.

—Mi hija es hermosa como una reina—dijo, con un sentimiento de orgullo materno;—y, ni aun así, hay en el mundo una reina tan hermosa.

—¡No hay otra Gemma en el mundo!—añadió Sanin.

—¡También por eso es Gemma!

Sabido es que *Gemma*, en italiano, significa *pedra preciosa*.

Gemma se echó al cuello de su madre. Sólo á partir de ese instante tuvo aspecto de respirar á sus anchas, y pareció caérsele el peso que oprimía su alma.

Sanin se sintió de pronto en extremo feliz: una infantil alegría llenó su corazón... ¡Realizábanse los ensueños á que en otro tiempo se había entregado en aquel aposento! Tal era su alegría, que en el acto se fué á la tienda; hubiera querido á toda costa vender cualquiera cosa detrás del mostrador, como algunos días antes...

—Ahora tengo derecho para hacerlo. ¡Ya soy de la casa!

Se instaló de veras detrás del mostrador, y de veras vendió alguna cosa; es decir, entraron dos muchachas á comprar una libra de bombones, por la cual entregó lo menos dos libras y no cobró más que media.

En la comida, ocupó junto á Gemma el sitio oficial de prometido. Frau Lenore continuó sus consideraciones prácticas. Emilio se reía por cualquiera cosa, é insistía con Sanin para que le llevase á Rusia. Convinose en que Sanin partiría al cabo de dos semanas. Sólo Pantaleone puso gesto de vinagre; tanto, que la misma Frau Lenore se lo echó en cara.

—¡El, que ha sido testigo!

Pantaleone la miró de reojo.

Gemma guardaba casi siempre silencio, pero nunca había estado su rostro más resplandeciente y más bello. Después de comer, llamó á Sanin al jardín por un minuto; y deteniéndose junto al banco donde la antevíspera ha-

bía estado escogiendo las cerezas, le dijo:

—Demetrio, no te enfades conmigo, pero una vez más quiero decirte que no debes considerarte como ligado en nada...

Sanin no la dejó acabar.

Gemma volvió la cara.

—Y en cuanto á lo que mamá ha dicho, ¿sabes?, respecto á la religión, ¡toma!... (Agarró una crucecita de granates pendiente de su cuello por un cordoncillo; tiró con fuerza del cordón, que se rompió, y entregó á Sanin la cruz.)—Puesto que te pertenezco, tu fe será mi fe.

Los ojos de Sanin estaban húmedos aún cuando regresó con Gemma.

Durante la velada, todo entró en el carril de costumbre, y hasta se jugó al *tresette*.

XXXI

Al día siguiente, Sanin se despertó muy temprano. Encontrábase en el pináculo de la alegría humana, pero no era esto lo que le impedía dormir; lo que turbaba su reposo era la cuestión fatal, la cuestión vital. ¿Cómo vender sus tierras lo más pronto y lo más caro posible? Cruzaban por su mente los planes más diversos, pero nada se decidía aún con claridad. Salió de la fonda á tomar el aire y á despejarse; no quería presentarse delante de Gemma sino con un proyecto ya maduro.

¿Quién es ese personaje pesadote sobre sus patazas, aunque correctamente vestido, que va delante de Sanin con un movimiento de vaivén? ¿Dónde ha visto él aquella nuca cubierta de rubios pelillos, aquella cabeza encajada entre los hombros, aquellas espaldotas atocinadas, aquellas manos colgantes y morcilludas? ¿Es posible que sea Polozoff, su antiguo condiscípulo de colegio, á quien ha perdido de vista desde hace cinco años? Sanin se adelantó bien pronto al personaje que iba delante de él, y se volvió... Esa caraza amarilla, esos ojuelos de cerdo, con cejas y pestañas blanquizas, esa nariz corta y ancha, esa barbilla sin bozo, imberbe, y toda la expresión de aquel rostro á la vez agrio, perezoso y desconfiado: sí, es él, Hipólito Polozoff.

Una idea repentina cruzó por la mente de Sanin.

—¿No es mi estrella quien lo trae?— pensó. Y dijo:—Polozoff, Hipólito Sidorovitch, ¿eres tú?

Detúvose el personaje, levantó sus ojuelos, vaciló un instante y despegando al fin los labios, dijo con voz de falsete:

—¿Demetrio Sanin?

—¡El mismo que viste y calza!—exclamó Sanin estrechando una de las manos de Polozoff, calzadas con estrechos guantes de color gris claro (colgaban inertes, como antes, á lo largo de sus muslazos).—¿Hace mucho tiempo que estás aquí? ¿De dónde vienes? ¿En dónde paras?

—Ayer llegué de Wiesbaden —res-

pondió Polozoff sin apresurarse—con el fin de hacer unas comprillas para mi mujer, y hoy mismo me vuelvo á Wiesbaden.

—¡Ah, sí! Es verdad: te has casado, y dicen que con una mujer guapísima.

Polozoff giró los ojos.

—Sí, eso dicen.

Sanin se echó á reir.

—Veo que siempre eres el mismo, tan flemático como en el colegio.

—¿Por qué había de cambiar?

—Y dicen—añadió Sanin recalcando la palabra «dicen»—que tu mujer es muy rica.

—También eso se dice.

—Pero tú, Hipólito Sidorovitch, ¿no sabes nada de eso?

—¿Yo, mi buen amigo Demetrio... Pavlovitch?... Sí, Pavlovitch, no me mezclo en los asuntos de mi mujer.

—¿No te mezclas en ellos? ¿En ningún negocio?

Polozoff volvió á girar los ojos.

—En ninguno, amigo mío... Ella va por un lado... y yo voy por otro.

—Y ahora, ¿dónde vas?

—Ahora no voy á ninguna parte; estoy en medio de la calle, hablando contigo, y en cuanto hayamos acabado, me iré á mi cuarto, en la fonda, y almorzaré.

—¿Me quieres de compañero?

—¿Para qué asunto? ¿Para el almuerzo?

—Sí.

—Muy bien; comer dos juntos es mucho más agradable. No eres parlanchín, ¿no es cierto?

—No lo creo.

—Pues entonces, muy bien.

Polozoff siguió adelante, y Sanin se puso en marcha á su lado. Polozoff se había vuelto á coser los labios, resolviendo con fuerza y contoneándose en silencio. Sanin pensaba:

—¿Cómo demonios ha hecho este gaznápiro para pescar una mujer rica y guapa? No es rico, ni instruido, ni de talento; en el colegio le teníamos por un mocete flojo y bruto, dormilón y tragaldabas, y le pusimos «baboso» de apodo. ¡Esto es muy extraordinario! Pero puesto que su mujer es tan rica (dícese que es hija de un arrendatario del impuesto sobre los alcoholes), ¿por qué no habría de comprarme mis tierras? Por más que dice que él no se mete para nada en los negocios de su mujer, ¡eso no es creíble!... En ese caso, pediré un precio razonable, ¡un buen precio! ¿Por qué no intentarlo? Quizá sea mi buena estrella... Dicho y hecho: probaré.

Polozoff condujo á Sanin á una de las mejores fondas de Francfort, donde no hay que decir que había tomado la mejor habitación. Las mesas y las sillas estaban atestadas de carpetas, cajas, líos...

—Todo esto, amigo, son compras para María Nicolavna.

Así se llamaba la mujer de Hipólito Sidorovitch.

Polozoff se dejó caer en una butaca, gimió un «¡Qué calor!», se aflojó la corbata, llamó al primer camarero y le encargó minuciosamente un almuerzo de los más opíparos.

— ¡Que el coche esté dispuesto para la una! ¡Oye V.? ¡Para la una en punto!

El primer camarero saludó obsequioso y desapareció como un esclavo de los cuentos de hadas.

Polozoff se desabrochó el chaleco. Nada más que por el modo de levantar las cejas y fruncir la nariz podía comprenderse que el hablar sería para él cosa penosísima; y que esperaba, no sin alguna ansiedad, á ver si Sanin le obligaría á darle á la sin hueso, ó si se echaría sobre sí propio la carga de sostener la conversación.

Sanin se caló el estado de ánimo de su amigo y se libró muy bien de abrumarlo á preguntas; se contentó con los informes más necesarios. Supo que Polozoff había estado dos años en el servicio militar, en un regimiento de lanceros (¡estaría precioso con la chaquetilla corta de uniforme!); llevaba tres años de casado y dos años de viajes por el extranjero con su mujer, que estaba curándose en Wiesbaden sabe Dios de qué, y se proponía ir en seguida á París. Sanin, por su parte, le habló poquisimo de su vida pasada y de sus planes para lo futuro; se fué derecho al grano, es decir, le participó su propósito de vender sus tierras.

Polozoff le escuchaba en silencio y miraba de vez en cuando la puerta por donde tenía que venir el almuerzo... El almuerzo llegó por fin. El primer camarero, acompañado por otros dos mozos, trajo muchos platos cubiertos con campanas de plata.

— ¡Es tu hacienda del gobierno de Tula?— dijo Polozoff poniéndose á la

mesa y pasándose la punta de la servilleta por dentro de la tirilla de la camisa.

— Sí.

— Cantón de Efremoff, ya sé.

— ¿Conoces mi Alesievka?— preguntó Sanin sentándose también.

— Ciertamente que la conozco.— (Polozoff se metió en la boca un trozo de tortilla con trufas.)— María Nicolavna, mi mujer, tiene allí cerca una finca... ¡Camarero, destape V. esta botella!... La tierra no es mala, pero los campesinos te han taladò el bosque. ¿Por qué la vendes?

— Necesito dinero. No la vendo cara. Si la compras tú, vendría de molde.

Polozoff sorbió un vaso de vino, se limpió con la servilleta y se puso otra vez á mascar despacio y con ruido. Por fin, dijo:

— Sí; yo no compro tierras, no tengo dinero... Dame la manteca... Acaso la compre mi mujer. Háblala de eso. Si no pides caro... Por supuesto, que ella no se para en barras por esò... Pero ¡qué burros son estos alemanes! ¡Ni siquiera saben cocer un pescado! Y, sin embargo, ¿hay algo más sencillo? ¡Y tienen la poca lacha de hablar de la unificación de su *Vaterland*!... ¡Mozo, llévase V. esta porquería!

— ¿De veras se ocupa tu mujer misma de la administración de sus bienes? preguntó Sanin.

— Sí, ella misma... Por lo menos, ¡buenas chuletas! Te las recomiendo... Ya te he dicho, Demetrio Pavlovitch, que no me meto para nada en los negocios de mi mujer; y vuelvo á repetirlo.

Polczoff continuó comiendo con chasquidos de labios.

—¡Hum!... Pero ¿cómo podría yo hablarla, Hipólito Sidorovitch?

—Pues... muy sencillo, Demetrio Pavlovitch. Vete á Wiesbaden; no está lejos de aquí... ¡Mozo! ¿Hay mostaza inglesa? ¿No? ¡Qué brutos!... Pero no pierdas tiempo; nos vamos pasado mañana... Permite que te sirva un vaso de este vino. No es aguapié; tiene aroma.

Enrojeci6se el rostro de Polozoff y se animó, lo cual sólo le sucedía cuando estaba comiendo... ó bebiendo.

—En verdad — murmuró Sanin — no sé cómo arreglárme las.

—Pero ¿qué es lo que tanto te apremia?

—Querido, es que justamente estoy apremiado.

—¿Necesitas una suma cuantiosa?

—Sí, tengo... ¿cómo te lo diré?... Tengo el propósito de casarme.

Polozoff dejó en la mesa el vaso que iba á llevarse á los labios.

—¿Casarte?— dijo con voz ronca de asombro, y cruzó las abotagadas manos sobre el est6mago.—¿Tan prematuramente?

—Sí, en seguida.

—Supongo que estará en Rusia tu prometida.

—No, no está en Rusia.

—Pues entonces, ¿d6nde?

—Aquí, en Francfort.

—¿Quién es ella?

—Una alemana; es decir, no, una italiana establecida aquí.

—¿Con dote?

—Sin dote.

—Entonces, preciso es que sientas un amor violentísimo.

—¡Qué guasón eres!... Sí, muy violento.

—¿Y para eso necesitas dinero?

—Pues, ¡sí, sí y sí!

Polozoff tragó el vino, se enjuagó la boca, se lavó las manos, se las enjugó á conciencia en la servilleta, sacó un cigarro y lo encendió. Sanin le miraba en silencio.

—No veo más que un medio — dijo por fin Polozoff, echando atrás la cabeza y dejando salir por entre los labios una tenue bocanada de humo.— Vete á ver á mi mujer... Si quiere, con su blanca mano reparará todo el mal.

—Pero ¿cómo arreglárme las para verla? ¿No dices que os vais pasado mañana?

Polozoff cerró los ojos.

—Escucha — dijo dando vueltas al cigarro entre los labios y resoplando: —vete á tu casa, vístete lo más de prisa posible y vuelve aquí. Me voy dentro de una hora; mi coche es muy espacioso; te llevo conmigo. Eso es lo mejor. Y ahora, voy á echar un sueño. Querido, cuando como, necesito imprescindiblemente dormir después. Mi temperamento lo exige, y yo no me opongo á ello. No me lo estorbes, si te place.

Sanin meditó, meditó... y de pronto alzó la cabeza. Se había decidido.

—Bueno, consiento en ello, y te doy las gracias. A las doce y media estaré aquí, y nos iremos juntos á Wiesbaden. Espero que tu mujer no me tomará ojeriza...

Pero Polozoff roncaba ya, murmurando: «¡No me molestes!» Agitó las piernas y se durmió como un recién nacido.

Sanin echó otra mirada á su amazacotada persona, á su cabeza, su cuello, su barba al aire, redonda como una manzana; salió de la fonda y dirigióse á paso largo á la confitería Roselli. Necesitaba advertir á Gemma.

XXXII

La encontró en la tienda con su madre. Frau Lenore, inclinada adelante, medía la distancia entre las ventanas con un metro articulado. Al ver á Sanin, se enderezó y le saludó alegre, aunque con un poco de cortedad.

—Desde lo que me dijo V. ayer, no hago más que revolverme los sesos pensando en los medios de embellecer nuestra tienda. Creo que convendría poner aquí dos armaritos con tablas de cristal azogado. ¿Sabe V.? Eso es de moda hoy. Y además...

—Muy bien, muy bien —interrumpió Sanin;—habrá que pensar en todo eso... Pero, venga V. acá; tengo que decirla una cosa.

Dió el brazo á las dos damas y las condujo á la trastienda. Frau Lenore, intranquila, dejó caer el metro que tenía en la mano. Gemma no estaba lejos de alarmarse también, pero se tranquilizó al mirar á Sanin con más atención.

Su rostro, aunque preocupado, expresaba resolución y una especie de audacia alegre. Rogó á las dos mujeres que se sentasen y él permaneció de pie ante ellas. Con muchos ademanes, con el pelo desgredado, se lo contó todo: su encuentro con Polozoff, su proyectado viaje á Wiesbaden, la posibilidad de vender su hacienda, exclamando por último:

—¡Imaginense mi felicidad! El asunto ha tomado tal giro que acaso no tenga ni aun necesidad de ir á Rusia, y podremos celebrar la boda mucho más pronto de lo que yo suponía.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Gemma.

—Hoy, dentro de una hora; mi amigo tiene coche y me lleva consigo.

—¿Nos escribirás?

—Enseguidita... Así que hable con esa señora, cogeré la pluma.

—¿Dice V. que es rica esa señora?—preguntó Frau Lenore, siempre práctica.

—Inmensamente... Su padre era millonario, y se lo dejó todo.

—¿Todo? ¿A ella solita? Vamos, tiene V. buena sombra. Sólo que ¡mucho ojo! no venda V. sus tierras muy baratas; sea V. razonable y firme. ¡No se deje V. arrebatar! Comprendo sus deseos de ser marido de Gemma lo antes posible, pero ante todo, ¡prudencia! No lo olvide: cuanto más cara venda su finca, más dinero habrá para los dos y... para vuestros hijos.

Gemma volvió la cabeza con apuro, y Sanin volvió á empezar con sus ademanes.

—Puede V., Frau Lenore, confiar en mi prudencia. Aparte de que no voy á chalanear. Diré el justo precio: si me lo da, muy bien; y si no, ¡vaya bendita de Dios!

—¿Conoces á esa señora?—preguntó Gemma.

—En mi vida la he visto.

—¿Y cuándo volverás?

—Si no se arregla el negocio, vuelvo pasado mañana; pero si todo va bien, tal vez tenga que estar uno ó dos días más. En todo caso, no perderé un minuto. ¡Dejo aquí mi alma, bien lo sabes!... Pero me voy á retrasar hablando con Vds., y aún tengo que pasarme por casa antes de partir. Deme V. la mano, Frau Lenore, para darme buena suerte: es costumbre nuestra en Rusia.

—¿La derecha ó la izquierda?

—La izquierda, la mano del corazón. Vuelvo pasado mañana... ¡con el escudo, ó sobre el escudo! Algo me dice que vendré vencedor. Adiós, mis buenas, mis queridas amigas...

Abrazó á Frau Lenore, y rogó á Gemma que pasase con él á su cuarto un minuto, porque tenía que comunicarla una cosa importantísima. Quería sencillamente despedirse de ella á solas. Frau Lenore lo comprendió, y no tuvo la curiosidad de preguntar qué asunto tan importante era aquél...

Sanin no había entrado nunca en el dormitorio de Gemma. Todo el encanto del amor, todos sus ardores, su entusiasmo, su dulce temor, todo ello brotó y se derramó en su alma así que hubo traspuesto los umbrales de aquel sagrado recinto... Echó en torno suyo

una mirada enternecida, cayó á los pies de la hechicera joven y escondió el rostro entre los pliegues de su falda...

—¿Eres mío?—murmuró ella.—¿Volverás pronto?

—Tuyo soy, volveré...—repitió él, palpitante.

—Te espero, mi bien amado.

Algunos instantes después, estaba Sanin en la calle para irse á su fonda. Ni siquiera reparó que Pantaleone, más desgredado que nunca, se había precipitado en seguimiento suyo desde el quicio de la confitería, gritándole alguna cosa, y, al parecer, amenazándole con el brazo levantado.

A la una menos cuarto en punto, entró Sanin en el alojamiento de Polozoff. Su coche, enganchado con cuatro caballos, estaba ya á la puerta de la fonda. Al ver á Sanin, limitóse Polozoff á decir:

—¡Ah! ¿Te has decidido?

En seguida se puso el sombrero, el abrigo y los chanclos, metióse algodón en rama en las orejas, aunque era en pleno verano, y se dirigió al pórtico. Obedientes á sus órdenes, los mozos de la fonda colocaron sus numerosas compras dentro del carruaje, rodearon de almohadoncitos, de sacos de mano y de paquetes el asiento que iba á ocupar, pusieron á los pies un cesto lleno de víveres y ataron una maleta en el pescante. Polozoff les pagó con largueza; y sostenido respetuosamente por detrás por el oficioso portero, entró por fin en el coche gimoteando, tomó asiento, apretó y amontonó muy cómodamente todo lo que le rodeaba, eli-

gió y encendió un cigarro. Sólo entonces hizo seña con el dedo á Sanin, diciéndole:

—¡Vamos, sube tú también!

Sanin se colocó junto á él. Por conducto del portero, Polozoff ordenó al postillón que anduviese bien, si quería ganarse una buena propina; resonó el estribo al doblarse, cerróse con estrépito la portezuela, y el coche empezó á rodar.

XXXIII

En nuestros días, entre Francfort y Wiesbaden no hay una hora por ferrocarril; pero por aquellos tiempos, había tres horas de camino por la posta, y cinco relevos de caballos. Polozoff, medio dormido, se zangoloteaba suavemente con un cigarro en los labios; hablaba muy poco y no miró ni una sola vez por la ventanilla; los puntos de vista pintorescos no tenían para él nada de interesantes, y hasta declaró que «¡la naturaleza le aburría mortalmente!» Sanin tampoco decía nada, y no admiraba el paisaje: tenía otra cosa en la cabeza. Estaba absorto en sus pensamientos y recuerdos. A cada parada, Polozoff ajustaba sus cuentas, comprobaba el tiempo transcurrido y recompensaba á los postillones, poco ó mucho, según su celo. A la mitad del camino, sacó dos naranjas del cesto de las provisiones, eligió la mejor y ofreció la otra á Sanin. Este miró fija-

mente á su compañero de camino, y de pronto soltó el trapo á reír.

—¿De qué te ríes?—preguntó Polozoff, mondando con esmero su naranja, con ayuda de sus uñas blancas y cortas.

—¿De qué?—repitió Sanin.—De este viaje que hacemos juntos.

—¡Bueno! ¿Y qué?—insistió Polozoff, metiéndose en la boca un gajo de naranja.

—¡No es extraño este viaje! Ayer, lo confieso, lo mismo me acordaba de ti que del emperador de China; hoy marcho contigo á vender mis tierras á tu mujer, á quien no conozco ni poco ni mucho.

—Todo sucede en la vida—respondió Polozoff.—Conforme tengas más años, verás otras muchas cosas. Por ejemplo: ¿me ves ahora en formación? Pues he estado; iba á caballo, y cádate que el gran duque Miguel Pavlovitch manda: «¡Al trote! ¡Ese alférez gordo, al trote! ¡Alargue V. el trote!»

Sanin se rascaba la oreja.

—Dime, si te place, Hipólito Sidorovitch, ¿qué clase de persona es tu mujer? ¿Cuáles son sus ideas? Eso es lo que necesito saber...

—A él nada le costaba mandar: «¡Al trote!»—continuó Polozoff con una súbita explosión de ira.—Pero á mí... ¡á mí!... Entonces me dije: «Quedaos con vuestros grados y charreteras!... ¡Al demonio todo esto!» Sí... ¿me hablabas de mi mujer? Pues bien; mi mujer es una mujer como todas las demás. Ya sabes el proverbio: «No le metas los dedos en la boca.» Lo esencial es

que hables mucho... para que por lo menos haya algo de qué reirse unas miajas. Oye, cuéntale tus amores... pero de un modo un poco ridículo, ¿sabes?

—¿Cómo un poco ridículo?

—¡Pues claro! ¿No me has dicho que estás enamorado y que te quieres casar? Pues bien, ¡cuéntale eso!

Sanin se sintió ofendido.

—¿Qué encuentras en eso de ridículo?

Polozoff giró un poco los ojos por única respuesta; chorreábale la barba zumo de naranja.

—¿Es tu mujer quien te ha enviado á Francfort para hacer compras?—dijo Sanin después de un rato de silencio.

—En persona.

—¿Qué clase de compras?

—¡Caramba, juguetes!

—¿Juguetes? ¿Tenéis hijos?

Polozoff retrocedió pasmado.

—¡Vaya una idea! ¿Tener yo hijos? Ringorrangos de mujer... Adornos... Objetos de tocador...

—¿De modo que entiendes tú de eso?

—Ciertamente.

—¿Pero no me has dicho que no te mezclas para nada en los asuntos de tu mujer?

—No me meto en sus otros negocios; pero en esto... esto marcha por sí solo. No teniendo nada que hacer, ¿por qué no? Y mi mujer se fía de mi gusto; además, sé regatear como se debe.

Polozoff comenzaba á hablar á trompicones: estaba fatigado ya.

—¿Y es muy rica tu mujer?

—Comorica, lo es; pero, sobre todo, para ella misma.

—Sin embargo, me parece que no puedes quejarte.

—¿No soy su marido? ¡Pues no faltaría más sino que no me aprovechara de ello! Y le soy muy útil; conmigo todo va en su provecho. ¡Soy muy acomodaticio!

Polozoff se secó la cara con un pañuelo de seda y resolló con trabajo. Parecía decir: «Apiádate de mí; no me obligues á pronunciar una palabra más. ¡Ya ves qué trabajo me cuesta!»

Sanin le dejó descansar y volvió á sumirse en sus meditaciones.

El hotel delante del cual paró el coche en Wiesbaden era un verdadero palacio. En el acto empezaron á tocar en el interior una porción de campanillas. Todo fué inquietud y movimiento. Elegantes «caballeros» con frac negro se precipitaron hacia la entrada principal. Un suizo, galoneado de oro, abrió de par en par la portezuela del carruaje. Polozoff bajó de él como un triunfador, y comenzó la tarea de subir la escalera perfumada y cubierta de alfombra. Un criado, también vestido correctísimamente, pero de fisonomía rusa, su ayuda de cámara, se lanzó delante de él. Anuncióle Polozoff que en lo sucesivo le llevaría siempre, pues la víspera, en Francfort, habían descuidado llevarle agua caliente para la noche. El rostro del criado expresó una consternación profunda, y se apre-

suró á bajarse para sacarle los chan-clos á su amo.

—¿Está en casa María Nicolavna?
—preguntó Polozoff.

—Sí, señor... La señora se está vis-tiendo... Come en casa de la condesa Lassunska.

—¡Ah, en casa de esa...! Espera... Hay unos lios en el coche; sácalos y tráelos tú mismo... Y tú, Demetrio Pavlovitch —añadió Polozoff— vete á elegir dormitorio y vuelve dentro de tres cuartos de hora... Comeremos juntos.

Polozoff continuó majestuosamente su camino. Sanin eligió un dormitorio modesto, y después de arreglar el des-orden de su tocado y de descansar un rato, dirigióse á las inmensas habita-ciones que ocupaba Su Alteza (*Dur-chlaucht*) el príncipe von Polozoff.

Encontró á este « príncipe » arrella-nado en la más lujosa de las butacas de terciopelo, en medio de un salón es-pléndido. El flemático amigo de Sanin había tenido tiempo de tomar un baño y ponerse una suntuosa bata de raso; cubríale la cabeza un fez de color de grosella. Sanin se aproximó á él y lo estuvo contemplando durante algún tiempo. Polozoff permanecía inmóvil como un ídolo; ni siquiera dirigió la cara hacia su lado, no pestañeó, no produjo ningún sonido: aquello era ver-daderamente un espectáculo lleno de solemnidad. Después de haberlo admi-rado durante unos dos minutos, iba Sanin á hablar, á romper aquel fatídico silencio, cuando de pronto abrióse la puerta de la estancia inmediata y apa-

reció en el umbral una señora joven y guapa, vestida de seda blanca con en-cajes negros y diamantes en los brazos y en el cuello: era María Nicolavna en persona. Sus espesos cabellos cas-taños caían á los dos lados de la cabe-za, trenzados, pero sin levantar.

XXXIV

—¡Ah!—exclamó con una sonrisa medio cortada, medio burlona, cogien-do con rapidez la punta de una de sus trenzas y clavando en Sanin sus ojazos de un gris luminoso.—¡Perdón! No sabía que estaba V. ya aquí.

—Sanin Demetrio Pavlovitch, mi ami-go de la infancia—dijo Polozoff sin le-vantarse y sin mirar tampoco á Sanin, limitándose á indicarlo con el dedo.

—Sí... ya sé... ya me habías habla-do de este caballero. Mucho gusto en conocer á V.... Pero oye, Hipólito Si-dorovitch, quería rogarte... Es tan torpe mi doncella...

—¿Quieres que te peine yo?

—Sí, sí, te lo suplico... Dispense V.—repitió con la misma sonrisa, diri-giendo á Sanin un leve saludo de ca-beza.

Giró rápida sobre sí misma y des-apareció, dejando tras de sí la impre-sión armoniosa y fugitiva de un cuello encantador, unos hombros admirables y un talle delicioso.

Levantóse Polozoff y salió por la

misma puerta, con su paso tardo y patoso.

Sanin no dudó un minuto de que la dama estaba advertida de su presencia en el salón del « príncipe Polozoff. » Ese teje maneje no había tenido más objeto que lucir su cabellera, que, en efecto, era bellísima. Sanin hasta se regocijó en sus adentros de aquella salida de la señora Polozoff. « Ha querido fascinarme, deslumbrarme... ¿Quién sabe? Tal vez nos arreglemos acerca del precio de mis tierras. » Su alma estaba tan ocupada por Gemma, que las demás mujeres ya no tenían interés para él; apenas notaba la existencia de ellas. Por aquella vez, se limitó á pensar: « No me habían engañado respecto á esta señora: ¡no es del todo mala! »

Si no se hubiese hallado en una tan excepcional disposición de ánimo, su observación hubiera tomado sin duda otra forma. María Nicolavna Kalychkin de Polozoff era realmente una mujer muy digna de excitar la atención. Y no porque fuese de una hermosura cabal: traslucíanse hartó en ella los inequívocos signos de su origen plebeyo. Tenía la frente baja, la nariz algo carnosa y arremangada; no podía presumir por la finura de la piel, ni por la elegancia de las extremidades. Pero ¿qué importaba eso? Al encontrársela, todo hombre se hubiera detenido, no ante « la sacra majestad de la belleza » (para decirlo como Puchkin), sino ante la fuerza y la gracia de un buen palmito de mujer en toda su florecencia, tipo medio ruso, medio bohemio; y no hu-

biera sido « involuntario » ese homenaje de admiración.

Pero la imagen de Gemma protegía á Sanin, como el « triple broncíneo escudo » de Horacio.

Al cabo de diez minutos, reapareció María Nicolavna acompañada por su marido. Adelantóse hacia Sanin con esos andares cuyos hechizos habían bastado para hacer perder la chabeta á muchos entes originales de aquel tiempo, ¡ah!, tan lejano del actual. « Cuando esa mujer avanza hacia uno, parece que le trae toda la felicidad de su vida » —pretendía uno de ellos. Adelantóse hacia Sanin alargándole la mano, y le dijo en ruso con voz cariñosa y contenida á la vez:

—Me esperaba V., ¿no es así? Pronto vuelvo.

Sanin se inclinó respetuoso, pero María Nicolavna desaparecía ya tras el cortinaje de la puerta. Volvió ella la cabeza por encima de su hombro con rápida sonrisa, y desapareció dejando en pos de sí la misma impresión de armonía.

Al sonreirse, no eran uno ni dos, sino tres, los hoyuelos que se formaban en cada una de sus mejillas, y sus ojos se sonreían aún más que sus labios, labios bermejos, regordetes y sabrosos, realzados en el ángulo izquierdo por dos lunarcillos.

Polozoff atravesó con pesadez el salón y volvió á dejarse caer de nuevo en la butaca. Permaneció silencioso como antes; pero, de vez en cuando, una extraña mueca hinchaba sus carrillos descoloridos y surcados por arrugas precoces.

Tenía aspecto avejentado, aunque sólo llevaba tres años á Sanin.

La comida que dió á Sanin y que (dicho se está) hubiera satisfecho al inteligente más difícil de gusto, pareció á Sanin de una duración insoportable. Polozoff comía con lentitud, con reflexión y conocimiento de causa, inclinándose con aire atento sobre su plato, y husmeaba, digámoslo así, cada bocado. Al beber, se enjuagaba la boca con el vino antes de tragarlo, y después hacia castañetear los labios... Después del asado, emprendió sin más ni más un largo discurso (¡pero, sobre qué asunto!) acerca de los carneros merinos, de los cuales pensaba adquirir un rebaño completo, y habló de eso con infinitos detalles, empleando los más tiernos diminutivos. Sorbió el café ardiendo, no sin repetir muchas veces al mozo de comedor, con voz iracunda y lacrimosa, que la víspera le habían servido frío el café, ¡frío como un sorbete! Luego, con sus dientes amarillos y mal alineados, mordió la punta de un tabaco habano y se durmió, según costumbre, con gran regocijo de Sanin, que se puso á pasear sobre la blanda alfombra, soñando con el género de vida que llevaría con Gemma y pensando en las noticias que iba á llevarla. Sin embargo, Polozoff se despertó mucho más pronto que de costumbre, según él mismo hizo observar: no había dormido más que una y media horitas. Bebió un vaso de agua de seltz con hielo y se tragó siete ú ocho grandes cucharadas de dulces, de dulce ruso, que su ayuda de cámara le trajo

en un verdadero bote de Kiev, de vidrio verde oscuro, y sin los cuales decía que no hubiera podido vivir; después de lo cual fijó sus ojuelos hinchados en Sanin y le preguntó si quería jugar con él al *duraki*. Sanin aceptó con sumo gusto: temblábanle las carnes no sea cosa que Polozoff empezase otra vez á hablarle de los corderitos y de las ovejitas, y de las grasientas colitas de treinta libras de peso.

El anfitrión y su huésped volvieron juntos á la sala; un criado les llevó naipes y empezóse la partida, naturalmente sin traviesa.

Al regresar la señora Polozoff de casa de la condesa Lassunska, los halló entregados á esa distracción inocente.

En cuanto entró, al ver la baraja soltó una estrepitosa carcajada.

Sanin se levantó con prontitud, pero ella le dijo:

—¡Quédense y jueguen! No hago más que cambiar de traje y vuelvo.

Luego desapareció, quitándose los guantes y andando con un ruido de seda.

En efecto, casi al momento regresó. Su elegante vestido habíase trocado por una amplia bata de seda de color de lila, con manga perdida; un grueso cordón de nudos y retorcido le apretaba la cintura. Sentóse junto á su marido y aguardó á que éste perdiese la partida, para decirle:

—Vamos, mi gran boliche, basta ya. (Al oír Sanin esta expresión de «boliche», la miró con asombro, y ella le devolvió mirada por mirada con alegre sonrisa que hizo aparecer todos sus ho-

yuelos.)—Ya basta—prosiguió;—veo que tienes ganas de dormir, bésame la mano y vete. Tenemos que hablar Sanin y yo.

—No tengo ganas de dormir—dijo Polozoff, levantándose con trabajo de la butaca.—Pero en cuanto á besarte la mano y marcharme, no digo que no.

Presentóle ella la palma de la mano, sin cesar de sonreirse y de mirar á Sanin.

También le miró Polozoff, y salió sin decirle buenas noches.

—Ahora, hable, cuénteme—dijo la señora Polozoff con vivacidad, poniendo á la vez en la mesa ambos codos desnudos y chocando unas con otras las uñas con aire de impaciencia.—¿Es cierto eso? Dicen que se casa V.

Hecha esta pregunta, María Nicolavna inclinó la cabeza un poco de lado para clavar en los ojos de Sanin una mirada más fija y penetrante.

XXXV

La desenvoltura de modales de la señora Polozoff hubiera trastornado probablemente á Sanin desde el primer momento (aun cuando no era enteramente novato y había corrido ya un poco de mundo), si no hubiese creído ver en esa confianza y en esa familiaridad un feliz augurio para el buen éxito de sus proyectos.

«Halaguemos los caprichos de esta millonaria»—dijo para sí resueltamen-

te; y con el mismo desenfado con que ella había hecho la pregunta, respondió él:

—Sí, me caso.

—¿Con quién? ¿Con una extranjera?

—Sí, señora.

—¿Hace poco que la conoce V. ¿Vive en Francfort?

—Exacto.

—¿Y quién es ella? ¿Puede saberse?

—Sin duda... Es la hija de un confitero.

La señora. Polozoff enarcó las cejas, abriendo tamaños ojos, y dijo con lentitud:

—¡Eso es encantador! ¡Es admirable! ¡Yo creía que no se encontraban en la tierra jóvenes como V.! ¿La hija de un confitero?

—Veo que eso le asombra á V.—dijo Sanin con aire digno.—Pero, en primer lugar, yo no tengo esas preocupaciones...

—Ante todo—interrumpió la señora Polozoff—eso no me asombra de ninguna manera, y yo no tengo las menores preocupaciones... Yo misma soy hija de un campesino. ¡Ah! ¿Qué dice V. á esto? Lo que me pasma y me hechiza es ver á un hombre que no teme amar. Porque V., la ama ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Es muy bonita, sin duda?

Esta última pregunta apuró un poco á Sanin, pero ya no era tiempo de retroceder.

—Señora, ya sabe V. que cada cual prefiere á todos los demás el rostro de aquella á quien ama; pero mi prometida es verdaderamente muy bella.

—¿De veras? ¿Qué tipo tiene? ¿Italiana? ¿Clásica?

—Sí, tiene una perfecta regularidad de facciones.

—¿No tiene V. su retrato?

—No.

Por aquella época aún no existía la fotografía; apenas comenzaba á difundirse el daguerreotipo.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Gemma.

—¿Y el de V.?

—Demetrio.

—¿Y además?

—Pavlovitch.

—¿Sabe V. una cosa?—dijo la señora Polozoff, siempre con la misma lentitud.—Me gusta V. mucho, Demetrio Pavlovitch. Debe ser V. un hombre galante. Choque V. esa mano. Seamos amigos.

Sus lindos dedos, blancos y robustos, apretaron con vigor los dedos de Sanin. Su mano no era mucho más pequeña que la del joven, pero era más tibia, más suave, y, por decirlo así, más viva.

—¿Sabe V.—dijo ella—qué idea se me ocurre?

—¿Qué?

—¿No se enfadará V.? ¿No? Dice V. que es su futura esposa... Pero.. pero... ¿le es á V. eso absolutamente necesario?

Sanin frunció las cejas.

—Señora, no la comprendo á V.

María Nicolavna se echó á reír quedito, y con un movimiento de cabeza echó atrás los cabellos que le caían sobre las mejillas.

—Decididamente es encantador—

dijo con aire meditabundo y distraído á la vez.—¡Un verdadero caballero! Después de esto, ¡vaya V. á creer á las gentes que sostienen que ya no hay idealistas!

La señora Polozoff hablaba en ruso con una pureza perfecta, el verdadero ruso de Moscú, la lengua del pueblo y no la de los salones.

—Estoy segura de que se ha educado V. en casita, en el seno de una familia piadosa y patriarcal. ¿De qué gobierno es V.?

—Del de Tula.

—¡Ah! En ese caso, somos paisanos. Mi padre... ¿Sabe V., no es cierto, lo que era mi padre?

—Sí, lo sé.

—Era natural de Tula... Era un *Tu-liak*. Vamos, bien.—Pronunció enteramente al estilo del pueblo, y con intención marcada, la palabra rusa que significa «bien».—¡Y ahora pongámonos manos á la obra!

—¡A la obra!... ¿Qué debo entender por esa frase?

La señora Polozoff medio cerró los ojos, exclamando:

—Pero ¿qué ha venido V. á hacer aquí?

Cuando entornaba así los ojos hacíase muy zalamera su expresión, con un si es no es de burlona; al abrirlos cuán grandes eran; su brillo luminoso, casi frío, dejaba transpirar un no sé qué perverso y amenazador. Lo que daba á sus ojos particular hermosura eran las cejas, espesas, un poco prominentes y suaves como piel de marta cebelina.

—¿Quiere V. que le compre su ha-

cienda?—prosiguió. —Necesita V. dinero para casarse, ¿no es verdad?

—En efecto.

—¿Necesita V. mucho?

—Unos cuantos miles de francos para los gastos primeros. Su marido conoce mis propósitos. Podría V. consultarle... Pediré un precio muy módico.

La señora Polozoff hizo con la cabeza un gesto negativo.

—*En primer lugar*—comenzó á decir, tras una pequeña pausa, dando golpecitos con las yemas de los dedos en la manga de Sanin—no tengo costumbre de consultar á mi marido, como no sea para asuntos de tocador, en lo cual es maestro consumado; en segundo lugar, ¿por qué me dice V. que me pedirá un precio muy módico? No quiero aprovecharme de que V. se halle ahora enamorado y dispuesto á todos los sacrificios... ¡Qué! En vez de alentarle en... (¿cómo lo diría yo bien eso?)... en sus nobles sentimientos, ¿iba yo á despojarle como se le quita á un tilo la corteza para hacer *laptis*? Eso no se aviene con mis hábitos.

En ocasiones me ocurre burlarme de las gentes, pero no de esa manera.

Sanin no podía adivinar si se guaseaba ó hablaba en serio, pero decía para sí: «¡Oh, ahora es cuando hay que aguzar el oído!»

Entró un criado, trayendo en una gran bandeja un *samovar* ruso, un servicio de té, crema, bizcochos, etc.; puso todo ello encima de la mesa, entre Sanin y la señora Polozoff, y se retiró.

La señora Polozoff sirvió á su huésped una taza de té.

—¿Le da á V. lo mismo esto?—dijo, poniéndole el azúcar con los dedos... Y, sin embargo, las tenacillas del azucarero estaban encima de la mesa.

—¡Cómo! De una mano tan hermosa...

No pudo acabar la frase, y por poco se ahoga con un sorbo de té. Ella le tenía subyugado con su claro y fijo mirar.

—Si le hablé á V. de baratura—continuó él—es porque como en estos momentos se encuentra V. en el extranjero, no debo suponer que tenga V. mucho dinero disponible; y además comprendo que la venta... ó la compra de una finca en tales condiciones tiene algo de anormal, y debo tener esto en cuenta.

Embarullábase Sanin y se atascaba en sus frases, mientras que la señora Polozoff, que se había reclinado en el respaldo de la butaca muellemente, le miraba cruzada de manos, con el mismo claro y atento mirar. Concluyó él por detenerse.

—Siga, siga V.—dijo ella, como para acudir en su auxilio,—le escucho, tengo sumo placer en oírle; continúe V.

Sanin se puso á describir su hacienda, indicó la superficie, la situación topográfica, las dependencias; calculó qué renta podía sacarse de ella... Hasta habló de la pintoresca posición de la casa, y la señora Polozoff continuaba fijando en él su mirada cada vez más clara y penetrante; y sus labios tenían ligeros temblores, en vez de sonrisas, y se los mordía. Sanin concluyó por

sentirse turbado, y se interrumpió por segunda vez.

—Demetrio Pavlovitch—dijo la señora Polozoff, reflexionó un instante, y repitió: —Demetrio Pavlovitch, ¿sabe V. una cosa? Estoy convencida de que la compra de sus tierras será para mí un negocio ventajosísimo y de que nos entenderemos. Pero necesito que me otorgue V.... un par de días para pensarlo. Vamos, ¿es V. capaz de estar dos días separado de su novia? No le detendré más tiempo si no quiere quedarse; le doy mi palabra. Pero, si necesita V. hoy mismo dinero, le prestaría con sumo gusto cinco ó seis mil francos, y luego los descontaríamos.

Sanin se levantó, exclamando:

—No sé cómo agradecer, María Nicolavna, la cordial benevolencia de que me da V. pruebas, á mí que le soy casi desconocido... Sin embargo, si V. se empeña en ello, prefiero aguardar su resolución acerca de mi finca, y me quedaré aquí dos días.

—Sí, lo deseo, Demetrio Pavlovith. ¿Y le costará á V. mucho eso? ¿Mucho? Diga V.

—Amo á mi prometida, y confieso á V. que la separación será un poco dura para mí.

—¡Ah! Es V. un hombre como no los hay—dijo la señora Polozoff, exhalando un suspiro.—Le prometo no dejarle languidecer demasiado. ¿Se va V.?

—Ya es tarde—hizo observar Sanin.

—Y le hace falta descanso después de ese viaje, después de esa partida de naipes con mi marido. Diga V., ¿tenía

V. mucha amistad con Hipólito Sidorovitch, mi marido?

—Nos hemos educado en el mismo colegio.

—¿Y era ya «tan así» en el colegio?

—¿Cómo, «tan así?»

La señora Polozoff soltó una carcajada tan fuerte, que todo el rostro se le puso encendido; llevóse el pañuelo á los labios, se levantó luego de la butaca, fué al encuentro de Sanin contoneándose un poco con dejadez, como una persona fatigada, y le alargó la mano.

Se despidió Sanin de ella, y se dirigió á la puerta.

—Trate V. mañana de venir tempranito, ¿oye?—le gritó en el momento de trasponer los umbrales.

Echó él una mirada atrás, y la vió tendida en la butaca con las dos manos puestas detrás de la cabeza. Las anchas mangas de la bata se habían corrido hasta el nacimiento de los hombros; y era imposible no decirse que la postura de esos brazos y todo aquel conjunto era de una admirable belleza.



XXXVI

Largo tiempo después de media noche, aún ardía la lámpara en el cuarto de Sanin. Sentado detrás de la mesa, estaba escribiendo á Gemma. Contábaselo todo: le describía los Polozoff, marido y mujer; por supuesto, pintó

sus propios sentimientos, y concluyó diciendo: «Hasta la vista ¡¡¡dentro de tres días!!!» (con tres signos de admiración). A la mañana siguiente llevó muy temprano la carta al correo y se fué á pasear al jardín del Kursaal, donde estaba ya la orquesta tocando. Aún había poca gente. Detúvose delante del kiosco de la orquesta, oyó una pieza con los principales temas de *Roberto il Diavolo*, tomó café, y luego buscó una alameda solitaria y se puso á meditar sentado en un banco.

El mango de una sombrilla le pegó con viveza y hasta bastante fuerte en un hombro. Se estremeció...

Vestida con un traje ligero, de un color gris tirando á verde, con un sombrero de tul blanco, calzadas las manos con guantes de piel de Suecia, fresca y sonrosada cual una aurora de estío, y presentando aún en sus movimientos y miradas los vestigios de un sueño tranquilo y reparador, estaba delante de él la señora Polozoff.

—Buenos días—dijo ésta.—Mandé hoy en su busca, pero ya había salido V. Acabo de beber mi segundo vaso... Figúrese: me ordenan tomar las aguas... ¡Sabe Dios por qué! ¿Tengo facha de enferma? Y tengo que pasear durante una hora entera. ¿Quiere V. ser mi acompañante? Tomaremos juntos el café.

—Ya lo he tomado—dijo Sanin, levantándose—pero sería para mí un encanto dar un paseo con V.

—Entonces, venga el brazo... Nada tema V.: no está aquí su novia, no le verá.

Sanin respondió con una sonrisa forzada. Cada vez que la señora Polozoff le hablaba de su futura, sentía una impresión desagradable. Sin embargo, se inclinó con aire sumiso... El brazo de María Nicolavna se posó muelle y lentamente en el suyo, resbalando y adhiriéndose á él.

—Vamos por aquí—dijo echándose al hombro la sombrilla abierta. Estoy como en mi casa en este parque; voy á enseñarle los sitios bonitos. Y ¿sabe V. una cosa? (empleaba á menudo esta muletilla)... Ahora no hablaremos de su asunto; nos ocuparemos de él, como es sabido, después del desayuno. Ahora, hábleme de sí mismo... á fin de que sepa yo con quién trato. Y luego, si V. quiere, le hablaré de mí. ¿Quiere V.?

—Pero, María Nicolavna, ¿qué puede haber de interesante?...

—Espere, espere, no me ha comprendido bien. No crea que quiero hacerme la coqueta con V.—dijo la señora Polozoff, encogiéndose de hombros.—He aquí un hombre que tiene por novia una verdadera estatua antigua; ¿é iba yo á coquetear con él? No hay más sino que V. vende y yo compro. Y quiero conocer su mercancía. Pues bien, ¡hágamela V. ver! No sólo quiero saber lo que compro, sino también á quién se lo compro. Esa era la regla de conducta de mi padre. Veamos, comience... no nos remontemos á su nacimiento; pero, por ejemplo, ¿hace mucho tiempo que se encuentra V. en el extranjero? ¿Dónde ha estado V. hasta ahora? Pero no ande V. tan de prisa, que nadie nos corre.

Llego de Italia, donde he pasado algunos meses.

—Por lo que veo, se pirra V. por todo lo italiano. Es muy raro que no encontrase V. por allá el objeto de sus ansias. ¿Le gustan á V. las artes? ¿Qué prefiere, los cuadros ó la música?

—Me gusta el arte en general. Amo todo lo bello.

—¿Y la música?

—También la música.

—A mí no me gusta ni pizca. Sólo me gustan las canciones rusas; y para eso en el campo, y sólo en primavera, cuando se baila, ¿sabe V.?... Los adornos de abalorios, las camisetas rojas, la hierba tiernecita en la pradera, el olorcillo grato á heno que sale de las *isbas*... ¡Eso es delicioso! Pero no se trata de mí. ¡Hable, pues! ¡Cuénteme V.!

Al andar, la señora Polozoff miraba con tenaz empeño á Sanin. Era buena moza, y su cara llegaba casi á la altura de la de su caballero.

Púsose él á narrar desde luego, bien ó mal y casi á pesar suyo; abandonóse después, y acabó por hablar largo y tendido. Oíale la señora Polozoff con aire de inteligencia... y luego, tenía ella tal aspecto de franqueza, que forzaba á ser francos á los demás. Poseía ese «terrible don de la familiaridad» de que habla el cardenal de Retz. Habló Sanin de sus viajes, de su vida en Petersburgo, de su juventud... Si María Nicolavna hubiese sido una mujer de sociedad, de maneras refinadas, nunca se hubiera espontaneado él así; pero ella misma se había puesto ante él

como un buen muchacho enemigo de ceremonias. Sin embargo, ese «buen muchacho» iba junto á él con andar felino, pesando leve sobre su brazo, y estudiando á hurtadillas la expresión de su rostro; marchaba junto á él bajo la figura de una mujer joven, inspirando ese atractivo ardiente y dulce, lánguido y lleno de embriaguez, que ciertas naturalezas eslavas poseen, para perdición de nosotros, pobres pecadores; sólo ciertas naturalezas, y aun así después de un cruce de razas conveniente.

Prolongóse aquella conversación durante más de una hora. No se detuvieron un momento: andaban y andaban sin parar por las interminables alamedas del parque, ya subiendo por la montaña y admirando el paisaje, ya volviendo á descender y ocultándose en la sombra impenetrable del valle, y siempre del brazo. Sanin hasta sentía por eso impulsos de despecho: nunca se había paseado tan largo tiempo con Gemma, con su adorada Gemma... ¡Y aquella mujer lo había acaparado!

—¿No está V. fatigada?—la preguntó más de una vez.

—Nunca me fatigo—respondía ella.

Cruzáronse con escasos paseantes: casi todos la saludaban, unos con respeto, otros con obsequiosidad. A uno de ellos, un joven moreno, muy guapo mozo y elegantemente vestido, gritóle ella desde lejos con el más puro acento parisiense: «Conde, no hay que ir á verme, ¿sabe?, ni hoy ni mañana.» El conde se quitó en silencio el sombrero é hizo una profunda reverencia.

—¿Quién es?—interrogó Sanin, dejándose llevar de esa mala costumbre de curiosidad preguntona, propia de todos los rusos.

—¿Ese? ¡Un franchutillo!... Hay muchos mariposeando por aquí... También él me corteja. Pero llegó la hora de tomar el café. Volvamos á casa: páreceme que ya ha habido tiempo para que le entre á V. apetito. A la hora que es, mi hombre debe de haber abierto sus ventanos.

—¡Mi hombre! ¡Sus ventanos!—repitió Sanin para sus adentros... ¡Y decir que habla con tanta elegancia el francés!... ¡Qué picara de mujer!

Tenía razón la señora Polozoff. Cuando ella y Sanin llegaron al hotel, «su hombre», ó dicho de otro modo, «su boliche», estaba ya sentado ante una mesa servida, con su inmutable fez de color de grosella en la cabeza.

—¡Ya no te esperaba!—exclamó, gesticulando con cara de pocos amigos.—Había resuelto tomarme el café sin ti.

—Eso no le hace, nada importa eso—dijo ella alegremente.—¿Te has enfurruñado? Eso es magnífico para tu salud. Sin eso correrías peligro de que se te juntasen las mantecas por completo. Ya ves, te traigo un huésped. ¡Llama á escape! ¡Vamos, tomemos café, del mejor, en tazas de porcelana de Sajonia, y sobre un mantel como el ampo de la nieve!

Quitóse el sombrero y los guantes, y golpeó una mano contra otra. Polozoff la miraba con el rabillo del ojo.

—¿Qué demonio tienes, María Nico-

lavna, que tanto te rebulles hoy?—dijo á media voz.

—Eso no te importa, Hipólito Sidorovitch. ¡Llama! Siéntese, Demetrio Pavlovitch, y tome la segunda taza de café. ¡Ah, qué divertido es mandar! ¡No conozco mayor placer en el mundo!

—Cuando te obedecen—rezongó el marido.

—¡Exacto: cuando me obedecen! Eso es, precisamente lo que me hace gracia. Sobre todo, contigo; ¿no es así, boliche? ¡Ah, aquí está el café!

Había un anuncio de teatro en la enorme bandeja que traía el criado. Al momento se apoderó de él la señora Polozoff.

—¡Un drama!—dijo con enfado.—¡Un drama alemán! En último término, siempre es menos malo que una comedia alemana. Haz que me tomen un pa'co, una platea, no... el palco de los extranjeros, la *Fremden-Loge*—dijo al criado.

—Pero, ¿y si la *Fremden-Loge* está ya apartada por Su Excelencia el señor gobernador de la ciudad (*Seine Excellenz der Herr Stadt-Director*)?—indicó el criado.

—Dale diez thalers á Su Excelencia; pero necesito el palco, ¿oyes?

El criado bajó la cabeza con aire sumiso.

—Demetrio Pavlovitch, vendrá V. conmigo al teatro. Los actores alemanes son detestables, pero vendrá V.... ¿Sí? ¡Sí! ¡Qué amable! Y tú, boliche, ¿no vendrás?

—Como gustes—respondió Polozoff

hablando adentro de la taza, que se había aproximado á la boca.

—¿Sabes una cosa? No vengas. No haces más que dormir en el teatro; y luego no entiendes gran cosa el alemán. He ahí más bien lo que deberás hacer: escribe á nuestro administrador ¿sabes? á propósito de nuestro molino, á propósito de la molienda de los aldeanos. Dile que ¡no quiero, no quiero y no quiero! Ya tienes ocupación para toda la velada...

—Bueno, bueno—respondió Polozoff.

—Vamos, perfectamente, eres buen chico. Y ahora, señores, puesto que ya hemos hablado del administrador, ocupémonos de nuestro gran negocio. Demetrio Pavlovitch, en cuanto el mozo haya llevado el servicio, nos dirá V. todo lo que concierne á su hacienda, en qué consiste, qué precio pide V. por ella, cuánto quiere V. como arras, en una palabra, todo, todo. (¡Al cabo —pensó Sanin— ¡gracias á Dios!) Ya me ha dicho V. cuatro palabras, lo recuerdo; me describió admirablemente el jardín, pero «boliche» no estaba con nosotros... Que escuche: siempre dirá alguna cosa. Me es muy grato pensar que puedo facilitar su boda... Le había prometido ocuparme de V. después del desayuno, y cumplo siempre mis promesas. ¿No es así, Hipólito Sidorovitch?

Polozoff se restregó la cara con la palma de la mano, y dijo:

—La verdad, verdad: no engañas á nadie.

—¡Nunca! Y jamás engañaré á nadie. Vamos, Demetrio Pavlovitch, ex-

ponga su asunto, como decimos nosotros en el Senado.

Sanin se puso á exponer su asunto, es decir, á describir de nuevo su finca; pero entonces ya no habló de la belleza del paisaje, y se limitó á hablar de «hechos y cifras», invocando de tiempo en tiempo el testimonio de Polozoff para confirmar sus dichos. Pero Polozoff no respondía sino con gruñidos y cabezadas. ¿Aprobaba ó desaprobaba? El mismo demonio nada hubiera puesto en claro. Por lo demás, la señora Polozoff se pasaba muy bien sin la ayuda de su marido. ¡Dió pruebas de tales aptitudes comerciales y administrativas, que habia para quedarse en babia! Conocía al dedillo todos los secretos de la gerencia de un dominio, se informaba cuidadosamente de todo, entraba en todos los detalles, cada una de sus preguntas iba derecha al fin y ponía puntos á las *íes*. Sanin no esperaba semejante examen, y no se había preparado para él. Y ese examen duró hora y media. Sanin experimentó todas las emociones de un acusado en el banquillo de los reos, ante un juez severo y perspicaz. «¡Pero esto es un interrogatorio!»—decíase con angustia. Al preguntarle, se reía la señora Polozoff como para decir que aquello era una broma; mas no por eso estaba á gusto Sanin, y le goteaba el sudor en la frente cuando en el curso de aquel interrogatorio se veía obligado á dejar ver que comprendía con harta vaguedad los términos técnicos rusos que significan «hijuela» ó «tierra de labor».

—¡Muy bien!—dijo por fin la señora Polozoff. — Ahora conozco su posesión... lo mismo que V. ¿Cuánto pide V. por alma? (Por aquella época, como se sabe, el valor de una propiedad rústica se fundaba en el número de colonos siervos que contenía.)

—Pues... me parece... que no se puede pedir menos de... quinientos rublos—dijo Sanin con esfuerzo.

(¡Oh, Pantaleone, Pantaleone! ¿Dónde estabas? Entonces hubiera sido el verdadero momento oportuno de que exclamases: «*Barbari!*»)

María Nicolavna alzó los ojos al cielo para reflexionar, y dijo por fin:

—A fe mía, no me parece exagerado el precio. Pero me he tomado dos días de plazo, y tendrá que esperar V. hasta mañana. Creo que nos entenderemos, y entonces me dirá V. cuánto quiere de arras. Y ahora *basta così!* — dijo con viveza, al ver que Sanin iba á hablar. —Basta de ocuparse del vil metal. ¡Para mañana los negocios! ¿Sabe V.? Ahora le permito irse hasta... (miró la hora en un relojito esmaltado que llevaba en la cintura)... hasta las tres. Hay que darle á V. tiempo de respirar. Váyase á la ruleta.

—No juego á ningún juego de azar —dijo Sanin.

—¡Imposible! Pero decididamente es V. la perfección en persona. Por supuesto, yo tampoco juego. Encuentro absurdo eso de ir á perder el dinero á ciencia cierta. Pero vaya V. á la sala de juego y mire las caras. Las hay de mistó. Verá una vieja patilluda y bigotuda, magnífica. Va también un

príncipe, paisano nuestro, que tampoco es malejo: tiene una testa majestuosa y nariz aguileña; y cuando pone en el tapete un *thaler*, se hace á escondidas la señal de la cruz debajo del chaleco. Lea V. los periódicos, pásese, haga lo que quiera, en una palabra... Y á las tres, le espero... *à pie firme*. Tendremos que comer más temprano. Entre estos pícaros de alemanes, los teatros se abren á las seis y media.—Tendióle ambas manos, diciéndole;—*Sin rencor, ¿no es así?*

—¡Oh, María Nicolavna! ¿Por qué la he de querer mal?

—Porque le he martirizado. Aguarde, que otras cosas ha de ver muy diferentes. ¡Hasta la vista! —añadió entornando los ojos; y todos sus hoyuelos aparecieron á la vez en sus mejillas, que se pusieron como la grana.

Inclinóse Sanin y salió. Alegre carcajada resonó detrás de él, y he aquí la escena que vió reflejarse en un espejo por delante del cual pasaba á la sazón: la señora Polozoff había metido el fez de color de grosella hasta las narices á su marido, quien se resistía dando manotazos al aire débilmente con ambas manos.

XXXVII

¡Oh, que hondo suspiro de alegría exhaló Sanin al encontrarse en su cuarto! Sí, María Nicolavna había dicho la verdad: necesitaba respirar,

descansar de todos estos nuevos conocimientos, encuentros y conversaciones de ese extraño vapor que se le subía al cerebro y al corazón, de aquella medio intimidad con una mujer que no era absolutamente nada para él. ¿Y en qué momento sucedía eso? ¡Casi al siguiente día en que Gemma le confesara su amor, en que se había hecho su prometido! Pero ¡eso era un sacrilegio! En el fondo de su alma pidió mil veces perdón á su casta y pura paloma, aunque no pudo formular ninguna acusación precisa contra sí mismo; mil veces besó la crucecita que ella le había dado. Si no hubiese tenido la esperanza de terminar pronto y bien el asunto que le trajo á Wiesbaden, hubiera huido á todo correr hacia su dulce Francfort, hacia aquella querida casa que era ya la suya, hacia su Gemma, para arrojar-se á sus pies adorados... Pero ¿qué hacer? Era preciso apurar el cáliz hasta las heces, vestirse, ir á comer y desde allí al teatro... ¡Con tal de que al siguiente día pudiera quedarse libre temprano!

Otra cosa le tenía trastornado y de mal temple. Pensaba con amor, con ternura, con transportes de gratitud, en su querida Gemma, en su existencia cuando viviesen juntos los dos, en la felicidad que le aguardaba en lo venidero; y entre tanto aquella extraña mujer, aquella señora Polozoff se erguía sin descanso... ¡qué digo, se erguía!... se le metía incesantemente por los ojos (así se expresaba Sanin en su despecho, en su cólera); no podía desprenderse de su imagen, ni dejar de oír su voz y sus

discursos, ni aun oírse de la impresión del perfume que exhalaban sus vestidos, perfume particularísimo, fresco, sutil y penetrante como el aroma de los lirios. Es evidente que esa mujer se proponía engatusarle y burlarse de él... Pero ¿con qué fin? ¿Que quería? ¿Era un simple capricho de niña mimada, de mujer rica... y acaso pervertida? ¿Y qué clase de hombre era ese marido? ¿En qué relaciones estaba con su mujer? ¿Y asunto de qué se le ponían en la cabeza tales problemas á él, á Sanin, que no tenía ninguna razón para importársele un bledo de Polozoff ni de su mujer? ¿Y por qué no podía conseguir desechar esa imagen importuna, ni aun en los momentos en que dirigía todas las aspiraciones de su alma hacia otra imagen luminosa y pura como la claridad del día? Aquellos ojos atrevidos, de iris acerado, aquellos hoyuelos en las mejillas, aquellas trenzas serpenteadoras, todo aquello, ¿se había verdaderamente agarrado tanto á él, que no tuviese ya fuerzas para sacudirlo, para arrojarlo lejos de sí?

—¡Necedades!—se dijo.—Todo eso desaparecerá sin dejar vestigios... Pero ¿me dejará partir mañana?

Mientras se hacía todas estas preguntas, acercábase la hora de las tres. Se puso la levita negra; y después de un paseo por el parque, dirigióse á las habitaciones de los Polozoff.

Encontró en su salón un secretario de embajada alemán, alto como un espárrago, rubio, con perfil acaballado y rayita en el testuz (eso era una novedad por aquel tiempo). Y... ¡oh sor-

presa!... se encontró con su Dönhof, el oficial con quien se había batido pocos días antes. Lo que menos esperaba era encontrarlo en aquel salón; sin embargo, reprimiendo una involuntaria turbación, cruzó con él un saludo.

—¿Se conocían Vds.?—preguntó la señora Polozoff, á quien no se le había pasado por alto el desasosiego de Sanin.

—Sí, ya he tenido el honor...—dijo Dönhof—E inclinándose ligeramente hacia María Nicolavna, añadió á media voz con una sonrisa:—Es él mismo... el compatriota... el ruso de que he hablado...

—¡Imposible!—dijo ella en el mismo tono, amenazándole con el dedo.

Y en seguida se creyó en el caso de despedirlo, así como al secretario larguirucho quien, según todas las apariencias, estaba de ella enamorado hasta morir, porque cada vez que la mirada abría una boca de á palmo. Dönhof se retiró en el acto, con la amable sumisión de un amigo de la casa que comprende con media palabra lo que de él se exige. En cuanto al secretario, tenía ganas de remolonear, pero María Nicolavna lo despachó sin la menor ceremonia del mundo.

—Váyase V. con su soberana—le dijo. (Por aquel entonces hallábase en Wiesbaden cierta *principessa di Monaco* que parecía enteramente una ramera de ínfimo jaez.)—¿Qué tiene V. que hacer en casa de una plebeya como yo?

—Permitame V., señora—replicó el malaventurado secretario;—todas las princesas del mundo...

Pero la señora Polozoff no tuvo piedad. Marchóse el secretario, con su raya cogotera y todo.

María Nicolavna iba puesta aquel día como más le «favorecía», según modismo de nuestras abuelas. Llevaba un traje de tafetán de color de rosa, con mangas á la *Fontange*, y un gran brillante en cada oreja. No relumbaban menos sus ojos que sus diamantes; parecía estar de buen humor y en un día feliz.

Hizo á Sanin sentarse junto á ella y se puso á hablarle de París, adonde iba á marchar dentro de pocos días; de los alemanes, que la cargaban, y (según su dicho) son necios cuando quieren parecer listos, y tienen ingenio á contratiempo cuando quieren ser bestias. De pronto, le preguntó á quemarropa:

—¿Es cierto que hace poco se batío V. por una dama, con ese oficial que ahora mismo estaba aquí?

—¿Cómo lo sabe V.?—preguntó Sanin estupefacto.

—No hay cosa que yo no sepa, Demetrio Pavlovitch. Pero también sé que tenía V. razón una y mil veces, y que se condujo como un cumplido caballero. Dígame, ¿es su novia aquella dama?

Sanin frunció ligeramente el entrecejo.

—No digo nada, ya no digo nada más—apresuróse á añadir la señora Polozoff.—Eso le disgusta á V.; perdóneme, ¡no lo volveré á hacer más! ¡No se enfade!

En ese momento salió Polozoff de la

estancia inmediata, con un periódico en la mano.

—¿Qué se te ocurre? ¿Está puesta la mesa?

—En seguida van á servir la comida. Pero mira lo que acabo de leer en *La Abeja del Norte*... El príncipe Grobomoy ha muerto.

La señora Polozoff levantó la cabeza.

—¡Dios le tenga en la gloria! Todos los años—prosiguió, dirigiéndose á Sanin—en el aniversario de mi nacimiento, por Febrero, llenaba de camelias todas mis habitaciones. Pero eso no bastaría para hacerme pasar el invierno en Petersburgo. ¿Qué edad tenía? ¿Sesenta cumplidos?—preguntó á su marido.

—¡Si! Describen su entierro en el periódico. Toda la corte estuvo en él. Y mira unos versos que con ese motivo ha hecho el príncipe Kovrichkin.

—¡Ah! Muy bien.

—¿Quieres que te los lea? El príncipe le llama hombre de buen consejo.

—No me conformo. ¡Hombre de buen consejo! Era sencillamente el hombre de Tatiana Jurievna. (La señora Polozoff hacía un equívoco con la palabra rusa, que significa á la vez hombre y marido.) Vamos á comer. Los vivos deben pensar en vivir. Demetrio Pavlovitch, su brazo.

La comida fué espléndida, como la vispera, y animadísima. La señora Polozoff sabía narrar muy bien; raro don en las mujeres, sobre todo en las mujeres rusas. No se paraba en barras para expresar su pensamiento; sobre

todo, á sus compatriotas no les dejó hueso sano. Más de una frase atrevida y oportuna provocó la risa de Sanin. Lo que detestaba más que nada era la hipocresía, las frases pretenciosas y la mentira... ¡Y la encontraba en casi todas partes! Halló en los recuerdos de su infancia anécdotas bastante extrañas acerca de su parentela. Hacía gala y tenía vanidad del humilde medio donde había comenzado su vida, diciendo:

—Yo he gastado zuecos de corteza (*laptis*), como Natalia Kirilovna Narychkin, la madre de Pedro el Grande.

Sanin pudo convencerse de que ella había pasado ya por muchas más pruebas que la mayoría de las mujeres de su edad.

Polozoff comía con reflexión, bebía con atención y se limitaba á fijar de vez en cuando en Sanin y en su mujer una mirada de sus pupilas blanquecinas, en apariencia ciegas y en realidad muy penetrantes.

—¿Qué galante eres!—exclamó la señora Polozoff, dirigiéndose á él.— ¡Qué bien has hecho todos mis encargos en Francfort! En recompensa, te hubiera besado en la frente; pero no tendrás empeño en ello, ¿eh?

—No tengo empeño en ello—respondió Polozoff, cortando con cuchillo de plata una piña de América.

María Nicolavna le miró, tocando el tambor en la mesa con las puntas de los dedos.

—¿Entonces, subsiste nuestra apuesta?—dijo ella con aire significativo.

—Subsiste.

—Perfectamente. Tú perderás.

Polozoff sacó hacia adelante la quijada, y dijo:

—¡Hum! Por esta vez, María Nicolavna, por más que eches mano de todos tus recursos, se me figura que perderás.

—¿A propósito de qué es esa apuesta? ¿Se puede saber?—preguntó Sanin.

—No... ¡todavía no!—respondió la señora Polozoff, soltando el trapo á reír.

Dieron las siete. El criado anunció que el coche estaba á la puerta. Polozoff dió algunos pasos para acompañar á su mujer, y volvióse inmediatamente á su butaca.

—¡Mucho ojo, no te olvides de la carta al administrador!—le dijo á gritos la señora Polozoff desde la antesala.

—Escribiré. Vete tranquila. Yo soy un hombre de orden.

XXXVIII

En 1840, el teatro de Wiesbaden era de ruin aspecto; y la compañía, en su pomposa y mísera vulgaridad, en su rutina trivialmente concienzuda, no excedía el grueso de un pelo del nivel normal de todos los teatros alemanes de hoy, nivel de que en estos últimos tiempos daba exacta medida la compañía de Karlsruhe, bajo «la ilustre dirección de Herr Duvrient».

Detrás del palco tomado por «su alteza la señora von Polozoff» (¡Sabe Dios cómo se las arreglaría el criado para

conseguirlo, pues claro es que no iría á revendérselo el *Stadt-Director!*), detrás de ese palco había una piececita rodeada de divanes. Antes de entrar allí, la señora Polozoff rogó á Sanin que levantase las pantallas que separaban el palco del teatro.

—No quiero que me vean—dijo;—de lo contrario, todos van á venir.

Le hizo colocarse junto á ella, vueltos de espaldas al teatro, de manera que el palco pareciese vacío.

La orquesta tocó la overtura de *Le Nozze di Figaro*. Alzóse el telón y comenzó la obra.

Era una de esas innumerables lucubraciones dramáticas en que autores eruditos pero sin talento desenvolvían, con sumo trabajo é igual desmaña, con un lenguaje castigado y sin vida, alguna idea «profunda» ó «de interés palpitante», y donde, al presentar lo que llamaban un conflicto trágico, producían un aburrimiento... que tentado estoy de llamar asiático, como hay un cólera de este nombre. La señora Polozoff escuchó con paciencia la mitad del acto; pero cuando, habiendo sabido el primer galán la traición de su amada (iba vestido con un *redingot* de color de canela, de mangas anchas y cuello de velludo, chaleco á rayas con botones de nácar, calzón verde con polaina de cuero charolado y guantes de gamuza), cuando el primer galán, poniéndose ambas manos en el pecho y sacando los codos en ángulo recto, se puso á aullar exactamente lo mismo que un perro, ya no pudo aguantar la señora Polozoff.

—El último actor francés del último teatrillo de provincias representa mejor y con más naturalidad que la primera de las celebridades alemanas— exclamó indignada y se retiró al antepalco; y dando con la mano en el sitio vacío junto á ella en el diván, dijo á Sanin:—Venga V. á sentarse aquí; charlemos un poco.

Obedeció Sanin, y la señora Polozoff se lo quedó mirando:

—Es V. dócil, por lo que veo; su mujer le encontrará de buen componer. Ese furioso,—continuó, señalando con el abanico el actor que seguía en sus aullidos (representaba un papel de preceptor)—ese furioso me recuerda mi juventud. Yo también estuve enamorada de un preceptor. Era mi primera, no, mi segunda pasión. La primera vez fué de un hermano lego del monasterio de Donskoy. Tenía yo diez años y sólo le veía los domingos. Llevaba puesta una sotanilla de terciopelo, perfumábase con agua de alhucema, y cuando cruzaba por entre el gentío, incensario en mano, decía en francés á las señoras: «*pardonn, exkinsez*». Nunca levantaba la vista, y tenía unas pestañas, mire V., ¡así de largas! (La señora Polozoff midió con la uña del pulgar la mitad del dedo meñique de la misma mano.) Mi preceptor se llamaba *Monsieur Gaston*. Debo decir á V. que era un hombre terriblemente sabio y muy severo, un suizo. ¡Y qué enérgica cabeza, patillas negras como el ébano, perfil griego y labios que parecían de hierro cincelado! ¡Le tenía un miedo! Es el único hombre de quien he tenido

miedo en mi vida. Era preceptor de mi hermano, quien murió después... ¡ahogado! Una gitana me predijo también que moriría yo de muerte violenta; pero esas son necedades. No creo en esas cosas. Figúrese V. á Hipólito Sidorovitch ¡con un puñal en la mano!...

—Se puede morir de otro modo que de una puñalada—objetó Sanin.

—Esas son tonteras. ¿Es V. supersticioso? Yo, ni pizca. Y luego, no se evita lo que tiene que suceder. *Monsieur Gaston* vivía en nuestra casa, encima de mi cuarto. Acontecíame á veces despertarme de noche y oír sus pasos—se acostaba muy tarde—y mi corazón sentía un deliquio de veneración... ó de otro sentimiento muy diferente. Mi padre apenas sabía leer y escribir, pero nos hizo dar una buena educación. ¿Sabe V. que comprendo el latín?

—¡Usted! ¿El latín?

—Sí... yo. Me lo enseñó *Monsieur Gaston*: he leído con él toda la *Eneida*. Es muy aburrida, pero tiene algunos pasajes bonitos. ¿Recuerda V. cuando Dido y Eneas, en el bosque...?

—Sí, sí, lo recuerdo—dijo á escape Sanin. Hacía mucho tiempo que tenía olvidada «la lengua del Lacio» y nunca se familiarizó con la *Eneida*.

Miróle la señora Polozoff, según su costumbre, un poco de lado y de arriba á abajo.

—Sin embargo, no vaya V. á creer que soy una sabihonda. ¡Oh Dios mío, eso no! No soy marisabidilla y no poseo ningún talento. Cuanto que sé escribir, ¡de veras! No sé recitar en voz alta, ni tocar el piano, ni dibujar, ni

coser, ¡nada! Ahora, ya me conoce V., ¡se acabó!—dijo separando los brazos.—Le cuento á V. todo esto, en primer término por no oír á esos gaznápiros—dijo, señalando el escenario donde el actor había cedido el puesto á una actriz que aullaba lo mismo que él, también con los codos adelante;—y después, porque estaba en deuda con V.: ¡ayer mañana no me habló V. más que de sí propio!

—Tuvo V. á bien interrogarme—objetó Sanin.

María Nicolavna se volvió bruscamente hacia él.

—¿Y V. no tiene deseo de saber qué clase de mujer soy? Por supuesto, no me extraña—añadió dejándose otra vez caer en los almohadones del diván.—Un hombre que va á casarse, y además por amor, y después de un desafío, ¡cómo ha de tener tiempo de pensar en otra cosa!

Con aire pensativo, la señora Polozoff se puso á morder el mango del abanico con sus dientes un poco grandes, pero iguales y blancos como la leche. Y Sanin aún sentía subírsele á la cabeza aquel vapor que le parecía envolverle desde la vispera. La conversación entre la señora Polozoff y él era á media voz, casi cuchicheando; y eso le turbaba y agitaba aún más...

¿Cuándo concluiría todo aquello?

Los caracteres débiles nunca concluyen nada por sí solos; siempre esperan que venga por sí mismo el final.

En ese instante, alguien estornudó en el escenario; el autor había acota-

do en su obra ese estornudo, á manera de «elemento ó momento cómico». Claro está que ese era el único «elemento» cómico de la pieza; y echáronse á reír los espectadores á quienes contentaba ese «momento».

También esa risa encolerizó á Sanin. En ciertos ratos no sabía de un modo positivo si estaba alegre ó furioso, si se aburría ó se recreaba. ¡Ah, si Gemma le hubiese visto!

—¡Verdaderamente, es muy extraño!—dijo de pronto María Nicolavna.—Un hombre dice lo más tranquilo del mundo: «Tengo la intención de casarme.» Y nadie dice con tranquilidad: «Tengo la intención de tirarme al agua.» Y sin embargo, ¿qué diferencia hay? Esto es extraño, ¡de veras!

Sanin hizo un movimiento de impaciencia.

—¡Hay gran diferencia, señora! Hay gentes que de ningún modo temen tirarse al agua: los que saben nadar. En cuanto á la extrañeza de ciertos matrimonios... puesto que hemos llegado á hablar de eso...

Detúvose y se mordió la lengua.

La señora Polozoff le dió en la palma de la mano un golpecito con el abanico.

—Siga V., Dmitri Pavlovitch, siga. Sé lo que me va á decir: «Puesto que hemos llegado á hablar de eso, tenga la bondad, señora, de decirme si puede imaginarse nada más estrafalario que su casamiento, puesto que conozco á su marido desde la infancia.» Eso es lo que me iba á decir V., que sabe nadar.

—Dispéñseme...

—¡Qué! ¿No es así, no es así?—re-
pitió con insistencia. —Vamos, míre-
me de frente y dígame si me equivoco.

Sanin ya no supo dónde esconder
los ojos, y al cabo dijo:

—Pues bien... ¡sí!... es verdad,
puesto que me exige V. que sea franco
en absoluto.

María Nicolavna meneó la cabeza.

—Sí... sí... ¿Y no se pregunta V.,
que sabe nadar tan bien, cuál ha po-
dido ser el motivo de una acción tan...
estrambótica, por parte de una mujer
que no es ni pobre, ni tonta... ni fea?
Eso tal vez á V. no le interese. No im-
porta: le diré el motivo; no ahora, sino
dentro de poco, cuando se acabe el
entreacto. Siempre estoy con miedo de
que entre alguno.

En efecto, no bien hubo dicho esta
frase la señora Polozoff, entreabrióse
la puerta exterior del palco y vieron
penetrar en él una cara rubicunda y
reluciente, joven aún pero desdentada
ya, de nariz colgante, melenas largas
y lacias; orejas enormes como las de
un murciélago, y unos ojillos miopes
y curiosos tras de las lentes de sus
quevedos de oro. Dió un vistazo en re-
dondo al palco, vió á la señora Polozoff,
tomó una expresión obsequiosa y se
inclinó. Alargóse en seguida un pes-
cuzo surcado por gruesas venas sa-
lientes...

La señora Polozoff agitó con rapidez
el pañuelo, como para ahuyentar un
insecto importuno.

—¡No estoy aquí! (*Ich bin nicht zu
Hause... Kch! Kch!*)

La carátula se sonrió con aire de
asombro y de contrariedad, diciendo
con voz hiposa, á imitación de Litz, á
los pies del cual se había arrastrado:

—¡Muy bien, muy bien! (*Sehr gut!
Sehr gut!*)—Y desapareció.

—¿Quién es ese personaje?—pre-
guntó Sanin.

—¿Eso?... Es el crítico de Wiesba-
den: *Litterat* ó lacayo, como V. guste.
Por ahora, está á sueldo del empresa-
rio; y, por consiguiente, tiene la obli-
gación de elogiarlo todo y extasiarse
con motivo de todo; pero en el fondo,
es un amasijo de horrible bilis, que ni
siquiera se atreve á derramar. No es-
toy tranquila. Horriblemente chismo-
so, va á ir por todas partes contando
que estoy en el teatro. ¡Bah! ¡Tanto
peor!

La orquesta tocó un vals; levantóse
el telón... En el escenario volvieron á
empezar á más y mejor las contorsio-
nes y los aullidos.

—Vamos—dijo la señora Polozoff,
yéndose de nuevo á recostar en los co-
jines del diván;—puesto que le tengo
cogido y se ve obligado á hacerme
compañía, en vez de disfrutar de la so-
ciedad de su novia... no gire V. así los
ojos, ni se encolerice...; le comprendo
á V., y ya le he prometido devolverle
su libertad plena y absoluta, pero
ahora escuche mi confesión. ¿Quiere
V. saber lo que amo por encima de to-
das las cosas?

—¡La libertad!

Al oír esta respuesta, la señora Po-
lozoff puso su mano sobre la mano de
Sanin, y dijo con particular acento y

una voz grave impregnada de evidente franqueza:

—Sí, Demetrio Pavlovitch; la libertad, ante todo y sobre todo. Y no se figure que hago de ello gala, no hay por qué alardear; sólo que así es para mí, y así será hasta el día de mi muerte. En mi infancia vi muy de cerca la servidumbre y he sufrido en demasía por esa causa. Mi preceptor, *Monsieur Gaston*, fué quien me abrió los ojos. Tal vez comprenda V. ahora por qué me he casado con Hipólito Sidorovitch: con él soy libre, ¡completamente libre, como el aire, como el viento!... Y yo sabía esto antes de casarme: sabía que con él iba á ser libre como un cosaco, nunca avasallado.

La señora Polozoff guardó silencio un instante, y dejó á un lado el abanico; luego prosiguió así:

—Otra cosa le diré: no detesto el meditar... es divertido y además para eso se nos ha dado el entendimiento. Pero en cuanto á reflexionar las consecuencias de mis acciones, jamás lo hago; y no me importa un bledo de mí misma, y no me quejo... ¿para qué me serviría? Tengo un proverbio para mi uso: «Esto no tiene consecuencias.» No sé cómo traducir esto al ruso. Y en verdad, ¿qué es lo que tiene consecuencias? Aquí, en la tierra, no me pedirán cuenta de mis acciones; y allá arriba (levantó un dedo)... allá arriba, que se las arreglen como quieran. ¡Cuando me juzguen allá arriba, ya no existiré yo! ¿Me escucha V.? ¿No le aburre esto?

Sanin escuchaba inclinado; levantó la cabeza.

—Esto no me aburre de ningún modo, María Nicolavna, y la escucho con curiosidad. Sólo que... lo confieso... me pregunto por qué me dice V. todo esto.

La señora Polozoff se aproximó á él imperceptiblemente.

—Se pregunta V.... ¿Es V. tan tarde de comprensión... ó tan modesto?

Sanin levantó más la cabeza.

—Le digo todo esto—continuó María Nicolavna con un tono tranquilo nada en armonía con la expresión de su cara—porque me gusta V. mucho. Sí, no se asombre, no es broma; porque después de haberle encontrado, desagradaríame el pensar que V. conservase de mí una impresión favorable... ni aun desfavorable, eso me sería igual... sino falsa. Por eso le he traído aquí, por eso estoy á solas con V. y le hablo con tanta franqueza... Sí, sí, con franqueza. Yo no miento. Y fíjese V. bien, Demetrio Pavlovitch: sé que se halla V. enamorado de otra y que va á casarse con ella... Así, ¡haga V. justicia á mi desinterés! Y mire, esta es una buena ocasión de que me diga V. á su vez: «¡Esto no tiene consecuencias!»

Echóse á reír, pero se detuvo de pronto y permaneció inmóvil, como ensimismada en sus propias palabras; sus ojos, por lo común tan alegres y atrevidos, adquirieron por un instante una expresión como de timidez y hasta de tristeza.

—«¡Serpiente! ¡Ah, qué serpiente! —dijo Sanin para sus adentros.—Pero ¡qué bonita serpiente!»

—Deme V. mis gemelos—dijo de pronto la señora Polozoff.—Tengo ganas de ver si esa dama joven es en realidad tan fea. De veras, parece que el gobierno la ha elegido con un propósito moral, con el fin de moderar el ardimiento de la juventud.

Sanin le dió los gemelos. Al cogerlos ella, envolvió con ambas manos los dedos del joven, con una presión fugaz y casi insensible.

—No tenga V. esa cara tan mustia—murmuró ella sonriéndose.—Atienda: no se me pueden poner cadenas, pero tampoco quiero encadenar á los demás. Me gusta la libertad y rechazo las ligaduras, pero no para mí sola. Y ahora, apártese un poco y oigamos la comedia.

La señora Polozoff asestó los gemelos al escenario y Sanin hizo lo mismo sentado junto á ella en la penumbra del palco, aspirando involuntariamente el tibio perfume de aquel cuerpo encantador y revolviendo en la cabeza, también de un modo involuntario, todo lo que aquella mujer le había dicho en el transcurso de la velada, sobre todo en los postreros minutos.

XXXIX

La representación duró aún más de una hora, pero Sanin y la señora Polozoff no tardaron en separar la vista del escenario. Reanudóse entre ellos la conversación, siempre sobre el mismo

asunto; pero aquella vez estuvo menos silencioso Sanin. Interiormente se sentía molesto contra sí mismo y contra la señora Polozoff, esforzándose en probarle la poca solidez de su «teoría»: ¡como si á ella se le diese un ardite de teorías! Se puso á discutir con ella, cosa que la regocijó en sus adentros: cuando se discute, se hacen concesiones ó se van á hacer. Ya no se alejaba del cebo, amansábase, ó por lo menos no era tan indómito. Haciale objeciones ella, se reía, cedía, se quedaba meditabunda, atacaba de nuevo... y entre tanto, acercábanse poquito á poco sus caras una á otra, y Sanin ya no volvía los ojos á otro lado cuando ella le miraba. Los ojos de la señora Polozoff parecían vagar con lentitud por todas las facciones de Sanin, y éste, en cambio, la echaba una sonrisa... galante, es cierto, pero á la postre una sonrisa. Habíale ya inducido ella á lanzarse á temas abstractos, á razonar acerca de la sinceridad en las relaciones, respecto á los deberes sagrados del amor y del matrimonio... Estos temas abstractos son una cosa excelente en los comienzos... como punto de partida...

Los muy conocedores de la señora Polozoff aseguraban que cuando su firme y potente naturaleza parecía de pronto teñirse con una especie de reservada ternura y casi de pudor virginal (no se sabía de dónde lo sacaba), entonces, ¡oh! entonces, el asunto tomaba un giro peligroso.

Evidentemente, aquella noche se encontraba en ese caso con Sanin... ¡Cómo

se hubiera despreciado éste si hubiese podido mirarse por dentro á sí mismo! Pero no tenía tiempo de mirarse por dentro, ni de menospreciarse.

Ella, por su parte, no perdía un segundo. ¡Y todo únicamente porque Sanin era guapísimo mozo! ¡Algunas veces no se puede menos de decir: «¡De qué depende la perdición ó la salvación!»

Terminada la obra, la señora Polozoff rogó á Sanin que la pusiese el chal, y permaneció inmóvil mientras envolvía él con el suave tejido aquellos hombros verdaderamente regios. Luego se cogió del brazo de Sanin, salió al corredor, y en poco estuvo que no diese un grito: en la misma puerta del palco surgió Dönhof como un fantasma, y detrás la ruin persona del crítico wiesbadenés. La oleosa cara del *Litterat* irradiaba maligna satisfacción.

—¿Quiere V., señora, que haga acercar su coche?—dijo el oficialito con un temblor de ira mal reprimida en la voz.

—No, gracias; milacayo se ocupará de eso—respondió en voz alta; y añadió quedo, con voz imperiosa:

—¡Déjeme!

Y se alejó con presteza, arrastrando consigo á Sanin.

—¡Váyase V. al diablo! ¿Por qué me lo encuentro á V. hasta en la sopa?—vociferó de pronto Dönhof, encarándose con el *Litterat*; necesitaba descargar contra alguien su rabia.

—*Sehr gut, sehr gut!*—masculló el *Litterat*, eclipsándose.

El lacayo, que esperaba en el vesti-

bulo, hizo acercarse el coche en un santiamén; subió ligera la señora Polozoff, y Sanin se lanzó en pos de ella. Cerróse con estrépito la portezuela, y María Nicolavna soltó la carcajada.

—¿De qué se ríe V.?

—¡Ah! Perdóneme, se lo ruego... pero se me ha ocurrido la idea de que si Dönhof se batiese con V. por segunda vez y por mi causa... eso sería muy chusco, ¿no es así?

—¿Tiene V. mucha intimidad con él?—preguntó Sanin.

—¿Con él? ¿Con ese mocoso? Me osea, nada más. Estése V. tranquilo...

—¡Pero si estoy perfectamente tranquilo!

—Sí, sé que V. está tranquilo—dijo la señora Polozoff, exhalando un suspiro.—Pero voy á decirle una cosa... V. que es tan galante no puede rechazar mi último ruego. No olvide que parto dentro de tres días para París, y que V. regresa á Francfort. ¡Quién sabe cuándo volveremos á vernos!

—¿Qué petición me quiere V. hacer?

—¿De seguro que sabrá V. montar á caballo?

—Sí.

—Pues bien; hela aquí. Mañana por la mañana me lo llevo á V. conmigo; iremos á darnos un paseo por las afueras de la ciudad. Llevaremos excelentes caballos. Volvemos después, terminamos el negocio y... *Amén*. No reclame V., no me diga que eso es un capricho, que estoy loca. Quizá todo ello sea verdad, pero límitese á decir: «Acepto.»

La señora Polozoff se había vuelto

de cara á él. El interior del carruaje estaba oscuro, pero brillaban sus ojos en esa misma oscuridad.

—Pues bien; acepto—dijo Sanin suspirando.

—¡Ah, suspira V.!—dijo la señora Polozoff imitándole.—Ese suspiro significa: han echado vino, hay que beberlo. Pues no, no... V. es galante, encantador, y yo cumpliré mi promesa. He aquí mi mano sin guante, la mano derecha, la mano que firma. Cójala V. y crea en su apretón. Qué clase de mujer soy, no lo sé; pero soy un hombre formal, y pueden cerrarse tratos conmigo.

Sin darse muy exacta cuenta de lo que hacía, Sanin se llevó á los labios aquella mano. La señora Polozoff la retiró con dulzura y no dijo ya nada más hasta que el carruaje se detuvo.

Levantóse para apearse... ¡Pero qué! ¿Fué alucinación de Sanin, ó un contacto rápido y ardiente rozó su mejilla?

—¡Hasta mañana!—murmuró María Nicolavna en la escalera, iluminada por las cuatro velas de un candelabro, que á su llegada había cogido un criado todo galoneado de oro. Tenía ella los ojos bajos:—¡Hasta mañana!

De regreso en su cuarto, Sanin encontró encima de la mesa una carta de Gemma. Tuvo un impulso de miedo, seguido muy pronto de otro impulso de alegría, con el cual se ocultó á sí mismo el temor que acababa de experimentar. La carta sólo era de cuatro líneas. Gemma se congratulaba de ver tan bien empezado el asunto, le aconse-

sejaba paciencia, añadiendo que todos estaban buenos y se regocijaban de antemano con la idea de su regreso. Sanin halló un poco seca esa carta; sin embargo, cogió pluma y papel... dejándolos en seguida.—«¿A qué viene el escribir? Mañana regreso... ¡Aún hay tiempo! ¡Hay tiempo!»

Metióse en la cama sin tardanza, é hizo todos los esfuerzos posibles por dormirse muy pronto. Si hubiese permanecido de pie y despierto, de seguro que hubiera pensado en Gemma; pero sentía una especie de vergüenza de pensar en ella, de evocar su imagen. Su conciencia estaba desasosegada. Pero se tranquilizaba, diciéndose que todo estaría concluido por completo mañana, que se alejaría para siempre de aquella antojadiza mujer, y que olvidaría todas esas estupideces.

Las personas débiles, cuando hablan consigo mismas, se complacen en emplear expresiones enérgicas.

Y además... «¡Eso no tiene consecuencias!»

XL

Esto era lo que pensaba Sanin á la hora de acostarse. Pero la historia no dice nada acerca de las reflexiones que hizo á la mañana siguiente, cuando la señora Polozoff, llamando á su puerta algunos golpecitos impacientes dados con el puño de coral del latiguillo, apareció en el quicio de la puerta del

cuarto, con la cola de su amazona de tela azul oscura recogida en un brazo, un sombrerito de hombre puesto sobre los gruesos rizos de sus cabellos, el velo echado atrás, y los labios, los ojos y todo el rostro iluminados por una sonrisa provocativa.

—¡Vamos! ¿Está V. dispuesto?—dijo con voz alegre.

Por única respuesta, Sanin se abrochó el *redingot* y cogió el sombrero. La señora Polozoff le echó una mirada intensa y viva, hizo una seña con la cabeza y bajó rápida la escalera. Sanin se lanzó en pos de ella.

Los caballos esperaban ya delante del pórtico. Había tres: uno alazán dorado, una yegua de pura sangre, de cabeza enjuta, ojos negros á flor de cara, piernas de ciervo, un poco flaca, pero elegante de formas y ardiente como el fuego, era para la señora Polozoff; el segundo, grande, robusto, de un negro sin mancha, de belfo delgado y que enseñaba los dientes, era para Sanin; el tercero, para el lacayito. María Nicolavna montó con ligereza en su bruto, que gallardeó en el sitio, levantando la cola y haciendo piernas; pero la señora Polozoff, excelente jinete, lo dominó. Aún había que despedirse de Polozoff, quien con su fez inmutable y su flotante bata había aparecido en el balcón; agitaba un pañuelo de batista, preciso es decir que con un aire poco risueño y hasta enfurruñado. Montó Sanin, María Nicolavna saludó á Polozoff con la punta del latiguillo y cruzó de un latigazo el cuello arqueado y plano de su cabalgadu-

ra. Esta se encabritó, dió un salto de carnero; y después, domada, estremeciéndose, tascando el freno, sorbiendo aire y resollando jadeante, principió á andar con paso menudo y firme. Sanin la siguió, mirando á María Nicolavna, cuyo talle esbelto y flexible, modelado por un corsé que lo dibujaba sin oprimirlo, cimbreábase con aplomo y gracia. Volvió la cabeza y le llamó con la mirada. Sanin se reunió con ella.

—¿Ve V. qué hermosura? Se lo digo por última vez, antes de separarnos: «Es V. adorable, y no se arrepentirá.»

Apoyó estas últimas palabras con un afirmativo meneo de cabeza repetido muchas veces, como para hacerle comprender mejor su significado.

Parecía tan dichosa, que Sanin se quedó absorto. Su cara hasta había tomado esa expresión seria que se advierte en los niños cuando están en el colmo de la satisfacción.

Fueron al paso hasta la próxima ronda; después lanzáronse á trote largo por la carretera. El día era espléndido, un verdadero día de verano. Un viento ligero y alegre les acariciaba el rostro, murmurando y zumbando en sus oídos. De minuto en minuto se apoderaba de ellos una sensación de juventud y de vida enérgica, de libres é impetuosos arranques, y la saboreaban con delicia.

María Nicolavna refrenó el caballo y lo sacó al paso, imitándola Sanin.

—He aquí—dijo ella con un hondo suspiro de beatitud—la única cosa por la cual vale la pena de vivir: ¡haber logrado hacer lo que se deseaba, lo

que se creía imposible, y meterse en ello hasta aquí! (Su dedo, rápidamente pasado por la garganta, acabó su pensamiento.) ¡Y qué buena se siente una entonces! Yo, por ejemplo, ¡qué buena soy ahora! Creo que besaría al mundo entero. Es decir... no, á todo el mundo, no. Mire, por ejemplo, ¡lo que es á ese no le besaría! (Indicó con la punta del latiguillo un viejo miserablemente vestido que iba por el borde del camino.) Pero estoy dispuesta á hacerle feliz. ¡Tenga, tome!—le gritó en alemán, echándole una bolsa á los pies.

El pesado saquito (aún no se conocían los portamonedas) cayó brusca-mente en el camino. El transeunte se detuvo asombrado. La señora Polozoff soltó la risa y puso al galope su yegua.

—¿Tanto le gustan á V. los paseos á caballo?—la preguntó Sanin alcan-zándola.

María Nicolavna paró en firme de nuevo la yegua. No tenía otro modo de pararla.

—Sólo quise evitar las muestras de agradecimiento. Los que me dan las gracias me estropean mi placer. No lo hago por ellos, sino por mí: ¿cómo se atreven á permitirse darme las gracias? ¿Me preguntaba V. algo hace un momento? No lo he oído.

—La he preguntado... quería saber por qué es V. hoy tan feliz.

—¿Sabe V. una cosa?—dijo María Nicolavna, que no oyó la nueva pregunta de Sanin, ó acaso no tuvo por necesario el contestar á ella.—Me carga ver trotar detrás de nosotros ese lacayo. De seguro que sólo piensa en

la hora á que sus amos regresarán á casa. ¿Cómo nos lo quitaremos de la vista? (María Nicolavna sacó del bolsillo á escape un cuadernito.) ¿Le enviaré á que vaya á llevar una esquila á la ciudad? No; mal medio. ¡Ah, ya lo encontré! ¿Qué es aquello que se ve allá abajo, delante de nosotros? ¿Un mesón?

Sanin miró en la dirección indicada. —Creo que sí.

—¡Muy bien! Voy á ordenarle que se detenga ahí, y que beba cerveza esperando á nuestro regreso.

—Pero... ¿qué va á pensar?

—¿Qué nos importa? Pero ¡bah! no pensará absolutamente nada: beberá cerveza, y pare V. de contar. Vamos, Sanin (era la vez primera que le llamaba así familiarmente): ¡adelante, al trote!

Así que llegaron delante de la posada, la señora Polozoff llamó al lacayo y le dió instrucciones. El lacayo, un *groom* inglés de origen y por temperamento, sin decir una palabra, se llevó la mano á la visera de la gorrilla y se apeó del caballo, conduciéndolo de la brida.

—¡Ya estamos ahora libres como los pájaros!—exclamó María Nicolavna.—¿A qué parte nos dirigiremos? ¿Al Norte, al Mediodía, á Poniente, á Oriente? Mire: soy como el rey de Hungría el día de su coronación (enseñaba con la punta del latiguillo los cuatro puntos cardinales). Todo nos pertenece. No... ¿Sabe una cosa? ¡Mire las hermosas montañas allá lejos, y qué bosque! Vámonos allí, arriba, arriba... *In die*

Borge, wo die Freiheit thronet. (Sobre las alturas, donde la Libertad reina.)

Abandonó la carretera y tomó al galope por un estrecho sendero apenas trillado, que, en efecto, parecía dirigirse á la montaña. Sanin la siguió á galope también.



XLI

El caminito convirtiéndose bien pronto en una senda y desapareció por completo, cortado por un foso. Sanin habló de volverse atrás.

—¡No!—dijo la señora Polozoff.— ¡Quiero ir á la montaña! ¡Sigamos adelante, á vuelo de pájaro!

Hizo que la yegua saltase el foso, y Sanin la imitó. Por detrás de la trinchera extendíanse unos prados, al principio secos, luego húmedos y que más lejos se transformaban en un pantano; filtrábase el agua por todas partes, formando charcas á través de las cuales tenía gusto la señora Polozoff en meter á su yegua.

—¡Hagamos novillos!—dijo con alegres carcajadas.—¿Sabe lo que se llama en Rusia «cazar salpicando?»

—Sí.

—A mi tío le gustaba esa caza, la caza á la carrera en primavera, cuando por todas partes hay agua. Yo le acompañaba. ¡Era delicioso! ¡Y también nosotros dos vamos «salpicando!»... Sólo que veo una cosa: V. es ruso y quiere casarse con una italiana.

Pero eso es cosa que á V. le concierne. ¡Ah! ¡Qué es esto? ¡Otro foso! ¡Hop!

La yegua saltó por encima del obstáculo, pero María Nicolavna perdió el sombrero, y deparramósele el cabello en rizos por los hombros. Sanin quería apearse para recogerlo, pero ella exclamó:

—¡No lo toque! ¡Yo misma lo recogeré!

Inclinóse muy abajo desde la silla, engancho el velo con la punta del latiguillo y recogió, en efecto, el sombrero, poniéndoselo en la cabeza sin arreglarse el cabello; después prosiguió á más y mejor su loca correría, dando el grito gutural del cosaco al cargar contra el enemigo.

Sanin iba siempre pegado á ella, saltando zanjas, setos y arroyos, bajando á los valles, subiendo las cuevas, hundiéndose en los barrizales, saliendo del paso bien ó mal él y su caballo, y siempre con los ojos puestos en el rostro de la señora Polozoff.

En aquella cara todo estaba abierto: los ojos luminosos y devoradores, que brillaban con un ardor salvaje, la boca y las ventanillas de la nariz dilatadas, aspirando con avidez el viento que la azotaba de lleno. Miraba de frente, y hubiérase dicho que su alma quería tragarse todo, conquistar todo lo que veía, la tierra, el cielo, el sol y hasta el aire, y parecía no sentir sino un solo pesar: el de que fuesen tan poca cosa los peligros, pues todos los hubiera vencido.

—¡Sanin!—exclamó.—¡Esto es enteramente como en la *Lenore* de Bürger,

sólo que V. no está muerto! ¿No es así, que V. no está muerto?... ¡Yo estoy viva!

Todo cuanto en ella había de audacia, de ímpetu y de fuerza, todo se había desencadenado. Ya no era una amazona lanzando su caballo á galope tendido, era una joven centaura que triscaba, medio alimaña montaraz y medio diosa, y la comarca honrada y apacible que hollaba con sus pies, en su impetuosidad desenfrenada, la veía pasar con asombro.

Por fin detuvo á la yegua, cubierta de espuma y salpicaduras de lodo, que se rendía bajo ella. El brioso pero pesado semental de Sanin resollaba jadeante.

—¡Vamos! ¿Y esto, le gusta?—murmuró ella quedo, muy quedo.

—¡Que si me gusta!...—respondió Sanin con un arrebató de exaltación.

Comenzaba á hervirle la sangre en las venas.

—¡Espere, no hemos concluido!—dijo ella, extendiendo la mano, cuyo guante estaba hecho tiras.—Le dije que le llevaría al bosque, á la montaña... ¡Ahí está la montaña!

En efecto, á doscientos pasos del sitio donde se habían detenido los audaces jinetes, comenzaban á erguirse altos montes, cubiertos de grandes bosques.

—Mire un camino—prosiguió ella.—¡Juntitos y adelante! Pero al paso: es preciso dejar que respiren nuestras cabalgaduras.

Pusiéronse en marcha. Con un solo movimiento de mano, María Nico-

layna se echó atrás vigorosamente los cabellos. Luego se miró los guantes y se los quitó, diciendo:

—Me van á oler á cuero las manos; pero eso le es igual, ¿no es cierto?

La señora Polozoff se sonreía, y Sanin se sonrió también. Aquella furiosa carrera parecía haber concluido de aproximarlos.

—¿Qué edad tiene V.?—le preguntó ella de pronto.

—Veintidós años.

—¡Toma, toma! También yo tengo veintidós años. ¡Bonita edad! Poniendo juntos nuestros años, aún falta mucho para la vejez. Pero hace mucho calor. ¿Estoy encarnada?

—Como una amapola.

María Nicolavna se pasó el pañuelo por la cara.

—Lleguémonos nada más que al bosque, allí hará fresco. Un bosque antiguo... es como un amigo viejo. ¿Tiene V. amigos?

Sanin reflexionó un instante, y dijo:

—Sí... pero no muchos; y ni un solo amigo verdadero.

—Yo los tengo verdaderos, sólo que no son viejos... Y mire, un caballo también es un amigo. ¡Con qué precauciones nos llevan! ¡Ah, qué buen estar hace aquí! ¡Y cuando pienso que pasado mañana estaré en París!

—¡Sí... cuando se piensa eso!—repetió Sanin.

—¿Y V. en Francfort?

—En Francfort, con seguridad.

Pues bien; sea lo que Dios quiera. En cambio, el día de hoy es nuestro... nuestro... ¡nuestro!

Los jinetes saltaron la linde y se metieron en el bosque, que los envolvió con su sombra húmeda y profunda.

—¡Oh! ¡Pero esto es el paraíso!— exclamó María Nicolavna. —¡Metámonos más adentro, en esa espesura, Sanin!

Los caballos « se metían en aquella espesura » lentamente, cabeceando y con relinchitos apagados. La senda por donde iban hizo un brusco recodo y los condujo á un desfiladero bastante angosto, donde los helechos y los brezos, la resina de los pinos y las hojas medio enmohecidas del año anterior llenaban el aire de aromas intensos y adormecedores. Grandes rocas pardas exhalaban por sus grietas una frescura profunda. A los dos lados del camino veíanse acá y allá colinas redondeadas, cubiertas de verde musgo.

—¡Alto!—exclamó la señora Polozoff.—Quiero sentarme y descansar en este terciopelo. Ayúdeme á apearme.

Sanin bajó á escape del caballo y acudió. Apoyóse ella en sus hombros, saltó con ligereza al suelo y fué á sentarse en uno de los musgosos terromonteros. Sanin, de pie ante ella, tenía de las riendas ambos caballos.

María Nicolavna le miró, y dijo:

—Sanin, ¿sabe V. olvidar?

Sanin se acordó de lo que había pasado la víspera... dentro del coche, y exclamó:

—Eso ¿es una pregunta ó un cargo?

—En mi vida he hechos cargos á nadie. Y dígame: ¿cree V. en los filtros?

—¿En qué?

—En los filtros ¿sabe? de que hablan nuestros cantares, nuestros cantares campesinos.

—¡Ah! Se refería V. á eso—dijo con lentitud Sanin.

—Sí, á eso. Pero, ante todo, yo creo en ellos... y V. creerá.

—Los filtros, los sortilegios, todo es posible en este mundo—replicó Sanin. En otro tiempo no creía en eso; ahora creo. Ya no me conozco.

María Nicolavna miró en torno suyo con atención.

—Me parece que conozco este sitio. Mire, Sanin, ¿hay ó no hay detrás de ese gran roble una cruz de madera roja?

Sanin dió algunos pasos, y dijo:

—¡Sí, ahí está la cruz!

La señora Polozoff se sonrió.

—¡Ah, muy bien! Ya sé dónde estamos. Hasta ahora, por lo menos, no nos hemos perdido aún. ¿Qué ruido se oye á lo lejos?... ¿Un leñador?...

Sanin miró por entre la espesura.

—Sí... por allá hay alguien cortando ramas secas.

—Entonces tengo que cogermelo. Si me viese así, podría figurarse...

Se quitó el sombrero y se puso á trenzar sus largas matas de cabellos, con aire formal y sin decir una palabra. Sanin continuaba de pie delante de ella... Las líneas armoniosas de su cuerpo se dibujaban bajo los oscuros pliegues del vestido, al que se habían agarrado acá y allá algunas pequeñas briznas de musgo.

De pronto, uno de los caballos resolló con fuerza detrás de Sanin, quien se estremeció involuntariamente de

pies á cabeza. Todo él estaba trastornado, y sus nervios tensos como cuerdas. No se equivocó al decir: «Ya no me conozco.» Realmente, estaba hechizado. Todo su ser estaba reconcentrado en un solo pensamiento, en un solo deseo. María Nicolavna le echó una mirada penetrante.

—Vamos, ahora está todo como debe estar—dijo volviendo á ponerse el sombrero.—¿No se sienta V.? Mire, aquí. No, espere... no se siente. ¿Qué es eso que oigo?

Una vibración sorda y prologada pasaba sobre las copas de los árboles y por el aire del bosque.

—¿Será un trueno?

—Creo que sí—respondió Sanin.

—¡Ah, pues entonces esto es una fiesta, una verdadera fiesta! Sólo esto nos faltaba.

El sordo trueno se dejó oír por segunda vez, creciendo y retumbando con estruendo.

—¡Bravo! ¡Que se repita! ¿Se acuerda V.? Ayer le hablaba de la *Eneida*. También ellos fueron sorprendidos por la tempestad en un bosque. Pero tenemos que buscar dónde guarecernos. Se levantó con rapidez, diciendo: Traígame la yegua. Extienda la mano... así. No soy muy pesada.

Saltó á la silla como un pájaro. También Sanin montó á caballo.

—¿Quiere... V.... volverse atrás?—preguntó con voz insegura.

—¡Volverme atrás!—respondió ella tras breve pausa, cogiendo las riendas; y añadió con tono duro, casi brutal:—¡Sígame!

Volvió al camino, dejó á un lado la cruz roja, bajó la ladera hasta una encrucijada, torció á la derecha y volvió á subir por la colina... Evidentemente sabía á dónde llevaba ese camino, el cual iba penetrando cada vez más y más por la espesura del bosque. Sin pronunciar una palabra, sin volver la cabeza, avanzaba ella en línea recta con aire imperioso; y él, humilde y sumiso, la seguía sin una chispa de voluntad en su flaco corazón. Comenzó á caer la lluvia en gotas aún escasas. Por fin, á través del oscuro verdor de un bosque de abetos jóvenes vió, apoyado contra una peña agrisada, un chocil de mimbres, donde se abría una puerta estrecha y baja. María Nicolavna se metió á través de los matorrales, saltó á tierra, se detuvo en el umbral de la choza y volvió la cabeza hacia Sanin, murmurando: «¡Eneas!»

Unas cuantas horas más tarde, María Nicolavna y Sanin regresaban á Wiesbaden, con el *groom* detrás dormido en la silla. Polozoff, con la carta del administrador en la mano, recibió á su mujer con una mirada ligeramente inquisitiva; nublóse un poco el rostro y hasta dijo entre dientes:

—¿Habré perdido mi apuesta?

María Nicolavna se limitó á encogerse de hombros.

Y el mismo día, dos horas después, enloquecido y absorto, estaba Sanin de pie ante la señora Polozoff.

—¿A dónde vas *tú*?—díjole ella.—¿A París... ó á Fancfort?

—Iré donde *tú* vayas, y no te abandonaré sino cuando me arrojes—respondió él desesperadamente.

Luego cayó de rodillas, cogiendo las manos de aquella de quien era esclavo en lo sucesivo. Esta se las hizo soltar, se las puso en la cabeza y le introdujo los diez dedos entre los cabellos. Arrollando y desarrollando aquellos dóciles rizos, irguióse ella con toda su estatura. Una sonrisa de triunfo culebreó por sus labios; y en sus dilatados ojos, claros, hasta parecer blancos, leíase tan sólo la saciedad y la implacable inmovilidad de la victoria. Cuando el gavilán clava las garras en los ijares de su víctima, esos deben de ser sus ojos.

XLII

Todo esto fué lo que se le vino á la memoria á Demetrio Sanin, cuando en el silencio del gabinete, revolviendo entre sus papeles antiguos, se le vino á las manos la crucecita de granates. Los acontecimientos que acabamos de referir, se dibujaron con claridad ante los ojos de su alma... Pero al llegar á la hora en que había dirigido á la señora Polozoff aquella humillante súplica, en que había comenzado su esclavitud, en que se había puesto á los pies de aquella mujer, apartóse de aquellas imágenes evocadas y ya no quiso recordar más. Y no es que le fue-

se infiel la memoria, no; sabía bien, harto bien bien lo que siguió á aquella hora fatal; pero la vergüenza le ahogaba, aun entonces, al cabo de tantos años transcurridos. Temía ese sentimiento de irresistible menosprecio de sí mismo, que estaba seguro de que había de acometerle, y que semejante á una ola sumergiría en él cualquier otro sentimiento si no hacía callar á su memoria. Pero por grande que fuera su empeño en luchar contra los recuerdos que ante él se alzaban, no podía ahogarlos por completo. Acordábase de aquella lastimosa y miserable carta, llena de mentiras y de lágrimas viles, que había escrito á Gemma y que no tuvo ninguna respuesta... Respecto á presentarse delante de ella, volver á su lado después de tal engaño, después de semejante traición, ¡no, eso no!, todo lo que aún quedaba en él de conciencia y de honradez se había opuesto á ello. Y luego, ¿no había perdido toda confianza en sí mismo, toda estimación de sí propio? ¿Cómo se atrevería en lo sucesivo á dar su palabra de honor?

Acordábase también Sanin, ¡oh vergüenza!, de cómo había enviado uno de los lacayos de Polozoff á Francfort en busca de su equipaje; cómo, en su cobarde inquietud, sólo pensaba en una cosa, en partir cuanto antes, en marchar á París; cómo, por orden de María Nicolavna, se había esforzado en granjearse el afecto de Hipólito Sidorovitch y se había hecho amigo de Dönhof, en el dedo del cual había visto un anillo de hierro ¡enteramente igual al que le dió á el la señora Polozoff! Des-

pués vinieron los recuerdos más dolorosos, más vergonzosos aún... Un criado le trae una tarjeta de visita que dice: *Pantaleone, cantante de cámara de Su Alteza el duque de Módena*. Se niega á recibir al viejo, pero no puede evitar el encontrarlo en el corredor; ve aparecer delante de él ese rostro iracundo, cuya melena gris se eriza indignada y flamígera, cuyos ojos rodeados de arrugas brillan como ascuas encendidas; oye rezongar exclamaciones amenazadoras, imprecaciones de «*Maledizione!*» terribles insultos: «*Cobardo! Infame traditore!*»

Sanin cierra los ojos y mueve la cabeza para intentar otra vez eximirse de sus recuerdos, pero en vano: se vuelve á ver sentado en la estrecha banqueta delantera de una magnífica silla de postas, mientras que María Nicolavna é Hipólito Sidorovitch se arrellanan en los blandos almohadones de la testera... y cuatro caballos, trotando con paso igual por el empedrado de Wiesbaden, los conducen á París. ¡París! Hipólito Sidorovitch se come una pera que Sanin había mondado; y María Nicolavna, al mirar á ese hombre convertido en una cosa de ella, sonríese con esa sonrisa que ya conoce él, sonrisa de amo y señor...

Pero santo Dios, ¿qué ve allá lejos, en la esquina de una calle, un poco antes de salir de la ciudad? ¿No es Pantaleone? Alguien le acompaña; ¿será Emilio? Sí, él es: su amiguito devoto y entusiasta. Pocos días ha, ese corazón juvenil le veneraba como un héroe, como un ideal; y ahora el desprecio y

el odio encienden ese noble rostro, pálido y bello, tan bello que hasta María Nicolavna se ha fijado en él y se asoma por la ventanilla de la portezuela. Sus ojos, tan parecidos á los de ella, á los ojos de su hermana, están fijos en Sanin, y sus labios comprimidos se separan de pronto para proferir una injuria...

Y Pantaleone extiende el brazo y señala á Sanin, ¿á quien?, á *Tartaglia* que está detrás de él. Y *Tartaglia* aulla contra Sanin; y hasta el ladrido del honrado perro de aguas resuena en sus oídos como un intolerable insulto... ¡Horrible pesadilla!

Luego, la vida en París, y todos los rebajamientos, todos los oprobiosos suplicios del esclavo á quien ni siquiera se le permite estar celoso ni quejarse, ¡y que por fin se arroja como un vestido viejo!...

Después, el regreso á la patria, una existencia envenenada y vacía, mezquinos cuidados y agitaciones, un arrepentimiento amargo y estéril, un olvido no menos estéril ni menos amargo; un castigo vago pero incesante y eterno, análogo á un sufrimiento poco agudo pero incurable, á una deuda que se paga ochavo á ochavo sin poderla finiquitar nunca.

El cáliz estaba lleno hasta los bordes... ¡Basta!

¿Por qué casualidad había permanecido en poder de Sanin la crucecita que le dieron? ¿Por qué no la había devuelto? ¿Cómo hasta este día no la había visto nunca? Largo tiempo estuvo absorto en sus pensamientos; y

aunque instruido por la experiencia de tantos años pasados desde entonces acá, no pudo llegar á comprender cómo había abandonado á Gemma, querida tan tierna y apasionadamente, por una mujer á quien no amaba ni mucho ni poco, sino nada...

Al siguiente día produjo grande asombro en sus amigos y conocidos al anunciarles que salía para el extranjero. Este asombro se difundió bien pronto por toda la buena sociedad. Sanin abandonaba á Petersburgo en el riñón del invierno, en el momento en que acababa de alquilar y amueblar unas magníficas habitaciones; y, lo que es más, renunciaba á su abono en la Opera Italiana, á las representaciones de la señora Patti, de la Patti en persona, ¡ese ideal, esa última palabra de la tabaquera de música! Sus amigos y conocidos no comprendían nada de aquello. Pero los hombres no tienen costumbre de ocuparse mucho tiempo de asuntos ajenos; y cuando Sanin partió para el extranjero, la única persona que le acompañó á la estación del ferrocarril fué su sastre francés, con la esperanza de hacer ajustar una cuentecita «por un abrigo de viaje, de terciopelo negro, elegantísimo».

XLIII

Al decir Sanin á sus amigos que salía para el extranjero, no indicó el

punto de destino... No costará trabajo á los lectores adivinar que se fué en derecha á Francfort. Gracias á los ferrocarriles que surcan toda Europa, llegó á los tres días de haber partido. Era su primera visita á Francfort desde 1840. La fonda del *Cisne blanco* no había cambiado de sitio y continuaba floreciente, aunque no estuviese ya en primera fila; la Zeile, aquella gran arteria de Francfort, había sufrido pocos cambios; pero ya no quedaban vestigios de la casa Roselli, ni aun de la calle donde estuvo la confitería. Sanin anduvo errante como un loco por aquellos lugares con los cuales tan familiarizado estuvo antaño, sin conseguir orientarse: las antiguas construcciones habían desaparecido, nuevas calles las reemplazaban, formando filas interminables de grandes casas y elegantes palacios; y en el mismo jardín público donde había tenido su entrevista decisiva con Gemma, habían crecido tanto los árboles y se había transformado todo hasta tal punto, que Sanin se preguntaba si aquel jardín era, en efecto, el mismo.

¿Qué hacer? ¿Qué marcha seguir en sus indagaciones? Habían transcurido desde entonces treinta años... ¡Cuántas dificultades! Ni uno solo de aquellos á quienes se dirigió había oído ni siquiera pronunciar el nombre de Roselli. El dueño de la fonda le aconsejó que fuese á informarse á la Biblioteca pública.

—Allí encontrará V.—le dijo—todos los periódicos antiguos.

Pero le costó sumo trabajo que le

explicase de qué podrían servirle esos periódicos antiguos.

A la desesperada, preguntó Sanin por Herr Klüber. Nuevo desengaño, por más que el dueño de la fonda conocía mucho este apellido. El elegante hortera había tenido al principio mucho lujo y se había elevado á la alcurnia de capitalista; después, habiendo hecho malos negocios, concluyó por declararse en quiebra y murió en la cárcel... Por supuesto, esa noticia no causó ninguna pena á Sanin.

Comenzaba á convencerse de que había emprendido muy de ligero el viaje, cuando un día, recorriendo el «Almanaque de las señas», topó con el apellido de *von* Dönhof, comandante retirado (*Major a. D.*) En seguida tomó un coche para dirigirse á la casa indicada. Nada le probaba que ese Dönhof hubiera de ser por necesidad aquel á quien había conocido; y por otra parte, aun suponiendo que fuese el mismo, ¿cómo podría darle noticias de la familia Roselli. No importa: un hombre que se ahoga, se agarra al menor tallo de hierba.

Sanin encontró en su casa al comandante *von* Dönhof, y reconoció á su antiguo adversario en el hombre de cabellos grises que le recibió. También éste le reconoció y hasta se puso contentísimo de volverle á ver, pues le recordaba su juventud y sus calaveradas de antaño. Hizo saber á Sanin que hacia mucho tiempo que la familia Roselli había emigrado á América y establecido en New York; que Gemma se había casado con un negociante;

que Dönhof tenía un amigo, también del comercio, y que probablemente sabría las señas del marido de Gemma, porque tenía muchos negocios con América. Sanin suplicó á Dönhof que fuese á ver á ese caballero, y ¡oh dicha! Dönhof le trajo las señas: «M. J. Slocum, New York, Broadway, número 501.» Sólo que esas señas eran del año 1863.

—¡Esperemos—exclamó Dönhof—que nuestra antigua hermosura francofurtense viva aún, y no haya abandonado á New York! A propósito—añadió, bajando la voz—¿vive todavía aquella dama rusa, ¿sabe V.?, que estaba en Wiesbaden por aquel entonces, la señora Bo... *von* Bozolof?

—No—respondió Sanin;—hace mucho que ha muerto.

Dönhof levantó los ojos; pero al ver que Sanin había vuelto la cara con aire sombrío, se retiró sin añadir una palabra.

Aquel mismo día Sanin escribió á la señora Gemma Slocum, en New York. La dijo en su carta que la escribía desde Francfort, donde había ido para buscar sus huellas; que sabía muy bien hasta qué punto había perdido el derecho á pedir alguna respuesta; que por nada había merecido el perdón de ella, y que sólo tenía una esperanza, y es que en medio de la ventura de que ella gozaba, hubiese perdido desde largo tiempo hasta el recuerdo de su existencia. Añadió que, sin embargo, se había decidido á acordarse de ella á consecuencia de una circunstancia fortuita que había despertado en él vivamente

la memoria del pasado; la habló de su vida solitaria, sin familia, sin goces la suplicó que comprendiese los motivos que le impelían á dirigirse á ella, que no le dejase llevar á la tumba la amarga conciencia de una falta expiada desde mucho tiempo atrás, pero no perdonada aún, y que se dignase dirigirle cuatro letras diciéndole cuál era su vida en ese nuevo mundo donde se había establecido. «Escribiendo esas cuatro letras, terminaba Sanin, hará V. una buena obra, digna de su hermosa alma, y le daré gracias por ello hasta mi último suspiro. Permaneceré aquí, en la fonda del *Cisne blanco* (subrayó estas dos palabras), esperando su respuesta hasta la primavera próxima.»

Envió esta carta y se decidió á esperar. Pasó en la fonda seis semanas largas, sin salir casi de su cuarto y sin ver á nadie. Ninguno podía escribirle de Rusia ni de cualquiera otra parte, lo cual era de su agrado. Cuando llegase una carta á su nombre, sabría de antemano que era la que esperaba. Leía desde la mañana á la noche, no periódicos, sino libros serios, obras históricas. Esas lecturas prolongadas, ese silencio, esa existencia retirada, esa vida de molusco, todo eso estaba muy de acuerdo con la disposición de su ánimo. Sólo por eso hubiera dado gracias á Gemma. ¿Pero vivía aún? ¿Le respondería?

Por fin recibió una carta con franqueo americano, una carta de New York. El carácter de letra del sobre era inglés... No lo conoció, y eprimiósele el pecho. Vaciló antes de abrirla, y

luego buscó ante todo la firma. ¡Gemma! Brotaron lágrimas de sus ojos. Ese nombre bautismal solo, sin apellido de familia, era para él una prenda de perdón y de reconciliación. Desdobló el pliego de papel, fino y azulado... y cayó una fotografía. Recogióla en seguida y se quedó estupefacto. ¡Gemma, la misma Gemma, joven, tal como la había conocido treinta años antes! ¡Los mismos ojos, los mismos labios, el mismo tipo de cara! En el dorso de la tarjeta fotográfica leyó: «Mi hija Mariana.»

Toda la carta era muy sencilla y muy bondadosa. Gemma daba las gracias á Sanin por no haber dudado en dirigirse á ella, por haber tenido confianza; no le ocultaba que, en efecto, después de aquella brusca ruptura, había pasado momentos muy penosos; pero añadía que, á pesar de todo, consideraba y había considerado siempre su encuentro con él como una cosa feliz, pues era lo que le había impedido casarse con Herr Klüber; y, por consiguiente, aunque de una manera indirecta, aquel encuentro había sido causa de su enlace con su marido actual, de quien era, desde veintiocho años á la fecha, compañera perfectamente dichosa. Su casa era rica y muy conocida en todo New York. Gemma añadía tener cuatro hijos varones y una hija de diez y ocho años, prometida ya, cuyo retrato le enviaba, puesto que, según opinión general, pareciase mucho á su madre. Gemma había reservado para el final de su carta las noticias aflictivas. Frau Lenore había

muerto en New York, adonde había ido con su hija y su yerno; pero antes de morir había tenido tiempo de gozar de la felicidad de sus hijos y las caricias de sus nietos. También Pantaleone había querido partir para América, pero murió antes de poder abandonar á Francfort. «Y Emilio, nuestro querido, nuestro incomparable Emilio, murió gloriosamente en Sicilia por la independencia de la patria. Formaba parte de los «mil» que mandaba el gran Garibaldi. Hemos llorado amargamente la muerte de nuestro adorable hermano; pero, al llorarle, estábamos orgullosos de él, y siempre lo estaremos de conservar su memoria, sagrada para nosotros. ¡Su alma noble y desinteresada era digna de la corona del martirio!» Después expresaba Gemma su sentimiento de que la vida de Sanin, por lo que él decía, fuese tan triste; le deseaba ante todo el sosiego y la paz del alma, y decíale que hubiera tenido sumo gusto en verle, aunque confesaba que seme-

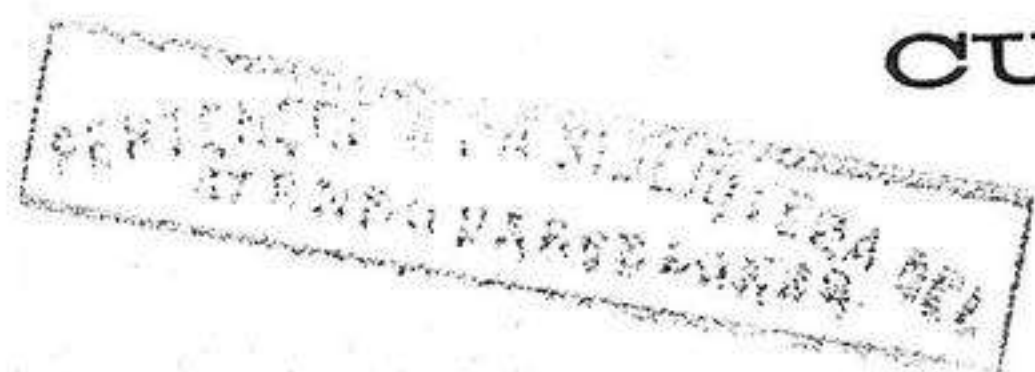
jante entrevista tenía pocas probabilidades de realización...

No describiremos los sentimientos que la lectura de esta carta hizo experimentar á Sanin. Ninguna expresión podría manifestar de una manera suficiente esos sentimientos profundos y poderosos, pero hartos poco claros para poderse expresar con palabras: sólo la música podría traducirlos. Sanin respondió inmediatamente y envió á Mariana Slocum, como regalo á la joven desposada, de parte de un amigo desconocido, la crucecita de granates pendiente de un collar de perlas finas. Este regalo, aunque muy precioso, no le arruinó. Durante los treinta años transcurridos desde su primera estancia en Francfort había reunido una bonita fortuna. Regresó á Petersburgo en los primeros días de Mayo, no para mucho tiempo. Dícese que vende todas sus propiedades y que se prepara á partir para América.

IVÁN TURGUENEF.

LOS DOS MESONES

CUENTO



Regresaba de Nimes, una tarde de Julio. Hacía un calor abrumador. Hasta el alcance de la vista, el blanco camino abrasado se extendía lleno de polvo por entre huertos de olivos y chaparros de encina, bajo un ancho sol de plata mate que bañaba de luz todo el cielo. Ni una mancha de sombra, ni un soplo de viento. Nada más que la vibración del aire cálido y el estridente cantar de las cigarras, música loca, ensordecedora, de compás precipitado, que parece la sonoridad misma de aquella inmensa vibración luminosa... Dos horas llevaba caminando en pleno desierto, cuando de pronto destacóse ante mí, entre el polvo del camino, un grupo de casas blancas. Era el llamado relevo de San Vicente: cinco ó seis *masías*, largos hórreos con techumbre roja, un abrevadero sin agua entre un ramillete de higueras raquílicas, y, á lo último de todo, dos grandes posadas frente por frente, á uno y otro lado de la carretera.

La proximidad de esos mesones tenía algo de chocante. A un lado, un gran edificio nuevo, lleno de vida y animación, con todas las puertas de par en par, la diligencia parada delante, desenganchando los caballos que echaban humo, los apeados viajeros bebiendo á toda prisa en la breve sombra de las paredes; el patio atestado de mulas y carretas; cosarios tumbados bajo los cobertizos, esperando *la fresca*. Dentro, gritos, juramentos, puñetazos en las mesas, choque de vasos, estrépito de billares, tapones de limonada que saltaban; y, dominando todo ese tumulto, una voz alegre, estruendosa, que

cantaba hasta hacer temblar los vidrios :

«Levántase á la aurora
La bella Margotón;
Con cántaro de plata
Por agua se marchó...»

La posada de enfrente, por el contrario, estaba en silencio y como abandonada. Hierba en el zaguán, postigos rotos, en la puerta una rama de acebo seca colgando como un penacho viejo, los escalones del umbral apuntalados con piedras del camino... Todo ello tan pobre y lastimero, que, verdaderamente, era una obra de caridad pararse allí á echar un trago.

Al entrar encontré una larga sala desierta y tétrica, más tétrica y desierta aún por la deslumbradora claridad de tres grandes ventanas sin cortinas. Algunas mesas cojas donde había tirados vasos deslucidos por el polvo, una rota mesa de billar que tendía sus cuatro troneras como artesas, un diván amarillo, un mostrador viejo, dormían allí entre un calor malsano y pesado. Pues, ¡y moscas! ¿Moscas? En mi vida he visto tantas: en el techo, pegadas á los vidrios, en los vasos, por enjambres... Al abrir la puerta hubo un zumbido, un batir de alas, como si entrase en una colmena.

En el fondo de la sala, en el marco de una ventana, había una mujer de pie contra los vidrios, ocupadísi-

ma en mirar afuera. La llamé dos veces :

—¡Eh, patrona!

Volvió la cabeza con lentitud y me permitió ver una pobre cara de campesina, rugosa, agrietada, térrica, con una papalina larga de encaje rojizo, como las gastan entre nosotros las ancianas. Sin embargo, no era vieja; pero las lágrimas lo habían marchitado todo.

—¿Qué se le ofrece á V.?—me preguntó, enjugándose los ojos.

—Sentarme un momento y beber cualquiera cosa...

Mirábame muy absorta, sin moverse de su sitio, como si no comprendiera.

—¿No es un mesón esto?

La mujer suspiró contestando:

—Sí, señor... es un mesón, si V. no lo toma á mal... Pero ¡por qué no va V. ahí en frente, como los demás! Es mucho más alegre...

—Demasiado alegre para mí... Prefiero permanecer en el establecimiento de V.

Y sin aguardar su respuesta, me instalé delante de una mesa.

Cuando estuvo bien segura de que hablaba yo de formalidad, la mesonera se puso á ir y venir con aire muy ocupado, abriendo cajones, removiendo botellas, enjugando vasos, quitando las moscas... Comprendíase que era todo un acontecimiento el tener un viajero á quien

servir. A veces se paraba la infeliz, echándose las manos á la cabeza como si desesperase de poder cumplir.

Luego pasaba á la pieza del fondo; oíala yo mover grandes llaves, dar vueltas á las cerraduras, registrar en el arca del pan, soplar, limpiar con los zorros, lavar los platos. De vez en cuando, un hondo suspiro, un sollozo ahogado...

Después de un cuarto de hora de ese tragín, me puso delante un plato con *passerilles* (uvas pasas), un pan viejo de Beaucaire más duro que piedras, y una botella de ese vinillo ínfimo que se llama aguapié.

—Está V. servido—dijo la extraña criatura; y volvió á tomar á escape su sitio detrás de la ventana.

Mientras bebía, pretendí hacerla hablar.

—Aquí no viene mucha concurrencia, ¿no es así, buena mujer?

—¡Oh! No, señor; nunca entra un alma... Cuando éramos solos en la comarca, era diferente: teníamos el relevo de caballos, comidas de caza durante el tiempo de las aves marinas, carros todo el año... Pero desde que han venido á establecerse

los vecinos, lo hemos perdido todo... A la gente le gusta más ir en frente. Nuestra casa la encuentran demasiado triste... El hecho es que el establecimiento no es muy agradable. Yo no soy guapa, tengo tercianas, mis dos hijas han muerto... Ahí abajo es muy distinto: siempre hay risa. Una arlesiana es quien sostiene la posada, una mujer guapetona, con encajes y cadena de oro de tres vueltas al cuello. El mayoral, que es amante suyo, le trae la diligencia. Con un montón de *pingongas* por camareras... ¡Así tiene de parroquianos! Tiene por suya toda la juventud de Bezonces, de Redessan, de Jonquières. Los ordinarios dan un rodeo por parar en su casa... Y yo me estoy aquí todo el santo día consumiéndome sin nadie.

Decía todo esto con voz distraída, con indiferencia, con la frente siempre apoyada en los vidrios. Era claro que algo la preocupaba en el otro mesón.

De pronto, hubo gran movimiento al otro lado de la carretera. La diligencia se zangoloteaba entre el polvo. Oíanse latigazos, toques del zagal con el cuerno, y á las mozas del mesón asomadas corriendo á la puerta, gritando:

—¡*Adinsias, adinsias!* (Adiós, adiós.)

Y por encima de todo sobresalía

el vozarrón de antes, siguiendo á más y mejor:

«Con cántaro de plata
Por agua se marchó;
Tres caballeros llegan,
Con lanza y con trotón...»

Al oír aquella voz, la mesonera tembló con todo su cuerpo; y, dirigiéndose hacia mí, me dijo en voz baja:

—¿Oye V.? Es mi marido... ¿No es verdad que canta bien?

La miré atónito.

—¿Cómo? ¡Su marido de V.!... ¿De modo que también él va ahí abajo?

Entonces ella, con aire lastimero, mas con una gran dulzura, me contestó:

—¿Qué quiere V., señor? Los hombres son así, no les gusta ver llorar; y yo lloro de continuo, desde la muerte de las niñas... Luego, ¡es tan triste esta gran barraca donde nunca hay nadie!... Entonces, cuando se aburre demasiado, mi pobre José marcha enfrente á beber; y como tiene buena voz, la arlesiana le hace cantar. ¡Silencio!... Ahora vuelve á empezar.

Y temblorosa, con las manos adelante y derramando unos lagrimones que lá hacían parecer aún más fea, estaba allí como en éxtasis, delante de la ventana, oyendo cómo su José cantaba para la arlesiana:

«La saluda el primero:
¡Buenos días, mi amor!»

ALFONSO DAUDET.

LA POESIA

Aquí el cantor no aboga en vano por su arte, porque el canto que hace vibrar el corazón de una nación es también una hazaña.

(TENNYSON.)

Refiérenos Plutarco, que después de la derrota de los atenienses ante Siracusa, los sicilianos perdonaron á quienes podían recitar versos de Eurípides.

«Algunos de ellos — dice — debieron su salvación á Eurípides. De todos los griegos, éste era el poeta cuya musa preferían los sicilianos. En cuanto arribaban forasteros á su isla, recogían los menores pasajes ó fragmentos de sus obras y se los comunicaban con placer unos á otros. Con este motivo se cuenta que cierto número de atenienses, al regresar á su patria, fueron en busca de Eurípides para atestiguarle su gratitud por los beneficios que le debían: unos habían sido puestos en libertad por haber recitado á sus dueños escenas de sus obras; otros habían distraído

su fuga después de la batalla, cantando algunos de sus versos.»

En nuestros días no es probable que ninguno de nosotros deba nunca la vida á la poesía, por lo menos en este sentido; porque desde otros puntos de vista, muchos le deben casi tanta gratitud. ¡Cuántas veces, desfallecidos de fatiga, abrumados de pesar y de inquietud, no hemos tomado á Homero ú Horacio, Shakespeare ó Milton y sentido disiparse las nubes; calmarse los sobreexcitados nervios, ceder su puesto el decaimiento á la conciencia de la fuerza, y expulsar la luz de la vida á las tinieblas de la desesperación!

Y, sin embargo, Platón — dice Jowet — desterró de la república á los poetas, so pretexto de que hablan á los sentidos, excitan las

pasiones y están triplemente alejados de la verdad ideal.

Desde este punto de vista, como desde algunos otros, pocas personas querrían aceptar la república de Platón como una democracia ideal, y la mayor parte convendrán con sir Philippe Sidney en que: «Si no podéis soportar la música de la poesía, semejante á la música de las esferas... debo haceros saber, en nombre de todos los poetas, que mientras viváis vivís para amar, y que nunca obtendréis favor si no sabéis cincelar con arte un soneto; á vuestra muerte, vuestro nombre desaparecerá de la tierra, por falta de un epitafio.»

Muchas veces se ha comparado la poesía con la pintura y la escultura. Largo tiempo ha, dijo Simónides que la poesía es una pintura parlante y la pintura una poesía muda.

«La poesía — dice Cousin — es la primera de las artes, porque es quien representa mejor lo infinito.» Y añade: «Aun cuando, desde ciertos puntos de vista, las artes hállanse aisladas unas de otras, hay una que parece aprovecharse de los recursos de todas las demás y es la poesía. La poesía pinta y esculpe con palabras, puede fabricar edificios como lo hace un arquitecto, y en cierta medida une la melodía y la música; en una palabra, es el cen-

tro de reunión de todas las artes.» Un verdadero poema es una galería de cuadros.

Debe confesarse, me parece, que la pintura y la escultura pueden darnos una idea más clara y más viva de una cosa que ninguna descripción del mundo; pero cuando la hemos visto una vez, hay, por el contrario, muchos detalles que el poeta nos revela y que acaso no hubiéramos notado en una reproducción del original, ni en la misma naturaleza. El artista reproduce muy intensamente las cosas visibles, el poeta nos pone de manifiesto los actos; el espacio es el dominio del arte, el tiempo el de la poesía (1).

Tomad por ejemplo la belleza femenina. ¡Cuán fría y rebuscada parece cualquiera descripción, sea la que fuere! Los más grandes poetas lo reconocen así ellos mismos; por eso, cuando Scott quiere mostrarnos la Dama del Lago, no intenta describirla, sino que se limita á mencionar su actitud, y añade: «Jamás cincel griego esculpió Ninfa, Náyade ó Gracia de forma más elegante y de facciones más perfectas.»

Un gran poeta debe ser inspirado, debe tener el sentido exquisito de la belleza, sentimientos más pro-

(1) Véase el *Laocoonte* de Lessing.

fundos que los de los demás hombres y, sin embargo, estar en plena posesión de sí mismo. «El Milton de la poesía, según la magnífica expresión de este poeta, implora en una ardiente plegaria al Ser Eterno que le revele el conocimiento y el secreto de todas las cosas y que envíe sus serafines para tocar y purificar con el sacro fuego del altar los labios del que elige.» (Arnold.) Si, por una parte, la poesía nos hace comprender las prodigiosas desigualdades de las diversas inteligencias, por otra nos enseña que el genio nada tiene que ver con la posición social y la fortuna.

«Pienso en Chatterton, aquella criatura de genio, aquel alma inquieta, muerto víctima de su orgullo; pienso en Buzus, que marchaba alegre en un sueño de gloria, detrás de su arado, por la falda de la montaña.» (Wordsworth.)

Se puede ser poeta sin escribir en verso; pero cuando se hacen versos malos é insignificantes, no se es poeta. «Ni los hombres, ni los dioses, ni los libreros permiten á los poetas ser medianos.» (Horacio.)

Para que la poesía viva «es preciso que sea viviente, que saliendo del cerebro, vaya derecha al corazón». (Coleridge.) Milton dice con suma exactitud: «El que no quiera verse desengañado en su esperanza de escribir cosas dignas de admira-

ción, debe ser él mismo un verdadero poema.»

Porque «aquel cuya alma no ha sido tocada por la locura de la musa, aquel que se acerca á la puerta y cree que entrará en derecha dentro del templo, gracias al socorro del arte, aquel y su poesía, digo, no serán admitidos para penetrar en él». (Platón.)

Los poetas y los escritores de segundo orden desaparecen poco á poco en la noche del olvido, pero la obra del verdadero poeta es inmortal.

«¿No viven los versos de Homero desde hace dos mil quinientos años, y aun más, sin que se haya perdido una sílaba ni una sola letra? Y durante este período de tiempo, ¿cuántos palacios, templos, castillos y ciudades no han caído en ruina ó derribados? No es posible tener los retratos auténticos ó las estatuas de Ciro, de Alejandro ó de César, ni de los reyes y personajes célebres de las edades posteriores, porque los originales no han subsistido y las copias no pueden menos de perder verdad y vida; pero las imágenes del talento y de la sabiduría de los hombres nos han sido conservadas por los libros. En ellos permanecen, al abrigo de las injurias del tiempo y capaces de eternal rejuvenecimiento. Por otra parte, apenas puede dárseles el nombre de imáge-

nes, porque aún viven y echan semillas en el ingenio de los hombres, impeliendo á la acción y haciendo germinar una infinidad de ideas en los siglos siguientes: Si se considera como un invento admirable la construcción de un navío que transporta riquezas y mercaderías de ciudad en ciudad y reúne así los países más remotos haciéndoles conocer mutuamente sus productos, ¡cuánto más admirables son aún esos escritos que, semejantes á navíos, atraviesan los vastos océanos de las edades y llevan á los siglos más lejanos los tesoros de la sabiduría, de las luces y de las invenciones humanas!» (Bacon.)

Para ser poeta es preciso reunir diversísimas cualidades: «¿Quién ha trazado el plan de este poema? (dice Consin.)—La razón.—¿Quién le ha dado vida y hechizo?—El amor.—¿Quién ha guiado á la razón y al amor?—La voluntad.»

«Todos los hombres tienen imaginación, pero el enamorado y el poeta no son más que imaginación... Los ojos del poeta, en sublime delirio, recorren con la mirada el cielo y la tierra, la tierra y el cielo; y como la imaginación materializa las formas de las cosas desconocidas, la pluma del poeta las labra y da á puras nonadas habitación y nombre.» (Shakespeare.)

La poesía es fruto del genio, pero

ese fruto no puede madurar sin esfuerzo. Moore, el más etéreo de los poetas, nos refiere que trabajaba lentamente y con dificultad.

Las obras de nuestros más grandes poetas son todas episodios de ese poema grandioso que el genio del hombre inventa desde los comienzos de la historia de la humanidad.

Refiérese que un distinguido matemático preguntó un día qué probaba Milton en su *Paraíso perdido*; aún hay ciertas personas que, si bien no se atreven á dirigir la pregunta á otras, se preguntan á sí mismas cuál es la utilidad de la poesía, como si el causar placer no fuese útil en sí. Sin embargo, ningún verdadero utilitario experimentaría esa incertidumbre, ahora que la mayor felicidad del mayor número ha llegado á ser la regla de la filosofía utilitarista.

«No debemos estimar solamente las obras del genio en razón de los goces que nos proporcionen, hasta cuando su principal objetivo sea el de agradar, sino examinar también si hablan á la inteligencia y la ejercitan.» (Saint-Hilaire.)

Para gozar hondamente de la poesía, no debemos encerrarnos en nuestro horizonte, sino, por el contrario, tratar de elevar nuestro ideal.

«Sí. Al leer poesías, es preciso que tengamos el sentimiento de lo

bello, de lo exquisito, y ese tacto que nos permite adivinar qué género de goce debe sacarse de ellas con el fin de juzgar lo que leemos.» (Arnold.)

Cicerón, en su *Discurso en pro de Archias*, pregunta con mucha razón «si este hombre no tiene derecho á su amistad, á su admiración, á que haga todo lo del mundo para defenderle. Los hombres más célebres y más sabios nos han enseñado que la educación, el método y la práctica producen en general excelentes resultados en todas las ramas de la ciencia; pero un poeta resulta formado por la naturaleza, su vigoroso ingenio le excita á crear, puede decirse que está inspirado por la Divinidad misma. Por eso nuestro Ennio tiene derecho á otorgar á los poetas el epíteto de *Santos*, pues parece que sólo han sido dispensados á la humanidad por indulgente generosidad de los dioses (1)».

«La poesía—dice Shelley—despierta y ensancha el espíritu, haciendo nacer en él mil inesperadas combinaciones de pensamientos. La poesía nos descubre la oculta belleza del universo y transforma las cosas más familiares, hasta el punto de que nos parecen desconocidas; vuelve á crear todo lo que representa, y

sus creaciones, revestidas de una especie de luz elísea, permanecen desde entonces grabadas en el espíritu de quienes una vez las han contemplado, como recuerdos de aquella dulce y regocijada embriaguez que se mezcla con todas las ideas y acciones del poeta.» También dice Shelley: «La gran poesía es infinita, es la primera bellota que contiene virtualmente todas las encinas. Pueden levantarse unos tras otros los velos de la naturaleza, pero la recóndita hermosura del enigma del universo no se revelará nunca. Un magnífico poema es una fuente que siempre mana sabiduría y felicidad.»

Este pensamiento se encuentra expresado también en la *Oda á la alondra*:

«Más arriba, cada vez más arriba, te lanzas desde la tierra como una nube de fuego, hiendes con las alas las azules profundidades del éter, y al cantar te elevas, y al elevarte continúas cantando.

» Como un poeta oculto entre la luz del pensamiento, canta himnos espontáneos, hasta que el mundo se sienta penetrado por la simpatía hacia temores y esperanzas en que no había pensado.

» Como un áureo gusano de luz en un valle de rocío difunde, sin verla, su claridad aérea entre las flores y la hierba donde se esconde de ser visto.» (Shelley.)

(1) Platón llama á los poetas «hijos é intérpretes de los dioses».

Trátase aquí del poeta autor y creador, ποιητής. Parece dudoso el origen de la palabra *bardo*.

Los hebreos llamaban á sus poetas *Videntes*, porque, no sólo perciben más que los otros hombres, sino porque les ayudan á ver muchas cosas que sin ellos se les hubieran escapado. La antigua palabra griega era *αοιδός*, bardo ó cantor.

La poesía levanta el velo que oculta la belleza del universo y proyecta sobre los objetos más familiares como el brillo y el prisma de la imaginación. Quien ame la poesía no puede menos de experimentar un verdadero goce contemplando la naturaleza, porque ésta es para sus amantes «hermosura á la vista y música á los oídos».

«Y, sin embargo, la naturaleza no presenta nunca á las miradas una tierra de tan magníficos matices como la de los poetas, ni tan encantadores ríos, ni árboles tan cargados de frutos, ni flores tan deliciosamente perfumadas, ni ninguna de esas cosas que harían á la tierra, tan querida ya con exceso, más deliciosa todavía (1).»

El poeta nos transporta como por encanto desde la ciudad más humosa al aire libre y en pleno sol, al fondo de los bosques donde murmu-

ran las frondas y los arroyos, ó al arenal donde expiran las ondas. Sumiéndonos en un ensueño delicioso, nos permite así rechazar los cuidados y las inquietudes de la existencia.

El poeta, no sólo debe conocer la naturaleza humana, sino la naturaleza entera, más completamente que todos los demás hombres.

Crabbe Robinson nos refiere que habiendo pedido permiso una vez un forastero para visitar el gabinete de trabajo de Wordsworth, la criada respondió: «Aquí tiene V. la biblioteca de mi señor, pero estudia en el campo.»

Por eso no debe extrañarse el que se haya dicho que la naturaleza paga con creces el amor del poeta.

«No aman en vano, no se engañan quienes dicen que, á la muerte del poeta, la naturaleza silenciosa llora á su adorador y celebra sus exequias.» (W. Scott.)

Swimburne hace una observación acerca de Blake, que apruebo por completo, aun cuando yo no se la hubiese aplicado á él: «La dulzura del cielo y del follaje, de la hierba y del agua, la vida alegre é indolente del pájaro, del niño, de los animales, se conservan, digámoslo así, en él con toda su frescura, gracias á un sentimiento muy hondo pel amor inmutable y misterioso que la mano y el alma del artista expli-

(1) Sidney: *Defensa de la poesía*.

can y avivan, con la conciencia del fin que persigue. Jamás poeta ni pintor alguno ha manifestado como él la fogosa explosión de la primavera, la violenta exuberancia de la vida floral, la radiante expansión de las fuerzas y de la alegría en el niño; ninguno había descrito y pintado como él el lustre de las hojas verdes, la frescura de los cuerpos donde circula una sangre joven, el brillo de las nubes inflamadas y de los vellos rutilantes.»

Para apreciar la poesía, no debemos estudiarla superficialmente, recorrer con rapidez los poetas ó leerlos tan sólo por hablar ó escribir acerca de ellos; hay que colocarse en la situación de ánimo que ayuda á gustar de ella. Sin duda, pueden pedirse consuelos á la poesía en momentos de agitación, de pesar ó de angustia; pero otra cosa es comprenderla bien.

Los inapreciables tesoros de la poesía están abiertos ante nosotros. Los mejores libros son, en efecto, los menos costosos. Por el precio de un poco de cerveza y de tabaco se puede comprar un Shakespeare ó un Milton y casi tantos como puede un hombre leer con provecho en un año.

Considerando las ventajas de la poesía para el hombre, nó debemos limitarnos á su influencia presente ó pasada.

«El porvenir de la poesía—dice Matthew Arnold (y nadie más calificado que él para hablar de esto)—el porvenir de la poesía es inmenso, porque nuestra raza, á medida que pasa el tiempo, encontrará en la poesía digna de este nombre un apoyo cada vez más seguro. Para la poesía, la idea es todo; el resto no es más que ilusión, una ilusión divina; en poesía, la idea es quien conmueve, la idea es el hecho. Lo que hay más vivo en la religión de nuestros días es su poesía inconsciente. Debemos concebir la poesía de una manera más noble, más elevada de lo que solemos hacerlo; debemos concebirla como capaz de servir para fines más altos, y ser llamada á destinos más grandes que los que se le habían señalado hasta hoy.»

Se ha dicho con razón que la poesía conserva «el recuerdo de los mejores y más felices momentos de la vida de los espíritus más felices y mejores»; es la luz de la vida, «la misma imagen de esta vida expresada en su eterna verdad»; inmortaliza todo lo que hay más excelente y hermoso en el mundo, «quita de nuestros ojos interiores la catarata de la costumbre que nos impide ver las maravillas de nuestro ser»; es el centro y la circunferencia de la sabiduría, y los poetas son los espejos de las gigantescas sombras que

lo futuro proyecta sobre el presente.

La poesía, en efecto, prolonga la vida; añade horas á nuestra existencia, si se miran las horas como una sucesión de ideas y no de minutos; «es el soplo y la más sutil

quintaesencia de todos los conocimientos»: no vive en el tiempo ni en el espacio, sino en el espíritu del hombre. ¿Puede hacerse mayor elogio de ella que decir que la vida debe ser una poesía puesta en acción?

JOHN LUBBOCK.

LEJOS DE LA PATRIA

SONETO DE LUIS CARRER

Yo soy la viajadora golondrina
Que abandonando la natal campaña,
Y el techo hospedador y la colina,
Los mares cruza y va á región extraña.

Ave yo solitaria y peregrina,
Rocas visito, selvas que no baña
El patrio sol, y errando á la contina
¡El dolor de la ausencia me acompaña!

Por yermas playas, por ignotas vías
A olmos y á sauces mis pesares cuento,
Y lloro un dulce bien siempre distante.

Así en destierro y llanto huyen mis días:
¡Llegue de primavera el blando aliento
Y vuelva al nido propio el alma errante!

TRADUCCIÓN DE M. A. CARO.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

La antropología criminal en la literatura moderna.

Muchas veces me he preguntado por qué estaba más adelantada la antropología criminal en la literatura que en la ciencia.

Los grandes maestros rusos, suecos y franceses de la novela y del drama modernos, todos han tomado de ella sus más grandes inspiraciones, á contar desde Balzac en *La última encarnación de Vautrin*, *Los Labriegos*, *Los Parientes pobres*, y luego con Daudet, Zola, Dostoyusky é Ibsen.

Daudet nos ha pintado en *Jack* toda una tribu de *ratés* (alocados criminales) y nadie le ha puesto pero, así como tampoco nadie niega la veracidad de *La Casa de los muertos* (1) y de *Crimen y castigo*, de Dostoyusky; de igual modo, ninguno pone en duda los locos y los

criminales que tan maravillosamente nos pintó Shakespeare.

Antes bien, son tan exactas sus descripciones, que pueden contarse como documentos de prueba y dar nueva confirmación á los descubrimientos antropológicos precisamente porque tienen un origen distinto por completo. Veamos, por ejemplo, con Garofalo (1), el análisis de *La Casa de los muertos*.

«Esta extraña familia—dice Dostoyusky, hablando de los criminales rusos con quienes estaba encadenado—tenía un parecido notable, que se *distinguía* al primer golpe de vista... todos los detenidos eran téticos, envidiosos, terriblemente vanos, presumidos, quisquillosos y formalistas con exceso... La vanidad resaltaba en primer término... sin la menor señal de vergüenza ó

(1) Esta magnífica obra, que tan perfectamente describe la vida penal en Rusia, así como su segunda parte *La Novela del presidio*, ha sido publicada en castellano en la «Colección de libros escogidos». (N. del E.)

(1) *Criminologie*: tercera edición. F. Alcan, 1892.

de arrepentimiento... Durante varios años, no he notado el menor signo de pesar, el más pequeño desasosiego por el crimen cometido... Cierto es que entraban por mucho en ello la vanidad, los malos ejemplos, la jactancia y la falsa vergüenza... En fin, parece que durante tantos años hubiera debido advertir algún indicio, por fugaz que fuese, de algún pesar, de algún dolor moral. Positivamente, nada de eso he visto.

»Sólo en el presidio he oído contar, con una risa pueril apenas reprimida, las maldades más extrañas y más atroces. Nunca olvidaré á un parricida, noble degradado por los tribunales y exfuncionario público. Había labrado la desgracia de su padre. Un verdadero hijo pródigo. En vano intentaba el viejo detenerle con amonestaciones en la fatal pendiente por donde se deslizaba. Acribillado de deudas y sospechando que, aparte de una hacienda, debía de tener su padre dinero escondido, le mató para entrar más pronto en posesión de la herencia.

»Este crimen no fué descubierto sino al cabo de un mes. Durante todo ese tiempo, el parricida, que había informado á la justicia de la desaparición de su padre, prosiguió en su vida de desórdenes.

»Por fin, en ausencia de él, descubrió la policía el cadáver del an-

ciano, recubierto de tablas, en una alcantarilla.

»Todo el tiempo que le vi, estuvo de un humor muy tranquilo. Era el hombre más aturdido y más inconsiderado que he visto, aunque distase mucho de ser necio. No advertí jamás en él una crueldad excesiva.

»Los holgorios eran casi siempre en épocas fijas, coincidiendo con las solemnidades religiosas ó con la fiesta del santo patrono del penado que celebraba la francachela. Ponía éste un cirio delante de la imagen, rezaba las oraciones, vestíase luego y encargaba la comida.

»Hacía comprar de antemano carne, pescado, pastelillos; se hartaba como un buey, casi siempre solo; era rarísimo que un presidiario invitase á su compañero á tomar parte en la comilona.

»Aparecía entonces el aguardiente; el forzado bebía como una cuba y paseábase por las cuadras del presidio, haciendo eses y dando tropezones, haciendo gala de hacer ver á todos sus camaradas que estaba borracho, que tenía una «curda» y era por ende merecedor de una consideración particular.»

Más adelante encontramos otro carácter pueril, la imposibilidad de reprimir un deseo: «el racionio, en gentes como Petrof, no tiene poder sino en tanto que nada quieren».

«Cuando desean alguna cosa, no existen obstáculos contra su voluntad. Esas gentes nacen con una idea fija, que toda la vida les lleva rodando inconscientemente á diestro y siniestro; vagan así hasta encontrar un objeto que despierta con violencia sus deseos, y entonces pondrían por él sin regatear la cabeza...»

«Asombrábame el ver que me robaba (Petrof), á pesar de su afecto por mí. Eso le ocurría por arrebatos. Así, me robó mi Biblia, la cual le había entregado para que la llevase á mi sitio. Pocos pasos tenía que andar; pero en el camino encontró un comprador á quien vender el libro, y en seguida gastó en aguardiente el dinero recibido. Probablemente sentiría en aquella ocasión un violento deseo de beber, *y cuando deseaba una cosa no podía pasar por otro punto.* Un individuo como Petrof *asesinará á un hombre por veinticinco kopecks*, sin otro objeto que tener para beberse un cuartillo; en cualquiera otra ocasión, desdeñará centenares de miles de rublos. Aquella misma noche me confesó ese robo, pero sin *ninguna señal de arrepentimiento ó de turbación, con un tono indiferente por completo*, como si se hubiese tratado de un incidente cualquiera. Probé á darle un buen recorrido, como lo merecía, porque

sentía haberme quedado sin la Biblia. Me escuchó sin enfado, como si tal cosa; convino conmigo en que la Biblia es un libro muy útil y sintió con sinceridad que ya no lo tuviese yo, pero sin arrepentirse ni un instante de habérmelo robado; me miraba con tal aplomo, que en seguida cesé de reñirle.»

La misma indiferencia en lo que atañe á su vida, á su porvenir:

«Un presidiario se casa, tiene hijos, vive cinco años en el mismo lugar, y de pronto, cuando menos se piensa, desaparece, abandonando mujer é hijos, con asombro de la familia y de todo el barrio.»

¡Cosa notable! Dostoyusky nos habla de las excelentes y sólidas cualidades de dos ó tres forzados, amigos hasta el sacrificio, incapaces de odio... Pues bien; la descripción que nos hace de las faltas que habían llevado á presidio á esos infelices, prueba que *no habían cometido verdaderos crímenes*, en el sentido que hemos dado á esta palabra.

En primer término, nos habla de un «viejo creyente», de Staradub, que se encargaba de guardar los ahorros de los forzados.

«Este viejo—dice—tenía unos setenta años, era flaco, bajito y muy canoso. Desde que le vi por vez primera me dió mucho en qué pensar; no se parecía á los otros en nada;

era tan dulce y apacible su mirar, que siempre me causaba placer el ver sus ojos claros y serenos. Charlabá á menudo con él, y rara vez he visto una persona tan buena, tan benévola. Habíanle condenado á trabajos forzados por un delito grave. Cierta número de «viejos creyentes» de Staradub (provincia de Tchernigoff) se convirtieron á la ortodoxia. El gobierno hizo todo lo imaginable por animarlos en esta senda y aun por estimular á los otros disidentes para que se convirtiesen también. El viejo y algunos otros fanáticos resolvieron «defender la fe». Cuando se comenzó á edificar en su pueblo una iglesia ortodoxa, la prendieron fuego. Ese atentado valió la deportación á su autor. Este burgués acomodado (era comerciante) tuvo que abandonar mujer é hijos queridos, pero partió animoso al destierro, estimando en su ceguedad que «sufría por la fe». Después de vivir algún tiempo junto á este dulce anciano, no podía uno menos de preguntarse: «¿Cómo se pudo rebelar?» Le interrogué en varias ocasiones acerca de «su fe». No renegaba de ninguna de sus creencias, pero no advertí el menor odio en sus respuestas. Y sin embargo, había destruido una iglesia y no lo negaba en modo alguno; parecía estar convencido de que su delito y lo que llamaba él «su mar-

tirio» eran actos gloriosos. Teníamos otros forzados «viejos creyentes» además de él, siberianos la mayor parte, muy agudos, zorros como verdaderos campesinos. Dialécticos á su manera, seguían ciegamente su fe y gustaban mucho de discutir. Pero tenían grandes defectos; eran altivos, orgullosos y hasta muy intolerantes. El anciano no se les parecía en nada; muy fuerte, muchísimo más fuerte en exégesis que sus correligionarios, evitaba toda controversia. Como era de carácter expansivo y alegre, reíase, no con la risa grosera y cínica de los otros forzados, sino con una risa dulce y clara, en la que se veía un gran candor infantil que se armonizaba perfectamente con su cabeza gris. Tal vez cometa un error, pero me parece que se puede conocer á un hombre sin más que por su risa; si la risa de un desconocido os pareciese simpática, tened por cierto que es un buen hombre. Este anciano había conquistado el unánime respeto de los presidiarios; no tenía vanidad por ello. Los detenidos le llamaban abuelo y nunca le ofendían. Entonces comprendí cuánta influencia pudo tener sobre sus correligionarios. A pesar de la firmeza con que soportaba la vida del penal, conociase que disimulaba una tristeza profunda, incurable. Yo dormía

en la misma cuadra que él. Una noche, á eso de las tres de la madrugada, me desperté; oí un sollozo largo, ahogado. El viejo estaba sentado en la estufa y leía su eucologio manuscrito. Lloraba, y le oí repetir: «¡Señor, no me abandones! ¡Maestro, fortaléceme! ¡Pobres hijitos, queridos hijitos míos, ya no nos veremos más!» Es indecible cuán triste me puse.»

Pues bien, analizando «el crimen» de aquel hombre, se ve que Dostoyusky no tiene motivo para asombrarse de sus buenas cualidades. Se trata sencillamente de un hombre que defendía la religión de su país contra los ataques de una nueva creencia; esto es un hecho comparable á un delito político. Aquel «viejo creyente» sólo era un rebelde, pero no un criminal. «Y sin embargo, ¡había destruido una iglesia!» —exclama nuestro autor. —Sí, pero sin haber hecho perecer á nadie entre las llamas, sin habersele pasado por las mientes la idea de hacer el menor daño á ninguno. ¿Qué sentimiento altruista elemental había, pues, violado? La libertad de fe religiosa no lo es. Es un sentimiento hartamente perfeccionado, fruto de un desarrollo intelectual superior, que no puede esperarse encontrar en la moralidad media de una población. Desde nuestro punto de vista, el incendio de la igle-

sia de Staradub no hubiera sido un delito natural. Es uno de esos hechos que, aun punibles por la ley, quedan fuera del cuadro de la criminalidad que hemos tratado de bosquejar. Pues bien; ese incendio no criminal es una de las raras excepciones advertidas por nuestro autor entre la degradación moral que por todas partes le rodeaba.

Nos presenta la segunda excepción en aquella figura angelical de Alei, un tártaro del Daghestán, que había sido condenado por tomar parte en un acto de bandolerismo; pero he aquí en qué circunstancias:

«En su país habíale ordenado un día su hermano mayor que cogiese el yatagán, montase á caballo y le siguiese. El respeto de los montañeses á sus mayores es tan grande, que el joven Alei no se atrevió á preguntar el objeto de la expedición; ni siquiera se le ocurrió tal vez la idea. Tampoco sus hermanos creyeron preciso comunicárselo.»

Con toda evidencia, se trata de un criminal á despecho suyo. ¿Qué tiene de extraño que su alma fuera tan hermosa como su físico? Dostoyusky le llama «un ser excepcional», una de esas «naturalezas tan espontáneamente buenas y dotadas por Dios con tan grandes cualidades, que parece absurda la idea de verlos pervertirse».

Por último, hay allí el retrato

de un hombre muy honrado, servicial, exacto, poco inteligente, razonador y minucioso como un alemán: Akin Akimytch. El autor nos lo presenta como un original en extremo cándido; en sus disputas con los forzados, los llamaba ladrones y los exhortaba de buena fe á que no robasen más... «Bastábale notar una injusticia, para mezclarse en un asunto que no le importase.»

Pues bien; tampoco era criminal. «Había servido en clase de subteniente en el Cáucaso. Me relacioné con él desde el primer día, y al punto me contó su *asunto*. Comenzó por ser *junker* (voluntario con el grado de sargento) en un regimiento de infantería.

Después de esperar por largo tiempo el nombramiento de subteniente, lo obtuvo por fin y fué enviado á las montañas de comandante de un fortín. Un principillo tributario puso fuego á la fortaleza é intento un ataque nocturno sin resultado ninguno. Akin Akimytch empleó la astucia con él é hizo como que ignoraba que fuese él el autor del ataque, atribuyéndoselo á insurrectos que vagaban por los montes. Al cabo de un mes, invitó amistosamente al príncipe á que fuese á visitarle. Este se presentó á caballo, sin sospechar nada. Akin Akimytch formó en batalla su guarnición y

descubrió ante los soldados la felonía y la deslealtad de su visitante; afeó á éste su conducta, le probó que incendiar un fuerte era un crimen vergonzoso; luego, á guisa de epílogo de aquella arenga, hizo fusilar al príncipe; en seguida informó á sus superiores de aquella ejecución, con todos los detalles necesarios. Formósele sumaria, el consejo de guerra le sentenció á muerte, le conmutaron la pena; se le envió á Siberia como forzado de la segunda categoría, es decir, condenado á doce años de castillo. Confesaba sin trabajo que había obrado ilegalmente, que el príncipe debió haber sido juzgado por un tribunal civil, y no por lo militar. Sin embargo, no podía comprender que su acción fuese un delito.

«Había incendiado mi fuerte. ¿Qué había yo de hacer? ¿Darle las gracias?» —respondía á todas mis objeciones.

Akin Akimytch tenía razón; había usado del derecho de guerra, castigando con la muerte una traición. La ejecución había sido merecida; sólo que su ignorancia le había hecho creer que estaba autorizado para formar consejo de guerra, juzgar y condenar regularmente á un bandido. Lo que él había hecho ilegalmente, á causa de su poca inteligencia, que no le permitía conocer los límites de su au-

toridad, lo hubiera hecho probablemente lo mismo un consejo de guerra convocado en forma legal: el principillo tributario no se hubiese librado del fusilamiento.

Si no me equivoco, he aquí los tres únicos ejemplos de gente honrada y buena que encontró Dostoyusky en sus largos años de reclusión, los únicos que no le inspiraron repugnancia, que llegaron á ser amigos suyos, los cuales nada tenían del cinismo y de la pasmosa inmoralidad de los otros. No tenían los caracteres de los criminales, sencillamente porque no eran criminales, porque no habían hecho más que desobedecer á la ley, sin ser culpables de lo que constituye el verdadero delito, desde nuestro punto de vista. Se ve cómo confirman la regla estas excepciones, y qué apoyo dan á nuestra teoría del delito natural y á la del tipo criminal.

Los tres únicos ejemplos encontrados por Dostoyusky en sus largos años de reclusión, que nada tenían del cinismo y de la pasmosa inmoralidad de los otros, no presentaban los caracteres físicos de los criminales, y sólo eran delincuentes políticos ó no habían cometido un verdadero crimen, en el sentido que nosotros damos á esta palabra.

LA BESTIA HUMANA Y LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL.—Si hubiese de ser

yo crítico de M. Zola, no podría ser sino un juez parcialísimo; para mí, los libros de M. Zola, con los de Dostoyusky y de Tolstoy, son los únicos que dan una nota nueva en la monotonía literaria de esta última parte del siglo, donde dijérase que la nivelación política se extiende hasta la república de las letras.

Y soy admirador de M. Zola, porque hallo en él un aliado tanto más precioso cuanto que no lo busqué, y porque reina en un imperio muy diferente y más extenso que el mío.

Para los charlatanes científicos que niegan la importancia y la gravedad del alcoholismo, sus vínculos con el crimen y la degeneración, la mejor de las respuestas es *La Taberna*. Por su parte, *Germinal* y *La Fortuna de los Rougon* demuestran esa crueldad que nace en las turbas y á causa de la turba, así como la influencia de los criminales y de los locos en las rebeliones.

En resumen, las novelas de M. Zola son historias modernas que se apoyan en documentos vivos, así como las historias en general se fundan en documentos muertos.

Muy á menudo, tiene también la sobriedad del historiador, que desdén los patrones complicados tan fáciles de encontrar, precisamente porque son falsos, y de los cuales nos habían imbuido los otros novelistas. Con *La Bestia humana* ten-

dría yo que ser aún más parcial, pues con una generosidad no muy frecuente en escritores, M. Zola confiesa haber consultado con frecuencia mi *Hombre criminal* para la trama de su novela.

Y sin embargo, debo ser severo con esa obra, pues aunque satisfaga plenamente mi vanidad literaria, no satisface (lo cual me importa mucho más) el amor á lo verdadero, ó por lo menos lo que tal me parece.

En primer término, es una extraña fatalidad que el mismo cuchillo dado como testimonio de amor conyugal sirva sucesivamente de instrumento para cometer los numerosos homicidios de la novela, así como que todos los asesinatos, los descarrilamientos y los suicidios hayan de ocurrir siempre en la Cruz de Maupras, donde tuvo sus primeros ensayos lúbricos el presidente Grandmorin.

Que un gran número de criminales se hayan reunido en el pequeño círculo de una secundaria estación de vía férrea y su cercanías, es ya un hecho extraño; pero aún es más extraño el que todos esos crímenes hayan acaecido siempre en aquel sitio maldito, que lleva ya un nombre lúgubre, predestinado, como se dice en el antiguo caló romántico.

He ahí un hecho que no se com-
padece con las leyes de la probabi-

lidad; pues por la estadística sabemos que el número de crímenes y el de criminales son casi siempre los mismos en cierta serie de habitantes, de kilómetros cuadrados y de años, y no pueden concentrarse en un rinconcito de terreno, en unos cuantos individuos y en tan escaso tiempo.

Hay en ello, si así puede decirse, un retroceso atavista hacia los rancios embelecocos de los románticos, para quienes los acontecimientos fatales tenían que pasar siempre, en ciertos lugares fatídicos, por medio de armas y hombres predestinados.

También hay en *La Fortuna de los Rougon* cierta carabina que sirve para las muertes del abuelo, del sobrino y de los gendarmes, sus enemigos, como si el origen de la fatalidad estuviese, no en el instinto hereditario, sino en el frío instrumento homicida.

Sin embargo, no está en eso la falta más grande de Zola, sino en la pintura de sus personajes criminales.

Zola, que pintó admirablemente el pueblo envenenado por el alcohol, la ínfima clase media de las ciudades y de las aldeas, á mi parecer, no ha estudiado en el natural los criminales; y esto consiste en que éstos no se encuentran con tanta facilidad y no se dejan estudiar cómodamente ni aun en las prisiones.

Sus criminales tienen para mí ese aire indeciso y falso de ciertas fotografías sacadas de retratos y no de los originales.

Así es que, á pesar de haber estudiado yo miles de criminales, no sabría clasificar á su Roubaud, buen empleado, buen marido, quien al sorprender por accidente el secreto de los antiguos amoríos no completos de su mujer con Grandmorin, se arroja sobre ella y quiere matarla; pero cambia después de idea, y, con la complicidad de su mujer, acaba por decidirse á matar al pseudo adúltero.

¿Puede clasificársele como un criminal por pasión? Pues entonces hubiera debido matarla á ella; y, después de la muerte de su rival, por lo menos hubiera debido arrepentirse.

Es verdad que los delincuentes pasionales son honrados, como Roubaud; pero cometen los delitos á cierra ojos, sin cómplices, sin premeditación, y se arrepienten, confiesan: hasta son los únicos criminales que experimentan verdadero remordimiento.

El no tiene remordimientos; durante algún tiempo hasta lleva una vida metódica; luego, de pronto, se entrega al vino, al juego, olvida á su mujer y ya no está celoso de ella; por el contrario, presencia indiferente sus infidelidades, hartos reales entonces.

¿Pudiera decirse que es un criminal de nacimiento, una *bestia*? Pero en ese caso, ¿cómo ha vivido tanto tiempo sin desenfrenos ni delitos, y es tan buen empleado?

¿Podría ser un delincuente por ocasión? Mas para un hombre exacto, metódico, tranquilo, como debe ser un buen empleado de ferrocarriles, el descubrimiento de los antiguos amores de su mujer, ¿podía ser suficiente causa para impelerle al asesinato premeditado, el mayor de los crímenes?

Los delincuentes por ocasión, los «criminaloides», como yo los llamo, son medio criminales con algunos caracteres de los criminales congénitos.

Pues bien; los caracteres físicos de Roubaud son: barba corrida, pelo rojo, ojos vivos; sólo tiene de particular el ser cejijunto, de frente baja y de cabeza deprimida; no tiene casi ninguno de los caracteres de los criminales, ni en lo físico, ni en lo moral, ni siquiera en la genealogía.

Según M. Enrique Héricourt (*Revue Rose*), M. Zola se inspiró en un proceso reciente, el del farmacéutico Fenayrou, que tenía mucho parecido con Roubaud.

El farmacéutico Fenayrou era un hombre de cuarenta y siete años, inteligente, pero poco ordenado y algo libertino. Doce años antes ha-

bíase casado con la hija más joven de su antiguo principal, á quien había sucedido en la botica.

La mujer, de diez y ocho años de edad en la época de su casamiento, y que sólo con repugnancia había consentido en esa unión, no hubo de tardar en pegársela con un mancebo de su botica; y esta trinidad doméstica duró un tiempo que no pudo precisar el sumario, pero, sin embargo, lo suficiente largo para que, hastiada Gabriela Fenayrou de su primer amante, hubiera tenido ocasión de reemplazarlo por otros varios. El marido, que durante este tiempo se había vuelto jugador y ocioso, advirtió bastante tarde la liviandad de su mujer.

Sin creer en ella al pronto, sin embargo, después de continuas peloterías, acabó por insultarla, golpearla, amenazarla de muerte; y, por último, logró que le confesase las relaciones habidas con su antiguo mancebo Aubert, farmacéutico ya á la sazón.

Según su relato, la mujer sólo obtuvo perdón de su marido mediante la promesa de ayudarle á que se vengara, y ella pasó por todo sin protestar. Entonces escribe varias cartas á su antiguo amante, reanuda con él las relaciones, y á la postre, so pretexto de una partida de campo, le atrae á una celada, donde ayuda á su marido á ma-

tarlo á martillazos. Vuélvese Aubert al primer golpe, reconoce á su matador y se apresta á la defensa; pero su querida se arroja sobre él, lo sujeta, y el marido puede concluir su obra sobre seguro.

Después del crimen, no tienen remordimientos ni uno ni otro. Antes por el contrario, los delincuentes cónyuges entréganse de nuevo á sus distracciones habituales, con la más absoluta tranquilidad; y sin duda, la operación le parece naturalísima á Fenayrou, puesto que encontrando cierto día á su suegra, se aproxima á ella diciéndole: «Ea, madre; pues bien, es cosa hecha; he matado á Aubert.»

Todos estos incidentes nos manifiestan cuán lejos estaba de ser un criminal por pasión ese desdichado, que pudo servir á Zola de modelo para su Roubaud; aún más que este último, es aquél un medio criminal nato, un «criminaloide» contaminado por la herencia morbosa (tenía un hermano idiota) y que premeditaba su venganza, esperando dos meses largos antes de ejecutarla, y rodeándose de todas las precauciones para asegurar la impunidad de su delito. Ciertamente, éste no es el hombre honrado á quien ciega la pasión y que por un instante lo ve todo rojo.

Es más bien el degenerado en quien la predisposición ha encon-

trado ocasión para rebelarse, para desenvolverse.

Puédese decir otro tanto de Eyraud, ese célebre asesino, del cual se ha hablado quizá con exceso. Eyraud es también, para mí, un criminal de ocasión, ó, por mejor decir, un criminaloide; si no hubiese encontrado á Gabriela Bompart (y el encuentro ocurrió bien tarde en su vida) no hubiese sido más que un semicriminal, un corredor de negocios sucios, á lo sumo un petardista; y de un corredor grosero es de lo que tiene cara. Antes del asesinato, jamás había cometido grandes delitos; no tenía maca hereditaria, que se sepa; pero, sin embargo, no estaba desprovisto de caracteres criminales, como la enorme abertura crucial de brazos, las arrugas anómalas, la exagerada braquicefalia, la asimetría de las protuberancias frontales, la precoz y grandísima actividad genésica, la escritura especial de los criminales, la violenta impulsividad que le arrastraba (á menudo sin motivo serio) y la insensibilidad moral en virtud de lo que pudo premeditar un asesinato tan horrible y del cual hablaba como de un asunto sin importancia (1).

La verdadera *bestia humana*, Ja-

(1) *L'Anthropologie criminelle et ses recents progrès*, segunda edición. F. Alcan, 1891, págs. 94 y siguientes.

cobo Lantier, tiene algunos caracteres anatómicos del criminal nato: cabellera espesa y rizada, así como los bigotes, tan negros que aumentaban la palidez de su rostro, quijada voluminosa; y la tendencia al crimen está justificada por la herencia, por el alcoholismo y por la enfermedad, de donde proviene una excesiva sensibilidad alcohólica (*la menor gota de alcohol le volvía loco*), así como esos accesos de fiebre y de violenta cefalea.

Y también es del todo verosímil que la pasión por el homicidio de mujeres jóvenes reemplace en él á la pasión carnal.

Pero, á mi parecer, el autor se desvía del camino recto al concederle un verdadero goce sexual y normal por algún tiempo con Severina, sin propósito ninguno preconcebido de homicidio; pues esos desdichados, por lo menos todos los que tengo vistos y atendidos, nunca sienten intermitencias en su enfermedad (1).

Los verdaderos criminales natos epilépticos no tienen aquella cortesía de maneras, aquella infinita compasión por sus víctimas que tiene Jacobo; impasibles ellos mismos para el dolor, analgésicos, nunca comprenden el dolor ajeno.

(1) Lombroso: *Delitti di libidine*, segunda edición, 1886.

Por el contrario, Zola ha retratado bien, y según mis observaciones más recientes, aquella especie de vértigo y de amnesia epilética que hace sufrir dos ó tres veces á Jacobo.

«Había concluido por encontrarse á orillas del Sena, sin saber cómo... De lo que sí tenía una sensación muy clara es de haber arrojado desde lo alto del malecón el cuchillo que conservaba en la bocamanga... *Abobado, ausente de sí mismo, no sabía* adónde se había ido también con el cuchillo el otro...»

«... Estaba en su mezquina alcoba de la calle de Cardinet, atravesado en la cama, vestido y calzado. Háblele arrastrado allí el instinto, cual á un perro mojado á su garita. Por otra parte, no recordaba haber subido la escalera, ni haberse dormido. Despertábase de un sueño de plomo, asombrado de volver á entrar en posesión de sí mismo, como después de un *desvanecimiento* profundo.»

«Quizá hubiese dormido tres horas, acaso tres días.»

Nunca he visto una descripción más perfecta de la enfermedad que he bautizado con el nombre de *vértigo criminal* epileptoideo.

Pero también hay aquí una veleidad mal satisfecha de erudición, que es muy extraño encontrar en un escritor tan poco académico como M. Zola.

Y es cuando el novelista explica esos instintos sensuales, sanguinarios, por un atavismo de su invención, «por la necesidad de vengar el mal *que las mujeres* habían hecho á su raza, por el rencor acumulado de varón en varón desde el primer engaño en el fondo de las cavernas». Hay aquí un error de hecho. Las mujeres primitivas nunca causaron agravio á los hombres; más débiles que éstos, fueron siempre víctimas de ellos. Esos instintos sanguinarios sexuales se explican por otro muy diverso atavismo que viene desde los animales inferiores, por los combates entre los machos por la conquista de la hembra, la cual quedaba para el más fuerte, y por los golpes que se inferían á la mujer para reducirla á la esclavitud conyugal; luchas cuyos vestigios subsisten aún en la historia romana (rapto de las Sabinas) y en los ritos nupciales de casi todos los países europeos y de los neo-zelandeses, donde se ve al marido medio atontar á trastazos á su mujer antes de llevársela consigo al tálamo nupcial.

Debo añadir, que un degenerado epiléptico, como Jacobo, debía tener un carácter violentísimo, una impulsividad sin causa, una profunda inmoralidad desde la primer infancia, mientras que, por el contrario, salvo en los momentos de fero-

cidad sexual, parece un completo buen hombre; nunca cometió delitos en su infancia, y, al revés de los delincuentes natos, está siempre lleno de remordimiento por los crímenes cometidos, y hasta por los no ejecutados, sino solamente proyectados, como cuando soñaba con matar á Flora y á la esposa desconocida.

Sin embargo, en lo que se refiere á su monomanía sexual sanguinaria, encuentro exactísima aquella aversión instintiva de hombre honrado, que experimenta ante la idea de matar á alguien que no fuese una mujer joven y bonita, de matar á su rival Roubaud, á pesar de las circunstancias favorables y las sugerencias de Severina. « ¡Dios mío! ¿Tendría derecho á matar á este hombre? Cuando le molestaba una mosca la hacía polvo de un puñetazo. »

« Un día que se le enredó un gato entre las piernas, lo derrengó de una patada; ¡pero á ese hombre, á un semejante suyo!... Tuvo que reiterarse su razonamiento para probarse á sí propio su derecho al homicidio, los derechos de los fuertes á quienes molestan los débiles. Pero después, *parecíale eso monstruoso, inejecutable, imposible*; se sublevaba en él el hombre civilizado, la fuerza adquirida por la educación; el lento é indestructible an-

damiaje de las ideas transmitidas á su cerebro refinado y lleno de escrúpulos, rechazaba con terror el homicidio en cuanto se ponía á reflexionarlo. Sí, matar por un arrebatado del instinto; pero matar queriendo, por cálculo, por interés, eso no, jamás podría hacerlo. »

Hay mucho artificio, pero también mucha verdad en ese carácter, lo cual es lo principal; sin embargo, un alienista no puede dejar de ver en él defectos y lagunas en mucho mayor número que rasgos de este género.

Por el contrario, donde el autor ha estado feliz (y ciertamente ha copiado del natural) es en el personaje de Severina. Esta no es una delincuente de nacimiento; sensual y depravada desde muy joven, sin sentir el amor sino en el adulterio, finge ser, y continúa siendo, buena esposa y muy mujer de su casa, hasta el día en que la ocasión la arroja al mal... Está ligada con su marido, y por eso llega á ser sin horror su cómplice en el crimen; y después, prendada de Jacobo, siente asco por su marido, y quisiera convertir á su amante en asesino.

« Era para ella una necesidad creciente tener á Jacobo por suyo, todo suyo; vivir juntos de día y de noche, sin abandonarlo nunca. »

Agravábase su horror hacia su marido; la simple presencia de este

hombre la sumía en una enfermiza excitación intolerable. Siendo tan dócil, con una complacencia de mujer tierna, irritábase en cuanto se trataba de él, y se arrebatava al menor obstáculo que á sus voluntades pusiese.

«La pesada tranquilidad que en él veía, la mirada indiferente con que acogía sus iras, su redonda espalda, su vientre obeso, toda aquella grasaza que parecía felicidad, acababa de desesperarla. ¡ Oh! ¡ Irse lejos!

» Un día que sube lívido á decirle que al pasar por delante de una locomotora había sentido el tope de ésta rozarle el codo, pensó ella que si le hubiese dejado muerto, se vería libre.

» Entonces se hubiera ido con Jacobo á América. Ella, que en otros tiempos rara vez salía de casa, tenía á la sazón afán por ver zarpar los vapores; bajaba al muelle, poníase de codos en el pretil, y seguía con la vista el humo del barco. Y en el momento decisivo, se arroja locamente al cuello de Jacobo, y pega sus labios ardorosos contra los de él... ¡ Cómo le amaba!... ¡ Y qué odio tenía al otro!

» ¡ Ah! Si se hubiese atrevido, veinte veces ya hubiera hecho ella misma la tarea; pero sentíase demasiado dulce, eran precisos los puños de un hombre.

» Y ese beso que no acababa, era todo lo que podía comunicarle á él de su valor: prometíale la plena posesión de ella, la comunión de su cuerpo. Cuando apartó sus labios, ya no tenía nada suyo; creyó haber pasado toda entera dentro de él.»

Pues bien, siempre es así la mujer criminal; una criminaloide (veáse el tomo segundo del *Hombre criminal*), que, cuando no tiene el apremio de las ocasiones (las cuales para ella siempre están en el amor), no es capaz de ningún crimen; por eso, cuando comete alguno, se vale del brazo de otro, que siempre es su amante, conceptuándose harto débil para perpetrarlo ella misma.

Si los caracteres anatómicos y la fisonomía no son los del criminal nato, sin embargo, tienen algunos rasgos que á éste las aproximan.

«Tenía el pelo muy *negro* y muy espeso, formando á la manera de un casco sobre su frente, cara larga, labios gruesos y ojos grandes, azules, del color de las flores de pervinca.»

Precisamente, advierte M. Héricourt que muchas líneas de esta mujer se encontraban en Gabriela Fenayrou; y, añadiremos nosotros, en Gabriela Bompart.

Gabriela Fenayrou tiene treinta años de edad, es una morena alta, de tez muy mate; el cabello es negrísimo, alargado el óvalo de la

cara, y los ojos tienen cierta dureza que los pómulos salientes y poco agraciados acentúan.

Gabriela Fenayrou pretendió haber sido amedrentada por las amenazas proferidas contra ella por su marido, fanatizada además por el amor que hacia él sentía; y se dobló á la voluntad de éste para reparar su falta. Al hacer la crítica de este sistema de defensa, la acusación hizo notar la energía y la sangre fría que demostró aquella mujer al perpetrarse el asesinato; la facilidad que, en el transcurso del largo período de premeditación, tuvo para advertir á Aubert sin riesgo de ella, hacen creer que obedeció á un sentimiento de odio profundo contra su antiguo amante.

Pero aun esta interpretación parece al mismo Héricourt de una psicología un poco burda; no es necesario acudir á móviles que permanezcan envueltos en el misterio, para explicar los actos en absoluto extraños de ciertas mujeres. Tal vez hubiese completado Zola su cuadro de haber conocido á Gabriela Bompard, quien amalgama y mezcla la prostitución con la pasión homicida, cuando se enreda con un malvado, y se apasiona por la virtud y hasta denuncia ella misma á su cómplice cuando llega á ser la querida de un hombre honrado. Estas mujeres cambian de personalidad al cambiar

de amante; y además, gustan sobre todo de representar un papel en el miserable círculo donde las precipitan sus veleidosas pasiones (1).

Zola ha estado quizá menos feliz con Flora: rubia, fuerte, labios gruesos, ojos grandes y verdosos, frente baja, espesa pelambarrera.

Según el plan de la novela, ésta tiene que ser una criminal por pasión. Honrada toda su vida, comete el primero y último delito por celos; pero el procedimiento del crimen (hace descarrilar un tren, para destruir á su rival y á su amante) no es de los que eligen los criminales por pasión, quienes no pueden meditar de lejos el delito y matan en pleno día sin acecho. Sin embargo, es verdad el ser propio de la imaginación de las mujeres delincuentes (Héricourt) hallar medios indirectos y muy complicados, y sin proporcionalidad con el efecto que apetecen; pero todo esto sólo tiene por causa su debilidad.

Pero en una marimacho tan fuerte cual Zola nos retrata á esa Flora (virgen guerrera, de brazos sólidos y duros como los de un mozo), falta por completo esta razón. Y cuando medita su crimen, impelida mucho más que por una idea de venganza por una necesidad de ha-

(1) Véase *L'anthropologie criminelle*, etc., idem.

cer mal para curarse del suyo propio, entonces es una criminal congénita, más bien que pasional. Y en este último sentido aprobaríamos mucho ese carácter que señala en Flora: el de una fuerza muscular monstruosa que se observa con mucha frecuencia en los criminales natos. Así, la ramera Bohours, vestida siempre con trajes masculinos, tenía notable fuerza masculina; su arma era un martillo, con el cual aporreó á muchos hombres.

Conocí en Turín á una homicida, prostituta, la cual sirviendo de modelo en París, por móviles de dinero y de amor, mató á un pintor cuyo retrato llevaba grabado en un brazo. Aquella desdichada luchó dos ó tres veces con cinco vigilantes de la cárcel; cuando estaba libre, era jefe de todos los granujas de Turín, desafiándolos á la lucha; un día la encontré vestida con blusa roja, bordada con hombreras militares: «*Son mis insignias, me dijo, porque soy capitana de los desherrapados.*»

Sin embargo, esas mujeres son muy diferentes de Flora; ciertamente, están muy lejos de los amores únicos.

Asimismo pudiera creerse copia del natural esa tendencia que arroja en brazos de la bestia humana á las dos mujeres criminaloides. En efecto, hay una verdadera afinidad

electiva que enlaza á esos desdichados criminales de ambos sexos.

Sin embargo, la demostración de ello no es muy evidente, porque en el espacio limitado donde tantos criminales se acumulaban, no había mucha libertad para escoger.

Pero, á propósito de novelas inspiradas en los descubrimientos de la antropología criminal, no puede olvidarse *El Discípulo*, de Pablo Bourget.

Es la historia de un joven bribón apellidado Greslou, quien, después de haber hecho serios estudios filosóficos, se prenda con loco entusiasmo de las ideas de cierto célebre filósofo muy sabio y hombre honrado á carta cabal. El joven Greslou, que está de preceptor de la familia Jussat, quiere practicar la psicología experimental (Pangloss decía «física experimental»), y seduce á Carlota de Jussat. Luego, cuando la seducción ha sido completa, en vez de matarse como prometió, le da miedo la muerte y huye. Carlota se mata, y atribúyese el suicidio á un envenenamiento. Greslou resulta absuelto, por último; pero el hermano de Carlota, que conoce su crimen, le mata como á un perro. Perdónese nos que contemos de una manera tan imperfecta ese hermoso drama psicológico. No tenemos que estu-

diar aquí el carácter literario y el carácter novelesco de *El Discípulo*.

Lo que nos interesa es desentrañar, si es posible, el papel que el sabio filósofo Adriano Sixto, el maestro intelectual de Greslou, ha representado en el delito cometido por su discípulo. ¿Hasta qué punto puede hacerse responsable de todas las infamias que va á cometer Greslou al viejo y honrado sabio, que en otros tiempos compuso en su austero retiro un libro acerca de la *Anatomía de la voluntad*, y otro respecto á la *Psicología de Dios*? ¿Basta que Greslou se apoye en las obras del maestro, para que éste sea el causante del crimen? Bourget no se ha atrevido á insistir mucho sobre este punto delicado, y hasta parece que no tiene una opinión muy clara en este particular, puesto que remacha el lado enfermizo, movable, maniático, casi vicioso, desde la infancia, que caracteriza al triste héroe de este drama. De seguro, Adriano Sixto no es la causa de esos instintos de mentira, sensualidad é hipocresía: desde sus comienzos, Pedro Greslou fué un ser mal equilibrado, perverso, uno de esos *criminales natos*, de que los sabios psicólogos italianos están en vías de darnos la historia natural detallada.

Pero Greslou, en el momento de la adolescencia, cuando el cerebro recibe todas las ideas que se le so-

meten, ha leído los libros de Adriano Sixto, los ha devorado, se ha impregnado de ellos. Por eso, apenas ha salido de la escuela y ha entrado en la sociedad, es decir, en el palacio de Jussat, quiere poner á prueba las teorías de Sixto y seducir á la señorita de Jussat. ¿Qué ha podido inspirarle tan descabellada idea? ¿Será tal vez el libro de Sixto acerca de la anatomía de la voluntad? Debemos confesarlo, aquí no se ve bien la relación entre maestro y discípulo; porque, en último término, ¿en qué parte de sus obras aconseja Adrián Sixto seducir á una joven soltera? ¿Acaso forma parte esto de la psicología general? ¡Extraña empresa, digna de un peón mas no de un sabio, la de ir á estudiar el amor engañando, á fuerza de hipocresía y de embustes, á aquella noble y generosa Carlota de Jussat! Sixto no se preocupaba un ápice del amor, enfrascado como estaba en una de esas profundas psicologías donde el amor representa ínfimo papel. Sixto no ha recomendado nunca el amor, culpable ni inocente. Sin haber leído su libro, podemos estar seguros de que en él no se encontrará ni un solo pasaje donde Greslou pueda encontrar un punto de apoyo para disculparse.

No tenemos más que copiar aquí una de las más hermosas páginas de M. Carlos Richet, ese fisiólogo

y psicólogo potente, que es una de las más grandes glorias de la Francia contemporánea, porque nos recuerda esos genios de numerosos aspectos, como Diderot, Voltaire, Leonardo de Vinci, los cuales sólo se encuentran en los pueblos latinos.

«Es indudable que Greslou (1) ha encontrado en sí mismo y no en el libro de Sixto los elementos todos de su fechoría. Este desequilibrado, este malogrado en vida, no ha tenido necesidad de maestro para ser un malhechor. Estaba enteramente dispuesto á serlo, y el libro de Sixto no fué más que la ocasión de su delito. Si hubiese leído á Balzac ó Stendhal, hubiera sido lo mismo. Si no hubiese tenido á mano más que á Tácito ó Suetonio, hubiera tomado á Tácito ó Suetonio por sus inspiradores. Entonces, ¿por qué acusar de su crimen al inocente Adrián Sixto?

» Aun suponiendo que en el libro de Sixto haya negaciones de toda la moral, de la social y de la individual, esto no implicaría de ningún modo la inocencia de Greslou. Cuando un caballo hace un esquince, se le corrige con el látigo ó la espuela, para enseñarle á que no vuelva á empezar. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con los hom-

bres? El hecho de ser conducido por sus pasiones, ¿implica que no se debe ser castigado si esas pasiones son malas? Un bicho venenoso es por completo inocente desde el punto de vista de la moral: sigue su instinto de destrucción. ¿Debemos respetarlo aún más, á causa de su inocencia moral? Ciertamente que no; pues bien, los entes malhechores, los embusteros, los hipócritas, los cobardes parecidos á Greslou merecen la misma suerte. Por amor al arte, puede discutirse si son ó no son responsables y si deben ser castigados. Pero esto es una cuestión secundaria, que no debe venir sino más tarde. Son malhechores y criminales, basta con eso; merecen castigo y menosprecio. Castigo, como la víbora que se esconde entre la hierba; menosprecio, como el perro que no sabe cazar ó que huye al sentir el olor del lobo, como en la plaza el toro que no sabe afrontar el acero del espada.

» Hace algunos meses, hablábase mucho de un pillastre llamado Chambige, quien de seguro ha inspirado á M. Bourget. Chambige es otra clase de maniático; es un loco por el estilo de Greslou, y si eso es posible, un tuno más cobarde todavía, puesto que tuvo ese miedo á la muerte, que es uno de los últimos grados de la cobardía. Pero á pesar

(1) Véase la *Revue scientifique*, 19 de Agosto de 1889.

de los conocimientos literarios de Chambige, nunca se ha tratado de tomar en serio las frases pretenciosas de ese bergante y hacer recaer su crimen en los novelistas ó los filósofos que decía haber estudiado. Era un criminal, un poco menos excusable quizá que el carretero beodo que da un navajazo en el vientre á su compañero de borrachera. Eso nada tiene que ver con la filosofía. Responsables ó no uno y otro, el carretero y Chambige deben ser severamente castigados; y no sin razón ha parecido que la justicia ha sido muy clemente con el asesino de Sidi-Mabruk.

» Pero volvamos á Pedro Greslou. Según el autor, parece que las teorías de M. Sixto han determinado los actos de aquél. Eso me parece muy hipotético. ¿Acaso una teoría abstracta ha podido conducir jamás á un movimiento de pasión? ¿Desde cuándo una idea religiosa impidió ejecutar un acto culpable? El borracho está cansado de saber que el alcohol es funesto: cuando se vea con una botella de vino delante, ¿no podrá abstenerse de beber? El jugador sabe muy bien que el juego marchita y pervierte todo; ¿cesará entonces de jugar?

» Los hombres son conducidos por pasiones, no por ideas abstractas. Es hasta un fenómeno muy sorprendente, bastante poco honorífico para

nuestra pobre razón humana, el ver la impotencia casi absoluta de las ideas para pasar al dominio de las realidades. Porque un razonamiento haya movido nuestra razón, eso no cambia nuestra conducta. Puede decirse que todos, unos y otros, dividimos nuestra vida en dos partes: una para la teoría y la otra para el hecho, sin que en él influya la teoría. Nadamos en una perpetua contradicción, que sería grotesca si no fuese general y sin excepciones. El cristiano convencido debiera saltar de júbilo al saber la muerte de su hijito, llevado á un mundo mejor, convertido en un ángel del cielo, en lugar de una miserable criatura expuesta al pecado. Todo católico de verdaderas convicciones, en vez de ocuparse de las bajas agitaciones de este mundo, debería vestir sayal é irse á luengos países para evangelizarlos; debería matar á los chinitos ó á los negritos que encuentre, con el fin de evitarles la eterna condenación, si no consigue convertirlos á su fe. El materialista debiera hartarse de los más groseros goces, sin preocuparse de la justicia, de la caridad y de la gloria, atento nada más que á evitarse á sí mismo la miseria y las enfermedades. En una palabra, sea cual fuere el lado hacia donde nos volvamos, somos un amasijo de contradicciones: entre nuestras ideas y

nuestros actos existe un perpetuo desacuerdo; nos guía mucho menos nuestro raciocinio que nuestros instintos, nuestras pasiones, nuestro carácter.

» Por otra parte, desde que hay hombres y escritores, todo se ha dicho, todo se ha osado. No se ha retrocedido ante ninguna afirmación, por temeraria que pudiese parecer. Así, pues, los que quieren cometer una mala acción pueden invocar como excusa el texto que les plazca. No les costará gran trabajo hallar ese texto en la colosal colección de los literatos de todos tiempos y países. Pero pretender que Sixto sea la causa del delito de Greslou, y hacer remontar la responsabilidad del crimen de Greslou al filósofo que ha emitido acerca de la moral y la metafísica ciertas ideas más ó menos subversivas y contrarias á la opinión vulgar, es como si se fuese á hacer á los químicos responsables de los crímenes cometidos con la dinamita. Elijo este argumento, porque el mismo Sixto lo presenta en alguna parte, y no ha sido refutado ni tiene vuelta de hoja.

» Por tanto, á despecho de monsieur Brunetière, diremos á los sabios, filósofos ó físicos, médicos ó químicos, astrónomos ó geólogos: «Seguid adelante, con valor, sin mirar atrás, sin ocuparos de las

consecuencias, lógicas ó absurdas, que puedan deducirse de vuestros trabajos. Buscad la verdad, sin cuidaros de las aplicaciones que trae consigo; estad seguros de que siempre es buena de decirse la verdad, y de que ni la moral, ni la sociedad, ni la humanidad pueden tener por bases el error y la rutina.»

Añadamos, por nuestra parte, que si la literatura halla una fuente nueva y fecunda en estos estudios, nuestra nueva ciencia encuentra una ayuda poderosa en los documentos acumulados en sus obras maestras por esos doctores en observación humana, que pueden tenerse en tanto y aun más que los más eruditos antropólogos, y que nos abren incomparables vías de comunicación con el público. En las novelas de Sacher-Masoch y de Zola (por ejemplo, *Nana* y *Venus Im-Pelz*), es donde los alienistas han debido beber para conseguir el tipo completo de una psicopatía sexual en que los hombres se hacen esclavos de la mujer, regocijándose de ser envilecidos por ella, abrumados como bestias de carga; hasta se ha llamado á esta forma de enfermedad *Masochismo* (véase la preciosa *Psychopatie sexualis* de Kraft-Ebbing), así como se ha llamado *Sadismo*, por las novelas de Sade, al capricho morboso de gozar de la mujer maltratándola; Kleist en

Penthelex, Sylvestre en *Brunhilde*, etc., han hecho una aplicación inversa á la mujer que se complace en morder y maltratar al hombre.

Pero si todo esto es verdad en la psiquiatría, por lo menos no siempre es aceptable en el arte; no cabe duda de que las exageraciones de lo verdadero no son útiles á la literatura; porque somos los primeros en confesarlo, lo verdadero no siempre es bello; hay hermosas mujeres artificiosas y perversas, y ángeles de bondad que son muy feas.

Para comprender esta contradicción sin alejarse de la naturaleza, recordemos que el ojo no ve las imágenes de las cosas cual son, como fotografías, sino que hace una verdadera selección entre las imágenes sucesivas; en resumen, que ve lo que quiere ver.

Bertillon dice muy bien en su *Fotografía judicial*:

«Hay ahora completa unanimidad para reconocer el error de ciertos pintores, que por acercarse más á la naturaleza se han atrevido á trasladar, sin elegir, á sus composiciones pictóricas las extraordinarias combinaciones de movimiento reveladas por la fotografía instantánea. Por más advertidos y hasta íntimamente convencidos que estamos de hallarse calcadas en la naturaleza misma las excéntricas actitudes que nos ponen á la vista, nuestra inteligencia desorientada no logra, á pesar de todos sus esfuerzos, encontrar allí los aires que hasta nuestros días caracterizaban puramente al caballo ante nuestros ojos. La imagen sometida á nuestro examen nos impresiona tanto menos desde el punto de vista estético, cuanto más nos interese bajo el aspecto científico.»

CÉSAR LOMBROSO.

COSTUMBRES LITERARIAS DEL TIEMPO PRESENTE

(CONTINUACIÓN)

Todo era entonces propicio á la manifestación y desarrollo de las inteligencias superiores, todo ayudaba á su prestigio y favorecía al establecimiento de esas brillantes soberanías del pensamiento. Ni la razón, ni la imaginación del público estaban desencantadas. Al salir de la revolución y del imperio, después de aquellos días profundamente turbados en que Francia se había visto agitada por las tempestades de la libertad, después de los éxitos de su gloria, sintióse por todas partes una especie de reacción hacia el espíritu, hacia sus manifestaciones diversas en la filosofía, en las letras, en el arte. Tenían las ideas no sé qué brillo de novedad, no sé qué embriagadora frescura que excitaban la curiosidad del público. Hubo un momento en que pudo creerse que se iba á asistir al nacimiento de un gran siglo; fué aque-

llo como una renovación universal, una *instauratio magna* del espíritu humano. Por lo menos fué una inmensa esperanza de estas grandes cosas. Mientras que la filosofía nueva combatía victoriosamente á los últimos representantes del sensualismo expirante, ó subiendo hasta los antecesores de las doctrinas rivales destruía los últimos restos del imperio de Locke y de Condillac, mientras que la poesía lírica idealizaba en cantos admirables los sentimientos misteriosos del alma, sus vagas pasiones, sus aspiraciones ó sus tristezas; la historia se transformaba y se hacía más sabia por la precisión de los detalles, y más filosófica por la inteligencia de las diversas civilizaciones y por el estudio comparado de las razas. Grandes perspectivas se abrían por todas partes. La crítica, cada vez más penetrante y esclarecida, con-

quistaba gradualmente vastas regiones en la Edad Media y en la antigüedad; se hubiese dicho que se las descubría por primera vez. Sabias noticias acerca de los idiomas, las civilizaciones, las filosofías religiosas de Oriente, abrían camino hacia horizontes que ni siquiera habían sido sospechados. Por todas partes se descubrían mundos completamente nuevos en filosofía y etnología comparadas, ante la ciencia alemana y la ciencia francesa, que por distintos caminos habían llegado á ser rivales. A continuación de estas conquistas de la erudición, la crítica filosófica avanzaba con paso más rápido hacia el seno de esas regiones inexploradas en que, sin duda, había de recoger preciosas noticias acerca del hombre y sus orígenes, muy inmediatas á las fuentes sagradas de la historia, allí donde la ciencia coloca la cuna de la humanidad.

Crecía el entusiasmo por las ideas aun entre aquellos hombres que se decían sus intérpretes, aunque no siempre fuesen los inventores. Hermosos talentos, que sentimos se revelaran, crecieron maravillosamente por el favor de la opinión. ¡Qué de notables libros nacieron bajo la inspiración común de los escritores y del público! ¡Qué de lecciones memorables, por lo ardiente de las inspiraciones y por la no-

bleza de los atisbos, se desarrollaba, con aplauso de la juventud, bajo las viejas bóvedas de la Sorbona, donde podía decirse que á ciertas horas palpitaba el corazón de Francia! ¡Qué de esperanzas confusas en ese auditorio tembloroso bajo la palabra del maestro, qué de ímpetus encaminados al porvenir! ¡Cuántos nobles ideales y cuántos sueños generosos salían de las sombras de ese viejo edificio y se difundían por las nuevas generaciones! Cada siglo tiene su juventud y como su primavera. Aquella era la juventud del siglo XIX. Días afortunados, embriagueces sublimes, trabajo magnánimo de las ideas, largas esperanzas casi realizadas de adelantos y como animadas por voluntades entusiastas; todo esto no ha sido estéril. De estas tentativas ardientes, de este choque de grandes espíritus con un público admirablemente preparado por su instinto, más que por sus estudios, brotó como un surco eléctrico, como una huella profunda de luz en el siglo. Las inteligencias que se formaron en esos días ya lejanos, han resistido el choque del tiempo y guardan el signo inalterable, sagrado.

Los tiempos han cambiado bastante. Se puede decir, sin ser tachado de pesimismo, que hoy el ingenio no tiene tanto valor como hace

cuarenta años. Ha pagado caro los desvanecimientos de su soberanía pasajera. Si ha cometido algunas faltas por exceso de confianza ó de orgullo, si alguna vez ha incurrido en el ridículo que siempre supone la infatuación, ha expiado cruelmente esas faltas y esas ridiculeces. El culto á las superioridades intelectuales ha bajado entre nosotros en la misma proporción que el culto á las ideas. ¡En donde está aquella curiosidad ardiente y nueva de los antiguos días, tan apiñada en torno de los talentos que prometían alguna cosa nueva! En su lugar no encuentro más que un escepticismo ligero que se defiende por la ironía preventiva contra todas las sorpresas del pensamiento y que nada teme tanto como aparecer engañoso. Lo que es simple y delicado, parece, sin embargo, demasiado simple y casi tonto. El enlace de las ideas no interesa á casi nadie; para llamar la atención, no hace falta menos que una paradoja extravagante, alguna enormidad de doctrinas, alguna singularidad de *mise en scène*, un colorido exagerado ó las actitudes del atleta: tales son los esfuerzos extraordinarios que vemos cumplir á muchos autores, que en tiempos propicios se contentarían con ser escritores nada más. ¿Para qué sino para hacer salir de su sueño á la indiferencia pública, esas luchas

de fuerza, esos efectos de músculos, esas contorsiones y esas convulsiones de estilo, esa gimnástica violenta de talentos sobreexcitados? A ese precio acaso se pueda todavía obtener los favores del público. Pero es preciso apresurarse. Nada es más pasajero que esos caprichos de sultán. El fastidio y la frivolidad han borrado bien pronto las huellas en la arena en que se inscriben los entusiasmos móviles de la multitud.

La filosofía crítica que prevalece desde hace algunos años, no ha dejado de influir sobre los tristes progresos de la indiferencia pública. Ha desencantado la imaginación de las generaciones nuevas haciendo el vacío en su razón. Ha arrebatado la fe á las ideas y con esta fe la pasión. Las doctrinas solas pueden apasionar el espíritu humano; la duda jamás lo apasiona. Cuando se sustituye á la esperanza del reposo en la verdad, la persecución laboriosa de un objeto que huye siempre y la agitación de una busca que no debe jamás llegar á su fin, esto que parece al sabio todavía digno de sus esfuerzos y de su vida, no merece, á los ojos de la multitud, aun de la inteligente, más que una hora de pena. La humanidad no comprende ese placer superior de las almas delicadas; buscar para no encontrar jamás. No estima el esfuerzo que tiene dudoso resultado,

y cuando se le enseña que la ciencia está condenada por las leyes mismas de los límites de la razón á no transpasar la esfera de lo probable, se separa de la ciencia y va á buscar en otra parte sus consuelos. La verdad aproximada, la verdad relativa, todas esas sombras de verdades engañosas que no son más que una mezcla de ser y no ser, no le inspiran más que desfallecimientos por de pronto, y después, por un encadenamiento necesario, la afición á los placeres fáciles. Ilusiones por ilusiones, éstas son más reales; la sensación es algo, después de todo. Se puede sacrificarla á realidades de un orden más elevado mejor que sacrificarla en aras de una quimera. La verdad absoluta merece que se trabaje por ella; pero nada menos que esto es necesario para exigir la privación voluntaria de las alegrías que la naturaleza pone en nuestros corazones y en nuestras manos. La vida no espera; es preciso decidirse, y á la carrera. En cuanto la luz de las ideas palidece, otra luz redobla su vivacidad dentro de nosotros, la de los sentidos, y por ella deja guiarse la multitud, descuidada de las cosas del espíritu por falta de valor más que por odio á la verdad. Los filósofos de la escuela crítica se quejan de los gustos fútiles que preocupan á una parte de la juventud con-

temporánea y reemplazan en ella los nobles entusiasmos de las generaciones precedentes. Que en la historia de esos jóvenes enervados, incapaces de pensar, hay terribles cargos, lo sé; que muchos de éstos están justificados, no lo dudo; y no querría por ningún precio eludir para ellos la responsabilidad que les corresponde. Mas si la curiosidad grande está extinguida y como helada entre nosotros, ¿no es culpa, en cierto modo, de esa escuela que nos presenta en el espectáculo de los sistemas más que las formas siempre cambiando del error? ¿Cómo semejante filosofía ha de poder inspirar esperanzas magnánimas, aficiones heroicas á la ciencia de lo relativo, entusiasmos sublimes hacia las formas propias de la eterna ilusión? Algunos pensadores solitarios son capaces de singularizarse desinteresadamente consagrándose al culto de una ciencia que siempre nos engaña. La humanidad no es capaz de ese heroísmo; no es posible esperarle de ella. ¿Qué tiene de asombroso que haya perdido el gusto de las ideas cuando se le ha revelado que las más bellas concepciones no son más que una noble manera de engañarse? El resultado era inevitable. Yo sé que hablando así, en general, nos exponemos á ser injustos, y que existen en las nuevas generaciones grupos serios que

no se han dejado contagiar. Sabríamos en dónde encontrar ardores intelectuales, impacencias generosas por saber, grandes valores y nobles espíritus que mantienen el nivel moral y nos preparan acaso en el silencio viril de sus meditaciones un hermoso porvenir. Algunas veces me he sentido deslumbrado en presencia de esos jóvenes que no han dejado contaminar por la frivolidad maliciosa de las costumbres públicas, la fiera virginidad de su pensamiento. Mas ¿cuántos son? ¿Y cuántos, por el contrario, los que han renunciado al culto de las ideas, ó al menos las han mirado con indiferencia?

La frivolidad del público es el verdadero mal de los tiempos presentes. A menudo, y en términos quizá demasiado solemnes, se han censurado las depravaciones de la razón en nuestra época. Siempre me ha parecido que esas requisitorias, ó no llegaban, ó traspasaban el fin debido. No es tanta la perversidad del espíritu humano; lo que debe censurarse en nuestros días, es su incurable pereza, su repugnancia á todo esfuerzo serio. Hablamos ligeramente de cosas ligeras. Sería falso decir que el gusto del espíritu se haya extinguido; no, pero está mal colocado.

¿Hacia qué lado se encaminan preferentemente las curiosidades

ociosas de la multitud? No queremos tocar más que de pasada estos síntomas; ¡pero qué característicos son! Lo que parece dominar en las categorías diversas de la sociedad contemporánea es, á lo menos en la superficie, el deseo de las distracciones fáciles, sin exceptuar las del espíritu, puesto que no cuestan ningún esfuerzo y puede reunirse las como jugando. De aquí diferentes órdenes de placeres (¿nos atreveremos á decir placeres intelectuales?) que no conocieron nuestros padres y que han tomado entre nosotros en estos últimos años un singular desarrollo. En la actualidad se ha inventado una literatura que no tiene nada análogo en la historia del espíritu francés. No ignoro que en todas las épocas ha existido en Francia un gusto muy marcado por las indiscreciones, y los escándalos, un impulso significativo á recoger las intrigas de antecámara ó de alcoba. Las historietas de estos últimos siglos y una parte de nuestras memorias, nos han conservado frívolos monumentos; pero en otros tiempos este placer estaba reservado á las clases ociosas ó de los curiosos. Estaba reservado á nuestro tiempo hacer una institución en provecho de la nación, una institución nada útil pero de curiosidad pública. Tiene sus medios de información, su policía, sus agentes co-

nocidos ó secretos; tiene á su disposición innumerables instrumentos de propaganda. Podéis estar seguros de que todos los días, á la misma hora, una población hambrienta se disputa ese manjar de acontecimientos diarios, de incidentes los más fútiles, de escándalos de la vida privada, violada en su intimidad por una especie de audaz atropello producido á la luz de una publicidad brutal. Como existe concurrencia, todos procuran penetrar lo más posible en los secretos de los otros. Lanzada en esta pendiente, la curiosidad no se detiene. De una revelación á una invención hay poca distancia. Lo que no se sabe, se arregla, se dispone ó se completa. Las noticias á medias, de las cuales se hace continuo tráfico, conducen insensiblemente hasta la calumnia que poco á poco va ganando los espíritus, bajo la forma de alusiones pérfidas bastante claras para ser adivinadas, demasiado indirectas para que se las pueda combatir de frente. Todo el mundo sabe cuánto padece con estas cosas la tranquilidad y el honor de las familias. Cuántos rencores secretos, represalias vergonzosas, envidias y odios inconfesables pueden ocultarse bajo este comercio, en la apariencia inofensivo, de las pequeñas noticias, fácilmente puede calcularlo el lector; pero lo que merece marcarse

con plena certidumbre es lo que me propongo señalar únicamente: la triste influencia que este género de curiosidad inferior, y en algunas ocasiones depravada, ejerce en el espíritu público, despojado por ella de los nobles cuidados del pensamiento, rebajado y hasta envilecido. ¿Cómo no se ha de perder á la larga la afición á las grandes cosas con el constante trasiego de estas otras vulgares preocupaciones en que se ponen en juego, no como en otro tiempo, las doctrinas, sino las anécdotas y los nombres propios, cuando la literatura de personalidades es un signo infalible de que decae la literatura de ideas? El público no puede servir á la vez á dos maestros. Es preciso decidirse entre los placeres subalternos de la curiosidad y los placeres del pensamiento, que sólo se compran á precio de esfuerzo y de fatiga.

La vida del espíritu se manifestaba en época lejana, á la cual época desearíamos que nuestro tiempo dirigiese alguna de sus aficiones. El entusiasmo es en sí tan bella cosa, que conviene sentirlo, aun á costa de ser engañado. No me habléis de esos desencantos que temen toda sorpresa de emoción ó de pensamiento, como si fuesen mixtificaciones. Su experiencia senil no es, en rigor, otra cosa que la sequedad del corazón ó la impotencia para

amar una idea que son incapaces de comprender. ¡Cuánta pasión y cuánta fe literaria palpitaban en los corazones de la juventud en la época de las grandes luchas entre las escuelas, en los tiempos en que había escuelas, cuando discutían clásicos y románticos, cuando se combatía acerca de los derechos, cada día más triunfantes, de la poesía personal, íntima, lírica, ó bien cuando se oponía á las nobles actitudes de la tragedia antigua, á sus solemnes dolores y á la piedad heroica, el patético, terrible y el viviente tumulto del drama moderno! Se disputaba, se reñía, pero se creía en algo. Hoy también se disputa, y hasta con arrebató se nos dice: ¿pero es en el *foyer* del teatro de la Comedia Francesa, á propósito de un papel nuevo de Talma? No; es en un teatro de ínfima clase, á propósito de un traje en una bufonada y acerca de cualquier ídolo vulgar.

No insistimos, porque tememos separarnos de las regiones en que deseamos mantenernos al hacer este análisis. De otro lado del horizonte parece que se muestran síntomas más felices. Es preciso mantenerse en una justa medida. Hemos sido testigos, en estos últimos años, de un prodigioso movimiento hacia la instrucción popular, y en general hacia la enseñanza. Existe una loa-

ble emulación entre los hombres de buena voluntad de todas clases y de todos los orígenes para propagar y esparcir verdades científicas ó ideas literarias más allá del círculo en que éstas se detenían en otro tiempo, para ir á disipar, por medio de conferencias de todas clases, entre las gentes laboriosas, la torpeza fatal de su ignorancia; entre las clases ociosas, sus horas de vagar durante la noche. En muchas partes de Francia y en gran número de barrios de París, los tribunos se han elevado como por milagro, ocupados con gran celo y rodeados de numeroso concurso de oyentes. He aquí ahora lo que me parece desprenderse de esta vasta experiencia acerca de la curiosidad pública. Las clases populares han comprendido inmediatamente que en esto estribaba su interés; serias y resueltas, han acudido á hacer el esfuerzo de espíritu que todo maestro digno de este nombre debe demandar á los que le escuchan. Esas clases han venido á buscar en esas lecciones nocturnas el cumplimiento de la primera instrucción, defectuosa por diversos conceptos ó casi borrada por el trabajo manual y la áspera necesidad de cada día. Nada más conmovedor que ver á esos obreros de toda edad, después de largas horas ocupados en tejer algodón ó en batir hierro, descan-

sar de estas faenas, trazando letras imperfectas con sus callosas manos, ó aplicando su ruda inteligencia á seguir una lección de cálculo ó la explicación de una ley científica, merced á la cual puede hacerse el trabajo más fácil y más productivo, tratando de comprender y de apropiarse nociones de economía política que los ilustran sobre sus diversos derechos, inseparables de sus verdaderos intereses. En este sentido existe un gran movimiento, y las gentes honradas deben ayudar con todas sus fuerzas al desarrollo de esa institución ya consagrada por el reconocimiento del pueblo; pero ¿podemos decir lo mismo de las otras clases sociales y alabar la dirección, la impulsión que ellas han dado á la palabra pública de alguno de sus maestros improvisados, indicándoles demasiadamente sus preferencias hacia ciertos asuntos, su inclinación hacia cierta especie de talento ó á cierto ejercicio del espíritu? Temería pasar por un censor molesto si dijese todo cuanto pienso sobre este particular. ¿Se ha mostrado en dicho punto el gusto público, suficientemente serio? ¿No se ha manifestado sin velo su incurable pereza, su repugnancia hacia todo lo que exige un esfuerzo, por débil que sea, de atención y gravedad?

Llegará un día en que se le pida cuenta por haber buscado, en esto como en otras cosas, una distracción excitante más bien que un provecho efectivo, por haber distraído á los maestros de su verdadero deber, que consiste en elevar su razón, en formar las ideas del auditorio, inspirarle sentimientos nuevos en lugar de inspirarse en los suyos y de hacerse sus consejeros, no sus cómplices complacientes. La acción debe dirigirse del orador al auditorio. Sucede muy á menudo lo contrario; la acción es ejercida por el auditorio sobre el orador, y muchas veces se ha visto al profesor voluntariamente transformarse en divertidor del público. Se ha creído en ciertos días, que tenía necesidad de espíritu fuerte é indiferente sobre el fondo de las cosas, al ver que distraían y obtenían murmullos de exclamaciones ó risas aprobatorias, como en el teatro. Entristece ver el uso que puede hacerse de esos entretenimientos públicos, trocados á veces en diversión del espíritu, en una especie de justa sofística, en ejercicios y juegos de palabras arrojadas como un cebo para los vulgares aburrimientos. Para el que ha sentido siquiera una sola vez la belleza y el grandor de la palabra humana, para los que han experimentado sus fuertes influencias, son esas cosas insoportables abusos y

casi profanaciones. En mi opinión, la palabra pública no debe jamás convertirse en una satisfacción de la curiosidad. Es un deber. Que se aplique á la discusión ó á la enseñanza, es una de las funciones más altas del espíritu. Debe servir para la propagación de la verdad, para la excitación de algún noble sentimiento, para la reivindicación de una gran causa. Algunos, entre los maestros de elocuencia contemporánea, jamás faltaron á este gran deber. Otros lo han olvidado con facilidad y á menudo con ligereza. Cuando la palabra no es sostenida por una doctrina, por una pasión, por un interés de un orden elevado, cae debajo de todo en la región de los menos nobles placeres. La peor corrupción de la palabra es hacerla servir de diversión á la multitud. Es la primera de las artes humanas cuando se la respeta; es la última cuando desciende á aquel bajo empleo. *Pessima optimi cujusque corruptio*. No encuentro nada más triste que un hombre de talento que comparece delante de la multitud con la visible intención de complacerla y divertirla. Y yo me pregunto: ¿qué diferencia existe entre el personaje que jugase de esa suerte y el del comediante? Si existe alguna diferencia es á favor del cómico, que no entrega al placer de la multitud más que el personaje

exterior, los movimientos de su fisonomía, los efectos divertidos ó trágicos de su gesto ó de su voz; pero qué decir de aquel que saca del fondo más íntimo de sus ideas ó de sus sentimientos la diversión de su público, entregando así el hombre interior á ese teatro de nuevo género. Formémonos tan alta idea de la palabra, que sea inseparable para nosotros de los más grandes intereses y de las mejores causas: la verdad, la patria, la libertad, la justicia. Que aquellos que disfrutan de la atención de las multitudes tomen la resolución de levantar hasta ellos sus auditorios y de no ofrecerles jamás otra cosa que nobles placeres y austeras delicias. Que sea para ellos la palabra objeto de los más nobles cuidados, el objeto de un culto. Con esa condición encontrarán el alma del público, que les dará la recompensa de que dispone: la autoridad.

He indicado, por medio de algunos rasgos, la ligereza, el denuedo del público, y he marcado la parte de responsabilidad que le corresponde en la confusión de las ideas, en la disminución de fe literaria, en la ausencia de lo serio, cosas todas que constituyen la llaga secreta de esta generación intelectual. Ciertamente que todas estas bajas curiosidades, esta repugnancia á toda fatiga y á todo esfuerzo, estas impacien-

cias por distracción á todo precio, estos disgustos sin grandeza, esta fiebre de placer, forman una especie de clima moral muy malsano para el talento. Suya es, sin duda, la falta si no encuentra en sí mismo el resorte bastante enérgico para elevarse por encima de esta atmósfera llena de tonterías y de trivialidades humanas, y para ir á respirar más alto un aire saludable y puro; pero en rigor, hay para él más dificultades que en otras épocas para mantenerse á ese nivel, adonde no le llevan las nobles curiosidades de la multitud. En lugar de recibir del público esos impulsos, esas excitaciones fecundas que multiplican las fuerzas del talento, hay que vencer la indiferencia de los otros, y á menudo esto le lleva, en vez de á combatirla, á dejarse prender él mismo y á abandonarse perezosamente. Esta complacencia es mortal para las grandes impresiones. Se llega pronto á perder el entusiasmo y el gusto. He aquí cómo acontece que tantos espíritus admirablemente dotados para la alta poesía ó para la lucha de las ideas, se hayan dejado poco á poco invadir por la vulgaridad, y se asombren cuando comparan sus magníficos comienzos en el arte á los servilismos de oficio, de los cuales arrostran la secreta vergüenza, esclavos del público á quienes ellos deberían guiar.

Gracias á Dios, muchos han resistido á la *mal'atia*, y guardan cuidadosamente, con el respeto de su arte, la fe en las ideas que ella inspira, pero pueden entre ellos reconocerse y entenderse. Cada día se hace esto más raro y difícil. Si nos elevamos sobre esta parte del público, la más numerosa, donde se cuida poco de pensar, hasta aquella región intelectual donde se conserva el gusto por las ideas, nos encontramos enfrente de otra dificultad, enfrente de otro peligro, la división hasta lo infinito de las doctrinas, la dispersión y la anarquía de los espíritus. Recorred con la imaginación algunos de los círculos más distinguidos que nos ofrece la sociedad contemporánea, ved qué abigarradas opiniones. Como consecuencia de las revoluciones intelectuales y también de las revoluciones políticas que han agitado el siglo y renovado varias veces la sociedad francesa en su móvil superficie y hasta en sus profundidades, ocurre que los hombres, no sólo están separados por diferencias en política, en filosofía, en religión, sino por verdaderos abismos. Esta divergencia radical conduce necesariamente á muchos resultados singulares, de los cuales es el primero que toda discusión verdaderamente elevada y seria se hace imposible. Estas opiniones, tan diametralmen-

te opuestas las unas á las otras, están, sin embargo, forzadas por un feliz efecto de la sociabilidad moderna á vivir aparentemente en perfecto acuerdo, pero quien no comprende que este acuerdo efímero no es más que una tregua tácita consentida de una y otra parte por opiniones que saben vivir sobre el terreno de la variedad. En cuanto los asuntos se elevan, las cuestiones irritantes surgen por todas partes. Así, pues, ¿de qué se puede hablar aquí donde se habla de todo, salvo de religión, de política, de filosofía? Queda la literatura: á menos de no ser nada, ¿no tiene también sus puntos de contacto con los órdenes político, religioso y filosófico? Por consiguiente, la conversación es libre; tiene ilimitado campo, excepto en esos puntos reservados, que son todo. Notad bien que no se trata de convencer á los demás. Nos sentimos separados unos de otros por tales distancias, que no intentamos salvar los intervalos. Convendría por esto, al menos, algunos principios conservados de común acuerdo por encima de la conversación, y que permitirían, si no entendernos, comprendernos al menos. Actualmente, ¿dónde están estos puntos de contacto en el infinito movimiento de las opiniones humanas? Las ideas no son las mismas ni las opiniones tienen igual sentido. Cuando

los hombres se encuentran así arrojados en los dos extremos, en los dos polos opuestos del pensamiento, no hablan el mismo lenguaje ni pertenecen al mismo país intelectual: falta todo lazo de unión á sus ideas. Entonces evitan discretamente varios encuentros en un campo de batalla ilimitado, donde su efímera victoria sería tan inútil como una derrota, puesto que le queda al adversario vencido el espacio infinito á cambio del terreno perdido.

La contradicción absoluta separa las inteligencias actualmente. Toda discusión se desvanece ante una negación radical. Otra consecuencia no menos triste es que todas esas fuerzas intelectuales, divergentes hasta el exceso, corren el riesgo de perderse. Esta dispersión infinita las esteriliza. O bien se exageran, se exaltan, se hinchan, por decirlo así, ellas mismas en la embriaguez de un orgullo demasiado solitario. La infatuación llega pronto y fácilmente en condiciones semejantes. Se pierde el sentido de la medida y el de la realidad desde el momento en que no se encuentra fuera de sí la sola contradicción útil, aquella que existe con las inteligencias, con las que nos encontramos de acuerdo acerca de los puntos esenciales. O bien se pierde valor no encontrando adhesión ni apoyo tan necesarios

para dar todo lo que sentimos dentro de nosotros mismos, para expresar fuera de nosotros esta parte desconocida que quedará acaso reducida á un doloroso secreto. Por el contrario, ¡unid, merced á la imaginación, estas fuerzas alrededor de un centro común, y ved cómo llegán á ser pujantes y sabias, poderosas por esta misma unión, sabias por esta disciplina de las justas contradicciones, por este registro puntual de una libre y sistemática controversia, menos sobre el fondo de las ideas, que es el dominio propio de cada uno, que sobre la manera de conducir las y de aplicarlas al bien común!

Esta división de los espíritus, impulsada hasta la contradicción, produce una última consecuencia que no carece de interés el examinarla con una atención especial. La anarquía de las ideas tiene por resultado en el mundo literario la confusión de las clases y de todas las jerarquías razonables en la clasificación de los talentos y de las reputaciones. En este punto desearía que no se juzgase mal mi pensamiento y no se hiciese uso de alguna palabra mal interpretada, como á menudo ocurre en las polémicas contemporáneas, para hacerme decir cosa distinta de lo que he dicho. No es que yo me figure á los escritores colocados según leyes fijas,

clasificados por batallones, formando un regimiento literario, cada uno en su puesto, en su sitio, según el método de la administración rusa que distribuye á los literatos del Imperio los grados correspondientes á los del ejército, otorgados según la doble regla de la elección y de la ancianidad. Toda intervención de este género, toda ingerencia de poder en la clasificación de los escritores no podría conducir más que á resultados odiosos ó ridículos. Dejemos á Rusia el beneficio de esa original organización. La única jurisdicción que los escritores reconocen, es la de la opinión pública; mas es preciso, para que ésta pueda proporcionar resultados serios, que la opinión pública sea verdaderamente libre, es decir, esclarecida, emancipada por todos lados de prejuicios y de miserables conjuraciones. Lo ideal sería que fuese guiada por un tribunal supremo, compuesto de espíritus superiores, que, no perteneciendo á la tierra, tuviesen una absoluta imparcialidad. Con esta condición, solamente las sentencias que lanza la opinión sobre el mérito de los escritores tendrían valor absoluto y la certidumbre de la duración. Pero esto no es más que un sueño. Es preciso ver las cosas tales como son y tratar solamente de que predomine la razón sobre la pasión en la mezcla confusa de los

motivos de donde salen los juicios de la opinión pública.

Existía una manera de juzgar menos incierta cuando había un grupo escogido de talentos superiores unánimemente reconocidos y consagrados por el respeto público. Se podía esperar que en esta elevada esfera las pequeñas pasiones no prosperasen tanto, que la altura misma en que la opinión colocaba á tales hombres sería una prueba de imparcialidad relativa, en fin, que de aquí se desprendería una dirección más elevada y algunos sabios avisos. ¡Ay! No pretendo negar que esta esperanza no haya sido á menudo defraudada y que en este tribunal mismo, en el cual la opinión pública delegaba sus poderes, no haya jamás reinado la pasión sobre la razón. Esos grandes hombres, investidos de una especie de dictadura por la confianza pública, se han mostrado hombres en muchas ocasiones, lo sé, por sus complacencias amistosas, por esa lógica fatuidad que el poder absoluto produce y por una cierta facilidad en sufrir influencias que no siempre han sido de un orden puramente literario. Todo esto es verdad. De aquí un juicio precipitado que la generación siguiente no ha sancionado y una promoción arbitraria de talentos secundarios, producidos todos de un golpe en plena luz y caídos actual-

mente en la sombra de las filas oscuras de donde jamás debieron salir, de donde no saldrá su memoria. Concedo cuanto se quiera en este sentido: que haya habido sorpresas y abusos de autoridad, inexplicables caprichos, más de una iniquidad censurable y desdenes hacia notables talentos desconocidos que la posteridad ha colocado después en su verdadero puesto. Sea; pero en conjunto existía, sin embargo, una cierta razón general que fijaba los grados del mérito, cierta justicia literaria, que, sin ser infalible, determinaba una jerarquía bastante plausible entre las reputaciones nacientes. En todo caso, la víctima de estos juicios escogidos no experimentaba el mismo género de humillación que si la injusticia hubiese venido de abajo, de esas regiones en que reina la envidia unida con la incapacidad y la ignorancia. No enseñamos nada nuevo, al decir que nunca como ahora ha estado menos esclarecida la opinión, ni la razón pública que reparte las reputaciones, que á parte de algunas honrosas excepciones de talentos superiores que acaban por dominar á la multitud, es la casualidad quien se encarga de ese delicado oficio y que cada uno sobresale como puede. ¿No está ya averiguado que á cada instante se trata de improvisar ante nuestros ojos reputa-

ciones ridículas y de establecer insensatas jerarquías de talentos? Que todo ello no influye de un modo absoluto en el buen sentido público, que, rehecho de su primera sorpresa, se vuelve contra los ídolos grotescos que se le han querido imponer, es cosa que se está viendo todos los días; pero se ve también nuevas suposiciones sustituyendo á aquellas á quienes la opinión ha hecho justicia. Los complacientes hacen también, para desvanecer al público, profesión de descubrir cada mañana y de señalar á las móviles adoraciones de la multitud alguna celebridad inédita. Todo esto vale poco. He aquí ahora lo más grave. El primer recién venido se hace á sí mismo el organizador de las reputaciones literarias y el repartidor de patentes de gloria; el primer recién venido se convierte ardentemente en azote de Dios, en destructor de los reinos literarios, los más legítimamente conquistados. Por otra parte, se hace tal consumo de alabanzas vanas en provecho de los iniciados de tal ó cual lado, que es preciso tomar partido por tal persona ó por tal cosa. Y no son únicamente los trabajadores honrados y apacibles los que deben pagar su tributo á este prodigioso consumo de incienso; hasta se ejerce represalias sobre las reputaciones que parece debieran estar al abrigo de

cualquier ataque. Se ve mostrar independencia de espíritu atacando los nombres más ilustres. Esta emulación de independencia produce muchas veces incidentes cómicos. Se ha visto á improvisadores, casi iliteratos, juzgar de los sistemas que vidas de estudio y de meditación había edificado con gran trabajo. Ni siquiera esos héroes de la pluma ligera han dado muestra de sospechar nada de la sonrisa que han hecho aparecer en los labios de las personas serias. Continúan intrépidamente su obra, sin que un amigo caritativo se digne advertirles que estropean á cada rasgo las palabras que escriben ó las ideas que tocan. ¡Singular empresa que jamás se ha manifestado tan cándidamente como en el día: escribir sin estudios ó hablar sin pensar! La primera regla de buen sentido ó de prudencia es no hablar cuando no se tiene algo que decir. Había la costumbre de estudiar los casos sobre los cuales se quería escribir. Todo esto ha cambiado. La hora apremia y el impresor espera, y después, ¿quién ha de advertirlo?... Es preciso despreciar mucho al público para que la ignorancia infatuada tenga semejante desparpajo, como si estuviese segura de la impunidad.

¿Se nos echará en cara, como un acto servil, el culto á las superior-

dades intelectuales? Sería un error. No hay que confundir el respeto delicado y viril de los grandes talentos con la servil docilidad que se encadena á su pensamiento. Lo que apetecería ver restablecido es tan sólo el respeto que no es la docilidad de las ideas y que puede resultar perfectamente compatible con la más completa independencia. Los adversarios hábiles mezclan, á propósito, estas dos cosas, esperando que el descrédito de una arrastrará la ruina de la otra. No se equivocan en su propósito, y muchas veces hemos visto completamente confirmado su cálculo. Y, sin embargo, ¿qué espíritu sensato no ve, á poco que reflexione, cuán diferentes son ambas cosas!... ¿No se puede, sin pertenecer á la escuela de un filósofo célebre, como, por ejemplo, Coussin, honrar en él la grandeza de sus inspiraciones, sus movimientos vivos del pensamiento, la abundancia del brillo de las imágenes que brotaban de sus labios, aquella elocuencia que se elevaba de la tierra con un movimiento tan natural como si tuviese alas invisibles, aquella llama interior que del alma de este filósofo se desbordaba por sus ojos, en su lenguaje, en sus gestos, y que se comunicaba al alma de sus oyentes? Negad la escuela, lo concedo. En rigor, no hay propiamente escuela en

Francia desde hace muchos años. Hay espiritualistas; pero ¿dónde están los eclécticos? Sin estar encadenados con los lazos de escuela, sin jurar por la palabra del maestro, ¿no se puede admirar impunemente la extensión y el poderío de esa inteligencia, y, sobre todo, esa prodigiosa actividad que hasta la última hora de una larga vida no ha conocido más que dos pasiones, la del trabajo y la del pensamiento? En verdad, si no defendemos esta última grandeza, la del espíritu contra la barbarie, ¿qué es lo que nos quedará que honrar?

Todo me hace creer que no existirán durante largo tiempo esas grandes autoridades de doctrina ó de talento que se imponían á toda una generación, que eran como brillantes lumbreras colocadas sobre las alturas, desde donde alumbraban vastas regiones intelectuales y partes enteras de un siglo. Con el régimen igualitario que reina aún allí donde la naturaleza no lo ha establecido, en el orden de las inteligencias, dudo mucho que se establezca de nuevo alguna de esas soberanías consentidas por la admiración del público y por el respeto de los escritores. He tratado de hacer comprender las causas diversas de esta revolución. Esas causas son la frivolidad en los gustos, la ausencia de seriedad y de fe literaria,

y, por consiguiente, de noble curiosidad y entusiasmo, y en las regiones del mundo donde se piensa todavía, la contradicción absoluta que separa á los hombres en política, en religión, en filosofía, el fraccionamiento y la dispersión de las opiniones hasta lo infinito, que impide á los grandes talentos, si todavía los hay, hacer que se reconozca su superioridad y fundar un establecimiento durable sobre esta arena movediza, sobre este polvo de ideas sin cohesión y sin cimientos, entre esta población creciente de escritores sin estudio y sin pensamiento, empeñados en destruir lo que se eleva por sus propias fuerzas con la misma mano con que cada día edifican reputaciones fantásticas.

Sepamos aceptar las condiciones nuevas de la vida intelectual, tales como son, sin ilusiones ni desfallecimientos. Cada uno de nosotros no podrá contar más que con sí mismo. Sea; que no cuente con nadie más que con su mismo yo, que renuncie al apoyo exterior que podría encontrar por el desarrollo de su talento ó de sus ideas en esas grandes autoridades desaparecidas, que se habitúe á vivir en medio de la lucha y sin otra fuerza que la que pueda sacar de sus condiciones personales, es esta una de esas situaciones, como hay muchas en la historia, producidas por lamenta-

bles circunstancias y de las cuales es imposible sacar partido para su perfeccionamiento y su progreso. Y si nosotrosuviésemos necesidad absoluta de un apoyo exterior para nuestra debilidad, si no nos sintiésemos bastante fuertes para efectuar solos las grandes luchas filosóficas y las pruebas supremas que el siglo tiene en reserva, no demandemos estos recursos y este apoyo más que del público mismo, del gran público. Trabajemos bajo sus miradas y no aspiremos más que á sus recompensas. Busquemos nuestros éxitos en esa opinión general, que no es, á decir verdad, más que la razón de un tiempo y de un país. Puede ser durante más ó menos tiempo engañada, fascinada, seducida; puede caer en lazos indignos y sufrir prestigios funestos; tiene sus turbaciones momentáneas, sus languideces y desfallecimientos. La hemos visto pasar por singulares alternativas de inercia y de violencia perezosa y fantástica, tributando actualmente á ciertos escritores ó á ciertas ideas éxitos de los que mañana se avergonzará, inexplicables para ella misma, agitando en bruscas sacudidas en lugar de avanzar derechamente. A pesar de todo, no desesperemos. Se puede asegurar que una parte de la historia intelectual que acabo de poner bajo los ojos de mis lecto-

res, está á punto de pasar á la historia antigua. Por ciertos síntomas vagos aún podría decirse que hay como un esfuerzo de gusto público para despertar de este largo marasmo. Estos extraños desfallecimientos no pueden durar. Viene la esperanza de ese mismo lado de donde proceden las alarmas para ciertas honradas gentes: del lado de las luchas filosóficas y religiosas. Apuntan en esta parte del horizonte tales combates en perspectiva, que la opinión habrá forzosamente de interesarse y acabará por tomar su partido. Lo esencial es purificar la atmósfera intelectual, sustituyendo las curiosidades malsanas con nobles ambiciones, excitando en los espíritus ardores ó pasiones que ellos no conocen. Lo que hay que temer no es el movimiento, ni aun en opuestos sentidos; lo temible es el letargo. El gran mal no es la lucha, es la indiferencia. En cuanto á mí, quiero esperar, y espero. Una vez, en medio de esas crisis turbadoras y humillantes que la sociedad sufre, la opinión acabará por reconocerse á sí propia, separándose de sus incertidumbres y dándonos la razón. En todo caso, sabrá reconocer de qué lado estuvieron, en el gran combate del siglo, la ciencia sincera y la probidad intelectual. No tendrá piedad para los que la hayan engañado, para aquellos que la hayan privado del respeto, presentándole las ilusiones del talento sin trabajo y los prestigios de la falsa ciencia. Ella honrará, sea cualquiera su procedencia, á los que jamás la han entretenido, en medio de las burlas, más que con nobles y severos pensamientos de arte y de verdad, á aquellos, en fin, que en esta atmósfera glacial de la indiferencia pública hayan sabido guardar en el fondo de su alma la pura llama de las ideas.

E. CARO.

LOS ROUGON-MACQUART ⁽¹⁾

PERTENECIENTE A LA BIBLIOTECA DEL
MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE LONDRES

De ciertos problemas fisiológicos, estudiados al trabajar en *Magdalena Féral*, nació en Zola la preocupación de la herencia, desde el punto de vista de lo que pudiera aportar el análisis de los personajes de una novela. Tal preocupación fué en aumento, y con el concurso de otras muchas circunstancias, le indujo á emprender lo que será la obra más grande de la vida: la serie de los *Rougon-Macquart*.

¿Cuáles eran esas circunstancias adicionales? Aparte de la natural inclinación de su ingenio hacia los estudios fisiológicos y el método experimental, si lanzo una ojeada retrospectiva, descubro el ensueño antiguo é inveterado de una obra general. Muy joven aún, al salir del colegio con reminiscencias de Musset, compuso un poema; acabado éste, se dedicó á escribir otros dos, que son como dilataciones del primero y

(1) Publicamos el presente artículo por creerlo de alguna actualidad ahora que acaba de ver la luz *El Doctor Pascual*, última novela de la serie.

forman con él una trilogía. Más tarde, falto de dinero, viviendo sin lumbre ni pan en una buhardilla, concibe el plan de una obra poética considerable, que debía abarcar sucesivamente ¡la creación del mundo, la historia entera de la humanidad, y el hombre del porvenir! Ciertamente no realizó este plan. A consecuencia de algunas notas tomadas de Flourens y Zimmermann, se inclina á la prosa, escribe un tomo de cuentos, se gana la vida en el periodismo y lanza varias novelas, pero sin abandonar el propósito de llegar á la soñada obra magna: Zola no era ya un principiante. Aunque sólo contaba veintiocho años de edad, tenía publicados seis tomos: estaba, pues, concluido el período de iniciación. Llegaba la hora de destacar su originalidad, de dar su verdadera medida. En nuestro campo literario, el que no avanza retrocede, y constantemente es preciso superarse á sí propio. Creyó que se renovaríase y se desarrollaría con más seguridad dentro del amplio cuadro de una serie de obras, unidas unas á otras

por ciertos vínculos, pero siendo cada una de ellas parte distinta de un vasto conjunto.

En fin, para decirlo todo, aparte de esa tendencia innata á los estudios científicos, aparte del antiguo ensueño de una obra magna y sintética, aparte del instinto de una originalidad que destacar y del deseo de limitar de antemano su carrera de novelista, quitando de ella lo imprevisto—el dinero mismo, la cuestión de dinero, le impulsó á emprender los *Rougon-Macquart*.—Siempre apurado, libre de la miseria pero conociendo aún la escasez, pensaba desde mucho tiempo atrás que una renta mensual de quinientos francos, asegurada por algún editor, le pondría al abrigo de cuidados é incertidumbres. Para tratar sobre estas bases, era preciso comprometerse por una serie de novelas.

Resuelto á intentar esa serie, hacia la cual todo le impelía y que reconocía un gran precedente, único en la literatura contemporánea, *La Comedia humana* de Balzac, Zola calculó que era menester no dejar nada al acaso, ni probar á la ligera. La idea de *La Comedia humana* no se le había ocurrido á Balzac de pronto, sino después de escrita ya parte de sus admirables novelas. Por eso, las diversas obras de *La Comedia* no tienen más enlace entre sí que el título general y los nombres de ciertos comparsas presentados ya en obras anteriores, y que reaparecen para representar los diversos episodios. Zola meditó en la ayuda que podría prestarle el lazo de la aplicación de las leyes de

la herencia al estudio de los personajes principales. De ahí á elegirlos todos entre los individuos de una misma familia, no había más que un paso; encontrada la idea, su serie narraría la «Historia natural y social de una familia bajo el segundo Imperio». Partiendo de este principio, puso manos á la obra. Durante ocho meses, fines de 1868 y comienzos de 1869, trabajó únicamente en tal plan, yendo casi todos los días á la Biblioteca imperial, enfrascado en libros de fisiología y de historia natural, tomando notas. El *Tratado de la herencia natural*, del doctor Próspero Lucas, fué lo que más le sirvió. Por fin, tomadas las notas, hecho el plan general de la serie, trazado el árbol genealógico de la familia—ese mismo árbol genealógico que ocho años más tarde se decidió á publicar al frente de *Una página de amor*, y que la perspicacia de la crítica al uso tomó por una guasa inventada *a posteriori*—redactó un proyecto de contrato y llevó todo ello al editor Lacroix.

Los *Rougon-Macquart*, según su primitiva idea, no debían constar sino de doce novelas. El editor empezó haciendo un contrato acerca de las cuatro primeras. El convenio que se firmó era bastante complicado.

Zola se comprometía á presentar dos novelas por año, cobrando cada mes quinientos francos en casa de M. Lacroix: total, seis mil francos. Pero esos seis mil francos no representaban en manera alguna el precio de las dos novelas; no eran más que un adelanto hecho á buena cuenta al autor por el

editor. Este último reembolsaría su dinero, cobrando el adelanto de la cantidad que produjese la publicación de las obras en los periódicos. En cuanto á los derechos de autor, cuando apareciesen luego las novelas en tomo, fijábanse en cuarenta céntimos por volumen. Por tanto, después de publicarse cada novela, se hacía un balance: M. Lacroix reembolsaba sus tres mil francos con el dinero producto del folletín, y si no bastaba retenía el pico necesario de los derechos de autor por cada volumen; después de pagados los tres mil francos, naturalmente, Zola cobraba el exceso del folletín y del tomo.

Este ingenioso contrato no llegó á cumplirse al pie de la letra. El novelista comenzó con ardor, en Mayo de 1869, *La Fortuna de los Rougon*, y bien pronto pudo entregar los primeros capítulos al periódico *El Siglo*. Pero hubo mala voluntad, y no comenzó hasta Junio de 1870 la publicación, al cabo de muchas dificultades. Llegando en esto la guerra, interrumpió la publicación, lo cual retrasó la salida del tomo hasta el invierno de 1871. Por eso, el segundo tomo de la serie, *La Ralea*, no apareció en casa de M. Lacroix hasta Octubre de 1872, es decir, al cabo de tres años. Así pues, por efecto de circunstancias independientes de la voluntad del autor, la cláusula de los «dos tomos al año» fué nominal.

Desde el punto de vista del dinero, mediaron otros incidentes. Ya he dicho que cobraba quinientos francos al mes. Sólo que, con arreglo á los términos

del contrato, firmaba una letra á tres meses fecha, que debía renovarse hasta la entrega completa de las novelas. Ocurrieron entonces dos casos: en primer lugar, según dije, las dos primeras novelas sufrieron retrasos y el editor no pudo reembolsarse en seguida; por otra parte, hallándose apurado y no pudiendo pagar las letras, continuó pidiendo al autor renovaciones. Para colmo de confusión, las antiguas letras no siempre se habían devuelto al librador, ya porque permaneciesen en circulación, ya porque hubiesen vuelto á manos de M. Lacroix. Ultimamente tuvo Zola en la plaza de París letras por valor de cerca de treinta mil francos, muchas de las cuales habían aumentado casi en la mitad por estar protestadas. Cuando llegó la quiebra de M. Lacroix, hasta pudo creerse que el novelista era un testaferro que firmaba letras en connivencia; y varias veces hubo de presentar su contrato para explicar su situación. En vez de asegurar y tranquilizar su vida, ese famoso contrato no hizo más que producirle muchos disgustos. Un día, hasta se presentó un alguacil á embargarle. En resumen, no se safó de este negocio sino mucho más tarde, hacia 1875, pagando ciertas sumas atrasadas. Por aquella época arregló definitivamente sus cuentas con M. Lacroix y á satisfacción de ambas partes.

Después de *La Ralea*, llevó Zola la serie á otro editor, M. Jorge Charpentier. Este compró á M. Lacroix, mediante ochocientos francos, el derecho á reeditar los dos tomos que habían visto la luz.

El contrato con M. Charpentier se hizo sobre bases enteramente nuevas. Tratábase igualmente de dos novelas al año; sólo que el editor las compraba en firme, pagándolas al autor en tres mil francos cada una. El manuscrito era lo que compraba, manuscrito que podía publicar en los periódicos, en tomo, hacerlo traducir, y todo ello durante diez años. En estas condiciones aparecieron *El Vientre de París*, *La Conquista de Plassans* y *El Pecado del cura Mouret*.

El éxito, sin adquirir aún las proporciones que tomó después, anunciábase ya productivo desde el punto de vista del negocio de librería. Pero el novelista, que llevaba de frente otros trabajos, retrasábase siempre en el cumplimiento de sus compromisos. Había llegado á deber dos ó tres tomos á M. Charpentier y por ende tenía cobrados varios miles de francos de anticipo. No dejando esto de preocuparle, un día se dirige á la librería, situada entonces en el muelle del Louvre, á fin de celebrar una conferencia con su editor. Pero á las primeras palabras le interrumpe este último, diciéndole: «Mi querido amigo, no quiero robarle á V. He resuelto no obtener con V. sino lo que acostumbro ganar... Acaban de liquidar por orden mía la cuenta de los derechos de V. como autor, á cuarenta céntimos tomo; y con arreglo á esa liquidación, no es V. quien me debe dinero, sino yo quien le debo á V. diez mil y pico de francos... Aquí está su contrato: lo rompo, y puede V. pasarse por la caja.»

¿Qué editor haría otro tanto? Este rasgo de escrupulosa honradez es bastante elocuente por sí mismo. Algo más tarde, M. Charpentier, que es para los escritores un amigo más bien que un editor al uso, subió los derechos de autor de Zola á cincuenta céntimos por volumen, para no hacerle de peor condición que M. Edmundo de Goncourt. El glorioso autor de *Madama Bovary*, Gustavo Flaubert, cobraba sesenta céntimos.

Habiendo explicado las diversas fases por las cuales pasó la serie desde el punto de vista económico, doy por terminadas las generalidades acerca de los *Rougon-Macquart*. Sólo me falta evocar mis recuerdos acerca de cada una de las nueve novelas publicadas (1). Y si empleo la palabra «recuerdos», es porque la época en que Zola escribía el primer tomo de los *Rougon-Macquart* coincide con aquella en que fui presentado á él y comenzaron nuestras relaciones. A partir de este punto de mi relato, ya no soy mero historiógrafo, sino testigo ocular.

El 15 de Setiembre de 1869, á las ocho de la noche, mi compatriota y amigo el poeta Antonio Valabrègne y yo subíamos á la imperial del ómnibus «Odéon-Batignolles-Clichy». Llegado á París algunos días antes para «dedicarme» á la literatura, pero muy joven aún y sin más fondo que unos cuantos

(1) Téngase en cuenta que el presente trabajo fué escrito en 1882: de entonces acá se han publicado muchas más.—(N. DEL T.)

versos á lo Baudelaire, iba á ser presentado por Valabrègne á ese Emilio Zola á quien jamás había visto, pero del cual había oído hablar en los bancos del colegio, desde que estaba yo en tercer año, cuando él mismo no hacía aún sino versos; á ese Emilio Zola cuyas obras me sabía yo de memoria y que algunos meses antes me había causado la inesperada, la deliciosa alegría de ver por primera vez impreso mi nombre, «Pablo Alexis», en un artículo del *Gaulois* consagrado á mis pobres «*Antiguas heridas*».

En el punto de la avenida de Clichy llamado «la Horca» bajamos á escape Valabrègne y yo de nuestra imperial. Algunos pasos por la primera bocacalle á la izquierda, y hétenos llamando en el número 14 de la calle de La Condamine. Palpitábame el corazón. Las primeras palabras de Zola fueron éstas:— «¡Ah, aquí tenemos á Alexis!... Esperaba á Vds.» Desde el primer apretón de manos comprendí que era cosa definitiva, que acababa de entregar todo mi afecto, y que en lo sucesivo podía contar con la sólida amistad de una especie de hermano mayor. En el comedor del pabelloncito donde entonces habitaba él, en el fondo de un jardín, en el estrecho comedor—tan estrecho que, habiendo comprado más tarde un piano, fue preciso hacer un nicho en la pared para poder colocarlo allí—aún me parece verme sentado ante la mesa redonda, de donde acababan de alzar el mantel la madre y la esposa del novelista. Al cabo de una hora de charla, después que me hizo

hablar despacio de mí, de mis proyectos, de esa Provenza que adoraba aún tras once años de alejamiento, y de la cual, sin duda, le traía yo como un aroma lejano, cambió de conversación, y á su vez me habló de sí mismo, de su trabajo, de su gran proyecto relativo á los *Rougon-Macquart*, del tomo primero que á la sazón traía entre manos. Luego, cuando estuvo servido el té, habiendo ido á petición mía en busca de su manuscrito, me leyó las primeras páginas de *La Fortuna de los Rougon*, toda aquella descripción de la «era de Saint-Mittre», en Plassans, en ese Plassans que al momento conocí, puesto que acababa de llegar de Aix (Provenza). Inolvidable velada, que abría ancho campo á las reflexiones del literato principiante, del provinciano recién venido que era yo entonces. Velada como tantas otras que después he pasado, durante las cuales vi de cerca crecer la vegetación frondosa de los *Rougon-Macquart*, que entonces apenas asomaba á flor de tierra.

Vuelvo á la historia de tan vasto conjunto de novelas, y voy á tomarlas una por una, acudiendo á mis recuerdos.

En *La Fortuna de los Rougon*, á la vez que la preocupación de la novela misma, tuvo Zola otra permanente: la de asentar la serie entera, narrando el punto de partida de la familia á cuyos principales miembros nos presenta. Algunos personajes del primer tomo los creó con la mira del último tomo, de la «novela científica», del que quizá no ejecute hasta dentro de quince á

veinte años, y en el que se propone dar como una síntesis de toda la obra. El que se lanzaba á cierra ojos á semejante trabajo, acababa de cumplir veintinueve años, cuando en Mayo de 1869 comenzó á escribir el primer volumen.

Para cuna de la familia cuya « historia natural y social » iba á referir, el autor inventa una ciudad: Plassans. Plassans es Aix de Provenza, algo modificada. Los nombres de los pueblecillos á través de los cuales se pasea la insurrección, son inventados también. Esto proviene de que en aquella época Zola no tenía el tiempo ni el dinero preciso para volver á vivir algunos días en Provenza y tomar allí notas. Además, algunas timideces de novelista joven, el miedo de que se dijese que hacía personificaciones de los habitantes de una ciudad donde había conservado relaciones y amigos, contribuyeron á decidirle en pro del nombre ficticio de Plassans. Estoy seguro de que hoy la llamaría lisa y llanamente Aix. Los detalles acerca de la insurrección en Provenza los tomó de la *Historia del golpe de Estado*, de M. Ténot. Y hay la curiosísima particularidad de que esa novela, cuya acción pasa en los comienzos del segundo Imperio, quedó interrumpida en el periódico *El Siglo* por la guerra y por la caída del mismo Imperio. Aparte de las angustias patrióticas que pudo experimentar durante el sitio de París, Zola pasó muchos meses padeciendo cierta angustia literaria. ¡*El Siglo* le había extraviado todo el último capi-

tulo: amputación tan dolorosa para un artista como la de la Alsacia y la Lorena! Dos provincias perdidas pueden reconquistarse, mientras un gran capítulo aniquilado nunca se repetirá tal como era. Al regresar á París, el primer cuidado de Zola fué correr á la imprenta de *El Siglo*. Júzguese su alegría: al momento encontró su pobre manuscrito, que en vano habían buscado por todas partes durante seis meses. Estaba muy á la vista, sobre la mesa del corrector de pruebas.

La Ralea, la novela que más rápidamente escribió de toda la serie, fué obra de cuatro meses. El primer capítulo, el regreso del paseo en el Bosque, estaba hecho antes de concluirse *La Fortuna de los Rougon*, cuya publicación había retrasado *El Siglo* mucho tiempo, lo cual decidió al autor á emprender una nueva novela antes de haber terminado la primera. *La Ralea*, comenzada mucho antes de la guerra, no concluyó de salir á luz hasta bastante después, en 1872, á medida que la publicaba en folletín *La Campana*. Sólo que el folletín no llegó á terminarse, lo que había sucedido ya cuando se publicó *La Vergüenza* (*Magdalena Férat*). Esta vez, el procurador de la república se asustó de la audacia de la obra. Después de la escena del gabinete particular en el café Riche, se advirtió oficiosamente al autor que se pasase por el despacho de dicho funcionario de justicia. Recibido por un fiscal sustituto muy cortés, pero en absoluto lego en materias de arte, en vano protestó de la pureza de sus inten-

ciones y se defendió como un diablo: el sustituto le «aconsejó» que dejase de publicar el libro, y el novelista prefirió sacrificar el folletín para salvar el volumen. Es de advertir que si el Imperio hubiese durado dos ó tres años más, apareciendo *La Ralea* bajo tal régimen, probablemente hubiese sido perseguida. ¿Qué habría sucedido entonces? El triunfo enorme que al fin debía obtener Zola cinco ó seis años más tarde con *La Taberna*, quizá se conseguiría más pronto. Por aquel tiempo no se hubiese hablado más que de *La Ralea*, mientras que este libro, como el anterior, pasó casi inadvertido en medio de las preocupaciones políticas; sólo obtuvo dos ó tres artículos y se vendió al principio modestamente (dos ediciones.)

Para escribir la obra, Zola tuvo que vencer un orden de dificultades nuevo por completo, contra el cual no había chocado aún. En efecto, la acción de *La Ralea* pasa enteramente en la alta sociedad del imperio, en un ambiente de lujo donde el novelista no había penetrado nunca. Necesitó, pues, toda su perspicacia y su poder adivinatorio para conseguir pintar sin errores garrafales regiones ignoradas. Le costó mucho trabajo. Sólo acerca de la cuestión de «los coches» tuvo que interrogar á dos ó tres grandes fabricantes de carruajes. Para describir el palacio de Saccard, sirvióse, sobre todo, del palacio de M. Ménier, á la entrada del parque Monceau; pero no conociendo entonces al propietario, no tomó más apuntes que del exterior. Algunos años des-

pués, habiendo ido á los saraos de M. Ménier, sintió no haber visto, cuando escribía *La Ralea*, el interior, mucho más típico que el que tuvo que inventar. El gran invernadero de Renata se fundó sobre la base de la estufa del Jardín Botánico, que el novelista obtuvo autorización para visitar, y donde una tarde anotó el aspecto de las plantas más curiosas. Lo que le llevó más tiempo y mayor trabajo aún, fué conseguir informes acerca de las demoliciones de M. Haussmann y las colosales obras públicas del nuevo París. Con tal motivo, hasta fué á ver á M. Julio Ferry, con quien le puso en relación un correligionario político de este último. Pero el autor de los *Cuentos fantásticos de Haussmann* (1) no pudo informarle de nada; no sabía sino lo que había dicho en su folleto. Después de otros dos ó tres pasos infructuosos, comenzaba Zola á desesperar, cuando descubrió ciertas memorias de contratistas de la época, que le suministraron los informes indispensables.

Aunque *El Vientre de París* es un estudio acerca del pueblo, que conocía á fondo por haberse codeado con él largo tiempo en sus años de miseria, fué igualmente larga y dificultosa la búsqueda de documentos. Era en él antigua idea la de escribir algo acerca de los Mercados. ¡Cuántas veces, en 1872, cuando salíamos del núm. 5 de la calle de Coq-Héron, redacción de *La*

(1) Este título resulta un equívoco en francés por la semejanza de pronunciación con *Cuentos fantásticos de Hoffmann*. — (N. DEL T.)

Campana, donde hacía á su lado un aprendizaje de periodista, cuántas veces, repito, me llevó al Mercado! «¡Qué hermoso libro puede sacarse de este mezquino monumento!—me repetía.—¡Y qué asunto tan verdaderamente moderno!...» Sueño con un inmenso «bodegón». Callejeabamos acá y acullá en medio de aquellos pabellones casi desiertos á tales horas. Una vez, cuando llegamos á cierto punto de la calle de Montmartre, me dijo de pronto: «¡Vuélvase V. y mire!» Era extraordinario: vistas desde aquel sitio las techumbres del Mercado, tenían un aspecto pasmoso. Conforme aumentaba la oscuridad de la noche que se venía encima, hubiérase dicho que eran un montón de palacios babilónicos hacina-dos unos encima de otros. Tomó nota de ese efecto, que se encuentra descrito en cierta parte de su libro. Y así se familiarizaba con la fisonomía pintoresca del Mercado. Lápiz en mano, iba á visitarlo en todo tiempo, con lluvia, sol, niebla y nieve, y á todas horas, por la mañana, por la tarde, por la noche, con el fin de anotar los diferentes aspectos. Una vez pasó allí la noche entera para asistir á la llegada del alimento de París, al rebullicio de toda aquella población extraña. Hasta se avistó con un guarda jefe, quien le hizo bajar á los sótanos y le paseó por los aleros salientes de los pabellones. Por fin, cuando poseyó por completo á su

querido Mercado, cuando conoció sus diversos aspectos, de arriba abajo, de frente y de perfil, sus amplias calles y sus rincones ignotos, cuando hasta se hubo entregado á un estudio profundo de los alrededores, de las calles adyacentes, de todo el barrio, no paró aquí la cosa, antes comenzaron las verdaderas dificultades. ¿Cómo hacerse explicar la organización interior, todas las clases de engranajes administrativos, policiacos y demás, que no bastaba ver funcionar, sino que también era preciso comprender? Al principio, registró en vano la Biblioteca. Nada existía acerca de los Mercados modernos, á no ser cierto capítulo del libro de M. Máximo Du Camp: *Paris, su vida y sus órganos*. Pero M. Máximo Du Camp sólo ofrecía documentos incompletos. Nada acerca de la policía interior, ni acerca de los inspectores, los tratantes, los pregoneros, etc. ¡Nada! El novelista vió que no le quedaba otro recurso sino meterse de cabeza en la prefectura de policía. Allí fué bastante mal recibido al principio, mandándole de negociado en negociado. Por fin, tuvo la suerte de encontrar un empleado inteligente y servicial, un antiguo amigo del autor de *Paris ignoto*, que había brujuleado por todas partes con Delvau. Este funcionario dió al novelista preciosas explicaciones orales y le permitió sacar copia de todos los reglamentos de policía vigentes en la materia.

(Se continuará.)

PABLO ALEXIS.

LA ESCULTURA MEJICANA PRE-COLOMBINA

La Exposición Histórico-Americana, celebrada en Madrid para conmemorar el centenario, ha abierto ancho campo á las investigaciones. Por nuestra parte, hemos podido recoger en ella nuevos datos acerca de una cuestión apenas tratada y merecedora de detenido estudio: el arte americano pre-colombino. En esta misma Revista (1) y en la titulada *El Centenario*, manifestamos nuestra opinión respecto á los orígenes asiático-septentrionales del gran arte americano, y expusimos los caracteres distintivos de éste, haciendo un bosquejo de clasificación de sus estilos. Los nuevos elementos de estudio que la Exposición ofrecía vinieron á afirmarnos en aquella opinión y á reforzar nuestro concepto sobre los demás puntos. Por lo tanto, no tenemos para qué insistir acerca de todas esas cuestiones generales. Vamos, pues, á ocuparnos de un

(1) Tomos xxxi y xxxiii, 15 de Julio y 15 de Setiembre de 1891.

punto concreto, de la Arqueología del arte americano, á la que quisimos dedicar un libro, hace tiempo comenzado, y que por causas ajenas á nuestra voluntad ha quedado inédito.

Algo estéril resulta, en verdad, la labor científica en un país como el nuestro, que ha visto con la mayor indiferencia un suceso tan grandioso y tan importante como la Exposición Americana, y donde los pocos que acerca de ella hemos escrito nos hemos visto *favorecidos* con los intemperantes desahogos de un sujeto que se firma Nicolás Sturmalof, y que para mejor inteligencia de los pobrecitos *arqueólogos incipientes, inocentes observadores de la forma, faltos de base y de conocimientos* (pues así nos ve desde las alturas del sagrado trípode de sus idealismos) debiera haberse firmado el *Dómine Lucas*. Su filípica la habrán visto los lectores en las páginas de esta misma Revista, al comienzo de un artículo sobre la Exposición Histórico-Europea, y, siquiera por estar fechada en San Peters-

burgo y suscrita con un nombre extranjero, hubiéramos pensado, por nuestra parte, que tenía razón, si el conocimiento de ciertas personas y de ciertas cosas, mas la práctica de veinte años consagrados al estudio de las antigüedades y á la constante observación de las mismas, no nos hubiese enseñado, en contra de los anticuados idealismos en que el tal crítico se inspira, que la Arqueología del arte es una ciencia positiva y experimental, cuyas conquistas se deben al análisis detenido de la técnica y de los caracteres de los monumentos, y al examen de las circunstancias naturales y sociales en que se formó y desarrolló el gusto artístico de cada pueblo. No refuta el articulista ninguna de nuestras apreciaciones sobre el antiguo arte americano; censura de un modo vago, sin concretar; mas para que se comprenda el valor que puede darse á su crítica, léase su artículo, y en él se verá que, ocupándose de los tapices, de cuyos asuntos habla mucho y poquísimo del arte (que á todas luces es lo importante en ellos), hace grandes elogios de un bordado moderno que reproduce el cuadro de Pradilla *La rendición de Granada*, bordado excelente sin duda, pero fuera de lugar en una Exposición de arte retrospectivo, y en cambio ni menciona siquiera el asombroso paño bordado del siglo x presentado por la catedral de Gerona, paño que por su rareza, su mérito arqueológico y su interés iconográfico, es una de las piezas de mayor importancia en el certamen.

Los *apuntes de viaje* que Nicolao Sturmalof nos ofrece en su artículo, nos recuerdan el cuento de aquel que, como al volver del teatro charlara sobre la función en que había estado, cuando le atajaron preguntándole:—¿Y el argumento de la obra?—Contestó:—Ese personaje no ha salido esta noche porque estaba enfermo.

Censuras como las de ese escritor, lejos de imponernos silencio, nos animan á continuar, y la indiferencia del público también, pues sólo á costa de muchas exposiciones y de muchos artículos científicos podrá llegar á poseer nuestro país la cultura artística que hoy se echa aquí de menos. Nuestro trabajo no tendrá otro valor que el de un ensayo; pero es fruto de nuestras observaciones personales, y se refiere á un punto importante de la Arqueología americana que aún no ha sido tratado sistemáticamente.

I

Cuando se examinan los relieves, estatuas y pinturas de la antigüedad americana, salta á la vista un *hieratismo* constante. Se comprende, desde luego, que aquellas representaciones debieron responder ante todo á exigencias religiosas; no se muestran como productos espontáneos de la libre inspiración del artista. Si se comparan los relieves, estatuillas y pinturas con los ornatos, se echa de ver la superioridad de éstos respecto de aquéllos, y fácil-

mente se adivina que los antiguos americanos fueron más decoradores, más ornamentistas que cultivadores de la escultura ó de la pintura propiamente dichas. Es más: lo que avalora principalmente las obras escultóricas y pictóricas americanas y les da una característica, es el espíritu decorativo, que á veces llega á traducir en ornatos ciertas formas vivas, sin duda consagradas, como los mascarones, tan frecuentes en los entablamentos de las construcciones del Yucatán. Aquel prurito de las formas geométricas, tan constante en toda América, parecía repugnar las curvas suaves y graciosas del desnudo, y sólo sabía producir una interpretación vigorosa, convencional, á veces simplicísima y tosca, otras llegando á tocar en lo monstruoso y lo deforme.

La escultura se manifiesta con cierta gallardía, cierta pujanza, cierta libertad realista entre los mayas; la vemos adquirir un acentuado hieratismo en el Yucatán; la vemos de un vulgar y pobre naturalismo, esclava del espíritu simbólico, entre los nahuas. En América la escultura y la pintura no tuvieron vida independiente; es inútil buscar esas grandes obras destinadas á adquirir por sí solas el honor y la fama que merecieron en otras pueblos antiguos las producciones del gran arte. La gran escultura americana apenas se manifiesta más que en los relieves simbólicos que decoran los monumentos, por lo cual se hace forzoso recurrir á las obras pequeñas para completar el estudio del arte de la forma.

II

Es de lamentar que todavía no se haya hecho un estudio directo, bastante completo y profundo, de la escultura americana, que nos permitiera conocer con la mayor exactitud posible los procedimientos técnicos empleados para ejecutarla. No podemos, en tan difícil cuestión, hacer otra cosa, por ahora, que algunas deducciones, y exponer el parecer de personas competentes.

La gran escultura—ya lo hemos dicho—casi no se manifestó más que en los relieves. Los americanos puede decirse que ejecutaron el bajo, el medio y el alto relieve. Sin embargo, los mascarones decorativos, que son de medio y alto relieve, hay que considerarlos, en cuanto al procedimiento, como obras de mosaico, pues están compuestos de varias piezas; por consiguiente, sólo el bajo-relieve figura en los monumentos como obra esculpida de una vez. Los mayas ejecutaron relieves en estuco, es decir, modelados, como los ídolos de barro cocido, tan abundantes en toda América. Pero fuera de ese caso y del rostro gigantesco de Chichen-Itza, en el Yucatan, que está modelado con piedra y argamasa, todos los relieves, incluso el de la *cruz*, de Palenque, están esculpidos. Son unos relieves de superficie lisa, como los relieves egipcios, con los dintornos de las figuras grabados.

Las piedras empleadas por los americanos para esculpir eran muy duras: pórfido, granito, etc. y, por lo tanto, era menester que los instrumentos fuesen de materia muy resistente. ¿Qué materia pudo ser ésta? Aquí se nos ofrece una cuestión idéntica á la tan debatida de los cinceles egipcios, pues el basalto, el pórfido, el granito, en que están ejecutados los relieves de los monumentos faraónicos, sugieren en seguida la vehemente sospecha de que sus autores conocían el hierro, y pudieron, por consiguiente, usar cinceles de ese metal. La idea del cincel y el puntero de piedra (pedernal ú obsidiana) se resiste un poco, pues con tales medios no parece verosímil que se consiguiera el trabajo de grabado en relieve que hicieron los americanos, como los egipcios. Maspero ha demostrado que los egipcios, aunque consideraban impuro el hierro, le emplearon para esculpir, supliendo con el uso sucesivo de varios cinceles, que desechaban según se iban inutilizando, el empleo de uno solo de acero, pues ésta aleación les fué desconocida. Pero respecto de América, sabemos, por el contrario, que sus antiguos pobladores no conocieron el hierro.

Sentado esto, no puede considerarse sin cierto asombro el ímprobo trabajo que aquellos escultores necesitarían hacer para esculpir en tan duros materiales con instrumentos de piedra ó de metal poco resistente. Humboldt trajo del Perú unas herramientas de cobre y estaño, lo cual lleva á sospechar que esta aleación debió ser para

los escultores de América lo que el hierro para los de Egipto. El escultor y arqueólogo Soldi entiende, sin embargo, que los escultores americanos desbastaron los bloques de piedra dura con pobres instrumentos de cuarcita ú obsidiana, y serraban el granito ó el pórfido en placas, con hilo de agave y polvo de esmeril. Este procedimiento se explica del modo siguiente. Trazado un grosero contorno para indicar los espesores que había que rebajar, empleábase al efecto la sierra indicada, y luego un puntero de pedernal y mazo, para hacer saltar el trozo serrado. En seguida era menester pulimentar la superficie, lo cual se hacía con piedras lisas ó pulidores y agua mezclada con polvo de esmeril, frotando la superficie. Pero estos procedimientos, que, á nuestro juicio, no debieron excluir el uso de los cinceles de metal, imponían al obrero un trabajo pacienzudo, lo cual, como observa oportunamente Nadaillac, es un indicio cierto de la infancia de una sociedad en que el hombre no había aún aprendido el valor del tiempo.

Es casi seguro que con pedazos de la misma piedra en que esculpieran llegarían á conseguir los escultores buen resultado por medio de la frotación, auxiliándose de agua y polvo de esmeril; mas el empleo de punteros de pedernal ú obsidiana no nos parece verosímil, porque tales materias hubieran saltado á los primeros golpes. Resueltamente nos inclinamos á admitir instrumentos de metal. Creemos que los escultores americanos, aunque menos diestros en la técnica que los es-

cultores egipcios, debieron hacer análogo empleo que éstos de los cinceles de metal: emplearían uno hasta que á los pocos golpes quedara inservible; entonces tomarían otro; cuando éste se hubiese gastado, otro, y así sucesivamente.

El citado escultor Soldi, indica otro procedimiento de esbozar los relieves, que nos parece aceptable. Consistía en, una vez trazado el dibujo sobre la piedra, cubrir con ceniza las partes que habían de sobresalir; luego, por medio de un fuego vivísimo, ahondar las partes que debían rebajarse, y después acabar la obra con el puntero.

Es indudable que la misma imperfección de estos procedimientos influyó notablemente en la producción escultórica. Esta influencia nos la hacen patente dos órdenes de hechos: primero y principal, lo escaso de las obras, en su mayoría relieves de poco resalto y estatuas pequeñas, pues las grandes son excepcionales; la preponderancia del ornato sobre los relieves figurativos, pues el ornato le hacían de mosaico y les era fácil, tanto que en Yucatán le aplicaron á la ejecución de las caras monstruosas, mientras que en Palenque esculpieron estas caras, á costa, sin duda, de improbo trabajo. En segundo lugar, los caracteres mismos de esas obras, pues, aparte de su hieratismo y de las interpretaciones convencionales de ciertos detalles, la ejecución suele ofrecer algo de incierto, de poco acentuado, que acusa desde luego la insuficiencia de los instrumentos empleados y el penoso esfuerzo del escultor,

que no siempre ha podido realizar íntegro su pensamiento, ni tratar los motivos con aquella libertad que le permitía el barro ó el estuco; todo lo cual se echa más de ver cuando se comparan las obras modeladas con las esculpidas, y se advierte desde luego la superioridad de aquéllas sobre éstas. Los peruanos fueron infinitamente más artistas en su cerámica, que, como se sabe, es figurativa, que en su escultura. Los relieves mayas de estuco, superan en belleza á todas las esculturas en piedra, mejicanas.

En una palabra: los antiguos americanos estaban atrasados en la técnica de la escultura; atraso, no tanto debido al de su cultura sino á sus aptitudes escasas para las grandes concepciones estéticas, superiores para todo trabajo manual, como pasa hoy en todos los pueblos de indios.

III

Una de las mayores dificultades que presenta el estudio de la escultura americana es apreciar sus diversos estilos, pues aunque la diferencia entre las obras de los mayas y las de los nahuas parezca cosa fácil á primera vista, hay una porción de obras cuya relación con las típicas ó de caracteres más marcados, no aparece muy clara. Solamente procediendo por comparación puede llegar á establecerse una clasificación por estilos, que, aunque

tenga algo de convencional, puede conducir por el pronto á trazar un bosquejo del proceso de aquellas artes figurativas; proceso, no precisamente cronológico, pues esto es más difícil aún, por lo oscura que se halla la historia de las antiguas razas americanas, sino un proceso estético.

Las obras atribuidas á los *tecos*, á los *tarascos*, á los *matlacincas*, gentes que habitaban en las montañas de Michoacan, los *otomites*, *huaztecos*, *pames* y *tonacos*, pueblos mejicanos cuyo origen no ha llegado aún á descubrirse, ofrecen, unas veces los caracteres rudimentarios, propios de la infancia del arte; otras veces permiten creer en una influencia del gusto nahua.

Este se nos revela primeramente en las obras toltecas de Tula. Queremos hablar de unos rudos telamones, que vienen á ser un pilar tallado de modo que reproduce una figura humana, rechoncha, desproporcionada, con pies cuadrados, piernas abultadas, cinturón adornado con plumas, y sobre éste los brazos, que suben paralelos al cuerpo, sin que se haya tratado de razonar de dónde arrancan, con las manos vueltas hacia arriba para sustentar el dintel. El rostro, que sale de entre las fauces de una serpiente, cuya cabeza forma el casco, está torpemente esculpido, y su vaga expresión contribuye á dar á la figura una simplicidad infantil que la coloca fuera de toda clasificación seria. Aquella figura es como las que dibujan los niños sacando los brazos del abdomen. Su autor sólo se cuidó de dar robustez á las piernas y á los

brazos y de esculpir el conjunto adosado á un pilar; es decir, se preocupó ante todo del fin á que se destinaba la obra; su único conato decorativo fué la cabeza, que le resultó mayor que el pecho.

Se conserva la mitad inferior de otra cariátide de Tula, menos tosca, aunque también rechoncha, con los pies cuadrados, calzados con sandalias, cuyas lazadas se distinguen claramente.

A la época de perfeccionamiento del estilo tolteca parece pertenecer una imagen de la serpiente emplumada que posee el coleccionista mejicano señor Peñafiel. Es una obra bastante original, de ejecución fina, con el adorno de las escamas hábilmente acentuado. La serpiente tiene abierta la boca, y por ella asoma un rostro humano de modelado redondo, más débil que el cuerpo y las fauces de aquélla.

Los escultores de Tula quizá fueron más afortunados en los relieves que en las estatuas, las cuales están tratadas verdaderamente como relieves.

El arte de los mayas supera con mucho al de todas las demás antiguas razas americanas. En él se mantiene más viva que en ninguno otro la tradición índica, y todas sus obras escultóricas denotan, no sólo el dominio de la técnica, sino un conocimiento superior en el modo de sentir é interpretar el natural y de la decoración figurativa. La escultura maya debió comenzar por el modelado en una materia plástica, pues es de notar que los relieves del exterior de los monumentos están hechos de estuco ó cemento,

mientras que los relieves que había en el interior de los templos y palacios están esculpidos en piedra ó tallados en madera; quizá porque estando destinados los relieves del interior á recibir los homenajes de muchas generaciones de creyentes, se procuraba especialmente su mayor duración.

Dichos escultores disponían sus asuntos y sus figuras de un modo semejante á como lo hicieron los egipcios y los asirios. No ponían, como éstos, procesiones de figuras; por el contrario, sus relieves rara vez contienen más de una; pero ésta en reposo «en situación más bien que en acción», como dijo acertadamente Lenormant de las divinidades egipcias. Representaban; pero no describían. Es decir, que en el arte maya, como en el nahua, no hay que buscar esos asuntos determinados y movidos, tales como guerras, cacerías ó pasajes de la leyenda religiosa. Divinidades ó reyes, las figuras americanas aparecen en una situación indefinida, en un reposo solemne, á veces haciendo ofrendas, ó como triunfadores, con los esclavos ó vencidos á sus pies. Estas figuras aparecen encuadradas en marcos de ornamentación, á modo de borduras rectangulares, y el fondo, liso, suele estar lleno con jeroglíficos ó accesorios decorativos.

El dibujo de las figuras es bastante correcto; la anatomía no está acusada; la proporción está observada de un modo muy justo, cosa que no sucede en el arte nahua; las formas, vigorosas, no están exentas de gallardía, las actitudes son naturales y nobles.

Las figuras de los relieves están siempre de perfil, y aunque el cuerpo aparezca de frente, la cabeza y las extremidades están de perfil, sin que falte algún conato de escorzo donde hizo falta. En todos los cráneos se advierte la depresión del frontal que aquellas gentes se producían artificialmente.

Lo más característico en los relieves, no sólo mayas, sino americanos en general, es el adorno indumentario de las figuras. Los escultores americanos parece que rehuían la representación del desnudo. Quizá por la afición al detalle minucioso, gustaban de cubrir sus figuras con prendidos joyas y plumajerías; quizá estos accesorios les facilitaban el trabajo, porque así les era dable desbastar á trozos pequeños; y también es posible que la importancia simbólica ó representativa que dieran á todos estos accesorios les llevase á prodigarlos, aun á costa de una labor excesivamente minuciosa. Fuese por cualquiera de estas causas, ó por todas ellas, es lo cierto que las figuras de dioses ó reyes llevan abultados collares, brazaletes y pendientes, grandes pectorales, vistosos tocados, en su mayoría de plumas. La última de las razones apuntadas es quizá la que tiene más fuerza, puesto que las figuras de esclavos están desnudas. No puede menos de reconocerse, en suma, que los escultores debieron interpretar fielmente la verdad, pues todos esos adornos serían los usuales de reyes y príncipes, y por esto se los pondrían á los dioses. Esos adornos responden al es-

espíritu decorador de los indios americanos. En los relieves, prendidos, joyas y tocados, toman carácter de verdaderos ornatos, están interpretados con la regularidad, acento é importancia de tales, y contribuyen á dar aspecto más decorativo al conjunto. Con igual espíritu están interpretadas las figuras.

En las obras mayas más puras, como son las de Palenque, no hay abuso ornamental en los relieves; impera en ellos un buen gusto que da á las obras elevación y noble belleza; los adornos indumentarios no forman una carga pesada, sino que sirven de graciosos accesorios á la sencilla morbidez del desnudo.

Las obras escultóricas propiamente mayas se encuentran en las ruinas de Manché, Tikal, Comalcalco y Palenque, que es donde está su mayor número y las mejores. Las de Manché ofrecen un arcaísmo bastante comparable por cierto al arcaísmo griego que produjo el soldado de Maratón. Entre ellas debemos citar un relieve que contiene dos figuras de sacerdotes, de perfil, una en pie y otra arrodillada, ésta sufriendo el suplicio de pasarse una cuerda por la lengua; extraña costumbre de que da cuenta Torquemada, y que se practicaba en honor del dios Coculcan. Este relieve es admirable por la corrección de su dibujo y por el vigor de su modelado, que recuerda los relieves asirios, las pinturas del arcaísmo etrusco y de los vasos griegos de estilo oriental. En Manché se encontró también una estatua, muy buena por cierto, que representa una

divinidad varonil, sentada, con las piernas cruzadas á la oriental y las manos apoyadas en las rodillas, llena de reposo y de esa serenidad mística que caracteriza las imágenes de Buda. Su estilo tiene un sabor indo-chino muy pronunciado.

Los relieves de Tikal tienen bastante importancia simbólica y participan de análogo carácter que los de Manché. Son relieves de poco resalto, tallados en zapote rojo.

Los relieves de Palenque son las obras maestras de la escultura americana, que representan la buena época del arte maya. La obra capital de Palenque es el relieve del templo de la *Cruz*, así llamado éste por la figura de cruz que forman en aquél los adornos. La cruz en cuestión sirve de base á un ave fantástica, una especie de gallo, al que presenta una ofrenda un sacerdote ó príncipe asistido por otro personaje lujosamente vestido. A uno y otro lado hay un gran espacio lleno de caracteres *catúnicos* ó jeroglíficos. No nos detendremos aquí á describir los demás relieves de Palenque, que por los dibujos de Waldek y por recientes fotografías son bien conocidos. Ya hemos dicho que los que decoran los machones exteriores son de estuco y los que se ven en el interior de los templos y del famoso palacio, son de piedra. La piedra en cuestión es granito, y las figuras esculpidas en el patio del palacio llegan á trece pies de altura, por lo cual el friso que forman se denomina de los gigantes. Son estas figuras de más relieve que las de estuco; pero quizá las

dificultades del procedimiento dieron por resultado ciertas desigualdades en la ejecución: hay figuras incompletas, no todas están á igual altura, y aunque en cambio se advierten algunos escorzos tratados de un modo bastante feliz, el conjunto no resulta armónico. La ejecución, tal vez por la misma grandura del relieve, adolece de cierta redondez pesada. Sin embargo, y á pesar de las desigualdades indicadas, hay que convenir con Stephens en que el dibujo y las proporciones anatómicas de estas figuras son correctos, y en que hay en todas ellas una fuerza de expresión que muestra la habilidad y la poderosa concepción del artista.

El arte maya, como toda manifestación genial del gusto estético de una raza, irradió de Chiapas á las comarcas inmediatas. Por eso encontramos en Yucatan esculturas de un estilo que participa mucho del gusto maya, mezclado, sin duda, con otros elementos, que no sin fundamento se atribuyen á los toltecas. No fueron, sin embargo, los pobladores del Yucatan, tan aficionados á la escultura como los de Chiapas. Sus monumentos, ricos en ornamentación de mosaico, apenas muestran adornos esculturales, fuera de los mascarones interpretados de un modo geométrico. Por excepción pueden citarse la cabeza gigantesca de Izamal, construida y modelada á la vez con piedras y mortero; los relieves de la sala abovedada del monumento llamado *La Prisión*, en Chichen-Itza, relieves de muy poco resalto, cuyas figuras, más grabadas que esculpidas, represen-

tan hombres luchando con tigres y serpientes, y son de un carácter más *hierático* que los relieves de Chiapas, con una mezcla singular de barbarie en el dibujo y delicadeza en la ejecución, como dijo acertadamente Violletle-Duc; y en Uxmal, aparte de algunos detalles, la gran serpiente de cascabel que campea en una de las fachadas del palacio, formando los compartimientos de la composición decorativa.

La influencia del gusto maya debió traspasar más arriba del Yucatán, pues sólo á ella parece que pueden atribuirse las esculturas que decoran el originalísimo monumento de Xochicalco, en el Estado de Morelos. Los cuatro paramentos del tronco de pirámide que forma el monumento están esculpidos. La composición, que se repite en los cuatro, es bastante sencilla: una enorme culebra se extiende formando zigs-zags, á modo de *meandro*, en cada uno de cuyos huecos hay una figura, sentada con las piernas cruzadas, ó un símbolo. El estilo es bastante bueno, muy parecido al yucateco; las figuras están bien proporcionadas. La ejecución, que es vigorosa y acentuada en las culebras, es redonda y fofa en las figuras, que por lo demás no están mal proporcionadas. La dificultad vencida por los tallistas, que repitieron en tan vasta extensión aquellas figuras y detalles, no debió ser pequeña, dado lo duro del material (pórfido traquítico) y lo deficiente de las herramientas.

La influencia maya aparece más patente en los grandes ídolos monolitos y demás obras peregrinas debidas á

los quichés de Copan y de Quirigua, en la América Central.

La escultura azteca parece una continuación de la tolteca. Cada una de ellas forma un estilo distinto del arte nahua. Las obras de los aztecas ofrecen como característica un *barroquismo* singular. Parece como si el *hieratismo* hubiese llegado á enviciar la interpretación de las formas hasta hacerlas caer en lo convencional, sustituyendo las grandes concepciones decorativas con amalgamas de elementos pesados y extravagantes. Nótase también un olvido ó desconocimiento de las proporciones, que por lo general sólo alcanza á una altura de tres cabezas y media; un prurito de dar importancia solamente á la cabeza, al rostro, en el afán de dar expresión, descuidando notablemente el cuerpo.

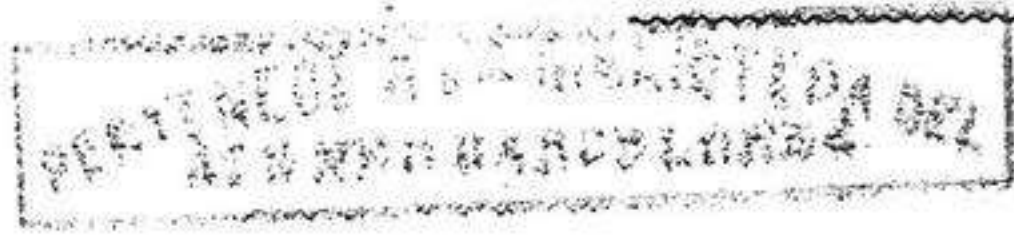
Como excepción, puede citarse, sin embargo, la piedra votiva del rey Tizoc, cuyo repetido grupo de dos figuras, aunque rechonchas bien proporcionadas, que forman la zona de relie-

ve, guarda analogía con el friso de Chichen-Itza. La piedra del calendario, con su mascarón del sol en medio, y la serie de círculos con los signos de meses y días, es notabilísimo. Por último, haremos mención de una de las esculturas aztecas más originales. Queremos hablar de la estatua de la diosa Coatlicue. Renunciamos á describir su monstruosa amalgama de garras de ave de rapiña, vestidura formada de culebras entrelazadas con la calavera á guisa de broche del cinturón, etc. Sólo con verla, vigorosa de ejecución, espantable como conjunto, fiel á la naturaleza en los detalles, se comprende que aquello fué la obra acabada y feliz de un artista cuya poderosa fantasía se nutría y exaltaba en el fanatismo religioso.

Aun hay otras varias obras monumentales debidas á los aztecas; pero no es menester multiplicar los ejemplos para que se comprenda la diferencia y la inferioridad del arte de los nahuas, cuando se le compara con el de los mayas.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

IMPRESIONES LITERARIAS



Ecos perdidos, por D. Antonio Gómez Restrepo.—*Odas y cantares*, por D. Melchor Palou.—*Cabeza de mujer*, por Pérez de la Greda.—1892-93, por D. Ricardo Sepúlveda.

Debemos contar—escribe el Sr. Menéndez y Pelayo en el prólogo de la *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Academia Española—como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan sobre nuestra propia casa y en parte nos consuela de nuestro abatimiento político y del secundario puesto que hoy ocupamos en la dirección de los negocios del mundo, la consideración de los cincuenta millones de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra.»

Palabras son éstas que expresan perfectamente el pensamiento que á cualquier español le ocurre cada vez que lee un libro americano en el que campean la gallardía de nues-

tro idioma y las galas de la armoniosa versificación castellana. *Ecos perdidos* es uno de estos libros. Su autor, D. Antonio Gómez Restrepo, maneja con tal destreza el habla de Castilla y es tan maestro en el arte de la rima, que en ambos respectos nada tienen que envidiar sus versos á los mejores del Parnaso español. Son fáciles, melódicos, correctos, y recrean al mismo tiempo el oído y el ánimo con la acertada distribución de los acentos, con la elección y combinación de los consonantes y con la cadencia musical del período poético.

Y no son únicamente el esmero y el atildamiento las cualidades esenciales de la musa del Sr. Restrepo. El autor de *Ecos perdidos* es un verdadero poeta, que *siente hondo, piensa alto y habla claro*. Dominan en sus composiciones los

sentimientos apacibles y melancólicos. Su inspiración, valiéndome de una comparación muy repetida y que empleo por lo exacta que es en este caso, no se parece á un torrente impetuoso ni á un río de ancho y violento curso, sino más bien á un arroyo que se desliza lentamente por entre céspedes y flores, reflejando en su linfa tranquila el azul del cielo y las hojas temblorosas de las altas ramas.

Entre las composiciones, notables todas, que forman el elegante tomo en que el autor las ha coleccionado, me parecen las mejores las tituladas *Leyendo á Homero*, *Viaje á Grecia* y *Adiós. Viaje á Grecia* tiene la tersura y la pureza de líneas propias del arte helénico, junto con la suave melancolía de la lírica lamartiniana. Recuerda esta composición á las de Andrés Chénier y puede figurar al lado de *La Fiesta de Venus*, de Querol, si bien en la composición del vate valenciano, la más saturada de helenismo de cuantas ha producido en España la poesía moderna, hay quizá mayor serenidad y una concepción más honda del arte helénico. *Adiós* está impregnada de sentimiento; la emoción sincera del poeta palpita bajo los versos. Los siguientes confirman lo que dejo dicho:

«Así digo, y con paso
lento abandono tu mansión querida,

donde te dejo, como don escaso,
la más hermosa parte de mi vida.

Y entre la turba humana,
ciego me arrojé por ignota senda,
sin saber, infeliz, dónde mañana
alzar podré mi solitaria tienda.

¡Qué oscuro está mi cielo!
¡Qué larga y negra noche se avecina!
La esperanza fugaz abate el vuelo
como al morir el sol la golondrina.»

Quien así versifica y de tal manera siente y expresa lo sentido, bien merece el nombre de poeta y los justos elogios que, en bien escrito prólogo, le dedica el Sr. Cuervo, uno de los escritores modernos que mejor conocen nuestro idioma.

*
* *

Como en otro tiempo tuvo el pueblo su poesía épica en los romances, hoy tiene en los cantares su poesía lírica. Sus sentimientos, sus pasiones, sus alegrías, sus tristezas, sus burlas, sus entusiasmos, todo lo que constituye el elemento subjetivo de la musa popular, toma su forma más adecuada en los cantares que, en alas de la música, vuelan de boca en boca, alegrando el trabajo del campesino y la tarea del obrero, expresando las ansias de amor de la doncella y el requiebro del amartelado galán, la nostalgia de la ausencia y el santo amor de la patria.

No quiere esto decir que el cantar sea fruto espontáneo del pueblo:

casi siempre es obra de un poeta conocedor del arte y hábil en el manejo de las formas poéticas. Como Cañete observa, «abrojos y cardos, que no rosas y claveles, nacen en los eriales». La delicadeza de ciertas coplas, la gradación que en algunas se observa, las antítesis, las alusiones y las metáforas de otras muchas, bien claro muestran, al través de los giros populares y de los modos de decir del vulgo, la experta mano de un literato.

Muchos son los poetas que han escrito cantares, pero muy pocos los que han conseguido que el pueblo los acepte por suyos. Ni Aguilera, que tan bien acertó á expresar los sentimientos nacionales, ni Campoamor, cuyo malicioso ingenio no tiene rival para dar forma á los más sutiles y hondos pensamientos, han conseguido que el pueblo prohija sus cantares.

En cambio el Sr. Palou ha logrado en los suyos interpretar con asombrosa fidelidad los gustos del pueblo. En Castilla y en Andalucía, en Extremadura y en la costa de Levante, se cantan, ya con el aire monótono de las *tonadas* castellanas, ya con el melancólico acento de la música meridional, no pocas coplas de las muchas en que el poeta catalán ha depositado su inspiración. El Sr. Palou, no sólo interpreta hábilmente los sentimientos

populares, no sólo sabe comunicarles el candor ó la malicia que constituyen el sello característico de la poesía del pueblo, sino que emplea, como pocos ó como ninguno, el lenguaje popular, la repetición de ciertas frases, el uso de los diminutivos, los ayes y quejas, los mil modismos y los diversos castizos adornos con que gusta el pueblo de adornar sus pensamientos, sus sentimientos y sus quereres.

Fácil tarea sería dar aquí muestras numerosas de sus cantares, á cual más tierno, apasionado y sincero; pero en gracia á la brevedad, remito al lector al libro que acaba de publicar la *Biblioteca selecta del siglo XIX*. En ese mismo tomo pueden verse observaciones muy atinadas y juicios altamente lisonjeros, que acerca de estas breves composiciones han escrito en diferentes épocas Cañete, Selgas y Galdós.

Menos afortunado que en los cantares es el Sr. Palou en sus composiciones poético-científicas. Depende de la manifiesta inferioridad de estas últimas, de que el autor se ha propuesto unir dos cosas que, en rigor, son incompatibles: el concepto científico y el concepto poético. Claro es que el desarrollo de la ciencia y los diversos rumbos que ésta sigue han de influir poderosamente en la dirección de la poesía. Esto ha suce-

dido desde que los pueblos, pasada su infancia, acertaron á deslindar el arte de la ciencia. De entonces acá, cada una de las dos grandes ramas ha crecido sin confundirse con la otra. Es más, cuando la poesía ha pretendido unirse con la ciencia, ha quedado convertida en algo así como efímero barniz del conocimiento científico. En los poemas didácticos posteriores á la antigüedad clásica — en la que por no estar aún muy separadas la ciencia y la poesía eran posibles poemas como los de Homero, Lucrecio ó Virgilio — el valor poético es escasísimo. Tal acontece con los de Tomson, Delille, Pope, y los españoles de Céspedes Acebedo é Iriarte, para no citar más que los principales, y con las composiciones pertenecientes á géneros secundarios como la fábula y la epístola. En todos estos géneros el elemento poético está más ó menos subordinado al elemento científico. Esta unión que, aunque imperfecta, es posible en el género épico, es de todo punto imposible en los poemas líricos.

Por tal razón el Sr. Palou, cuyas dotes poéticas tan manifiestas aparecen en sus cantares, no ha podido vencer la dificultad insuperable de fundir en un solo molde la poesía y la ciencia. En los versos escritos con este propósito abundan los prosaismos, las palabras técnicas y las ex-

plicaciones más propias de manual de texto que del desordenado arrebatado de la oda.

¿Quién podrá tener por verdadera poesía los siguientes versos de *La poesía y la ciencia?*

«En olvido no pongas á esos hombres herederos del don de los milagros, Edison y Graham-Bell, ni al Padre Secchi, que en el cielo vivió desde la tierra y hora en la tierra vive desde el cielo: á Nordenskiöld y á Livingstone no olvides, que sólo por mi amor (1) han recorrido del polo Norte la cabeza cana y el virgen corazón de Africa ardiente.»

Si esto fuese verdadera poesía, habría que colocar también en el número de las composiciones poéticas las reglas de los géneros de Raimundo Miguel.

En la composición citada, como en las odas *A la locomotora* y *Al carbón de piedra*, cuando el poeta habla y calla el sabio, brotan hermosas imágenes y trozos felicísimos.

En cambio, cuando el ingeniero toma la palabra, la poesía se eclipsa.

*
* *

Tengo por un deber para los que en periódicos ó revistas escribimos algo acerca de libros nuevos, dedicar preferente atención á las obras de aquellos autores que son poco conocidos del público. A los escri-

(1) Habla la Ciencia.

tores de mérito consagrado, la crítica ni les pone ni les quita gran cosa en lo tocante á su reputación artística. Por el contrario, al autor que con su primer libro se presenta ante el público, un juicio desdeñoso, formado tal vez con la lectura de dos ó tres páginas, ó cuando más del índice, puede producirle, y de hecho le produce, graves quebrantos: el primero y más grave de todos, el desaliento.

Claro es que cumplir este deber es más penoso de lo que á primera vista parece. ¡Qué de millares de versos hay que revolver para encontrar unos cuantos aceptables! ¡Qué de montones de amazacotada prosa para descubrir algunas páginas de sabrosa lectura! Pero así como al pescador de perlas de Ceilán le recompensa de su rudo trabajo encontrar una de aquéllas entre montones de conchas vacías, así los que tenemos la obligación de leer los libros nuevos, nos damos por bien recompensados cuando encontramos uno bueno entre los muchos medianos y malos que la suerte nos depara.

No sé si el Sr. Pérez de la Greda ha publicado ó no alguna obra antes de la que motiva estos renglones; pero, sea de ello lo que quiera, es lo cierto que su novela *Cabeza de mujer*, tanto por lo bien ideado del plan, como por el estudio que el

autor ha hecho de los caracteres, como por la fluidez de la narración y lo vigoroso del estilo, no parece libro de principiante.

Es el asunto de este *boceto*, como modestamente lo llama su autor, un interesante drama de la vida conyugal, nada complicado, vulgar en su esencia, pero estudiado con tal acierto y con tanta fuerza de observación, que el lector más descontentadizo no puede menos de sentirse subyugado. En general, la acción y aun el carácter de la protagonista tienen cierto parecido con la hermosísima comedia de Ayala *Consuelo*. La heroína de *Cabeza de mujer* ama con vehemencia á su esposo, perdónale fácilmente sus calaveradas, se humilla por reconquistar su afecto, y cuando, temblando de emoción, va á buscarle para obtener de él una frase de cariño, le encuentra en la alcoba de la institutriz de su hija, en aquel momento en que Júpiter, según la frase de Víctor Hugo tomada de Homero, tenía necesidad de envolverse con Juno entre lo más denso de una nube. Herida en su amor y en su dignidad, Laura, que tal es el nombre de la esposa ultrajada, huye de la casa conyugal con un pretendiente que de tiempo atrás venía haciéndole, sin resultado, la corte; pero acosada en el tren por los remordimientos y por el recuerdo de su hija abandonada y de

su esposo, más querido cuanto más ingrato, se suicida arrojándose á la vía.

Sin que pueda tacharse de inmotivado este trágico desenlace, preferible hubiera sido, á mi entender, que el Sr. Pérez de la Greda hubiera dado á su novela una terminación más natural y menos sangrienta. Los dramas reales, semejantes al que el autor ha planteado, no suelen conducir al suicidio de la persona ofendida; generalmente, las cosas se resuelven de otro modo. La mujer escarnecida, como Laura, cuando no tiene vocación de mártir, acaba por aceptar la partida que su marido tácitamente le propone. Como esto lo estamos viendo todos los días. El adulterio por amor al marido es un caso menos extraordinario de lo que generalmente se cree. Además, en los casos de infidelidad conyugal, siempre tiene alguna culpa la parte ofendida.

De todos modos, lo anteriormente expuesto no envuelve la menor censura hacia el desenlace que el Sr. Pérez de la Greda ha dado á su obra, en la cual, á decir verdad, más que á pintar el conflicto dramático motivado por el proceder del marido, atiende el autor al estudio de un carácter femenino. En este punto, sólo elogios merece el libro. Laura es una mujer de carne y hueso. Sus arrebatos, sus violencias, la inquietud

constante de su espíritu sobreexcitado, y la manera brusca con que pasa del paroxismo del furor contra su esposo á su deseo de perdonar, prueban que el Sr. Pérez de la Greda tiene dotes poco comunes para el cultivo de la novela psicológica. Aunque ahonda poco en el análisis, sus observaciones son exactas, y fijan perfectamente los rasgos característicos de la protagonista. Los demás personajes son también reales y verdaderos, particularmente el marido, ente frío, vicioso, de cuya casta abundan mucho los ejemplares.

Algún reparo pudiera ponerse á la narración. El afán de describir minuciosamente, afán muy propio de los escritores naturalistas, interrumpe á veces el relato con escasa oportunidad. La descripción *geográfica* de la criada que duerme en el gabinete de Laura está fuera de lugar, estorba. También me parecen exagerados *los peligros* que corre la protagonista en su caminata callejera para averiguar el resultado del duelo de su esposo con uno de sus amigos. Si las cosas pasasen como el autor refiere, no habría señora guapa que pudiera salir á la calle sin ir protegida por una escolta de guardianes.

A pesar de estos ligeros defectos, *Cabeza de mujer* es una novela de verdadero mérito, y su autor, á

quien no conozco ni de vista, un escritor que merece justos y sinceros parabienes.

*
* * *

D. Ricardo Sepúlveda es el cronista ameno de cuantos sucesos de alguna importancia ocurren en Madrid. El hecho descrito y comentado por la gacetilla diaria, se convierte en sus manos en artístico cuadro, en donde la fidelidad de lo pintado no es obstáculo para que el autor haga alarde de su ingenio y de su buen gusto. Sus crónicas tienen el valor de verdaderos artículos de costumbres.

El torero herido, la función teatral en honor de un artista, la inauguración de un edificio, el escaparate de una tienda de juguetes, una fiesta militar, los mil acontecimientos que van trayendo y llevándose los días, sirven al Sr. Sepúlveda de motivo para escribir páginas encantadoras. Es, en efecto, cosa

grata al espíritu evocar los hechos pasados y contemplar embellecidos aquellos sucesos de que fuimos testigos, y que más ó menos impresionaron nuestro corazón.

Por esto, y por el encanto del estilo, los libros que publica el Sr. Sepúlveda cuentan con numerosos lectores. El último, «1892-93», contiene artículos interesantísimos, entre los cuales recuerdo como uno de los mejores *La cogida del Chaval*, página dolorosa de la crónica sangrienta de nuestra fiesta nacional. En las revistas de teatros y en las semblanzas que forman la última parte del tomo, muéstrase el autor de *La Vida madrileña* tan buen amigo como justo apreciador del mérito ajeno.

En suma, la amenidad, la discreción, la ternura y el optimismo, son las cualidades más salientes del nuevo libro del Sr. Sepúlveda, libro que, con los otros suyos, forman una parte de la historia pintoresca del pueblo de Madrid.

F. F. VILLEGAS.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Marro de la conferencia revolucionaria en Badajoz.—Crisis ministerial en España.—Desórdenes de Francia.—La batalla electoral en Alemania.—Movimiento religioso.—El Concilio eucarístico de Jerusalén.—Los pensamientos de León XIII respecto á la unión entre la Iglesia griega y la Iglesia latina.—Oposición entre Oriente y Occidente.—Roma y Constantinopla.—Las siete causas de disentimiento entre ambas sedes católicas.—Irreductibles contradicciones é irremediabiles luchas.—Las Iglesias orientales diversas.—Iglesia de Montenegro.—Decadencia del clero griego.—Daño para éste de su ruptura con el clero latino.—Caracteres de la religión moscovita.—Deseos y esperanzas.—Conclusión.

No conozco fuente de culpas y errores, como trocar los criterio, cual suelen trocarse los frenos, y mirar con unas facultades ó potencias del alma los objetos y los ideales que deben mirarse con las respectivas facultades dadas por el cielo para cada función intelectual y su correspondiente ministerio. Entrar con un criterio metafísico en la política, tan llena de minucias, es como entrar en la química con el telescopio reservado á las exploraciones astronómicas. Tal ha sucedido al bueno de Salmerón y Alonso con su asamblea de Badajoz. Como necesitaba la lente que tenemos en el espíritu para mirar lo infinitamente pequeño, y se ha puesto en las narices el cristal telescópico en que lo inmenso y sus astros se reflejan, como en el océano infinito, no ha hecho más que dar tropezones y conseguir para los republicanos portugueses, sospechosos ya de iberismo, una impopularidad allende el Guadiana, tan extensa como la que aquende alcanza el malhadado krausismo. Lo más indispensable á un político es conocer lo posible y medir lo real. Nadie convencerá jamás á los portugueses de que nosotros en España gustamos de su nacionalidad, y no hay medio de convencerlos, porque dejaríamos de ser españoles en realidad, si gustásemos de semejante desgracia para la patria común ibera, es decir, para la nación y Estado único que debieron formarse desde fines del siglo xv sobre la Península en bien y engrandecimiento de todos. Así, hemos lanzado una carcajada homérica oyendo que derramará España su sangre por la independencia lusitana, cuando la verdad es aquesta: la independencia lusitana no

tiene que temer cosa ninguna de nosotros, por no querer España guerras asoladoras impropias de nuestro siglo, apropiaciones absurdas como las de Polonia por sus correspondientes tiranos, y conflictos perpetuos con súbditos que nos darían tantas pesadumbres como los bohemios á Viena, como los daneses y alsacianos á Berlín, como los croatas á Pesth, como los polacos á Petersburgo; pero si nada tiene que temer la independencia portuguesa de nuestras ambiciones hispánicas, por estar decididos y resueltos á respetarla, también estamos decididos y resueltos á no derramar por ella ni la gota de sangre que se saca con un alfiler de la punta de un dedo. ¡Pues no faltaba más! Así, el político de cuenta que hay en la coalición republicana, el Sr. Pí y Margall, ha cogido la palmeta, y le ha puesto al catedrático las manos como solían ponérselas los dómines del antiguo régimen á sus contados discípulos. Con esto queda toda la política exterior del señor Salmerón desautorizada por un anatema pontificio del grande Lama de la ciencia revolucionaria. Si luego este mismo lo excomulga por su política interior, lo excomulga por los tres partidos republicanos que el Sr. Salmeron quiere, cuando se necesita uno sólo; y á las excomuniones de Pí y Margall por causa del dogma salmeroniano, se unen las excomuniones del Sr. Zorrilla y demás revolucionarios por causa del continuo discurso castellarino que pronuncia en todas partes contra la revolución y por la paz, en

verdad os digo que no ha hecho un viaje á Extremadura el filósofo, ha hecho un viaje á Indias.

Ninguna esperanza revolucionaria se mantendría en España si el partido liberal dirigiera su pensamiento al objetivo supremo de nivelar los presupuestos, y después de meditar mucho sus ministros las reformas que deben intentar, las formularan con rigor, y formuladas ya, las mantuviesen con empeño, colocándose alrededor suyo una mayoría compacta y resuelta, con principios fijos y método claro. El ejemplo de cómo se llevan á término las reformas audaces por los ministros y por los diputados, convencidos de su bondad, está en Inglaterra y en Gladstone. Pero dentro del cuerpo de la política española van entrando ya los malos hábitos de las dimisiones continuas presentadas por los ministros á cualquier quítame allá esas pajas, y los peores aún de la indisciplina y el descontento sistemáticos en las mayoría, á cada paso desbandadas y disueltas moralmente. Por indisciplina de la mayoría cayó el gobierno republicano; por indisciplina de la mayoría el gobierno conservador último; por indisciplina de la mayoría caerá el gobierno liberal, si Dios no lo remedia. Dónde van aquellos partidos que se disciplinan y aquellas Cámaras que se disgustan de todos los gobiernos, derribándolos á capricho, muéstralo claramente Francia en su estado de hoy. Todo cuanto puede tener el pueblo más feliz de la tierra, tiénelo Francia: libertad completa, igualdad democráti-

ca, una clase trabajadora como ninguna otra, la riqueza más copiosa, la industria más adelantada, el trabajo más activo, el comercio más floreciente; pero como no tiene gobierno estable ni mayoría parlamentaria decidida; es como si no hubiera cosa ninguna, y unas veces los huelguistas de las minas de Carmeaux, y otras veces los comuneros de la Bolsa del trabajo, y otras veces los estudiantes de la Universidad Central, como sucede ahora, ponen á la nación entera en trance de muerte con sus perturbaciones, demostrativas de una incompatibilidad allí tan profunda entre la libertad y el orden, que pueden rodar todos hasta los abismos de una irremediable anarquía, y en estos abismos tropezar con la más deshonrosa dictadura. Durante los conflictos entre la policía y la estudiantina parisienses en el Barrio Latino, los representantes de la juventud han carecido de mesura en sus protestas á las penas judiciales que sus calaveradas, y no la magistratura, les han infligido; pero la policía, por su parte, se ha mostrado completamente falta de aquella circunspección indispensable á quien debe mantener el orden con fuerza, pero sin caer en la violencia y sin maltratar, y menos malherir, á los ciudadanos. Agentes que cogen una fosforera de loza y la despiden como una bala de cañón, hasta el extremo de matar á un joven inofensivo que, sentado y descuidadísimo, toma café y recibe un daño en pleno París, sólo concebible allá en los bosques de las tribus salvajes, francamente, merecen

acre censura. Mas cuando los ciudadanos se truecan en agresores, nada más fácil que los agredidos, por mantener el orden, se conviertan en criminales, pues la guerra solamente obedece á la fuerza, y la fuerza tiene, como la muerte, una inevitable ceguera. Demostraciones tumultuosas, combates á porfía, barricadas como en las grandes revoluciones, heridos á cientos, pedradas á miles, tanto entuerto cometido y tanta sangre derramada en estos conflictos, atribúyese á la falta en Francia de mayoría y de gobierno.

No se van á encontrar mejor en Alemania. Por el escrutinio definitivo y supremo, el gobierno alcanza una mayoría, corta de suyo, pero al cabo mayoría, para las leyes militares. Mas no debe su triunfo ufanarse, pues con mayorías escasas viven los gobiernos británicos; pero no se repite tal curioso fenómeno aquí en el continente; donde con mayorías cortas no se puede vivir vida larga. Lo que resulta de las elecciones ya claro es lo siguiente: la parte feudal y reaccionaria del Imperio queda petrificada en sus viejas supersticiones y está en sus trece; la parte del centro parlamentario, la que llamamos católica, se muestra rota en dos fracciones capitales, una conservadora, que Huen preside, gran partidario de la reconciliación estrecha con el Imperio, y otra democrática, que preside Lieber y que rechaza toda inteligencia; el partido nacional vuelve con su antiguo número y sirve de punto á la palanca que mueve el canciller Caprivi en compañía del emperador

Guillermo; disminuyen mucho los demócratas, numerosísimos antaño, al punto de que su gran orador, Richter, ha estado á dos dedos de naufragar, y ha por completo el sabio Virchou, el primer fisiólogo germánico, naufragado; y el socialismo en tales términos crece, que los ánimos llegan á espantarse, pidiendo, en la neurosis generada por el terror, una reacción que recrudecería todos los males sin remedio ninguno. El socialismo se desvanecería por sí solo en Alemania, si el Imperio atendiese á la mejora social de los alemanes por el desarme de sus ejércitos y por la disminución de sus tributos. Si este pueblo pensador fuera un pueblo político, cual Inglaterra lo es, no hay nada que decir; concentraría su pensamiento y su voluntad en una mejora práctica, y concluiría recabándola forzosamente del Emperador y del Imperio; pero como no es un pueblo político, ni por sus tradiciones, ni por su complexión fisiológica, ni por su naturaleza moral, opone á males tan extensos como los provenientes del cesarismo pretoriano, remedios tan ilusorios y vanos como los provenientes de las indecisas utopías, á cuya totalidad llamamos socialismo.

Lo cierto es que da pena poner en parangón las ideas que ha concebido Alemania, su ley del progreso, su concepto del derecho, su crítica histórica, su lucha con todos los poderes espirituales capaces de oprimir la conciencia, su saber inmenso, con su viviente realidad, su imperio cesáreo, su aristocracia militar, su Cámara de los se-

ñores, su orgullo protestante, sus residuos feudales. Hoy mismo la mano del Parlamento alemán se ve casi forzada por el poder monárquico á ceder en la cuestión del armamento y del ejército una parte considerable de sus fueros. Hoy mismo el feudalismo de los pequeños Estados encuentra valedores en la prensa, en la Cámara, en el gobierno. Hoy mismo la resistencia al principio de la libertad del pensamiento demuestra cuán arraigadas están las jerarquías aristocráticas en Prusia. Hoy mismo el combate á muerte con los judíos prueba cuán lejos se halla el pueblo pensador y progresivo de la separación necesaria entre las creencias y el Estado. Es indispensable que entre plenamente en la realidad, que la abra-se en el fuego de sus ideas. No se diga que el doctor Fausto es la personificación del ideal germánico. Evoca el genio de la vida y el genio del arte; lleva en su frente el verbo divino de la idea que esclarece todos los mundos, y á su lado el espíritu del mal que pone límite á todas las cosas; descompone en su retorta alquímica las sustancias dentro de su laboratorio, y va errante por las cimas de las montañas á escuchar la voz que sale de las cavernas, á recibir el rayo de la luna y las gotas del rocío, á sumergirse en la vida universal; se conmueve delectando las palabras iniciales del libro de la ciencia y oyendo al son del órgano y de la campana los cánticos sagrados en la alborada de Pascua; estrecha contra su corazón desde la pobre Margarita, que sólo ha salido de su hogar al templo, hasta la

sensual Helena, adúltera con los dioses y con los hombres, en cuyo lecho ha muerto Troya y ha nacido Grecia; baja desde los nebulosos picos del Brocken, donde las brujas vuelan á su antojo como aves nocturnas en noches eternas, hasta los festines de los dioses antiguos, donde bebe el vino viejo de la inspiración, á la sombra de los mirtos, al rumor del torrente coronado de adelfas, en la copa cincelada por la mano de Fidias, entre los coros ebrios de poesía y de vida; oye el choque del martillo de Thor en el yunque, el redoblar del tambor mágico en la selva, el cántico de la sirena en las ondas jónicas palpitantes de amor y coronadas de espumas, y la letanía mística bajo las bóvedas de la catedral gótica; recorre, así las raíces del universo como sus frutas de oro que se llaman soles, planetas; así el sentimiento en sus primeras apariciones como la idea en sus últimas metamorfosis; y después de tantos esfuerzos y trabajos, proclamando siempre y en todas partes la acción, su único verdadero hijo es aquel homúnculo extravagante, engendrado en la redoma de la química por las combinaciones de la ciencia, y no en la matriz de la naturaleza por los milagros del amor; su única obra, la salvación de aquel emperador vulgar y mediano; su único porvenir, perderse como nube de aroma, sin personalidad y sin alma, entre las flores místicas y los cantos armoniosos de un cielo panteísta. Prefiero la pobre Margarita, personificación de la buena y blonda Germania, seducida por sus

sabios en su casta ignorancia, y abandonada á sus penas sobre cuna de húmedas pajas en oscuro calabozo, porque la pobre Margarita, á lo menos, ha sabido amar y morir.

Vamos á otros asuntos. El que hoy priva sobre todos es el movimiento religioso despertado por el último Congreso de Jerusalén, donde se ha controvertido el dogma que más une á las Iglesias cristianas, el dogma eucarístico. Por tal modo la cena de Cristo queda en el cristianismo, que los mayores cismas y las mayores herejías no han podido alterarla; y ora por el principio teológico de la transustanciación, ora por el principio moral de la conmemoración, todos los cristianos tenemos que comulgar en aquella cena donde Dios vistió á los mortales de su carne inmortal y difundió en nuestras arterias y venas su divina sangre. Nada tan aprovechable, pues, para un proyecto de unión entre las iglesias todas como el Congreso eucarístico, que recuerda un dogma común á todas las creencias, y más celebrado como ha sido en Jerusalén, por todas reverenciada y querida. León XIII, con esa clarividencia que tanto le distingue, ha visto en estas reuniones un reclamo á la unión, y se ha propuesto prepararla con sumo arte y requerirla de todos los cristianos con aquella soberana prudencia que constituye la característica de su genio, inspirado y mesuradísimo al mismo tiempo. No cometerá ninguna imprudencia, pero tampoco perdonará ningún medio hábil para sus fines, ni desandaré el camino

andado. Así, los obispos de Oriente, los esclavones desde una parte, y los helenos desde otra, poco á poco han ido enviando hacia Roma emisarios con el encargo de ver al Supremo Pontífice y estudiar en su compañía la magnitud inmensa del número de dificultades opuestas por los siglos á todo pacto de inteligencia y los medios de superarlas en cuanto las fuerzas humanas lo permitan. Yo creo que no hay como el método hegeliano para mostrar la dialéctica de los hechos, y que á virtud, por obra de tal método, debemos todos los cristianos ver las dificultades históricas opuestas á la unión de los griegos con los latinos, y superarlas, después de tal estudio, en lo posible. Atiéndame un poco quien leyere, pues el asunto aparece hoy con una inmensa importancia.

Nada más vulgar que decir muertas y aniquiladas todas las religiones, y nada más contrario á la verdad de los hechos, ni más distante del estado mental de nuestra Europa. El dolor, la duda, la muerte, la oposición entre lo ideal y lo real, nuestras múltiples aspiraciones sin satisfacción posible, la presencia de lo infinito que tocamos fuera de nosotros en el universo y que dentro de nosotros tenemos encarnada en nuestras ideas; todos estos y otros muchos elementos componentes del humano ser nos dan una íntima naturaleza religiosa, de la cual no podríamos desasirnos sino desasiéndonos de nosotros mismos y quebrantando leyes esenciales á nuestra existencia. Se procede con la religión como se ha

procedido muchas veces con el arte que encanta, con el amor que perpetúa, con el deber que purifica á la humanidad. Se elimina la religión de nuestro ser, como Platón eliminó los poetas de su ideal sociedad y los estoicos el dolor de su contrahecha naturaleza. Pero contra estos sistemas exclusivos y sobre estos sistemas exclusivos se levanta nuestro ser, buscando en el corazón, en el arte, en la religión, en la metafísica, en todo cuanto ha condenado la arbitrariedad de los sistemas, consuelo á sus dolores, bálsamo á sus heridas, esperanzas á sus desengaños y á sus desencantos, idealidad purísima contra las tristes y amargas realidades del mundo. Religión y filosofía tienen el mismo objeto: la misteriosa trinidad que componen Dios, la Humanidad y la Naturaleza, trinidad sentida en la esfera de la religión y pensada en la esfera de la filosofía; trinidad creída por los fieles y razonada por los pensadores; trinidad que á los ojos de aquéllos aparece entre los arreboles encendidos del misticismo y á los ojos de éstos en las cimas quizá menos bellas, pero más reales, de la ciencia; trinidad que contiene todo lo existente y todo lo posible, animando por lo mismo con su esencia desde las ideas más sublimes hasta los más sencillos hechos. La religión es un océano que todo lo contiene. Y he aquí por qué no podría comprenderse jamás la cuestión de Oriente si no se comprende por previo y especial preliminar la cuestión religiosa en Oriente, la cual encierra

y entraña todas las demás cuestiones, y explica muchas de sus fases y muchos de sus fenómenos.

La historia europea es como una lucha perpetua entre el Oriente y el Occidente. La abre casi el sitio de Troya, en que los occidentales violan el territorio de Asia y sacuden las columnas de sus templos para que despidan las ideas, como suelen sacudirse las ramas de los árboles para que despidan las frutas. Y la continúan los combates de los griegos con los persas, de Alejandro con los asiáticos, de Roma con Cartago, como si esta oposición fuera una eterna ley de la historia. Cuando vinieron las dos grandes unidades, que comprendían la vida del mundo antiguo y precedieron á la vida del mundo moderno, la unidad latina y la unidad cristiana, estalló también esta soberana contradicción entre el Oriente y el Occidente. La unidad latina se rompió por la fundación de Constantinopla que creó el Imperio de Oriente; y la unidad cristiana se rompió también por Constantinopla que creó la Iglesia de Oriente: tan cierto es que hay una correlación misteriosa entre los hechos de la conciencia y los hechos de la política, entre la metafísica y la vida, entre las creencias y las instituciones. Constantinopla representó una reacción contra Roma desde los primeros días de su nacimiento. Y por esta causa Constantinopla abraza la religión de los humildes, la religión de los desgraciados, la religión de los pobres, el cristianismo, mientras que Roma conservaba la soberbia religión

de sus patricios, la antigua religión pagana. Así, en cuanto Roma, forzada por el avasallador genio de Teodosio, tuvo que convertirse á la religión de Constantinopla, ideó la magistratura teológica de sus Papas, á fin de que continuara la magistratura política de sus Césares. Y sin embargo, Constantinopla, por haber sido antes cristiana, humillaba á Roma y le imponía un exarca que de vez en cuando iba, ó bien á profanar una ruina, ó bien á exigir un tributo, ó bien á imponer una servidumbre. Roma entonces comienza á sublevarse; su carácter republicano se une al carácter pontificio; sus monjes, que parecen evocaciones de las Catacumbas, toman como la majestad de los antiguos tribunos; la insurrección se generaliza contra el imperio y contra los emperadores de Constantinopla, hasta lograr desasirse completamente de su funesto exarcado y mostrar al mundo oriental, tras la tiara de los Papas, la espada de los emperadores de Occidente.

¡Cuán grande contrariedad para los griegos, que se creían los continuadores del antiguo Imperio romano, esta creación del imperio occidental ungi-do por el óleo de las ideas romanas y apoyado en los Pontífices de Roma! La oposición, que está en la naturaleza de las cosas, estalla en los hechos de la historia. El Oriente y el Occidente vuelven á combatir como en el sitio de Troya, como en las guerras pérsicas, como en la conquista de Alejandro, como en la furia púnica de Aníbal. Jamás una idea tan armónica y

sintética apareció en la historia como la idea cristiana. Los principios judíos respecto de Dios y los principios griegos respecto del Verbo; el monoteísmo semítico de Jerusalén unido á la trinidad aria de Alejandría; el sentido religioso de los orientales combinado con el sentido práctico y moral de los latinos; los apóstoles y los apologistas perteneciendo á las ciudades capitalísimas del mundo, desde Jerusalén hasta los últimos extremos de Africa y de Europa; todas estas combinaciones de contrarios elementos, que formaban y componían la unidad de doctrina, apropiada como ninguna otra á todo el género humano y á todo el planeta, no dieron la paz al mundo; y la serpiente oriental se levantó, personificada en la Iglesia oriental, á perder al Occidente, como todas las magias y todos los sortilegios y todos los encantos del Asia se habían personificado siglos antes en Cleopatra para perder á Roma. Las causas principales, pues, de la ruptura entre el Oriente y el Occidente, fueron: 1.^a, la oposición eterna del espíritu griego y del espíritu latino; 2.^a, la supremacía, disputada siempre, entre los Papas de Roma y los patriarcas de Constantinopla; 3.^a, el dogma de la procedencia del Espíritu Santo, que, según los griegos, proviene solamente del Padre, y, según los latinos, del Padre y del Hijo juntamente; *patri filioque procedit*; 4.^a, el culto de las imágenes, durante cierto tiempo entre los orientales prohibido, lo cual dió ocasión á la terrible guerra de los iconoclastas; 5.^a, la na-

turalidad de las penas del purgatorio; 6.^a, la calidad del pan ácimo para la comunión; 7.^a, el nacimiento de ese imperio occidental, en quien vieron siempre los ciudadanos de Oriente un desacato terrible á su primacía nativa y una sublevación contra la autoridad que habían del gran Constantino directamente heredado para regir y gobernar todo el mundo. ¡Ah! La contradicción arraigaba tan profundamente, que cuantas tentativas se idearon para arribar á la unión, salieron fallidas; y ni las dos conquistas de Constantinopla, en el siglo xiii por los latinos y en el siglo xv por los turcos, lograron restablecer la unidad falta de bases sólidas allí donde únicamente podía fundarse, en la fe y en la mente de los pueblos enemigos, de las dos razas irreconciliables. Así es que, á mediados del siglo xv, en la ciudad por excelencia del Renacimiento, á las floridas orillas del Arno, los representantes de la Iglesia griega y de la Iglesia latina se reunieron en el mismo Concilio y llegaron al acuerdo de común símbolo y doctrina. Los tiempos del Evangelio renacían, la unidad del Espíritu humano se fundaba, el espíritu griego y el espíritu latino se confundían, cuando, al llegar á Constantinopla, envanecidos de su triunfo, los prelados griegos se encontraron tristemente con que el pueblo rechazaba toda avenencia y prefería en su angustia caer bajo la cimitarra de los turcos á entrar en el pacto con los romanos. Algún prelado, al ver esta ceguera en frente de tan grave peligro, abandonó

la concordia rechazada del pueblo, pero murió de pena al pie de los altares.

Cuando, á la hora de reunirse el Concilio Vaticano, Pío IX, Papa de Roma, se dirigió al patriarca de Constantinopla, encontró la misma negativa á sus demandas de conciliación que hubiera encontrado si viviese todavía Phocio y todavía reinara en el mundo la intolerancia de la Edad Media. Y la verdad es que la parte teológica del cristianismo se debe muy principalmente al genio oriental y al genio griego. La idea madre de la religión cristiana, la idea de Dios, judía es; el Verbo, la segunda idea cristiana, platónica es; la Trinidad, que completa estas dos anteriores ideas, alejandrina es; el cuarto Evangelio está todo él inspirado por los sistemas neoplatónicos y escrito en el mismo archipiélago donde brotara el poema de Homero; los Concilios que han definido el dogma y que han soterrado la herejía, compuestos están de padres griegos y asistidos por la griega ciencia; los primeros apologistas loan la nueva religión en la antigua lengua de Demóstenes; el símbolo de la fe, que resuena en todas las iglesias del mundo, débese á Atanasio; el combate con la herejía, que tanto contribuye á la afirmación y al desarrollo de los dogmas, débese á las escuelas de Alejandría y Capadocia; toda la parte trascendental y divina de la nueva fe, á los mismos que representarían la filosofía y el arte en la antigua historia. Así, oyendo á los griegos, se echa de ver en seguida su irreconciliable enemistad con los latinos, enemistad nacida de aquel orgullo he-

lénico, que, justamente envanecido de la luz proyectada por su inteligencia en la humanidad, no quiso nunca reconocer ni competidor ni rival en la elaboración y producción de las ideas cristianas. Yo he oído á muchos griegos juzgar la religión romana desde el punto de vista exclusivo que inspiran las supersticiones de raza y los privilegios de estirpe. Roma, para ellos, significa fuerza, y esa fuerza ha pasado á todos los tiempos y ha comprendido á todas las instituciones romanas. Y en nombre y por virtud de esa fuerza, Roma, que debiera haber sido tolerante como todas las ciudades paganas, adoradoras de múltiples dioses, se erigió en ciudad intolerante como Jerusalén, como Damasco, como cualquiera de las ciudades monoteístas, y crucificó á Cristo en el patíbulo de los esclavos, *servile supplitium*, que decía Tácito. Y luego Roma persiguió á los cristianos hasta llegar á decir cómo antes se acabaron los verdugos que las víctimas. El cristianismo hubiera perecido en Europa, desarraigado por la persecución, como pereció el protestantismo en España por la persecución desarraigado, si antes de dar todas sus consecuencias naturales la persecución aquella, no se fundara providencialmente Constantinopla. Su gran fundador, Constantino, es también el fundador de la libertad religiosa, pues su gloria no se debe tanto á haber abrazado el cristianismo como á haber establecido la libertad de cultos, enarbolando el signo que mejor la personifica, el signo de la Cruz. Si Roma

continuara con la capitalidad del imperio, no se estableciera jamás la nueva religión entre los hombres, como lo demuestra la reacción de Juliano, reacción que, bajo la apariencia de culto profundo á las ideas griegas, representa esfuerzo sobrehumano para retrotraer la nueva vida á las reaccionarias instituciones romanas. Vencidos por la Providencia los romanos, convirtieron sus obispos, que desde el triunfo de las nuevas ideas nombraba Constantinopla, en césares absolutos. Así, la costumbre que tienen los Papas de cambiar el nombre de bautismo por otro nombre pontificio proviene de fines del siglo x, cuando el jefe de Roma, para ocultar su origen mundanal, cambió el nombre de Octaviano, después de haberse apropiado el gobierno de las almas y la administración de las iglesias, por el nombre de Juan XII, nombre que señala el atentado mayor á los principios y á los dogmas cristianos, la confusión entre lo terreno y lo divino rota por la sublime palabra de Cristo. Desde esta hora tristísima comienza para los griegos la obra romana por excelencia, la cual consiste en paganizar el cristianismo, ya que no puede resucitar el paganismo.

De esta suerte llegó un día tristemente célebre, en que el patriarca Miguel Cerulario y el Papa León IX consumaron el rompimiento entre Roma y Constantinopla, rompiendo con él también la unidad de la Iglesia cristiana. Miguel era un ambicioso, y León un señor feudal; Miguel un potentado político, y León un instrumento de polí-

tica ajena; Miguel un intrigante que se gloriaba de haber montado en las palmas suyas el emperador bizantino de su tiempo al imperio, y León un siervo, un cortesano que se gloriaba de haber recibido la tiara de manos de Enrique II y de sus gentes; y así ambos por igual mezquinos y por igual débiles, ambos vanos y ambiciosísimos, ambos vestidos siempre como aparatosos comediantes y tocados como débiles mujeres; ambos aspiran en sus miserias á un dominio universal, que trajo el universal rompimiento entre las dos grandes porciones del mundo cristiano y la desgracia universal de nuestra Iglesia. De aquí siempre, según los griegos, provinieron los medios empleados por Roma para crearse un poder político enfrente del poder religioso oriental; de aquí provinieron los cónclaves ó diminuta oligarquía designadora de los Papas, contra las leyes cristianas que llamaban á la elección pueblos é Iglesia; de aquí las guerras religiosas y las cruzadas contra los herejes que despertaban las antiguas persecuciones del romano imperio; de aquí las falsas decretales que creaban mentidamente títulos y poderes antes desconocidos; de aquí las órdenes monásticas convertidas en milicias pontificales, y llamadas á sostener la supremacía romana en toda la tierra; de aquí la Inquisición, que empleaba el tormento como medio legítimo de persuasión y el fuego como verdadero impulsor á la propaganda; de aquí los jesuitas organizados como un ejército permanente para infundir la obediencia

cia y sostener en la obediencia el carácter individualista moderno; de aquí, por fin, esa elevación á dogma del poder temporal, contrariamente á la palabra de Cristo, que declaró no ser su reino de este mundo, y al ejemplo de Cristo, que rechazó las tentaciones de Satanás cuando le ofrecía todos los espacios de la tierra.

La Iglesia oriental no ha tenido necesidad alguna de esos instrumentos de imperio y de dominación, según los griegos. Su espíritu se inspira en los primitivos tiempos del Cristianismo; su gobierno tiene el carácter esencialmente constitucional y hasta republicano; el patriarca de Constantinopla posee una dignidad de mero honor en estas hermandades de verdaderos obispos estrechamente unidos; los Concilios ecuménicos han regulado el dogma, y los sínodos, parlamentos de menor cuantía que los Concilios, han regulado la disciplina; ningún siervo de Dios pretende el dominio de la tierra; y todos, unidos por la comunidad de creencias y de sentimientos, mantienen la fe viva y adoran á una en espíritu y en verdad la Divina Persona de Cristo y sus admirables revelaciones. Es cierto que en el seno de la religión griega ha habido los aspirantes á dominios terrenos, los cuales han plagiado la ambición romana, como Pedro el Grande, fundador de un sínodo, cuyo principal ministerio consistía en someter la Iglesia al Estado; pero también es cierto que, al fundar el sínodo y dirigirse al patriarca de Constantinopla, no obtuvo contestación, sólo

concedida más tarde á los sinodales mismos, que le hablaban sin el Czar ni su consentimiento, porque los patriarcas de Constantinopla fueron siempre defensores acérrimos de la libertad y de la independencia de su Iglesia. En todos los dominios regidos por el cristianismo oriental no había más que un solo gobierno verdaderamente teocrático, el gobierno de los príncipes-pontífices de Montenegro. Como los Papas de Roma vinculaban en sí el poder temporal y el poder espiritual juntamente, los príncipes de Montenegro los vinculaban también; como los Papas de Roma se creían herederos de San Pedro, creíanse los príncipes montenegrinos herederos del apóstol más cercano á San Pedro, herederos de San Andrés; como los Papas de Roma fingieron una donación territorial de Constantino, los príncipes de Montenegro alcanzaron una donación territorial de Basilio II; como los Papas de Roma dirigían lo temporal y lo espiritual, los príncipes de Montenegro decían misa y mandaban ejércitos, cogían la cruz y empuñaban la espada, dirigían oraciones al cielo y mandatos á sus vasallos; y después de haber leído en la Iglesia que el reino de Dios no pertenece á este mundo, subían á su trono temporal; y después de haber meditado las imperiosas palabras con que Cristo imponía á Pedro que envainara su espada, esgrimían la suya en defensa de Cristo, convertido por la persona de su representante montenegrino en César y general de los ejércitos como pastor y sacerdote de las al-

mas. Pero el espíritu de nuestro siglo penetró en aquellas negras rocas de la antigua Iliria. Por 1852 subió al trono un príncipe joven llamado Danillo, que había meditado sobre el espíritu de nuestro siglo y sobre la naturaleza de las instituciones que puede sostener y soportar. Y pretextando un viaje á Petersburgo para ver confirmada su autoridad religiosa, dirigióse á Viena, y en Viena renunció á su Pontificado, por creerlo contrario y opuesto á la autoridad temporal, conjurando á sus pueblos á que eligieran un obispo separado del monarca y reconocieran el principio cristiano por excelencia, la división natural entre dos grandes poderes sociales, de los que uno debe dirigir el mundo y otro la conciencia.

Ante estos ejemplos, los griegos se extasían y declaran que Iglesia de tal naturaleza, capaz de imponer esos sacrificios, tiene grandes probabilidades de renovar por sus dogmas y por sus prácticas la moderna civilización. Su gobierno y su administración parecían á sus principales sectarios el gobierno y administración de los tiempos evangélicos, por las felices combinaciones entre el principio de variedad y el principio de unidad. En lo antiguo, el patriarca de Constantinopla nombraba los obispos á su arbitrio, y este nombramiento llenaba, como es natural, de hechuras suyas todos los Estados. Y dentro del Oriente, como dentro del Occidente, se había producido por precisión en la rica variedad de la vida, la variedad también de las nacionalidades. El espíritu que en di-

versos grados de desarrollo se encarna, el espíritu aparece como espíritu de nación antes de ser espíritu de raza y antes de ser espíritu universal de la humanidad, donde terminan sus progresiones. Y al espíritu nacional de cada uno de los pueblos cristianos nacidos en Oriente, repugnaba tener obispos extranjeros, fuera de los límites de su nacionalidad, y sometidos para mayor desgracia á un jefe infieles, al sultán de Constantinopla. Ante este inmenso peligro, no hubo más remedio que constituir un jefe espiritual dentro de cada Estado; rodear este jefe de un sínodo religioso que lo esclareciera y le auxiliara; mantener relaciones con la sede primera del helenismo, con la ciudad de Constantinopla y con su jefe el Patriarca, á fin de que á la individualidad de los griegos y á su nacionalidad correspondiese un elemento que completase todas esas evoluciones en la universalidad de la Iglesia griega, cuyo seno debió confundir Dios y la humanidad por una difusión del espíritu divino en las venas del hombre y por una exaltación del hombre hasta lo eterno y lo perfecto. Así, por medio de los sínodos existentes en cada una de las nacionalidades helénicas, desde Petersburgo hasta Belgrado y desde Belgrado hasta Atenas, se realiza el principio de variedad nacional, y por medio del patriarca, el principio de unidad cristiana, cumpliéndose de esta suerte una ley misteriosa que obedece á los elementos universales del Espíritu, de la Naturaleza y de la Historia. De

aquí muchas esperanzas en la Iglesia griega.

Y estas esperanzas se exaltan á impulsos del dolor cuando recuerda el corazón despedazado la toma de Constantinopla, la profanación del templo, la caída de sus altares, la desaparición de sus mosaicos, la ruina del santuario, la sustitución de la cruz griega por la media luna musulímica, la entrada de Mahomet á caballo en Santa Sofía ensangrentada, recordando la entrada de Tito en Jerusalén, y la desolación y la servidumbre de la Iglesia señora de las iglesias, y de la ciudad soberana de las gentes. Una tradición antigua consuela de todos estos dolores, una tradición que los griegos cuentan á los griegos en todas sus generaciones. Era el día de la conquista. Los fieles, que no pudieron ir á las murallas á pelear y morir heroicamente con el último de los Constantinos, se refugiaron en el templo á impetrar la divina misericordia. Decíase la misa como si nada en el exterior pasase. El aroma del incienso se mezclaba con el hedor de la sangre, el cántico de los sacerdotes con el grito de los heridos y de los moribundos, el rumor de los rezos con el estruendo de las armas, cuando en la ceremonia más solemne de la misa, el conquistador aparece como si fuera montado en el caballo fantástico del Apocalipsis, asemejándose á los ángeles exterminadores, con la cimitarra chorreante de sangre en las manos y los relámpagos de la cólera guerrera en los extraviados ojos. El sacerdote interrumpe el Santo Sa-

crificio y huye con los fieles. La puerta por donde huye se tapa milagrosamente y desaparece. Mas pronto caerá la media luna, y entonces el sacerdote fugitivo se levantará de su sepulcro para celebrar esta pascua de su raza. La puerta volverá á abrirse por sí misma. La misa, que había dejado interrumpida por cuatro siglos, se reanudará en el mismo instante. Las lámparas de oro vendrán como un enjambre de estrellas á encender en el santuario su lumbre. Y Santa Sofía resucitada será más hermosa que en tiempo de Constantino y de Justiniano, como María en su Asunción á los cielos, ó como Cristo en la mística montaña del Tabor. La ortodoxia griega se muestra, pues, á la manera del antiguo rito mozárabe español, como la más formidable enemiga de la religión musulmana y como la más viva encarnación del Cristianismo. Pero no cabe dudarlo. Hasta la hora de su separación definitiva del catolicismo, la religión griega estuvo llena de vida, de ideas, con esa profunda interioridad psicológica que anima á las religiones vivas y les da verdadera virtud para saciar la sed del espíritu y calmar sus acerbos dolores. Todas las ideas de la filosofía entraban á una en su seno como ricos manantiales filtrados desde la razón humana en la fe sobrehumana. Todos los pensadores iban á su regazo, completando las ideas platónicas con las ideas cristianas. Como aquella rica lengua griega no parece capaz de ninguna debilidad ni de ninguna decadencia, la literatura heleno-cristiana

competía con la antigua literatura clásica y continuaba su inmortal hermosura. El Crisóstomo hablaba una lengua tan dulce y san Basilio una lengua tan enérgica como los primeros escritores, bien al revés de esa literatura latina, herida desde el principio de los tiempos eclesiásticos de una irremediable decadencia y de una hinchazón que se confunde con la hinchazón de la muerte. Mas digamos toda la verdad; en cuanto el divorcio se consuma entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente, el helenismo eclesiástico decae, la antigua idealidad se extingue, y una vida mecánica y una fuerza temporal sustituyen al vigor de los dogmas y á la riqueza y á la variedad de las ideas. La ortodoxia griega se somete al Estado y se convierte en puro instrumento del Estado, en rueda de su máquina. El patriarca no dependerá de los Papas de Roma, pero pasará á cortesano primero del emperador. Las grandes discusiones sobre Dios, el Verbo, el Espíritu Santo, se reemplazarán por las disputas y los ergotismos teológicos acerca de oscurísimos puntos é intrincados é indescifrables problemas. Los circos sucederán á los Concilios, y los azules y los verdes á los sabios elocuentes y á los padres virtuosísimos. Por el Trisagio, por el pan de la cena mística, por otras mil cosas teológicas, se empeñarán batallas en las cuales una mitad de los vencidos caerán muertos y otra mitad esclavos, no quedando más recurso que el sepulcro ó el mercado. La pasión religiosa encenderá los

ánimos, y los ánimos, encendidos de ira, incendian los templos y hospitales, donde mueren carbonizados millares de creyentes y millares de enfermos. La Iglesia latina podrá servir de ejemplo para demostrar cuán débil es un Estado que se somete al clero; pero la Iglesia griega servirá de ejemplo para enseñar cuán débil es un clero que se somete al Estado. Poco á poco, los emperadores bizantinos concluyeron por hacer de la religión una rueda mecánica del Estado. Y esta rueda llegó más tarde á caer en manos de los turcos, que la explotaron para montar la máquina de servidumbre donde debía languidecer el espíritu cristiano. Reprodújose muchas veces aquel tris-tísimo espectáculo de la España árabe, tan deplorado por todos los escritores cristianos y mártires, aquel espectáculo de un califa cordobés presidiendo sínodos cristianos, firmando símbolos y declaraciones de fe, árbitro de nuestras diferencias, juez de nuestras herejías, jefe de nuestra Iglesia, que encontraba fácilmente por la simonía obispos dóciles, y fácilmente por el terror cristianos obedientes para que aquéllos decretaran y éstos cumplieran cánones opuestos á la fe de Cristo y á los dogmas de la Iglesia, sobre cuya santidad se sobreponían las exigencias de la política y las cábalas del gobierno. La religión, por su naturaleza, no es el miedo, como suponían los antiguos al idear que el hombre alzó la cabeza á las alturas y prestó culto á lo desconocido el día que oyó bramar el huracán ó rugir el trueno; la religión es la

idea humana que tiende á lo infinito como la planta tiende á la luz; el amor inmenso que se sobrepone y vence á las sombras de la muerte; la elevación del alma á las alturas inaccesibles de lo eterno, desde donde baja en lengua de fuego la revelación con todas sus sacrosantas inspiraciones sobre nosotros; la tendencia incontrastable de nuestro frágil y deleznable ser á unirse con el ser perfecto y absoluto; la nota divina que hay en todas las artes; la melancolía infinita que hay en todos los amores; el vuelo místico hacia otro mundo mejor que hay en todas las grandes aspiraciones; la nostalgia del cielo que hay en todas las almas; el deseo de convertir la vida entera en una nube de incienso que se eleve á las alturas y se disipe en la eternidad. No existe manifestación alguna del espíritu humano que tanto necesite de la libertad como las manifestaciones religiosas. Nacidas de lo más íntimo de nuestro ser, ligadas con toda la parte moral y toda la parte espiritual de nuestra naturaleza, las manifestaciones religiosas buscan á Dios y en Dios encuentran toda su satisfacción. Si las sometéis al Estado, si las sujetáis á su arbitrariedad, si las resumís en los fines puramente mundanales, mancháis el alma, y con el barro que ponéis sobre sus alas, casi la imposibilitáis para lo infinito. Nada tan profundamente íntimo; nada tan espontáneo como la religión, que se confunde en esta espontaneidad y en esta intimidad con el amor. Desde el día y hora en que la sometéis á la fuerza, le quitáis toda su naturaleza. Así sucedió en Bizancio; y así el bizantinismo ha sido proverbial en todas las lenguas de la tierra, como una especie de mecanismo metafísico que para cosa ninguna sirve y á parte ninguna conduce.

Y esta religión, de suyo mecánica, se ha mecanizado todavía más pasando del antiguo imperio bizantino al imperio más autocrático que existe en toda Europa, al imperio ruso. Era un principio fundamental de la religión griega que la Iglesia debía ser gobernada por los obispos. Pero ha sido una práctica constante que los obispos cayesen por necesidad en manos de los emperadores. Antes de Pedro el Grande, la religión moscovita se inspiraba más en la antigua ortodoxia griega; dependía más del antiguo espíritu de Constantinopla; se embebía más en la contemplación de todos los dogmas verdaderamente helénicos, y se entregaba más en sus oraciones y en sus ritos, llevada por la natural espontaneidad de una comunión libre á las efusiones del misticismo oriental, tan propio de pueblos ligados estrechamente con el Asia, esa cuna de la religión y de la luz. Pero Pedro el Grande vino á convertir todas estas fuerzas espontáneas de un pueblo en fuerzas materiales de un imperio. Extraño carácter en verdad el carácter de este hombre extraordinario. Bajo la tutela de ambiciosa princesa en sus primeros años, adquiere toda la energía de incontrastable voluntad; circuido de amigos destinados á viciarle, hace de ellos en sus juegos infantiles el núcleo y el tuétano de su futuro

ejército; ebrio hasta la brutalidad en sus esparcimientos y fiestas, practica sencillez campesina y una sobriedad espartana en el campamento; esposo voluble, padre cruel, juez ceñudísimo que se asemeja al verdugo, siente paternales afectos por su pueblo; nacido en la barbarie moscovita, se eleva á la civilización europea; educado por monjes, se acerca á los filósofos; henchido de las tradiciones de su patria, la abre al espíritu moderno; y después de vencer á todos sus enemigos, desde los suecos á los polacos y desde los turcos á los persas, funda imperio autocrático, para que congregue y eduque aquella confederación de razas bárbaras, difícilmente mantenida bajo la sombra de un solo cetro; y para hacer más uno este imperio, suprime al patriarca, que pudiera ser considerado como un rival de emperador, y sustituyéndolo por el sínodo, semejante á un senado político, se eleva como uno de aquellos déspotas asiáticos cuyo recuerdo todavía pesa á manera de horrible pesadilla en la historia, se eleva, gigantesco, inmenso, absorbente, sobre la conciencia y sobre la tierra.

La religión desde este punto aparece como pura razón de Estado. El Czar niega ser jefe de la Iglesia; no lo es en apariencia, porque esa jefatura queda personificada en el sínodo. Pero á poco que el sínodo se examine resulta como una fábrica burocrática de someter almas rebeldes al emperador, sellándolas con el indeleble sello de su autoridad y de su nombre. La fundación del sínodo fué un golpe de Estado re-

ligioso. Por ella penetró el Czar, con su látigo y su cetro, su espada y sus espuelas, en la conciencia de sus vasallos, y se asentó sobre sus almas. Tres catecismos principales tienen los rusos; el de Prokopovitch, que se dió largo tiempo en las escuelas; el de Platón, eminentísimo prelado de Moscou; y el de Philarete, destinado á todos los cristianos ortodoxos. Y en estos libros encontraréis los aforismos siguientes: 1.º La más alta autoridad paternal, después de Dios, es el Czar. 2.º El Czar es el primer gobernante después de Dios. 3.º El Czar no puede reconocer en la tierra ningún ser superior á él. 4.º Los directores espirituales se encuentran muy por bajo del Czar. 5.º El Czar no está sujeto á ninguna ley humana; la fe solamente puede mantenerlo en las vías de la justicia y recompensarlo. 6.º El Czar es el primer guardián y protector de la Iglesia. 7.º El Czar debe velar por todos los asuntos civiles, militares y eclesiásticos. 8.º La alta inspección sobre las autoridades religiosas, á fin de que cumplan su deber, toca de derecho al Czar. Hasta aquí las prescripciones religiosas que prueban cómo puede forjarse una religión del Estado verdaderamente al Estado sometida. Y lo mismo sucede, según el erudito Fondini, en la Iglesia de Grecia. El sínodo se compone de la asamblea de todos los obispos; pero todos los obispos no pueden tomar medida alguna sino en presencia del delegado de la monarquía y con la autorización de su firma.

Así, los diversos poderes religiosos

del mundo greco-eslavo se amoldan completamente al ideal trazado por la política y por la religión moscovitas. La Iglesia bizantina ha engendrado todas estas varias Iglesias cristiano-orientales. Por esa tendencia á la variedad que en el espíritu humano reina, como reina en la naturaleza, estas Iglesias han tendido á formar nacionalidades religiosas, independientes de su capitalidad. Reconociendo la jurisdicción teológica de los cuatro patriarcas que se asientan en las cuatro grandes ciudades de Oriente, Rusia se apartó en el siglo xvi del patriarcado de Constantinopla, y erigió para la administración, para el gobierno de las cosas eclesiásticas, un patriarcado propio, signo de su independencia, cúspide verdadera de su nacionalidad. Mientras los elementos que combatían dentro de aquel caos y las razas que batallaban se sometían al espíritu religioso, el patriarcado predominaba sobre todo á la manera del Pontífice en la Edad Media, y se interponía con autoridad entre los boyardos y sus siervos, como entre el Czar y sus vasallos. Después, en el movimiento dialéctico de las ideas, en el desarrollo, natural del espíritu, en la pujanza de las nacionalidades, el principio civil, ese espíritu vivificador de las monarquías, se sobrepuso al principio religioso, ese espíritu vivificador de las teocracias, como durante la Edad Media el feudalismo militar venció y arrolló al feudalismo eclesiástico. Y el representante de este espíritu laico, de este elemento civil, de esta especie de

filosofía del Estado que sujetaba al Estado la religión para convertirla en verdadero instrumento de autoridad, cuando no de tiranía, debió de ser Pedro el Grande, que adivinaba cómo no es dable en el mundo fundar dominación alguna que no arranque de la eterna base de todas las dominaciones, de la sumisión de los espíritus. El patriarcado pasó á la categoría de una de las conquistas imperiales; la revolución civil que debía destronar la autoridad religiosa y preceder á la revolución política tuvo por manifestación, así como entre los españoles á Aranda, y entre los portugueses á Pom- bal, y entre los franceses á Choisseul, entre los rusos á Pedro el Grande y su obra verdaderamente laica, á saber: el sínodo ortodoxo.

Döllinger, en su obra clásica *La Iglesia y las iglesias*, ha profundamente analizado la religión moscovita. La verdad es que de este erudito estudio, desempeñado con mucha elevación, aunque un tanto sometido á las preocupaciones católicas, resulta ser la Iglesia rusa una burocracia esclavizada completa y absolutamente por el imperio ruso. Las tres ciudades, Kiew, Moscou y Petersburgo, representan los tres momentos de la historia rusa. Kiew es la ciudad de los patriarcas; Moscou es la ciudad de los czares verdaderamente nacionales; Petersburgo, la ciudad de los czares semigermánicos. En Petersburgo, pues, se verifica bajo Pedro el Grande una revolución semejante á la verificada en Brandemburgo después que el marqués pasa al

protestantismo, y en Sajonia, después que el elector obra la misma conversión, á saber: que el jefe de la nación se transforma á su vez en jefe de la Iglesia. El clero ruso, convertido de clase religiosa en clase burocrática, se dirigió á Pedro I para que restaurase el patriarcado, y Pedro I, golpeándose el pecho con su acostumbrada furia, y despidiendo centellas de sus ojos encendidos, exclamó: «En mí tenéis el verdadero patriarca.» El poder de este Czar era tan grande, que logró dominar al jefe de toda la Iglesia griega residente en Constantinopla y llevarlo hasta la sanción de sus resoluciones religiosas, por más contrarias que fuesen al sentido y al espíritu de la ortodoxia. El sínodo de Petersburgo fué, como el patriarca de Jerusalén, la ciudad del Padre; como el patriarca de Atenas, la ciudad del Verbo; como el patriarca de Constantinopla, la ciudad del Espíritu; como el patriarca de Alejandría, la ciudad de la Trinidad; un dignatario superior entre los griegos y los orientales, un dignatario encargado de definir y propagar el dogma, cuando había brotado este gobierno religioso de la cabeza de un autócrata, sobre la cual no cayera jamás ni siquiera una gota del óleo santo, cuya virtud unge y consagra el sacerdocio. Y su firma de autócrata da fuerza á los reglamentos. Y su autoridad nombra á los obispos. Y el patrimonio de la corona se confunde con el patrimonio de la Iglesia. Y esta confusión de los dos poderes, tan contraria y repugnante á la naturaleza moral de los

eslavos, tiene tal fuerza, que Pedro I se ha llamado á sí mismo jefe de la Iglesia, y los demás autócratas lo han sido sin llamárselo. El obispo, nombrado por la divina voz imperial; extraído de un claustro donde no llega ni la luz de la inteligencia, ni el rumor de la sociedad; designado teatralmente, más por su corpulencia que por su alma, y más por los sedosos cabellos de su barba que por las sublimes ideas de su espíritu, ha de ofrecer un aspecto imponentísimo de majestad y grandeza, ha de elevar su frente como los santos litúrgicos y bizantinos allá en las alturas, ha de soportar el peso de su corona sacerdotal cargada de ricas piedras preciosas como un rey de los cielos, ha de mover á compás sus incensarios de oro, ha de arrastrar las dalmáticas cuajadas de preseas, ha de ser, en fin, el símbolo de la fuerza material con que los espíritus se agrupan y sostienen todos en torno de la soberbia autocracia. Ninguna comunicación estrecha entre el alto y el bajo claro; ninguna esperanza en el último de dejar su casta, sino por la degradación que lo convierte en soldado, ni mejorar su suerte, entregada á la doble tiranía del episcopado y del pueblo; silencio general en el sacerdocio que no puede predicar sino en la fiesta del emperador para sostener una obediencia sin término á una autoridad sin límites; todas las obligaciones de los esbirros impuestas al clero, hasta la de revelar á la policía los secretos de la confesión; todos los horizontes del alma

cerrados, y todas las esperanzas de otra vida superior desvanecidas, porque esta Iglesia es un ejército mecánico, con el cual sostiene un emperador omnipotente la peor de todas las servidumbres, la horrible servidumbre de la conciencia, de ese último refugio donde parece que no debiera llegar jamás ni la coacción de los tiranos, ni el eclipse de la libertad.

Pero una religión de esta suerte sometida al imperio, si desde el punto de vista filosófico carece por completo de aquella idealidad que da á las religiones carácter espiritualista é íntimo, desde el punto de vista político tiene una inmensa fuerza, y hace de los territorios verdaderos campamentos y de los pueblos verdaderos ejércitos. El Czar oprime, pero también dirige. Quita al espíritu su individualidad original y sus libertades necesarias, pero le da en cambio una fuerza de impulsión verdaderamente incontrastable. Desde los palacios á las cabañas, todos en Rusia saben el misterio que su raza está llamada á desempeñar en el pavoroso problema de Oriente. Una especie de judaísmo renovado inspira esa soberbia nacional de los pueblos jóvenes y conquistadores; la idea de un Mesías armado y batallador resplandece en el limbo que corona las sienas de los santos y en las armas que empuñan las manos de los soldados; los dogmas humanitarios de una religión divina se someten á las esperanzas y á las supersticiones de un pueblo guerrero, siendo ruso el cristianismo y pagano é

idolatra todo aquello que no sea ingé-
nuamente ruso; Moscou aparece desde el seno de la estepa al campesino encorvado sobre su labor como Jerusalén á los ojos de los israelitas, y el Czar aparece como el pontífice, como el profeta, como el enviado de Dios á los ojos de aquellas valerosísimas razas levantadas por un soplo religioso en medio del desierto y seguras de combates y conquistas; la idea mística de borrar la Media Luna en los horizontes de Europa y sustituir el Evangelio al Korán se mezcla confusamente con la idea revolucionaria de emancipar los pueblos oprimidos y volver su libertad á naciones de tan ilustre prosapia como la nación helénica; las evocaciones á los eslavos de todas las zonas, hermanos en la misma raza, destinados á una confederación gigantesca, toman la majestad de un dogma y el acento de una epopeya; la esperanza de que el inmenso imperio extendido desde Arcángel hasta el Adriático formará una sola familia imbuida de un solo espíritu, tiene la misma seguridad entre ellos que el cumplimiento de las promesas evangélicas, extendiéndose desde el seno de la Iglesia á los búlgaros y á los montenegrinos en sus montañas; á los rumanos y á los servios á las orillas de sus ríos; á los croatas en la opresión y á los griegos en las ruinas; apocalipsis gigantesco, en que de un lado se cae y se destroza un imperio con el estrépito con que cayeron y se destruyeron Nínive y Babilonia, mientras de otro lado se levantan pueblos jóvenes con la hermosura de Cristo resucitado ó de los ángeles aparecidos á los

profetas; para que se cumpla y se realice la emancipación religioso-político-social de todo el Oriente. Tales dificultades tiene que vencer León XIII. Pero debemos confiar todos en el Dios de la justicia y de la libertad.

EMILIO CASTELAR.

ÍNDICE

Páginas.

<i>Aguas primaverales</i> (novela), por Iván Turguenef.....	5
<i>Los dos mesones</i> , por Alfonso Daudet.....	114
<i>La poesía</i> , por John Lubbock.....	118
<i>Lejos de la patria</i> , traducción de M. A. Caro.....	125
<i>Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal</i> , por César Lombroso.....	126
<i>Costumbres literarias del tiempo presente</i> (continuación), por E. Caro.....	147
<i>Los Rougon-Macquart</i> , por Pablo Alexis.....	164
<i>La Escultura Mejicana Pre-colombina</i> , por José Ramón Mélida.....	172
<i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....	182
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	189